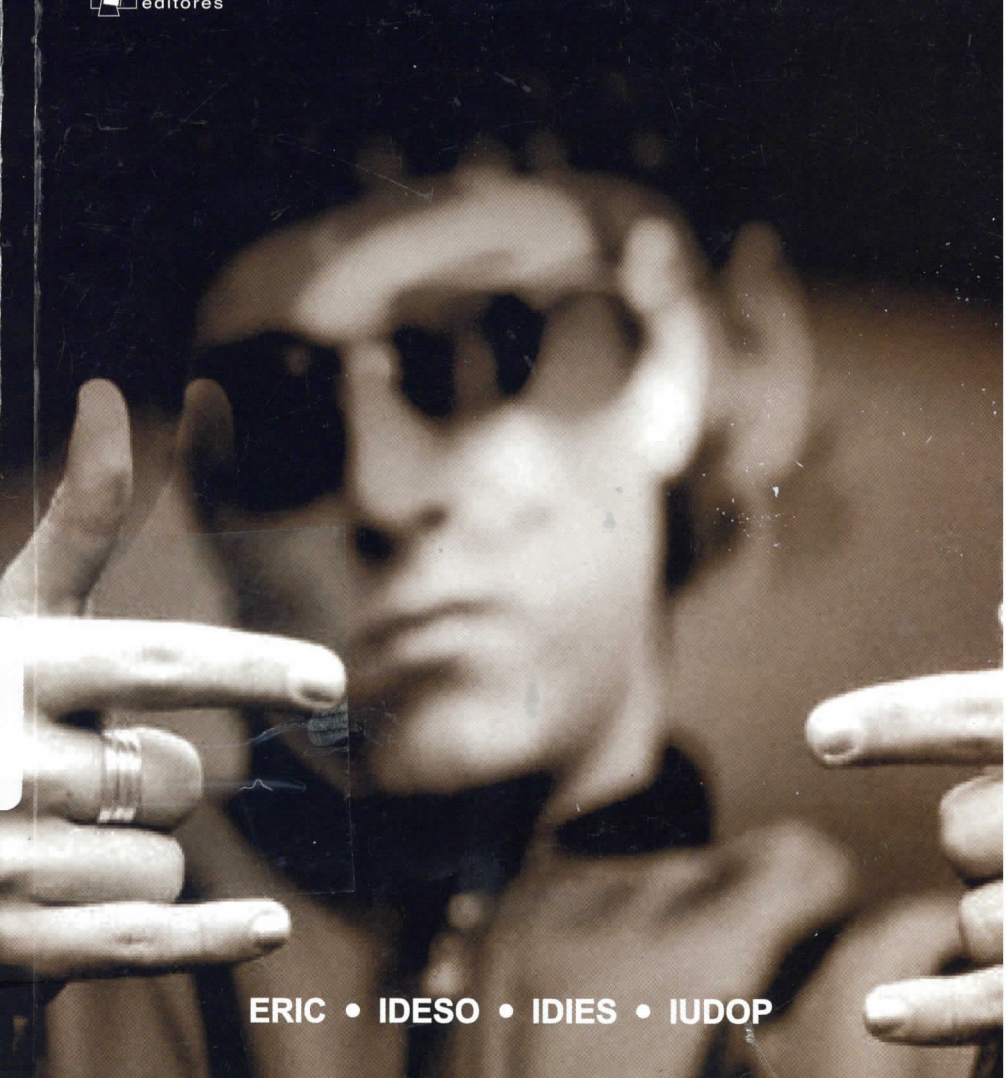


# Maras y pandillas en Centroamérica

Pandillas y capital social

Volumen II



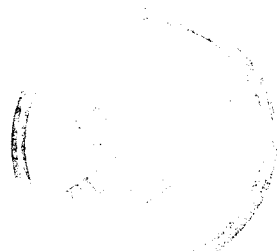
ERIC • IDESO • IDIES • IUDOP

---

**Maras y pandillas en Centroamérica**  
**Pandillas y capital social**

**Volumen II**

---





Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC)  
Instituto de Encuestas y Sondeos de Opinión (IDESO)  
Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IDIES)  
Instituto Universitario de Opinión Pública (IUOP)

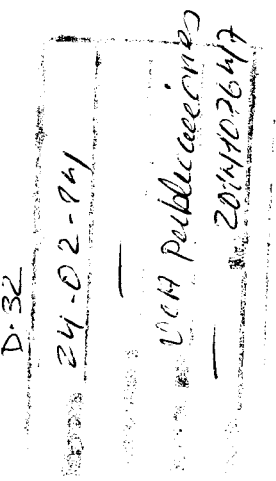
364.3

M-311

c-5

## Maras y pandillas en Centroamérica Pandillas y capital social

Volumen II



UCA Editores



© 2004 UCA Editores  
Todos los derechos reservados

Colección Estructuras y Procesos  
Serie mayor  
Volumen 23  
ISBN 99923-34-84-3

*Prohibida la reproducción parcial  
o total de esta obra, sin la  
autorización escrita de UCA Editores.*



Esta publicación ha sido financiada por la  
Misión de la Iglesia Sueca (SKM).

*Portada*  
Héctor Lardé

UCA Editores  
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"  
Apartado Postal 01-575  
San Salvador, El Salvador, Centroamérica  
Teléfono y fax: (503) 210-6650  
www.ucaeditores.com.sv

Primera edición 2004

364.3

M311 Maras y pandillas en Centroamérica / ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP. --  
1a. ed. -- San Salvador, El Salv. : UCA Editores, 2004.  
slv 346 p. : figuras, cuadros ; 21 cm. -- (Estructuras y procesos.  
Serie mayor ; no. 23)

ISBN 99923-34-84-3 (v. 2)

1. Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC). 2.  
Delincuencia juvenil. 3. Pandillas-América Central. I. Título.

Hecho el depósito que manda la ley  
Impreso en El Salvador por  
Talleres Gráficos UCA, 2004.

# Índice

<i>Presentación</i> .....	11
<i>Introducción</i> .....	13
CAPÍTULO 1	
Teoría y método: capital social y pandillas en Centroamérica .....	31
1. Capital social como marco teórico para entender el fenómeno de las pandillas .....	36
1.1. Conceptualizaciones sobre el capital social .....	37
1.2. Capital social, juventud y violencia .....	50
1.3. La propuesta de estudio .....	61
2. Metodología de trabajo .....	63
2.1. Tipo de investigación e hipótesis principal .....	63
2.2. Diseño de las muestras .....	65
2.3. El instrumento de investigación: el cuestionario .....	72

## ÍNDICE

### CAPÍTULO 2

El Salvador. Espacios públicos, confianza interpersonal y pandillas .....	81
1. El contexto del estudio salvadoreño .....	81
2. Los resultados .....	88
2.1. Indicadores de violencia: victimización, pandillas y exposición a la violencia .....	88
2.2. Condiciones socioeconómicas y presencia de pandillas.....	91
2.3. Variables de capital social y presencia de pandillas.....	99
2.4. Los predictores de la existencia de pandillas: el papel del capital social.....	107
3. Reflexiones sobre los resultados .....	111

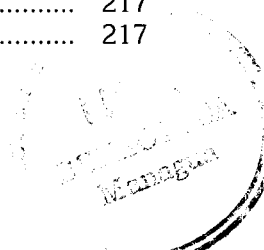
### CAPÍTULO 3

Guatemala. Variables de capital social asociadas a la presencia de maras .....	115
1. El problema de la medición en la ciudad de Guatemala .....	115
2. Variables seleccionadas.....	117
2.1. Confianza en la comunidad .....	118
2.1.1. Grado de satisfacción de la o del entrevistado con la comunidad donde vive .....	118
2.1.2. Confianza de la o del entrevistado respecto a la gente de su comunidad .....	119
2.2. Tolerancia .....	119
2.3. Participación en actividades comunitarias.....	121
2.3.1. Participación en organizaciones y/o grupos .....	122
2.3.2. Participación en actividades políticas y sociales .....	124
2.4. Confianza en algunas instituciones del país .....	127
2.4.1. Confianza en las instituciones religiosas..	130
2.4.2. Confianza en las instituciones civiles.....	133
2.4.3. Colaboración con las fuerzas policiales ..	134



## ÍNDICE

2.5. Expectativas de ayuda .....	137
2.6. Actividad criminal observada en las comunidades .....	140
2.7. Espacios públicos comunitarios .....	145
2.8. Actitudes y normas de justificación de la violencia .....	149
3. A manera de conclusiones .....	154
CAPÍTULO 4	
Honduras. Pobreza, desconfianza social y crimen .....	159
1. La composición sociodemográfica de la ciudad de El Progreso .....	161
1.1. La familia .....	161
1.2. Edad y sexo .....	171
1.3. Departamento de origen .....	173
1.4. Educación .....	174
1.5. Ocupación .....	177
2. Análisis comparativo de las variables que podrían condicionar la presencia de las maras .....	178
2.1. Hacinamiento .....	178
2.2. Vivienda .....	180
2.3. Acceso a los servicios de salud .....	181
2.4. Educación .....	183
2.5. Ingreso familiar .....	184
2.6. Migración .....	186
3. Variables de capital social .....	189
3.1. Confianza interpersonal .....	189
3.2. Participación en actividades comunitarias .....	192
3.3. Confianza en las instituciones del país .....	195
3.4. Actividad criminal .....	199
3.5. Los espacios comunales: ¿hacen una diferencia? .....	206
3.6. Conclusión del apartado de capital social .....	212
4. Predictores de la presencia de pandillas en El Progreso .....	214
5. Opinión de la población sobre las maras .....	217
5.1. Opiniones generales .....	217



## ÍNDICE

5.2. Opiniones compartidas .....	221
6. Conclusiones .....	223
CAPÍTULO 5	
Nicaragua. La visión comunitaria sobre las pandillas en el Reparto Schick .....	227
1. Repaso breve sobre los aspectos metodológicos .....	230
1.1. Selección de la muestra .....	231
1.2. Instrumento de medición .....	232
2. Resultados generales .....	234
2.1. Las familias entrevistadas .....	234
2.2. Escolaridad de los miembros de las familias ....	236
2.3. El problema de las pandillas, según la opinión de las familias entrevistadas .....	237
2.4. Una buena alternativa: promover el cambio del carácter violento de las pandillas .....	243
3. Principales factores que explican el surgimiento de las pandillas .....	245
3.1. Indicadores: razones por cuales las y los jóvenes integran las pandillas, su participación en reuniones, su confianza en las instituciones y valoración de la personalidad de las pandilleras y los pandilleros .....	251
3.1.1. Razones de integración a las pandillas ...	251
3.1.2. Participación comunitaria .....	252
3.1.3. Confianza en las instituciones .....	255
3.1.4. Valoración de la personalidad de las pandilleras y los pandilleros .....	256
3.2. Comparación entre las opiniones de las familias cuyos miembros pertenecen o no a las pandillas .....	258
3.2.1. Ingreso de las familias .....	258
3.2.2. Tiempo que tienen las familias de vivir en el barrio .....	259
3.2.3. Tenencia de aparatos en las familias .....	260
3.2.4. Alcoholismo .....	261

## ÍNDICE

3.2.5. ¿Las pandilleras y los pandilleros son jóvenes enfermos que necesitan atención médica? .....	262
3.2.6. Oportunidades educativas para las y los jóvenes pandilleros .....	262
3.2.7. ¿Las pandilleras y los pandilleros son jóvenes delincuentes? .....	263
3.2.8. Las y los jóvenes abandonan las pandillas por temor a caer presos .....	265
3.2.9. Incidencia del problema de las pandillas .....	266
3.2.10. Hacinamiento en las familias .....	269
4. Conclusiones y recomendaciones .....	272
CAPÍTULO 6	
Pandillas y capital social en Centroamérica .....	277
1. La necesidad de estudiar el entorno de las pandillas .....	277
2. Un recordatorio sobre la metodología utilizada .....	282
3. Resultados locales del estudio .....	286
4. Análisis regional de los datos .....	305
4.1. Condiciones sociodemográficas .....	307
4.2. Variables del capital social .....	309
4.3. Las variables predictoras de la existencia de maras .....	313
5. Reflexiones finales e implicaciones políticas .....	319
<i>Referencias bibliográficas</i> .....	327
<i>Apéndice</i> .....	333



## Presentación

La presente publicación constituye el segundo tomo de la serie *Maras y pandillas en Centroamérica*, y representa el producto final de la segunda fase del proyecto de investigación regional del mismo nombre, financiado por la Misión de la Iglesia Sueca (SKM) y ejecutado por las universidades y los centros de investigación jesuitas en los países de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. Las instituciones participantes son: el Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC), en Honduras; el Instituto de Encuestas y Sondeos de Opinión (IDESO), en Nicaragua; el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IDIES), en Guatemala; y el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP), en El Salvador.

Las investigaciones que se presentan en estas páginas se concentraron en estudiar las variables del entorno social, conocidas como *capital social*, entendiendo que éstas constituyen un grupo de factores importantes que deter-



minan, entre otras cosas, la presencia y el desarrollo del fenómeno de las pandillas en las ciudades y comunidades de Centroamérica. Para cumplir con ese propósito, el estudio se enmarcó dentro de una metodología basada en encuestas de opinión pública, aplicadas a personas que habitan en distintas comunidades de las ciudades centro-americanas, al tiempo que se adoptó un encuadre analítico eminentemente cuantitativo para interpretar los hallazgos, el cual fue desarrollado por los diferentes equipos de investigación participantes.

Este volumen forma parte de una trilogía de reportes de investigación que fue iniciada con la publicación del libro *Maras y pandillas en Centroamérica*, Volumen I, el cual estuvo a cargo de UCA Publicaciones de la Universidad Centroamericana de Nicaragua, en 2001. Ese tomo recogió los hallazgos de la primera fase de la investigación. El tercero y último libro se publicará posteriormente al lanzamiento de este volumen. En dicho tomo se presentarán los hallazgos de la tercera fase de la investigación regional, la cual se concentra en estudiar las iniciativas privadas y las políticas públicas desarrolladas en la región para enfrentar el problema de las maras en Centroamérica.

ERIC - IDESO - IDIES - IUDOP  
MAYO DE 2004

## Introducción

### *Pandillas y capital social en Centroamérica*

Un reportaje publicado por un periódico salvadoreño decía lo siguiente: "Los habitantes de Boyle Heights, en el este de Los Ángeles, respiran ahora cierta paz y tranquilidad. Los frutos de un plan que elaboraron para enfrentar la violencia y la actividad de las pandillas ha rendido sus frutos. Los tiroteos y los muertos ya no son el pan de cada día. Han logrado organizar una oficina con la ayuda de la iglesia y el apoyo financiero de fundaciones. Aseguran que en la comunidad no han terminado los problemas, pero han dado grandes pasos. La conciencia de cada padre y el amor por sus hijos es el motor de cada una de las tareas de seguridad y prevención. 'Cada uno debe poner su cuota. Es sacrificado, pero lo hacemos para no ver muertos a nuestros hijos. Aún hay miedo y falta mucho por hacer, pero hemos lo-

grado mucho', dice una de las organizadoras [...] El asistente pastoral de la Misión Dolores, Arturo López, un salvadoreño de 39 años de vida y 20 de residencia en Estados Unidos, originario de Los Planes de Renderos, considera que la clave estuvo en que la comunidad logró dominar su miedo para enfrentar el problema, pues sin comunidad no hay ningún otro plan que valga. Rita explica que 'todavía hay miedo, hay amenazas, no se puede decir que hoy ya vencimos todos los problemas, pero yo pienso que nos movemos por la fe, los valores de una comunidad, porque en realidad es lo que queremos para el futuro'<sup>1</sup>.

Otro reportaje, que apareció en el mismo periódico, describía la situación de un niño pandillero de la siguiente forma: "Todavía no llega a los 12 años y la policía lo busca por participar en tráfico de drogas. 'Luis' no conoce una picardía inocente. Desde pequeño ha vivido con la delincuencia en su casa. Uno de sus hermanos mayores acaba de salir de la cárcel y el otro aún permanece adentro. Su mamá se dedica a trabajos domésticos en casas particulares y su padre es alcohólico. Justo el tercero de sus hermanos (que es solo un par de años mayor que él) se dedica a delinquir. Su cuerpo es bastante delgado y en su mirada y su risa se refleja la conciencia de un hombre atrapada en cuerpo de niño. Los vecinos de la colonia Tutunichapa saben a qué se dedica: es utilizado para comerciar droga y evadir a las autoridades. Sus amigos son los traficantes. Los mismos a los que una mujer que no quiso identificarse llamó 'la propia mafia de la Tutu'. Ellos le brindan protección: 'No le tome fotos, porque a éste ya lo anda buscando la policía', solicitó uno de ellos" (*La Prensa Gráfica*, 18 de febrero de 2002, p. 16).

---

1. Puede encontrarse en [www.laprensagrafica.com/dpt15/especial\\_maras/noticia13.asp](http://www.laprensagrafica.com/dpt15/especial_maras/noticia13.asp).

Ambos reportajes describen de diversa forma la relación de las comunidades con los pandilleros o con el fenómeno de las maras. La primera nota da a conocer muy bien los esfuerzos de una comunidad de latinoamericanos, que viven en una ciudad norteamericana, para enfrentar el problema de la violencia producida por las maras juveniles. El esfuerzo se basa fundamentalmente en la organización de la comunidad para preparar y aplicar un plan de prevención de la violencia de pandillas, luego de que ésta ya ha cobrado la vida de varios miembros de la comunidad, incluyendo la de una niña. La segunda nota, redactada desde la historia de un joven pandillero, que vive en una comunidad marginal del centro de San Salvador, retrata las condiciones familiares y sociales que rodean la vida del joven, que se dedica al tráfico de drogas, con cierta aquiescencia por parte de una comunidad infestada de violencia y de drogas. Ambas notas exponen el impacto que tiene la comunidad sobre el desarrollo o el control de la problemática de las pandillas. Ambas, en el fondo, se refieren a lo que se ha dado en llamar *capital social*, lo cual constituye una herramienta de análisis fundamental para entender por qué algunas comunidades, barrios, asentamientos o colonias deben enfrentar el problema de las maras y otras no.

Las pandillas juveniles se han convertido, desde hace algún tiempo, en un problema muy grave para Centroamérica, especialmente para los países hispanohablantes que forman el triángulo norte de la región. En El Salvador, las maras aparecieron con más fuerza a finales de la década de los ochenta. Este fenómeno, con las mismas características, similares expresiones y la comparable naturaleza violenta, rápidamente pareció contagiar a Guatemala y a Honduras, países que ya tenían también problemas con jóvenes enrolados en las pandillas. En Nicaragua, la presencia de las maras ha tenido una expresión relativamente distinta, en cierto sentido menos ubicua; no obstante, ya ha comenzado a preocupar a la sociedad y a los políticos nica-



ragüenses. En la actualidad, las maras constituyen uno de los problemas sociales y de seguridad pública más graves en toda la región. Las recientes iniciativas de varios gobiernos centroamericanos de aprobar leyes más duras en contra de las pandillas y de impulsar planes de represión en contra de éstas, en ocasiones pasando por alto las libertades civiles y los derechos fundamentales de la población, son una muestra de la enorme dimensión que ha adquirido el fenómeno.

En Centroamérica, las maras son señaladas como una de las principales fuentes de criminalidad, que ha puesto a la región como uno de los lugares más violentos del hemisferio occidental<sup>2</sup> (Call, 2000).

En Guatemala, autoridades locales estiman que al menos el 20 por ciento de los homicidios son producidos por pandilleros; en El Salvador, los jefes de la policía han llegado a señalar que las maras son las responsables del 40 por ciento de los hechos de violencia, aunque las cifras disponibles no son muy coherentes al respecto. En Honduras, las autoridades también han señalado a las maras como los autores de “la mayoría” de homicidios que se cometen en contra de los niños y jóvenes menores de 23 años. En Nicaragua, por su parte, según el director de asuntos de la policía, menos del 1 por ciento de los delitos son provocados por las pandillas juveniles. En cambio, en términos de percepción, los pandilleros han sido señalados como el segundo o tercer mayor problema de seguridad pública en Managua.

- 
2. Según la cifras del Reporte Mundial sobre Violencia y Salud (Krug y otros, 2002), América Latina es la región con más violencia en el mundo por razones no debidas a guerras o conflictos civiles. Dentro de ella, Guatemala, El Salvador y Honduras poseen niveles que están por encima del promedio latinoamericano y que, con la excepción de Colombia, los colocaría como la subregión más violenta del globo.

Las estimaciones sobre el número total aproximado de pandilleros en la región varían de 50 mil, como los más conservadores, hasta más de 100 mil, como los más altos. Tales estimaciones ponen en un extremo a Honduras con la mayor cantidad de pandilleros, con cifras que llegan a los 35 mil jóvenes enrolados activamente, mientras que en el otro extremo se encuentran Nicaragua, Costa Rica y Panamá con menos de 5 mil pandilleros en cada país. Sin embargo, en países como Honduras y Guatemala, el número de mareros sigue en aumento; mientras que en otros, como Nicaragua, las autoridades reportan una disminución.

Así e independientemente del grado de responsabilidad real de las pandillas sobre los niveles de violencia en Centroamérica, no se puede soslayar que el fenómeno ha adquirido una gran magnitud y que ello ha traído no pocos problemas de seguridad pública dentro de la región. Pero el problema de las pandillas en Centroamérica no es nuevo. En El Salvador, Honduras y Guatemala es posible rastrear sus inicios, como fenómeno agudo, desde principios de los años noventa (Argueta y otras, 1992; Salomón, 1993; AVANCSO, 2000). Desde entonces, las pandillas han tenido un crecimiento constante y cada vez se han vuelto más violentas, como lo consigna uno de los estudios realizados en El Salvador (Santacruz y Concha-Eastman, 2001). Lo que en los años ochenta comenzó como un fenómeno de pequeños grupos de jóvenes que se reunían en la calle para buscar apoyo mutuo y solidaridad, consumir alcohol y algunas sustancias prohibidas y pretender la defensa del barrio, ha ido convirtiéndose más y más en un fenómeno extremadamente violento y sin control.

Marcados por la influencia del tráfico, uso y consumo de drogas, así como también por el ciclo vicioso de la violencia creciente, el acceso a las armas de fuego y la falta casi absoluta de políticas públicas encaminadas al problema o a la atención de la juventud, las pandillas juveniles en Cen-

troamérica constituyen uno de los mayores desafíos para el desarrollo y el bienestar de los habitantes de la región, sobre todo de las y los jóvenes. La actividad de las pandillas no solo genera inseguridad pública y es responsable de hechos de violencia, sino que también afecta de manera directa los prospectos de salud de una población eminentemente joven y sana, vulnera los derechos humanos de todos los habitantes, reduce el potencial productivo de una sociedad, siembra la semilla de desconfianza entre las personas que habitan las comunidades en donde se mueven los mareros, erosiona la confianza y la relación entre los ciudadanos y las instituciones, y, a juzgar por las últimas iniciativas gubernamentales, fomenta el autoritarismo en las medidas de atención al problema de la inseguridad. Así, los efectos de las pandillas abarcan toda una serie de campos de la vida social y política de los países de la región.

Las pandillas juveniles han generado también una creciente ola de estudios y ensayos sobre la problemática, tanto dentro de Centroamérica como fuera de ésta. A la vez, han estimulado un creciente debate sobre la juventud, las oportunidades para el desarrollo y la violencia, desde los medios de comunicación, los sectores académicos y la clase política. Esta discusión no siempre ha desembocado en iniciativas de políticas o programas integrales de atención al problema; es más, la intervención sobre el fenómeno de las pandillas ha estado casi siempre incompleta. La mayor parte de las veces, los programas provenientes del Estado se han concentrado en privilegiar los aspectos represivos de atención al problema; mientras que los programas orientados más a la prevención han sido llevados a cabo desde la sociedad civil, algunas veces con el apoyo de la cooperación internacional, con un importante déficit de acceso a recursos y de apoyo por parte de las instituciones estatales.

En toda esta amalgama de iniciativas, trabajos, programas y seudopolíticas, rara vez se ha prestado atención a las condiciones que rodean a las y los jóvenes, las cuales determinan, en mayor o menor medida, el hecho de que ellos se decidan a pertenecer y vivir dentro de una mara. La mayor parte de estudios en todos los países de la región se han concentrado en examinarlos, describirlos, comprenderlos y en hallar, desde ellos, las razones de su afiliación con la violencia. La mayor parte de iniciativas que pretenden enfrentar el problema de las pandillas se concentran en los jóvenes mismos, por lo general una vez que están adentro de las pandillas —y adentro del centro de corrección, el penal o el hospital—, y se les ofrecen programas de capacitación, fe religiosa y, en el peor y el más frecuente de los casos, dura mano y represión. Así, la atención a las y los jóvenes que se encuentran enrolados en las maras, usualmente se les brinda cuando ya se encuentran inmersos en las abrumadoras espirales de violencia y drogadicción. De tal manera que la responsabilidad primera y última de la rehabilitación es siempre una cuestión individual, es siempre una exigencia privada y raras veces es vista como una responsabilidad social.

La pretensión de este trabajo de investigación es alejarse de esas perspectivas centradas en lo individual que han poblado los abordajes sobre el tema. Como alternativa, se propone volver los ojos y las herramientas de estudio a los factores que rodean a las y los jóvenes, los cuales no permiten que tengan otra alternativa que entrar a las maras, drogarse y delinquir. No se quiere negar con esto que los factores personales no sean importantes ni mucho menos se pretende desatender las contribuciones de los estudios sobre las pandillas que se han concentrado en sus personas, sus historias de vida y sus expectativas antes que en el entorno social. Tales estudios han permitido ampliar significativamente nuestro conocimiento sobre un fenómeno regional que no tiene parangón en otra zona del mundo, y



han estimulado esta determinación de buscar las causas de las tragedias juveniles más allá de su propia historia personal o sus actitudes. Sin esos esfuerzos de investigación, no sería posible siquiera tener una idea de quiénes son los pandilleros y por qué han llegado a vivir con la posibilidad del “entierro, el encierro o el destierro” a tan corta edad.

La primera etapa de este proyecto de investigación se ha constituido en una abundante fuente de información y comprensión sobre las dinámicas y las razones personales de los pandilleros, así como también de su contexto inmediato dentro de las pandillas en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua (ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP, 2001). Por ello, en esta segunda fase de la pesquisa regional no se ha querido profundizar más en los pandilleros, sino en las variables que los rodean y que se conjugan con los factores particulares para crear las condiciones del fenómeno pandilleril. Sin embargo, este esfuerzo tampoco supone un “atarrayazo” de todas la variables ecológicas posibles que se encuentran detrás del fenómeno de las maras juveniles. Como ya ha sido apuntado por una gran variedad de trabajos, las condiciones que posibilitan el aparecimiento y el desarrollo de las pandillas pueden ir desde las variables económicas que prevalecen en una sociedad, como la pobreza, la desigualdad socioeconómica y la falta de empleo, hasta la estructura familiar dentro del hogar de las y los jóvenes, los niveles de educación de los miembros del hogar y los niveles de violencia intrafamiliar.

Dentro de los factores del entorno, las condiciones que usualmente han sido más señaladas en las explicaciones de la problemática de las maras suelen ser de dos tipos. Por un lado, el sistema económico de las sociedades centroamericanas, el cual se caracteriza por elevados niveles de pobreza y desigualdad, de exclusión socioeconómica y de falta de oportunidades, los cuales contribuyen a excluir a buena parte de los jóvenes, obligándolos a una vida

violenta y delictiva. Por el otro, se suele señalar a los factores del entorno familiar como los causantes más inmediatos de la *callejización* y de la *pandillerización* en Centroamérica: los jóvenes se integran a las pandillas porque dentro de sus hogares —marcados por la pobreza y el abandono social— son brutalmente maltratados, porque no cuentan con atención o supervisión de parte de sus padres y, por lo general, porque provienen de familias disfuncionales. Con todo y reconociendo la concurrencia de tales condiciones en la dinámica de las maras en Centroamérica, hay una serie de variables que no pertenecen al contexto macrosocial, determinado por las estructuras socioeconómicas, ni al contexto más microsocial, que constituye la familia, sino que al contexto intermedio de interacciones sociales, esto es, la comunidad que rodea a las y los jóvenes.

Por comunidad entenderemos al entramado de redes sociales que constituyen los referentes inmediatos de las personas en su lugar de vivienda, trabajo, estudio o actividad social. La comunidad está formada por el grupo o los grupos de personas con quienes, y por diversas razones, las personas deben relacionarse para poder desenvolverse en su vida cotidiana. En este ámbito social es donde se concentra el desarrollo de esta investigación. Las y los jóvenes pueden volverse mareros, integrarse a las redes de distribución de drogas y vivir de la violencia no solo porque viven en situación de pobreza y desventaja social, o porque sus padres los abandonaron desde pequeños o porque los maltrataron sistemáticamente, sino porque en su entorno social inmediato no encuentran ningún recurso de apoyo alternativo que les provea lo que la familia y el ordenamiento institucional económico no ha sido capaz de darles. De otra manera, ¿cómo se explica que no todos los muchachos que viven en situación de pobreza y vulnerabilidad económica se vuelven pandilleros? O ¿cómo se explica que no todas las personas que tuvieron familias disfuncionales y violentas se han convertido en pandilleros? La respuesta está

también en las variables que habitan en la comunidad, en las redes y en las interacciones sociales, en lo que se ha dado en llamar *capital social*.

Este trabajo de investigación regional se enfoca en el capital social como variable asociada a la aparición y el desarrollo de las pandillas juveniles, en algunas comunidades de los países centroamericanos con excepción de Costa Rica. Con ello se pretende llamar la atención sobre las redes comunitarias que rodean a las y los jóvenes que se integran a las pandillas y que mediatizan el efecto de otras condiciones igualmente importantes en la predisposición a la formación de pandillas. Lo que hace que, en algunas comunidades, la pobreza y la falta de oportunidades no genere mareros es, entre otras cosas, el capital social; lo que hace que jóvenes que han sido víctimas de la violencia en su niñez no se conviertan también en abusadores y criminales es, aparte de otras cosas, el capital social.

Por *capital social* se entiende a aquellas “redes junto con normas, valores y opiniones compartidas que facilitan la cooperación dentro y entre los grupos” (OCDE, citado por Portela y Neira, sin fecha, p. 2). El capital social es lo que se crea a partir de la interacción social, de la constitución de lazos sociales, la organización y la participación social, además de las normas que regulan esa participación. La forma en cómo se estructure y desarrolle el capital social dentro de una comunidad determinará las posibilidades de alcanzar las metas comunes y de que sus miembros se beneficien en buena medida de esos logros. De ahí que cuando una comunidad logra establecer redes de participación productiva entre sus integrantes, tiene más posibilidades de enfrentar con éxito los desafíos planteados por otras situaciones del medioambiente. En cambio, cuando una comunidad no logra establecer lazos fuertes de solidaridad y reciprocidad basados en la organización, es más

probable que eso la lleve a una mayor desintegración y a un agravamiento de los problemas que les afectan a todos.

La forma en que esos lazos se establecen y desarrollan, y las normas, las actitudes y los valores que los mismos generan son las que, en parte, contribuyen a que en una comunidad se asienten las pandillas o no; son las que posibilitan que las y los jóvenes se acerquen o se alejen de las drogas y de la violencia. Así, el capital social puede ser una cosa buena, puede ser “productivo” porque contribuye al desarrollo y el bienestar de la comunidad y de los colectivos humanos que le rodean. No obstante, también puede ser una cosa mala, en la medida en que los lazos interpersonales generan solo beneficios para un grupo reducido en detrimento y en oposición a los derechos de los demás. Las maras en Centroamérica son consideradas por muchos analistas como un ejemplo de ese capital social negativo o “perverso”, porque basan sus actividades en unos estrechos lazos de solidaridad y reciprocidad que les hacen parte de una organización, la cual se encuentra determinada por las normas que regulan tales actividades.

Considerando estos hechos, esta serie de trabajos de investigación no se centra en la pandilla como expresión del capital social “perverso”, sino en las comunidades que dan cabida y sustento a las pandillas. La idea fundamental, que está detrás de estas iniciativas de estudio, es que las pandillas florecen en aquellas comunidades en donde reinan débiles vínculos de interacción y cooperación comunitaria, en donde la participación ciudadana es escasa y no es capaz de lograr interlocución con las agencias del Estado y en donde las normas sociales de comportamiento no censuran ni limitan el uso de la violencia. Sobre la base de estas situaciones puede haber muchos factores estructurales y no se niega, de manera alguna, su papel en la generación de la problemática de las pandillas. No obstante, el propósito fundamental de este trabajo es volver los ojos

sobre los factores de relación interpersonal que mejoran o empobrecen los prospectos de bienestar de una comunidad. Y esto se hace en diversas localidades y comunidades de los cuatro países de Centroamérica incluidos en el proyecto. Con esto se pretende comprobar si hay patrones transnacionales en la manera en cómo el capital social afecta el desarrollo de las maras.

Las notas periodísticas que abren esta introducción al segundo volumen del proyecto “Maras y pandillas en Centroamérica”, describen precisamente esas relaciones entre el capital social y la existencia de pandillas. La primera describe el impacto del capital social productivo: cómo una comunidad que se encarga del problema por medio de la participación integrada de sus miembros es capaz de enfrentar y controlar la problemática, la cual estaba afectando directamente a sus miembros. La segunda describe al capital social “perverso”: cómo otra comunidad permite y de manera indirecta promueve la pertenencia a las pandillas y la actividad delictiva. Esta investigación trata precisamente de estudiar y comprender los mecanismos a través de los cuales esos tipos de capital social producen o inhiben las pandillas, desde una perspectiva eminentemente cuantitativa en el análisis de la información.

Como ya se ha señalado antes, esta publicación presenta los resultados de la segunda fase del proyecto de investigación “Maras y pandillas en Centroamérica”, la cual ha sido realizada por los centros de investigación de las universidades e instituciones académicas jesuitas de Centroamérica. En su elaboración participaron: el Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC), de Honduras; el Instituto de Encuestas y Sondeos de Opinión (IDESO), de la Universidad Centroamericana en Nicaragua; el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IDIES), de la Universidad Rafael Landívar, en Guatemala; y el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP), de la Universidad Cen-

troamericana “José Simeón Cañas”, en El Salvador. El plan general y el marco metodológico de la investigación fueron realizados, de manera conjunta, por los equipos del proyecto, bajo la coordinación del grupo salvadoreño. Los diseños y las aplicaciones de los instrumentos y las metodologías corrieron a cuenta del equipo local de investigación de cada país, sobre la base de una serie de características mínimas: encuesta de opinión pública, muestras representativas en comunidades afectadas por las pandillas y cuestionarios con una serie de preguntas comparables.

A diferencia de la primera fase del estudio, en donde cada equipo de investigadores fue completamente libre de decidir la aproximación al fenómeno de las pandillas mediante técnicas cualitativas de pesquisa, en esta fase se intentó tener ciertos parámetros de comparación para poder analizar, de manera conjunta, los datos de todos los países en un capítulo integrador. Sin embargo, en la práctica y una vez sometidos a los condicionamientos del trabajo de campo y a los intereses de cada equipo investigador, no todos los países lograron obtener la misma clase de datos. En la ciudad de Guatemala, por ejemplo, fue imposible encontrar dos comunidades urbanas que tuvieran las mismas características, pero que se diferenciaban por el nivel de pandillas y violencia que albergaban. Por tal motivo, se optó por abordar las dos comunidades más problemáticas en términos de maras y violencia, las cuales son las mismas que fueron incluidas en la fase anterior del proyecto. En El Salvador y Honduras fue posible dividir las muestras de investigación entre comunidades o lugares similares: una en donde hubiera fuerte presencia de pandillas y otra en donde los problemas fueran prácticamente inexistentes. En Honduras, esto fue posible dentro de la misma localidad urbana. En El Salvador se tomaron tres municipios distintos. Por su parte, el equipo de Nicaragua optó por una aproximación metodológica menos similar al resto de países. Su condición de país con niveles mucho más bajos de pandi-

llas hizo difícil encontrar comunidades comparables, que se diferenciaron en cuanto a la incidencia de pandilleros. Además, dados su propósito de aproximarse al sentir de la ciudadanía respecto a las maras, el grupo nicaragüense se inclinó más por recoger las opiniones sobre el fenómeno de los ciudadanos de las comunidades afectadas por las pandillas que por examinar directamente las variables del capital social.

Así, en los capítulos se presentan los resultados, los hallazgos y los análisis del estudio “Pandillas y capital social”, como parte de la continuación del esfuerzo por estudiar las maras en Centroamérica. En el Capítulo 1 se presenta una breve discusión teórica sobre el capital social, que constituye el encuadre teórico del estudio, al tiempo que se describe de manera breve la metodología utilizada en cada uno de los países para llevar a cabo el estudio en la práctica. En este capítulo, por tanto, se establecen los alcances del estudio regional. Desde el Capítulo 2 hasta el Capítulo 5 se muestran los reportes de los análisis de cada uno de los países que participaron en el proyecto, en el orden siguiente: El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. En El Salvador y Honduras, los capítulos 2 y 4, respectivamente, el análisis sigue una ruta de comparación entre las comunidades afectadas por pandillas y las que no han tenido esta problemática, en un intento por distinguir las variables de capital social que hacen la diferencia entre ambos tipos de barrios. En el Capítulo 3, dedicado a los datos de Guatemala, el análisis se concentra en examinar los indicadores de capital social en el gran asentamiento conformado por las dos comunidades que se han integrado. Ambas, sin embargo, enfrentan, casi en la misma magnitud, el problema de las maras, aunque alguna cuenta con más recursos de infraestructura que la otra, lo cual podría llegar a ser una diferencia. El capítulo de Nicaragua constituye el último de los capítulos que abordan los resultados localmente. En este se ha optado por un análisis

sis de las opiniones de los residentes de la comunidad más afectada por las pandillas, en Managua, sobre la problemática de las maras, segregando el análisis entre los hogares que poseen un integrante que pertenece a las maras y los hogares que no. La publicación cierra con un capítulo integrador de los resultados del estudio, el Capítulo 6. Este ejercicio sigue dos rutas: en primer lugar, se recopilan y resumen las conclusiones de cada estudio local presentado en los capítulos anteriores, en donde se señalan los aspectos comunes y los disímiles. En segundo lugar, se hace un análisis particular e integrado de todos los datos, en conjunto, en un intento por identificar, desde un mismo marco de análisis, los aspectos que resultan comunes en todas las comunidades estudiadas entre el capital social y las pandillas.

Aunque esta publicación presenta los resultados de los estudios locales como parte de una gran investigación regional, que ha intentado seguir una línea teórica y metodológica común para todos los países, cada análisis de los resultados locales responde a los intereses y propósitos de los equipos investigadores particulares. En tal sentido, los equipos de investigación fueron responsables de su trabajo de recopilación de información y del análisis de los resultados presentados en cada uno de los capítulos locales. Los capítulos integradores —el Capítulo 1, que se refiere al marco teórico y metodológico, y el Capítulo 6, que se encarga de integrar los resultados— son responsabilidad del equipo de investigación salvadoreño, que los desarrolló sobre la base de la información brindada por el resto de países del estudio.

La presente publicación constituye un esfuerzo regional por avanzar en la comprensión de una problemática urgente para las sociedades centroamericanas. Más que pretender apuntar a conclusiones definitivas sobre las dinámicas entre las pandillas y los entornos sociales que las alber-



gan, buscamos contribuir al debate más amplio sobre la problemática, en un momento en que la mayoría de los gobiernos de la región están impulsando y reforzando una visión represiva en la atención del fenómeno. Las iniciativas de represión contra los mareros y, en general, contra los jóvenes centroamericanos, sean estas llamadas “Mano Dura”, “Plan Escoba” o “Libertad Azul”, están de moda. Y a juzgar por lo que han sido sus consecuencias en el pasado, es muy poco probable que sin un fuerte enfoque preventivo e integral, las mismas resuelvan el problema de la violencia juvenil y las pandillas; antes bien, es más probable que tales problemáticas se sigan agravando y que las espirales de violencia terminen por dominar completamente la relación entre los jóvenes y los estados.

Con este esfuerzo de investigación también se pretende señalar la importancia de otros factores en el combate y la atención al problema de las maras y que históricamente han sido relegados a un segundo plano. La comunidad, las redes de apoyo comunitario, la organización y la participación cívica pueden constituirse en una diferencia a la hora de lidiar con jóvenes que básicamente han sido marginados por sus propias sociedades. De tal forma que la sociedad civil también puede desempeñar un papel fundamental para mitigar y resolver una problemática que, en buena medida, los regímenes gubernamentales y los administradores del sistema económico han generado con su desidia.

Esta introducción estaría incompleta si no expresáramos en ella nuestro más sincero agradecimiento a las personas que hicieron posible este esfuerzo. En primer lugar, a los financiadores del mismo, los personeros de la Misión de la Iglesia Sueca (SKM) por su confianza y apoyo incondicional. En segundo lugar, a los administradores del proyecto, en especial a Kathe Welles, por su estímulo y apoyo para completar este libro, pero también por su incommensurable paciencia para verlo hecho realidad. En tercer

## INTRODUCCIÓN

lugar, a los funcionarios de cada uno de los países que nos brindaron información valiosa para llevar a cabo el estudio. Finalmente, queremos agradecer a las comunidades que nos permitieron trabajar con ellas para obtener la información en la que se basa la investigación. Esperamos que los resultados de la misma contribuyan a estimular iniciativas de desarrollo comunitario y de paz social.

LOS AUTORES  
MAYO DE 2004

## Teoría y método: capital social y pandillas en Centroamérica

José Miguel Cruz

Marlon Carranza

María Santacruz Giralt

Instituto Universitario de Opinión Pública

Universidad Centroamericana

“José Simeón Cañas”

**E**n la actualidad, nadie duda respecto a que las pandillas juveniles son un problema en Centroamérica. De acuerdo con cálculos muy conservadores, se estima que hay más de 50 mil jóvenes enrolados en este tipo de grupos en El Salvador, Honduras, Guatemala y Nicaragua. Varios autores (Fajnzylber y otros, 2001; Concha-Eastman, 2000; Concha-Eastman, 2002; Carrión, 2002) señalan que las pandillas constituyen una de las causas —aunque no siempre la más importante— de los elevados niveles de violencia que caracterizan a las sociedades centroamericanas. Existe una extensa discusión sobre el nivel preciso de responsabilidad de las pandillas en el auge del crimen en Centroamérica. Para algunos, estas son el factor de violencia más importante de toda la región y ello explicaría el hecho de que aquellos países que tienen el problema más agravado de pandillas son los mismos que enfrentan las tasas más altas de crimen (como Honduras); mientras que en donde este fe-

nómeno no se ha desarrollado tanto, como en Nicaragua, el problema de la violencia es menor. Para otros, aunque estos grupos contribuyen en general a la dinámica de la violencia “social”, las mayores causantes de ésta última no deben buscarse entre los jóvenes pandilleros, sino entre la construcción de las realidades sociales y económicas en Centroamérica, dentro de las cuales las pandillas solo forman una parte —por lo general marginal— (Cruz, 2003).

En cualquier caso e independientemente del nivel de responsabilidad que se le atribuya a las pandillas juveniles en la prevalencia del crimen, es claro que, tal y como se ha configurado el fenómeno en todos los países de Centroamérica, es imposible desligar a las maras de la violencia. Pero ese crimen generado por las pandillas tiene ciertas características muy particulares. En primer lugar, está dirigido fundamentalmente hacia los mismos jóvenes integrados en las pandillas. Por ejemplo, en una investigación, llevada a cabo por Santacruz y Concha-Eastman (2001), se halló que casi el 65 por ciento de los hechos de agresión cometidos por los pandilleros entrevistados se dirigieron contra jóvenes de otras pandillas; además, de acuerdo con los reportes policiales de Honduras y El Salvador, la mayor parte de victimarios de los pandilleros son otros jóvenes. En segundo lugar, la actividad de estos grupos produce de manera fundamental inseguridad entre la población. Sin menospreciar los delitos que son cometidos por estas y estos jóvenes contra los ciudadanos, el impacto mayor de la presencia de las pandillas y de las acciones de las mismas es que generan inseguridad entre los habitantes. De acuerdo con un estudio sobre inseguridad pública, llevado a cabo en El Salvador, durante el año 2001, las maras en los barrios o en las comunidades eran una de las generadoras más decisivas y comunes de inseguridad en todo el país (FUNDAUNGO e IUDOP, 2002). Y, en tercer lugar, las pandillas juveniles se caracterizan por una fuerte dinámica de

interacción con las comunidades o barrios que los albergan. A pesar de que los pandilleros generan inseguridad en la misma comunidad a la cual pertenecen y en los barrios circundantes, es obvio que las y los jóvenes pertenecen a esa colectividad marcada, en primer lugar, por su lugar de vivienda y, en segundo lugar, por los vínculos que mantienen con sus propios familiares o amigos que habitan en la comunidad. Lo anterior significa, en el fondo, que los mareros dependen en buena medida de su barrio y que su propio carácter, como grupo que defiende un territorio con más o menos violencia y con un sistema de identidades y normas basadas en el desafío del orden establecido, tiene que ver con la forma en que los pandilleros mismos se relacionan con la comunidad y con cómo se han desarrollado las comunidades.

Lo anterior se refiere al hecho de que las pandillas juveniles no nacen ni se reproducen de la nada. Obviamente existen condiciones, factores y variables que facilitan el hecho de que unos jóvenes se vuelvan pandilleros en este barrio y no en aquél, y tales factores no solo tienen que ver con las condiciones inmediatas establecidas por la historia de vida, la situación familiar o el perfil personal del joven, sino también con la forma en que las y los jóvenes interactúan con la comunidad a la que pertenecen, cómo ésta, a su vez, construye sus relaciones sociales y controla a sus jóvenes.

La violencia y la inseguridad que generan las pandillas juveniles se encuentra, sin duda, mediatizada por esa forma en que se estructuran las relaciones sociales dentro de la comunidad —así como también como dentro de la sociedad en su conjunto—. El barrio y sus características sociales y económicas no constituyen un factor neutral en la configuración de las pandillas. De otra manera, ¿cómo se explica que existan barrios atestados de pandillas y de violencia sociales y barrios que, aun siendo colindantes con aquellos, no tienen problemas de violencia y de maras?

Las respuestas —o la búsqueda de las mismas— usualmente se han orientado más a explorar las razones personales o las condiciones económicas que hacen que muchos jóvenes se decidan a integrar las pandillas juveniles que a examinar los entornos inmediatos comunitarios en los cuales se desarrollan. En esas búsquedas se han identificado ciertos elementos, como la historia familiar del muchacho, los antecedentes de maltrato infantil, la desintegración y la disfuncionalidad familiar, considerados factores posibilitadores de las maras. También se ha dicho que la pobreza, el desempleo, la falta de oportunidades en educación y otros factores están detrás de la aparición de estas asociaciones. Todos los esfuerzos de investigación que han identificado la mayor o menor concurrencia de esos factores han contribuido al conocimiento de este fenómeno en Centroamérica, pero muy pocos esfuerzos se han orientado a explorar las dinámicas comunitarias que están detrás de la violencia juvenil y de las pandillas<sup>1</sup>. El trabajo que se presenta en estas páginas busca precisamente abordar ese campo. Se trata de estudiar los factores que desde la interacción social comunitaria se encuentran detrás de la prevalencia del problema de las pandillas en diversos contextos centroamericanos. Pero esto no se hace desde un abordaje antropológico, sino más bien sociológico, desde la perspectiva del “capital social”, y es estrictamente cuantitativo en su aproximación metodológica.

Esta investigación, titulada “Pandillas y capital social”, privilegió en su diseño y ejecución una metodología de tipo cuantitativo como una forma de buscar el mayor grado de comparación entre los diversos estudios locales. La razón de esa decisión responde a que este estudio consti-

- 
1. Una afortunada excepción a esta aseveración es el estudio de FLACSO El Salvador sobre la exclusión social en el área metropolitana de San Salvador (Savenije y Andrade-Eekoff, 2003).

tuye la segunda etapa de un proyecto más amplio iniciado en el año 1998, cuya primera fase —concluida a mediados del año 2000 con la publicación denominada *Maras y Pandillas en Centroamérica* (ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP, 2001)— consistió en la recolección de información a partir de técnicas de tipo cualitativo. En aquella primera aproximación a la problemática de las pandillas a nivel centroamericano, cada uno de los cuatro grupos de investigación de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua utilizaron técnicas cualitativas para la captura y el análisis de la información, entre las cuales se encontraron entrevistas a profundidad, grupos focales, experiencias de inmersión comunitaria, etc. El enfoque de esa primera fase de investigación era explorar las características del fenómeno de las pandillas desde la perspectiva de los jóvenes mismos, del análisis de sus discursos, de sus opiniones y su visión de la problemática.

Para complementar lo anterior, esta segunda fase del estudio ha buscado explorar los contextos que posibilitan la aparición y el establecimiento de las pandillas en las cuatro sociedades centroamericanas más violentas, con el fin de enfocar el fenómeno ya no tanto desde la perspectiva de los actores, sino a partir de las características de los espacios en los que éstos se desenvuelven. Esto dio paso para que en esta nueva fase se considerara más oportuno comenzar de una metodología cuantitativa con el fin de enriquecer y complementar la información ya existente del primer trabajo, de tal forma que se decidió aplicar una encuesta de opinión como técnica de recolección de información. Aunque cada país centroamericano inició de un mismo tema de investigación —y, por tanto, de una encuesta con un formato específico—, vale la pena aclarar que cada equipo tuvo que adaptarse a las necesidades, los recursos y las prioridades de cada país. A pesar de la intención movilizadora de esta investigación, los trabajos no son exactamente iguales, sus diseños muestrales, instrumentos y, so-

bre todo, sus análisis son diferentes. Sin embargo, hay que dejar constancia de que se realizaron grandes esfuerzos para que esas diferencias no fueran un obstáculo para lograr que los trabajos pudieran ser comparables al menos en una serie de aspectos básicos.

Este apartado tiene dos objetivos principales. El primero es presentar, en forma concisa, un breve encuadre introductorio a los planteamientos teóricos sobre el concepto de capital social y su relación con el ejercicio de la violencia. Un segundo objetivo consiste en describir los aspectos metodológicos que caracterizaron cada uno de los cuatro estudios centroamericanos. Más específicamente, se describen los procesos de selección de sus respectivas muestras y la estructura de los instrumentos utilizados, resaltando los elementos en común y aquellas variables que son propias de cada país.

### *1. Capital social como marco teórico para entender el fenómeno de las pandillas*

El concepto de capital social ha ganado mucha popularidad entre las ciencias sociales en los últimos años. Dicha noción se está aplicando a una amplia variedad de disciplinas que van desde el trabajo social o la educación, hasta la política y el diseño de políticas públicas. Su utilidad tiene que ver con que aborda los activos sociales que se crean a partir de las dinámicas de interacción social en una comunidad. En otras palabras, con la noción de capital social se pone el énfasis no solo en las estructuras de los grupos humanos o no tanto en la acumulación de los comportamientos de los individuos que conforman tales grupos —como ha sido una tendencia muy marcada en la psicología social norteamericana—, sino en los sistemas de relaciones sociales que constituyen una comunidad y que se desarrollan a lo largo del tiempo. Con la noción de capital social se exploran aquellos aspectos que, por lo



general, pasan desapercibidos en el estudio de las comunidades humanas muchas veces por su intangibilidad, pero que hacen una diferencia en el funcionamiento de las mismas.

### *1.1. Conceptualizaciones sobre el capital social*

El concepto de capital social viene del universo de conceptualizaciones económicas. Como “capital” se le considera un activo, pero éste no reside en un objeto físico ni tampoco reside exclusivamente en un ente o actor particular, sino que existe más bien en la relación de unas personas con otras, de unos actores con otros. Como “social” solo puede existir en esa dimensión de relaciones sociales, las cuales son básicas para el funcionamiento de las organizaciones, las comunidades y la sociedad. A diferencia de otras formas de capital, como el “humano”, el “social” se genera en esos espacios de interacción y es difícilmente poseído por alguien: se genera en la comunidad y allí se modifica y reproduce.

Según Woolcock y Narayan (2000), el concepto de capital social no es nuevo. A principios de siglo, una directora de escuela utilizó dicho concepto para subrayar la importancia de las interacciones sociales de la comunidad que rodea al alumnado. Luego, a lo largo del siglo, se había usado de manera esporádica por diversos autores para insistir sobre las mismas nociones, pero no era un concepto muy utilizado en las ciencias sociales. No es sino hasta finales de los años ochenta cuando el concepto cobró mucha popularidad, fundamentalmente a través de los trabajos independientes de Pierre Bourdieu, James Coleman y Robert Putnam, en especial de los dos últimos (PRI Project, 2003).

En realidad existen muchas definiciones de capital social y, aun a pesar de su popularidad, en el presente no hay

un acuerdo sólido sobre todo lo que implica. La mayor parte de las definiciones son más bien amplias e incluyen aspectos que tienen que ver con las instituciones políticas, la sociedad civil y la facilidad para establecer relaciones de mercado<sup>2</sup>. Por ejemplo, Bordieu (1986, p. 249) lo define como “la acumulación de recursos presentes o potenciales que están vinculados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas, basadas en el reconocimiento mutuo o, en otras palabras, en la pertenencia a un grupo”<sup>3</sup>. Bordieu pone el énfasis en la manera cómo el capital social facilita el acceso a recursos de cualquier tipo, sobre todo en aquellas personas que ya se encuentran en condiciones de ventaja socioeconómica y que les permite seguir acumulando más beneficios. Además, Bordieu estudia cómo el capital social opera para generar dinámicas de desigualdad dentro de las sociedades contemporáneas.

Pero no es sino hasta los trabajos de Coleman sobre educación que el concepto de capital social se comenzó a utilizar más ampliamente en el mundo académico. De forma amplia, Coleman definió capital social como las relaciones entre las personas que les permiten cooperar en el propósito de alcanzar objetivos comunes (1990). En la noción de Coleman, el capital social no solo puede ser útil para las elites, sino también para cualquier persona que forma parte de las redes sociales. Dentro de su comprensión más amplia del término, Coleman incluyó una serie de aspectos como las obligaciones y las expectativas, las normas y las sanciones sociales, las relaciones de autoridad, la información potencial y la organización social adecuada. Las obligaciones y las expectativas se refieren a que, por ejemplo, si una persona hace un favor a otra, esa persona esperará que la otra se sienta obligada a devol-

---

2. Esto se deriva del origen economicista del concepto.

3. Traducción propia.

verle el favor cuando lo necesite. Esto funcionaría como una forma de crédito sobre el cual se fundamenta la confianza dentro de las comunidades. Por su parte, las normas y las sanciones efectivas sirven como mecanismos para controlar las acciones de los agentes y que incrementan la previsión de las acciones; con las normas, los integrantes de una comunidad saben cómo comportarse y cómo no hacerlo, de tal manera que todo el mundo sabe qué esperar y qué no esperar de los demás. Las relaciones de autoridad impiden a los miembros de la comunidad comprometerse con oportunistas que quieren aprovecharse de la comunidad sin contribuir en absoluto con la misma. En el caso de la información potencial, Coleman subraya la importancia de la información que es obtenida a través de las relaciones sociales. Las interacciones sociales permiten que las personas tengan información fiable y oportuna sobre las condiciones que rodean su existencia. Finalmente, Coleman incluyó el tema de la organización social adecuada para referirse al hecho de que las organizaciones se forman para cumplir ciertos objetivos, pero una vez se cumplen los mismos, la estructura de las mismas suele ser aprovechada para cumplir con otros propósitos que contribuyan al funcionamiento de la comunidad.

Ahora bien, basado en el marco teórico de Coleman y en la discusión teórica que precedió al mismo, Narayan (1997) se refirió al capital social como las “reglas, normas, obligaciones, reciprocidad y confianza incrustadas en las relaciones sociales, en las estructuras sociales y en la institucionalidad de la sociedad, las cuales permiten a sus miembros alcanzar sus objetivos individuales y colectivos comunes”<sup>4</sup> (p. 50).

---

4. Traducción propia.

Por su parte, en 1993, con el propósito de estudiar la contribución de las instituciones al funcionamiento de la democracia, en Italia, Robert Putnam propuso una definición útil para señalar la importancia de este constructo para el mantenimiento del sistema político. Según Putnam, capital social se puede entender como “los aspectos de organización social como la confianza, las normas y las redes que pueden mejorar la eficiencia de una sociedad al facilitar las acciones coordinadas”<sup>5</sup> (Putnam, 1993, p. 167). Esta definición enfatiza aún más los aspectos sociales y se refiere a la sociedad como la unidad básica de análisis. Con este concepto, Putnam puso de manifiesto la importancia de este tipo de variables sociales en la configuración de las dinámicas a escala más institucional. Además, puso énfasis en el papel que desempeña la actividad asociativa que hace que extraños o desconocidos interactúen inculcando hábitos de cooperación, solidaridad y disposición pública, y que al final generan confianza interpersonal y reciprocidad social.

Dentro de su marco teórico, Putnam (2000) propuso la existencia de tres dimensiones fundamentales para estudiar el capital social. En primer lugar, una dimensión que toma en cuenta la orientación de las relaciones. Las relaciones pueden ser verticales, cuando se desarrollan entre individuos de distinta jerarquía, u horizontales, cuando las relaciones se dan entre personas que están en el mismo nivel jerárquico. En segundo lugar, una dimensión que toma en cuenta la intensidad de los vínculos. Dentro de las redes sociales, los vínculos fuertes crean más solidaridad y reciprocidad entre las personas; mientras que los vínculos débiles permiten el acceso a un número mayor de interacciones sociales, aunque con menos compromisos. Y en tercer lugar, Putnam distinguió una dimensión en la que contrapone lo que él llama *bonding* (o capital social vinculativo)

---

5. Traducción propia.

con *bridging* (capital social puente). Con el primero se refiere a las relaciones entre personas más cercanas, como familiares y amigos; mientras que con el segundo se describen esas relaciones que se mantienen con personas más distantes, como conocidos y los miembros de otros grupos.

La conceptualización de Putnam es probablemente la que ha tenido mayor influencia en el desarrollo del concepto por parte de los centros de pensamiento de las agencias de cooperación multilaterales y de las oficinas formuladoras de políticas de asistencia de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Según el Banco Mundial, el capital social “se refiere a las instituciones, relaciones y normas que conforman la calidad y cantidad de las interacciones sociales de una sociedad”. El Banco agrega que la importancia del capital social es que “numerosos estudios demuestran que la cohesión social es un factor crítico para que las sociedades prosperen económicamente y para que el desarrollo sea sostenible” (Banco Mundial, sin fecha, sitio web). Por su parte, la OCDE define el capital social como “las redes junto con normas, valores y opiniones compartidas que facilitan la cooperación dentro y entre los grupos” (citado por Portela y Neira, sin fecha, p. 2). Desde estas conceptualizaciones se han impulsado innumerables programas de cooperación y de asistencia en los países más pobres, que fundamentalmente buscan fortalecer las redes y los vínculos comunitarios de los lugares en donde se implementan los proyectos. Por ejemplo, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) ha echado a andar un programa llamado “Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo”, con el cual se propone fortalecer los valores éticos y el capital social de la región<sup>6</sup>. Por su parte, el Banco Mundial tiene una página en su sitio web sobre pobreza dedicada al tema del capital

---

6. Ver <http://www.iadb.org/etica>

social<sup>7</sup>, además de que muchos de sus programas están abordados desde el marco teórico que brinda la noción de este concepto.

Ahora bien, la falta de acuerdo sobre la conceptualización de capital social no ha impedido que el mismo sea utilizado ampliamente no solo como forma de comprender académicamente lo que hace que unas comunidades o grupos humanos sean más o menos exitosos en términos económicos y sociales, sino también para impulsar políticas públicas. Sobre esta línea muchos países están desarrollando políticas destinadas específicamente a crear, fomentar y desarrollar el capital social como base para el desarrollo (PRI, 2003; Kliksberg, 1999).

Pero volviendo al intento por adoptar una definición y a pesar de que el consenso general sobre un concepto básico parece aún algo remoto, la mayoría de investigadores y académicos se refieren al capital social enfatizando las condiciones de confianza entre los ciudadanos, así como también la participación de las personas en diversos ámbitos de la vida social y las normas que favorecen el trabajo compartido en la comunidad. Confianza, participación en organizaciones y normas de control social serían, pues, los ejes del concepto en los cuales parece haber más acuerdo y sobre los cuales se pretende trabajar fundamentalmente en el presente proyecto de investigación regional. Sin embargo, esto no impide que en el presente estudio se recojan y contemplen otros aspectos asociados con los anteriores, como la confianza en las instituciones, la disposición de espacios comunitarios que facilitan las interacciones sociales y las mismas percepciones sobre los jóvenes que integran a las pandillas, los cuales también han sido apuntados por algunos teóricos.

---

7. Ver <http://www.worldbank.org/poverty/scapital/index.htm>

La confianza social o interpersonal es, probablemente, el aspecto del capital social que más se ha estudiado como sinónimo de éste. De hecho, buena parte del trabajo de Putnam (2000) y Fukuyama (1995) va en esa dirección, aunque son cautelosos a la hora de usar la noción de confianza como simple sinónimo de capital social. Otros han sido más directos y han equiparado, casi por completo, ambos términos (La Porta y otros, 2000). Esto se debe, según algunos autores, a la necesidad de contar con un indicador que operacionalice fácilmente el concepto y que recoja con cierta precisión la actitud de las personas de relacionarse con los demás y de constituir redes sociales. Esta misma parece ser la ventaja de usar a la participación en organizaciones como un indicador parcial de fácil operacionalización a la hora de diseñar estudios. De hecho, en su trabajo más ambicioso sobre este tema, Putnam (2000) se aproxima a la situación del capital social en Estados Unidos, a través de la medición de los niveles de participación de los ciudadanos en organizaciones, clubes y asociaciones comunitarias, y llega a hallazgos tan sorprendentes, como el hecho de que la acción de una persona de unirse a un grupo o club disminuye a la mitad sus probabilidades de morir al siguiente año. Finalmente, el ámbito de las normas sociales constituye el factor menos utilizado en comparación con los dos anteriores, probablemente porque éste suele aumentar las confusiones sobre el concepto. Desde la concepción de capital social, algunos autores consideran las normas y las actitudes como determinantes potenciales o como resultados de este, pero no como un componente esencial. Su área más problemática lo constituye la medición, pues intentar evaluar el contenido o la calidad de las relaciones sociales y sus representaciones normativas es siempre más complicado que medir si una persona pertenece o no a ciertas organizaciones.

Todo lo anterior pone de manifiesto la complejidad que implica evaluar empíricamente un concepto sobre el cual aún hay mucho debate y poco acuerdo. No pocos problemas metodológicos y de operacionalización han surgido a la hora de medir las manifestaciones del constructo. Esto ha dado lugar a que incluso su pertinencia empírica se haya puesto en duda, porque algunos académicos piensan que el concepto no ha sido lo suficientemente desarrollado como para ser útil en las investigaciones, sobre todo cuando diversos esfuerzos de estudio han producido resultados contradictorios (Krishna y Shrader, 2000). Como dicen Portela y Neira (sin fecha), a final de cuentas, todos los esfuerzos de investigación sobre el capital social deben hacerse sobre variables aproximativas, con la agravante de que no existe unanimidad con que sean esos los indicadores más adecuados.

Uno de los problemas operacionales que con más frecuencia sale a la luz en los estudios empíricos es el que esos elementos, que forman parte del universo del capital social, no están aislados, sino que interactúan entre sí y con otras condiciones del medio ambiente y de la sociedad. Como dicen Lederman y otros (2000), el capital social no es una sustancia homogénea, sino multifacética —al igual que la violencia— y cuya medición implica la constitución de una serie de indicadores que no siempre son fáciles de aislar. Desde la propuesta de Coleman, está claro que el concepto de capital social tiene que ver tanto con los comportamientos como con las actitudes. Por otro lado, los indicadores que se diseñan en las investigaciones para medir el capital social, en realidad miden esos aspectos conductuales y actitudinales, más que el concepto en sí.

A pesar de ello, pocos investigadores han puesto en duda la importancia de los factores que conforman el constructo o la noción de capital social a la hora de comprender por qué unas sociedades o comunidades humanas



son más exitosas en la consecución de sus objetivos que otras. Más allá de si el capital social se restringe solo a la confianza interpersonal, o incluye la participación en organizaciones y redes sociales, o las normas de control social, es claro que para que una comunidad funcione son necesarios ciertos niveles básicos de confianza entre sus integrantes. Parece obvio que, para muchos propósitos, es mucho mejor que una comunidad se encuentre organizada y que sus miembros participen de manera activa a que esté desorganizada y que no exista coordinación en las actividades de sus miembros.

Por otro lado, a pesar de que la noción de capital social se construyó haciendo énfasis en su carácter beneficioso para el éxito del funcionamiento de las sociedades, para generar cambios institucionales y favorecer el desarrollo económico, algunos autores han señalado que el concepto básico también da cabida a la consideración de un efecto perjudicial en la dinámica del capital social. Esto ha sido llamado *capital social perverso* (Rubio, 1997). El *capital social perverso* implica la obtención de beneficios positivos para los miembros de las redes que las integran, pero implican resultados negativos para la comunidad más extendida, porque alientan el comportamiento que busca la ganancia a cualquier costo y la actividad delictiva. La existencia de pandillas o redes de crimen organizado es un ejemplo claro y tangible de que el capital social puede conducir también a efectos perjudiciales. Las pandillas juveniles contienen la mayor parte de aspectos que se han descrito del capital social. Ellas se caracterizan por fomentar vínculos muy fuertes entre sus integrantes, promueven la participación organizada y solidaria entre sus miembros, y crean sistemas de normas y valores que les permiten reconocer con claridad lo que está permitido y lo que no, al tiempo que aplican las medidas de control necesarias para mantener su propio ordenamiento. Sin embargo, ese tipo de capital social no es precisamente el que resulta más beneficioso

para todos los miembros de la sociedad. Así, el capital social puede ser un elemento bueno y necesario para las sociedades, pero bajo ciertas circunstancias también puede ser pernicioso para las mismas.

Según Adler y Kwon (2002), el capital social es beneficioso concretamente porque genera información, influencia y solidaridad. Las redes sociales que se crean con la participación comunitaria facilitan el acceso y el intercambio de información que contribuye a que los individuos y grupos cumplan con sus propósitos. Las redes sociales también crean esferas de influencia. Se sabe muy bien que una comunidad organizada tiene mayor capacidad para alcanzar sus propósitos en la medida en que actúa en forma coordinada, que si lo intenta de forma descoordinada y desintegrada. Por último—y quizás más importante para el enfoque de este trabajo de investigación—, el capital social también produce solidaridad. Las redes sociales contribuyen a que la gente se sienta comprometida con sus pares y a que adopten ciertos sistemas normativos o conjunto de reglas que hacen menos necesario el uso de controles formales y autoridades externas a la comunidad. Por ejemplo, una mayor solidaridad permite que los habitantes de una vecindad puedan resolver los problemas que se le presentan a alguno de sus miembros, sin necesidad de recurrir a agentes externos o a la aplicación irreflexiva de los reglamentos.

Por otro lado, el capital social puede provocar efectos adversos e indeseables. Según Portes (citado por PRI, 2003), el capital social puede acarrear procesos de exclusión de los individuos que son percibidos como extraños o ajenos a las propias redes o grupos sociales; puede contribuir a la restricción de las libertades individuales, sobre todo en aquellas redes muy cerradas; y puede promover la aplicación de normas que contribuyen a la segregación de ciertos miembros.

En otras palabras, el capital social no solo puede desempeñar un papel en la reducción de los problemas, sino que

también y bajo ciertas circunstancias puede constituirse en un alentador de dichos problemas. Fenómenos como la violencia, la exclusión socioeconómica, la falta de tolerancia, pueden desarrollarse o agravarse porque cierto tipo de grupos imponen su dinámica, normas, valores y mecanismos a otros, con tal de fortalecer sus propios vínculos, pero debilitando las relaciones con los demás. Ciertos tipos de organizaciones, determinadas redes sociales, basadas en la solidaridad y reciprocidad, pueden estimular la aparición de comportamientos criminales y violentos. Esto sería el “capital social perverso” que ya se ha descrito algunos párrafos más atrás.

Esta investigación busca concentrarse en las implicaciones positivas del capital social respecto a su relación con las pandillas juveniles centroamericanas. Sin embargo, dado el carácter general del fenómeno de las pandillas, es muy probable que más que condiciones “productivas” dentro del estudio se encuentren más bien expresiones de un capital social “perverso”, las cuales precisamente han posibilitado el apareamiento de las maras. Por ello, es muy importante tener en cuenta que tales condiciones y la conceptualización de un capital social negativo son útiles para comprender el apareamiento de las pandillas y de la violencia generada por aquellas.

Ahora bien, dada la diversidad de enfoques que han caracterizado el abordaje del tema del capital social, Woolcock y Narayan (2000) han identificado cuatro tipos de enfoques para estudiarlo: la perspectiva comunitaria, la perspectiva de redes, el enfoque institucional y, finalmente, el enfoque de sinergia. En el primero, la perspectiva comunitaria, el capital social se aborda en términos de la actividad asociativa y organizativa dentro de la comunidad, y se asume que mientras más organizada esté la comunidad, es mejor su funcionamiento. En el enfoque de redes, se suele examinar más cómo diferentes combinaciones de capital so-

cial, esto es, diversas formas de interacción social, pueden generar resultados positivos o resultados negativos. La perspectiva institucional, por su parte, pone el énfasis en los aspectos políticos, legales e institucionales del entorno de la comunidad, los cuales son vistos como claves para evaluar la eficiencia de las redes comunitarias. En otras palabras, el capital social depende del contexto institucional. El enfoque de sinergia intenta vincular las perspectivas de redes institucionales, reconociendo la complementariedad potencial de las instituciones del Estado y las redes sociales en la creación del capital social; es decir, se estudia cómo el entorno institucional se relaciona con las redes para mejorar la eficiencia del desempeño comunitario.

Este último es el tipo de aproximación que se intentará en el estudio, sin embargo, hay que decir que en algunos análisis locales, esa aproximación se intentará más que otros. Aunque el trabajo de investigación y el análisis de cada país incluido en este esfuerzo es independiente. Las mediciones, como se verá más adelante, se concentraron en las redes sociales de los entornos identificados y cómo éstas se desarrollan junto con la percepción del ambiente institucional o con las condiciones o indicadores de éste.

Finalmente, en términos conceptuales, y para los propósitos de los análisis que son llevados a cabo en el presente volumen, es importante diferenciar dos categorías cuando se habla de capital social. La primera es el capital social estructural y la segunda, el cognitivo. Esta diferenciación, desarrollada por Uphoff (2000), incluye dentro del capital estructural diversas formas de organización social, particularmente roles, reglas, procedimientos, así como una amplia variedad de redes que contribuyen a la cooperación y a la “acción colectiva mutuamente benéfica”<sup>8</sup> (*idem*, p. 220). En tanto que la noción de capital social cognitivo

---

8. Traducción propia.

se refiere a todo aquello que se deriva de los procesos mentales y que resultan en ideas reforzadas por la cultura y la ideología, como las normas, los valores, las actitudes y los pensamientos que contribuyen también a la cooperación y a la acción colectiva productiva (Cuadro 1.1).

**Cuadro 1.1**  
**Categorías complementarias del capital social**

	<b>Estructural</b>	<b>Cognitivo</b>
Fuentes y manifestaciones	Roles y reglas Redes y relaciones interpersonales Procedimientos Legislación	Normas  Valores Actitudes Pensamientos
Dominios	Organización social	Cultura política
Factores dinámicos	Vínculos horizontales  Vínculos verticales	Confianza, solidaridad, Cooperación, generosidad
Elementos comunes	Expectativas que conducen al comportamiento cooperativo que produce beneficios mutuos.	

*Fuente:* Uphoff (2000, p. 221).

En la práctica, ambas categorías de capital social se encuentran entrecruzadas. La primera contempla todo lo que es posible observar: las redes, las organizaciones, la participación, que toman lugar en función de la segunda, la cognitiva, la cual no es posible observar, pero es la que determina los comportamientos humanos y, por tanto, los sociales. Ambas marcan las expectativas de las personas en sus interacciones sociales, las cuales permiten o impiden las conductas de cooperación social.

En este trabajo se examinarán ambas dimensiones del capital social: la participación y la organización (además de la disposición de espacios de encuentro comunitario) como indicadores del capital social estructural; mientras

que la confianza interpersonal, la tolerancia y las normas de justificación del uso de la violencia (además de la confianza institucional) como indicadores del capital social cognitivo.

### *1.2. Capital social, juventud y violencia*

Como ya se apuntó más arriba, en los últimos años se ha “descubierto” la utilidad de este concepto para explicar y comprender diversos fenómenos sociales. A partir del estudio del capital social se ha examinado el funcionamiento de los sistemas educativos, el desempeño y crecimiento económico de las sociedades, la equidad socioeconómica, la incidencia y prevalencia de enfermedades, la seguridad pública y el crimen, los fenómenos de migración, la democracia y el desarrollo social, entre muchas otras cosas. Usando la noción del capital social, por ejemplo, se han encontrado vinculaciones entre diversos fenómenos sociales. Por ejemplo, un estudio, citado por Kliksberg (1999), permitió concluir que la desigualdad económica disminuye el capital social y ello afecta fuertemente la salud de la población, medida ésta como esperanza de vida. El mismo estudio pionero de Putnam (1993), sobre la democracia en Italia, señala el papel que ha jugado el capital social para la institucionalidad democrática del norte de Italia. Francis Fukuyama señala, en su libro *Trust* (1995), que el éxito económico de las sociedades depende, en buena medida, del capital social que se genera a partir de la confianza que se tienen los actores sociales. La lista de contribuciones del concepto del capital social a la comprensión del funcionamiento de las sociedades contemporáneas es ya bastante amplia.

Algunas de las áreas en donde el trabajo sobre capital social está produciendo muchos hallazgos, discusiones y propuestas políticas son en juventud y seguridad pública. El capital social ha sido visto como un elemento funda-

mental para los procesos de socialización y desarrollo de las juventudes contemporáneas. Tal y como lo expresa un documento de trabajo de una organización no gubernamental, vinculada a una iniciativa de la Escuela de Gobierno de la Universidad de Harvard: “La sociedad adulta frecuentemente pasa por alto a los jóvenes, excepto cuando se meten en problemas. Los jóvenes quieren lo que todos quieren; afiliación, comunidad, solidaridad, respeto, éxito y oportunidades. La posibilidad de que esas necesidades sean proveídas por las pandillas juveniles —o, en su lugar, por las escuelas, las casas comunales y los clubes deportivos— depende de la sociedad. Y la elección que hagamos tiene cortos o prolongados efectos. La naturaleza del capital social disponible para los jóvenes determina qué tan bien van a educarse, las oportunidades de que asistan a la universidad, la posibilidad de que cometan crímenes y las probabilidades de que usen drogas o cometan suicidio”<sup>9</sup> (Feldstein y Putnam, 2003, p. 77).

Y es que las y los jóvenes constituyen el grupo social en donde el ejercicio del capital social es más intenso. Estas personas son las que más buscan asociarse y participar, crean fuertes lazos de reciprocidad y confianza, y buscan, construyen y se adhieren a particulares sistemas normativos y de valores con tal de fortalecer su sentido de pertenencia y de identidad personal. No es casual que las pandillas o maras juveniles, uno de los modelos por excelencia del “capital social perverso”, tome lugar precisamente entre este grupo de personas.

Ahora bien, llegados a este punto, es importante recordar que el propósito de estos trabajos de investigación no es examinar cómo se crea el capital social dentro de las pandillas, en realidad tampoco se pretende estudiar las pandillas

---

9. Traducción propia.

o a los jóvenes en sí mismos. El énfasis del presente estudio se encuentra más bien en explorar a las colectividades que dan lugar a las pandillas, esto es, en examinar el capital social que se encuentra detrás de la aparición, el desarrollo y la subsistencia de las maras juveniles en algunas comunidades de Centroamérica. Por ello, el repaso sobre las características de la juventud centroamericana y sobre las dinámicas internas que les llevan a integrar las pandillas, es un asunto que fue abordado específicamente en el primer volumen publicado de este proyecto ampliado de investigación (ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP, 2001). Este volumen se concentra, pues, en las variables de capital social que están detrás de las comunidades en donde prevalecen las pandillas y la violencia y el crimen muchas veces generadas por éstas<sup>10</sup>.

El capital social, el estudio de las redes sociales, de su organización y sus normas, no solo ha sido visto como un elemento clave para comprender cómo funcionan los sistemas políticos o las agrupaciones sociales, sino también para explicar por qué unas sociedades o comunidades han dado lugar a grupos pandilleros y a dinámicas de violencia y delincuencia, mientras que otras no.

Se sabe que todas las sociedades o comunidades necesitan cierto grado de orden para poder subsistir y desarrollarse. Sin embargo, entre más grandes y más complejas son las sociedades, más aumentan las posibilidades de que las relaciones sociales se decanten en dinámicas de inestabilidad, desintegración y desorden y, por lo tanto, existe más necesidad de contar con mecanismos que aseguren esos niveles básicos de orden. En las sociedades contemporá-

---

10. Por ello, este apartado no contempla desarrollar una discusión sobre el estado de la juventud en Centroamérica. Para una revisión de esos presupuestos, ver el primer volumen de esta serie (ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, 2001).



neas existen tres mecanismos mediante los cuales es posible mantener cierto grado de orden social. Uno es mediante medios coercitivos, esto es, el uso de la fuerza. Otro es lo que se ha dado en llamar medios utilitarios, esto es, la utilización de mecanismos alternativos para controlar el comportamiento social, como los incentivos económicos, el gasto público dedicado a ciertos grupos, la infraestructura y el planeamiento habitacional, etc. El último medio es la normatividad social, es decir, la existencia de sistemas de normas y valores que gobiernan los comportamientos de las personas (Graycar, 1999).

En la práctica, las sociedades contemporáneas utilizan simultáneamente esos tres medios para mantener el control y el orden, pero el grado en que usan uno u otro determina el carácter político de esa sociedad y viceversa. Las sociedades más libres y democráticas descansan menos en el uso de la fuerza para mantener el orden y se apoyan más, por medio de la educación universal, en el desarrollo de normas y convenciones que son aceptadas por la mayoría. Por el contrario, una sociedad que depende más de medios coercitivos (gran número de policías y agentes armados, leyes represivas y grandes complejos carcelarios) para mantener el orden, es una sociedad con graves problemas de confianza y de libertad entre sus miembros (Graycar, 1999). Así lo afirma también Putnam (1993) cuando sostiene que “las sociedades que dependen mucho del uso de la fuerza son más probables de ser menos eficientes, más costosas y más hostiles que aquellas en donde la confianza es mantenida por otros medios” (p. 165).

El capital social —el positivo— desempeña un papel fundamental para la creación de esas normas de autorregulación social, que hacen innecesario el uso de medios formales de coerción. Como afirman Rose y Clear (1996), el capital social es la esencia del control social porque constituye la pura fuerza de la colectividad que asegura el

orden. Es lo que permite que los grupos hagan cumplir las normas porque incrementa sus niveles de control informal. Así, las comunidades que tienen serios problemas de integración y de organización suelen sufrir el crimen y otras situaciones negativas porque, en parte, tienen muy pocos recursos de capital social. Con esto no se quiere decir que el crimen y la violencia son simplemente el producto de la incapacidad de los grupos y las sociedades para integrarse. En realidad, participan muchas más condiciones en la generación de la violencia y la criminalidad, pero sin duda la facultad de las comunidades para construir redes que facilitan la participación e inclusión de sus integrantes, la solidaridad y el respeto mutuos alejan las probabilidades de que se establezcan y desarrollen conductas criminales entre los miembros, en especial entre los jóvenes. Pero también, la violencia puede contribuir a desarticular las redes sociales que generan el capital social productivo, o bien puede dar lugar al capital social perverso que fortalece los vínculos privados y deshace los lazos externos de la comunidad, al tiempo que fomenta las actividades ilegales.

Las hipótesis fundamentales que relacionan el capital social con la violencia se citan en seguida. En primer lugar, la existencia del capital social impide en buena medida la implantación de conductas criminales y violentas en una comunidad. En segundo lugar, la generación de capital social contribuye a la reducción de la violencia en esos lugares en donde ya existe. Según Lederman y otros (2000), existen dos tipos de argumentos que explican la relación entre la violencia y el capital social. El primero, que enfatiza una interpretación economicista de la relación, es que el capital social reduce los costos de las transacciones sociales, porque la presencia de redes sociales estimula el intercambio de bienes que hace que las personas consigan con menos esfuerzo sus propósitos individuales. El segundo, más enfocado en la tradición sociológica, señala que las “comunidades con fuertes lazos entre

sus miembros están mejor preparados para organizarse y superar los problemas generados por los oportunistas dentro de la acción colectiva” (p. 10). En el fondo, el capital social mediatiza la probabilidad de que las personas actúen de forma individual y oportunista, al proveer de un marco de comportamiento social. En la aplicación al caso de las pandillas, esto supone que la presencia del capital social en una comunidad impediría que los jóvenes se organizaran “en contra de la comunidad misma” y que, por el contrario, apoyaran los esfuerzos de gestión comunitaria.

Así, diversos estudios empíricos han comprobado esta relación entre elementos del capital social y la violencia. Lederman y colegas (2000), en un estudio multicéntrico, usando datos de 39 países, encontraron que el capital social, medido como confianza entre los miembros de la comunidad, tiene el efecto de reducir la incidencia del crimen violento. El mismo estudio, sin embargo, no encontró relación entre la participación secular y religiosa de los ciudadanos y las tasas de criminalidad de los países estudiados. Por otro lado, Moser y Holland (1997), en un estudio local más complejo sobre la pobreza y la violencia en Jamaica, encontraron que la violencia dependía en cierto modo de los tipos de organizaciones que prevalecían en una comunidad. Las organizaciones más orientadas hacia estructuras jerárquicas y verticales tendían a encontrarse en aquellos lugares en donde la violencia era más alta; mientras que las organizaciones en donde prevalece una estructura más horizontal y las relaciones sociales están basadas en la confianza y en la reciprocidad, la incidencia de la violencia era menor. Además, los mismos autores descubrieron la importancia de la infraestructura de la comunidad en la prevención del crimen, sobre todo por parte de las y los jóvenes: la existencia y el funcionamiento de clubes juveniles, instalaciones deportivas y salones de baile eran fundamentales para la creación de redes y de confianza entre los miembros de la comunidad, y ésta a su vez

era crucial para que la comunidad enfrentara los problemas de violencia y pandillas.

Actualmente, existen tres perspectivas teóricas dominantes en criminología. La teoría de la desorganización social, según la cual el crimen surge de débiles controles sociales informales; la teoría de la anomia social, que señala que la confianza es fundamental para comprometerse con las normas de orden; y la teoría de la tensión, que pone el énfasis en la disposición de recursos por parte de la comunidad (Rosenfeld y otros, 2001). Este trabajo se inscribe más en la línea sociológica sobre capital social y, en ese sentido, se acerca más a la teoría de la desorganización social que privilegia las explicaciones ecológicas sobre la aparición del crimen por sobre las individuales, aunque las otras dos perspectivas pueden ser útiles también para comprender la relación entre capital social y las pandillas juveniles. La teoría de la desorganización social básicamente dice que algunas comunidades son incapaces de autorregularse efectivamente debido a los efectos perniciosos de algunas características del medio ambiente (Rose y Clear, 1996). Esto conduce a que la estructura organizacional de la comunidad se trastoque, lo cual a su vez debilita los lazos entre los miembros de la comunidad y de ésta con ellos. Las comunidades desorganizadas son, así, incapaces de resolver en conjunto los problemas compartidos por la comunidad, porque no pueden establecer o mantener un acuerdo general sobre los valores, las normas y los roles que comparten sus miembros.

Así, las condiciones socioeconómicas, como la pobreza, la desigualdad social, la movilidad residencial y la densidad poblacional, entre otras, generan o alteran estructuras comunitarias en donde la integración social y los lazos interpersonales se debilitan o se vuelven inexistentes, lo cual erosiona la capacidad de las comunidades para regular de manera informal el comportamiento de sus miembros. Sampson (1988), uno de los teóricos más importan-

tes del enfoque de desorganización social, afirma que las amistades locales, la vinculación con la comunidad y la participación, los cuales son indicadores de integración social, son mediadores importantes entre las condiciones sociales y el crimen. Esos indicadores —que también lo son de capital social— son los que hacen, por ejemplo, que la desigualdad económica desemboque o no en violencia.

En la medida en que las personas de una comunidad se encuentren integradas y vinculadas a la colectividad, en esa medida tendrán más capacidad para autorregularse. En la medida en que las personas se perciban a sí mismas aisladas y sin compromisos con los demás, el control de sus acciones es más difícil de lograr por parte de la colectividad y ésta debe recurrir a mecanismos externos para aplicar los controles y las sanciones —que, por lo general, contribuyen a erosionar más los lazos y la confianza comunitaria—. Las comunidades que tienen problemas con la violencia tienden a estar desintegradas y desorganizadas, porque no poseen los fuertes lazos y las relaciones sociales que son necesarias para el control social informal. El capital social contribuye a impedir la violencia y la criminalidad porque genera ciertos niveles de confianza y de reciprocidad, a través de las interacciones sociales que sirven para reforzar un conjunto de normas prescriptivas sobre el comportamiento de sus integrantes. Elevados niveles de capital social aumentan la habilidad y la eficacia de la comunidad para orientar y controlar a sus integrantes. En las comunidades con mucho capital social, las y los jóvenes son estimulados para mantenerse en la escuela, para mantenerse alejados de conductas delictivas y son sancionados informalmente en los entornos privados de la comunidad si violan esas expectativas (Rose y Clear, 1996).

El capital social también contribuye a evitar la violencia y la criminalidad porque promueve el capital humano. El capital humano se refiere a las habilidades personales y a

los recursos que las personas necesitan para ser productivas, lo cual se obtiene fundamentalmente a través de la educación y del adiestramiento ocupacional o profesional. Como dicen Rose y Clear (*idem*, p. 9), el capital social “contextualiza el capital humano (y viceversa) porque vecindades ricas en capital social ejercen más control sobre los habitantes, ayudando así a la comunidad a producir miembros más educados, empleables y productivos. Barrios con poco capital social son zonas llenas de crimen porque, entre otras razones, sus residentes son personas que usualmente cuentan con muy pocas habilidades, se encuentran desempleadas y son más propensas a dedicarse a la vida criminal”<sup>11</sup>.

El capital social se puede convertir, además, en un elemento fundamental para compensar la escasez de otros recursos en la comunidad. Las comunidades más integradas y más participativas son una inagotable fuente de redes sociales informales que proveen recursos y servicios, que canalizan oportunidades de empleo, generan contactos políticos y proveen de apoyo psicológico, los cuales son de extremo valor en barrios más pobres y desposeídos. Las personas más pobres suelen también depender más de este tipo de medios, de tal forma que cuando los mismos se desvanecen por la desintegración comunitaria, se vuelven más vulnerables para enfrentar los problemas generados por la pobreza. Por ello, fenómenos como la extrema movilidad comunitaria debido a las presiones económicas, la necesidad de encontrar empleo y la privación de servicios sociales suelen impedir que las personas establezcan relaciones sociales y que aumente la eficacia comunitaria. Aparte de esto, también hacen que sus integrantes no cuenten con los soportes para enfrentar sus problemáticas personales, además de que perjudica la capacidad de la comu-

---

11. Traducción propia.

nidad para socializar a sus jóvenes en un patrón coherente de normas y valores. De allí la importancia del capital social en la organización y el desarrollo de las comunidades.

Ahora bien, pasando a otro ámbito de la discusión, la relación entre capital social y violencia no se da en forma unidireccional. No es solo que el capital social —positivo— previene la violencia o la disminuye; en realidad, la violencia puede determinar también al capital social, es decir, puede influir sobre los niveles de confianza, sobre las normas que rigen los comportamientos y sobre la capacidad de las personas para organizarse socialmente (Moser y Holland, 1997; Cruz, 2000). Algunos estudios han mostrado que elevados niveles de crimen producen miedo, lo cual resulta en abandonos físicos y psicológicos de los barrios, hechos que contribuyen al deterioro organizacional de las comunidades y a constreñir sus interacciones sociales (Skogan, citado por Rose y Clear, *ídem*). Otros autores han señalado también que el crimen contribuye al abandono económico de algunas regiones, lo cual profundiza el aislamiento y la carencia de las comunidades con problemas de violencia.

Una serie de investigaciones, llevada a cabo por McIlwaine y Moser (2001a), encontró que el temor generado por la violencia política y la inseguridad producida por las pandillas y el uso de drogas erosionaban el capital social “productivo”, en ciertas comunidades de Guatemala y Colombia. También hallaron que allí donde existe mucha violencia también hay presente una gran cantidad de capital social “perverso”: guerrillas, grupos paramilitares, pandillas, traficantes de drogas, etc. Más aún, tales investigaciones sugieren que el rastreo del impacto del capital social debe ir más a fondo, en los mismos hogares y con las mismas redes familiares dentro de la comunidad. Un estudio efectuado en Guatemala halló que la violencia social, dentro de los hogares, puede erosionar el capital social, al llevar a las y los

jóvenes a tomar alcohol y drogas y unirse a las pandillas, “lo cual puede llevar a la violencia con fines económicos, como robos y homicidios, o puede llevar a violencia sexual, como violaciones (McIlwaine y Moser, 2001b, p. 4).

Por otro lado, en un trabajo, llevado a cabo por Rosenfeld y otros (2001), se encontró que altos niveles de criminalidad suelen menoscabar ciertos tipos de participación ciudadana, pero al mismo tiempo estimulan otras. Esos otros tipos de participación pueden ser positivos, en la medida en que la comunidad se ve estimulada a atender el problema de la violencia mediante el fortalecimiento de sus propias interacciones y la vinculación con las instituciones del Estado para ganar seguridad. No obstante, también pueden ser negativas, en tanto se creen grupos violentos que buscan limpiar a las comunidades del crimen.

Quizás uno de los hallazgos más significativos del estudio de Rosenfeld y colegas es que los hechos de violencia que suelen tener mayor impacto en el capital social no son los más graves, como el homicidio, sino los menos serios, pero más frecuentes, como los robos o los hurtos. Estos últimos impactan más a las colectividades porque generan miedo y un estado de inseguridad entre los habitantes. Los delitos más graves, como los homicidios, sin duda tienen un impacto devastador también. Sin embargo, este tipo de hechos no son los que usualmente deben enfrentar los ciudadanos de manera cotidiana<sup>12</sup>.

---

12. Esto tiene mucha importancia en el estudio de las pandillas porque, como ya se ha apuntado en las primeras páginas de este capítulo, las pandillas juveniles suelen ser más responsables de la inseguridad ciudadana que de la violencia en sí misma. La naturaleza de las pandillas centroamericanas, las cuales las hace ubicuas en la mayor parte de escenarios sociales, suele contribuir mucho a la difusión de miedos y desconfianzas.



En síntesis, la relación entre capital social y violencia no es una relación simple. En el fondo se trata de una dinámica en donde ambos elementos se determinan mutuamente: capital social  $\Rightarrow$  violencia  $\Rightarrow$  capital social. A veces, es muy difícil establecer qué ha sido primero. Esto obviamente implica un problema metodológico que muchas veces aparece como insalvable, pues en varias ocasiones es difícil saber qué está incidiendo en qué y no se cuenta con un momento que pueda identificarse como el punto de partida. En todo caso, dos cosas son lo más importante: primero, enfatizar el carácter relacional del capital social y las pandillas juveniles que generan inseguridad; y segundo, examinar la forma en que las interacciones sociales resultan beneficiosas o perjudiciales para enfrentar el problema de las pandillas juveniles en Centroamérica.

### *1.3. La propuesta de estudio*

Los artículos que se encuentran a continuación no se centran en el carácter perverso del capital social de las pandillas juveniles, en la región centroamericana. Más bien parten del supuesto que la presencia o ausencia del problema de pandillas en una comunidad se debe a la menor o mayor existencia de capital social “positivo” en esa comunidad —o, en su defecto, a la presencia del capital social perverso—. Esto quiere decir que la presencia de las pandillas se debería, entre otras cosas, a la ausencia de confianza interpersonal, de relaciones de ayuda recíproca, de normas de participación comunitaria y de un sentido de pertenencia. Sobre esto no debe haber confusión. En concreto, el presente estudio se dedica a medir el impacto de los factores del capital social en la presencia o no de las pandillas en algunas ciudades o barrios de cuatro países centroamericanos. La hipótesis fundamental de esta fase del proyecto “*Maras y pandillas en Centroamérica*” es que las comunidades que se encuentran atestadas de jóvenes pandilleros o mareros, y que se encuentran sumergidas en las dinámi-

cas devastadoras de la violencia provocada por aquellos, cuentan con bajos niveles de capital social positivo —medido como altos niveles de confianza interpersonal, fuerte participación ciudadana e integración comunitaria y ausencia de normas que justifican la violencia—, y que esa escasez de capital social es la que ha permitido, entre otras cosas, que tales comunidades tengan y mantengan el fenómeno de las pandillas.

Al adoptar este enfoque, no se niega o ignora la concurrencia de otros factores fundamentales en la aparición de las pandillas en la comunidad, sobre todo aquellos factores de índole estructural. Pero como se verá en algunos de los trabajos que aquí se presentan y como ya ha sido discutido en los párrafos previos, por lo general es imposible desligar el capital social de las condiciones estructurales que rodean a los barrios centroamericanos. Las pandillas y la violencia tienen que ver con el capital social, pero ambos tienen que ver también con el ordenamiento económico, con la disposición urbanística de las ciudades y con la institucionalidad política de las sociedades centroamericanas. La ventaja o la utilidad de examinar por hoy el tema del capital social como variable clave para comprender la aparición y el mantenimiento de las maras, es que el mismo es sensible a la intervención sociopolítica. Probablemente es más fácil, a corto plazo, promover la participación ciudadana en las organizaciones comunitarias que revertir las dinámicas de desigualdad económica.

Este esfuerzo de investigación regional se basa en los resultados de una encuesta realizada a finales del año 2000, en diversas y muy heterogéneas comunidades centroamericanas, que recoge diferentes tópicos relacionados con las pandillas, la violencia, las actitudes, la participación en organizaciones y la situación de la comunidad. El enfoque metodológico de este ejercicio es estrictamente cuantitativo y pretende establecer la relación entre el capital social

y la existencia de pandillas, a través del uso de la estadística multivariada. El presente esfuerzo no pretende agotar la explicación de todos los factores que intervienen en la aparición de las pandillas dentro de una comunidad, pero sí incluye los que más claramente están dentro de la órbita conceptual del capital social más otros de orden socioeconómico, que pueden ser útiles en la explicación de la violencia juvenil de dichos lugares. A continuación, una explicación más detallada de las características de cada uno de los cuatro estudios.

## *2. Metodología de trabajo*

### *2.1. Tipo de investigación e hipótesis principal*

Los siguientes estudios buscan explicar cómo las pandillas necesitan, para su surgimiento, un contexto social con características muy particulares, y una forma en que estas características interactúen entre sí para mantenerlo. Para ello, se intentó utilizar una metodología que pudiera, dentro de un margen de precisión, facilitar una explicación del fenómeno de las pandillas en cada uno de los países en cuestión. En ese sentido, se decidió por una investigación mediante la aplicación de encuestas para recoger información sobre las comunidades. La metodología aplicada en el estudio parte de dos presupuestos básicos. El primero es la existencia de información previa del fenómeno a estudiar —que, en este caso, se obtuvo a través de la investigación “*Maras y Pandillas en Centroamérica*”<sup>13</sup>—, experiencia que permitió a los cuatro equipos de investigación enfocar mejor la búsqueda, ahora desde el tema del capital social. El segundo es una teoría social existente que fue aplicada al

---

13. Otros estudios sobre la temática sobre los que partió el equipo salvadoreño fueron: Cruz y Portillo (1998); Smutt y Miranda (1998); Santacruz y Concha-Eastman (2001); Rodgers (2003).

problema que se deseaba investigar, a partir de la creación de una serie de indicadores que pretenden medir el nivel de capital social de un universo escogido. Algunos de estos indicadores ya se han utilizado en otras investigaciones y los resultados han sido aceptables.

A partir de esos presupuestos metodológicos básicos es que se planteó la hipótesis fundamental para esta investigación. Siguiendo la definición hecha en el marco teórico, lo que se pretende demostrar es que a más capital social “positivo” en una comunidad, hay menos probabilidad de que allí surjan pandilleros y problemas relacionados con ellos. Cuando se habla aquí de capital social “positivo”, se alude a factores como mayor confianza interpersonal e institucional, mayor participación comunitaria, más espacios sociales de encuentros sanos, etc., los cuales fueron operacionalizados a partir de las variables incluidas en el cuestionario.

Desde el inicio se estimó que la mejor forma de verificar la hipótesis planteada era mediante encuestas que tomaran diversas muestras y permitieran contrastar dos poblaciones con similares características sociodemográficas, con la diferencia de que en una de ellas existiera una fuerte presencia de pandillas en contraste con los niveles que pudieran existir en la otra. Eso permitiría observar los niveles de capital social positivo de cada sector y verificar si la población con capital social más bajo es también la población en la que prevalece una problemática de pandillas más acentuada. Con esto en mente, el equipo de Honduras dividió la ciudad en donde realizó su estudio en dos sectores, a saber, los barrios con fuerte presencia de pandillas y el resto de la ciudad. Por su parte, el equipo de El Salvador prefirió hacer la comparación en tres municipios del interior del país, dos de los cuales presentan una fuerte presencia de pandillas y uno sin una problemática de ese tipo. En Guatemala se optó por escoger dos barrios consecutivos

con igual presencia de pandillas, por lo cual no se pudo hacer el ejercicio de comparación; y en Nicaragua se compararon las diferencias, en un mismo barrio, entre las familias que tenían hijos pandilleros y las que no los tenían.

Más que enfatizar una relación lineal o de causalidad entre las variables que sirvieron como indicadores de existencia de capital social y la presencia de pandillas en un lugar determinado, lo que se pretende es establecer la existencia de vínculos o relaciones estadística y conceptualmente significativas entre dichos elementos. En otras palabras, lo que se hizo fue partir del marco conceptual del capital social para entender la presencia de pandillas en algunos conglomerados urbanos de los cuatro países centroamericanos incluidos en el estudio, con el objetivo de establecer qué factores, de los que en esta investigación se entenderá por capital social, pueden ayudar a explicar el hecho que una ciudad —o un sector de ella— tenga un problema grave de pandillas y de violencia, mientras que otra similar —u otro sector de ella— no los tenga.

## *2.2. Diseño de las muestras*

Para el diseño de la muestra, cada país se ajustó a sus propias condiciones y posibilidades. El equipo de El Salvador, conformado por miembros del Instituto Universitario de Opinión Pública de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, determinó que los destinatarios de su muestra deberían ser los habitantes de zonas urbanas de tres municipios del interior del país, que se encontraran alrededor del área metropolitana de San Salvador (AMSS), y que tuvieran relación con esta misma. Los municipios escogidos fueron: Cojutepeque, Nejapa y Quezaltepeque. Además de la cercanía con el AMSS, a través de las vías de comunicación y medios de transporte disponibles, otros criterios que se utilizaron para escoger esos tres municipios fueron: que al menos uno de ellos se diferenciara sig-

nificativamente de los otros en términos de la problemática a tratar (presencia activa de pandillas y de violencia); que al menos dos de ellos fueran de una misma área geográfica y comunicación; y, por último, que al menos dos tuvieran similares indicadores sociodemográficos. Todo esto con el objetivo de comparar las condiciones que están asociadas al hecho de que en unos municipios existen problemas de pandillas mientras que en otros no. De esa forma, Quezaltepeque y Cojutepeque son municipios con altos niveles de violencia y de problemas de pandillas, mientras que Nejapa fue escogida por los bajos niveles en esos rubros. Los tres municipios se encuentran a no más de 30 kilómetros del AMSS; los municipios de Quezaltepeque y Nejapa colindan entre sí y entre sus dos cascos urbanos no hay más de siete kilómetros de distancia. La única diferencia es que, de los tres, Nejapa es un municipio más pequeño y con un menor nivel de desarrollo (Cruz, 2001). Esta desigualdad se suple en el diseño de la muestra al centrarse únicamente en las cabeceras municipales, y para el caso de Nejapa, el diseño muestral permitió tocar cada uno de los segmentos de su cabecera municipal.

Por su parte, el miembro del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, de la Universidad Rafael Landívar (IDIES), definió como destinatario de la investigación a los habitantes de dos poblados en la zona 18 de la capital de Guatemala. Específicamente, la colonia El Limón y el asentamiento La Candelaria, ubicados de forma colindante el uno del otro. Igual que para el equipo hondureño, también en el caso guatemalteco influyó mucho para la selección de esos barrios el conocimiento anterior de ambos núcleos poblacionales. Una diferencia respecto al estudio de El Salvador y Honduras fue que los dos sectores escogidos tienen igual presencia de pandillas; de hecho, toda la zona presenta altos índices de violencia, con lo que el objetivo primordial del equipo guatemalteco consistió en constatar

si para ambos lugares (con igual presencia de pandillas) habían iguales niveles de capital social.

En el caso del equipo de Honduras, conformado por miembros del Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC), se decidió tener como destinatarios de la investigación a los habitantes del casco urbano de la ciudad de El Progreso, ubicada en el departamento de Yoro. Para el diseño de la muestra se dividió la ciudad en dos sectores: el universo rojo, que es el sector de la ciudad con una fuerte presencia de pandillas, y el universo blanco, aquel sector de la ciudad con escasa o nula presencia de pandillas, constituido prácticamente por el resto de la ciudad. El criterio fundamental para la división de la ciudad fue el conocimiento que tenía el equipo de investigación sobre su casco urbano y los sectores donde se aglutinan las pandillas, posibilitado por la primera fase del estudio que se realizó en el mismo lugar (ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, 2001). También influyó que en la ciudad de El Progreso, las pandillas se agrupan en lugares específicos, no es un fenómeno extendido, sino focalizado en barrios concretos. Criterio de peso fue que la ciudad es una zona bastante homogénea, y aunque existen diferencias socioeconómicas, éstas no son grandes. Y por último, la ciudad tiene una misma identidad y dinámica como centro urbano. Gracias a esos criterios se planeó la muestra para que pudiera representar de forma fiel los dos sectores de interés.

En el caso nicaragüense, conformado por miembros de la Dirección de Investigación de la Universidad Centroamericana, el grupo destinatario del estudio fueron las familias del Reparto Schick, de la ciudad de Managua, el cual fue dividido en dos grupos: el "grupo experimental", nombre dado a aquellas familias en donde vive algún pandillero, y el "grupo control", conformado por familias que no cuentan entre sus miembros a pandilleros. El criterio para la selección del lugar fue la extensión de la zona (conformada por

cuatro etapas), al que se anexan otros barrios aledaños que se integran en una misma identidad. El total de viviendas de toda la zona es de 5 105 y la población aproximada de 34 104 habitantes. Igual que en el caso hondureño y guatemalteco, fue fundamental el conocimiento del lugar obtenido en la primera fase de investigación sobre las pandillas.

Para la elaboración de la muestra, los equipos de El Salvador, Honduras y Nicaragua hicieron sus cálculos de modo que el margen de error de las poblaciones encuestadas se encontrara alrededor del 5 por ciento, con un intervalo de confianza del 95 por ciento. Guatemala, en cambio, calculó la muestra con el único criterio muestral de que éstas representaran entre el 50 y el 66 por ciento de la población total de las comunidades. Así, las muestras finales de cada país quedaron conformadas del siguiente modo.

**Cuadro 1.2**  
**Diseño muestral en cada país**

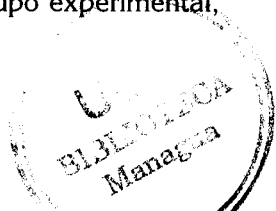
Criterios	El Salvador	Guatemala	Honduras	Nicaragua
Encuestas válidas	1 244	826	820	347
Distribución de las cuotas muestrales	Cojutepeque: 416 Nejapa: 406 Quezaltepeque: 422	La Candelaria: 525 El Limón: 301	Universo Rojo: 360 Universo Blanco: 460	Experimental: 234 Control: 113
Población total	Cojutepeque: 53 122 hab. Nejapa: 32 172 hab. Quezaltepeque: 57 592 hab.	No hay dato	Ciudad de El Progreso: 100 000 hab.	Barrio Schick: 34 104 habitantes
Margen de error general	2.8%	No hay dato	3.35%	5.0%
Margen de error por zonas	Cojutepeque: 5% Nejapa: 5% Quezaltepeque: 5%	No hay dato:	U. Rojo: 4.46% U. Blanco: 4.44%	No hay dato
Edad promedio de los entrevistados	38.1 años	31.2 años	37.9 años	No hay dato



Para el trabajo de campo, El Salvador y Honduras se basaron en trabajos previos de segmentarización. La muestra de El Salvador se diseñó de forma tal que reflejara lo más fielmente posible la población urbana de los tres municipios de interés, según la información brindada por la Dirección General de Estadísticas y Censos. La selección de segmentos de población en los que habrían de realizarse las encuestas se hizo de forma sistemática en cada municipio. Se enumeraron los segmentos en que están divididas las cabeceras municipales y luego se escogieron aquellos, según un intervalo específico, tomando como arranque un segmento elegido al azar. En el muestreo salvadoreño se consideraron cuotas por sexo y edad de los encuestados, para controlar las variables sociodemográficas. La aplicación de los cuestionarios se hizo por aproximación no sistemática a los hogares ubicados en los municipios y segmentos definidos de antemano.

El equipo de Honduras tomó como base la segmentarización de la Encuesta Estándar sobre Población e Indicadores Socioeconómicos 1996 (EPIS, 1996), en su marco muestral para dicho estudio realizado en ese año (UIES-PRO, 1997); luego se procedió a la selección. Para el universo rojo se eligieron 18 segmentos de 28 segmentos del marco muestral, a razón de 1.56 de intervalo para la elección. Para el universo blanco de 156 segmentos del marco muestral, se escogieron 23 a razón de 6.78 de intervalo para la elección. Una coincidencia entre el equipo de El Salvador y el de Honduras fue que ambos países ocuparon cuotas por sexo y edad para sus entrevistas, esto con la finalidad de que hubiera una mejor representación de las opiniones de la población.

La encuesta guatemalteca, por el contrario, entrevistó de forma específica a personas mayores de edad y no tomaron criterios de sexo. En el caso nicaragüense, el criterio de selección solo fue utilizado para el grupo experimental.



en donde las entrevistas se realizaron a hombres y mujeres mayores de 18 años, manteniendo una igualdad de proporción entre hombres y mujeres.

Finalmente, los equipos de El Salvador y Honduras realizaron una aproximación no sistemática a los hogares ubicados en los segmentos escogidos de antemano para la aplicación del cuestionario. El caso guatemalteco, por el contrario, sí hizo una aproximación sistemática, que consistió en llegar a las dos de las tres primeras casas de un sector de la comunidad. Si en alguna de ellas era imposible realizar la entrevista, se debía llegar a la tercera casa; si tampoco en esta era posible realizar la encuesta, se pasaría a la cuarta casa y allí sería válido entrevistar a adultos o a jóvenes. La distribución de las personas encuestadas, de acuerdo con las variables demográficas, se muestra en el Cuadro 1.3.

Los porcentajes del Cuadro 1.3 reflejan los criterios muestrales que cada país utilizó. Por ejemplo, llama la atención que, en cuanto al sexo de los entrevistados, El Salvador, Honduras y Nicaragua mantuvieron un equilibrio en la representación, no así en el caso guatemalteco, donde las mujeres representaron el 87.2 por ciento de toda la población entrevistada. En cuanto a la edad de la población, buena parte de las personas entrevistadas se ubican en el grupo cuyas edades están comprendidas entre los 26 y 40 años: en El Salvador, este grupo representa el 39 por ciento de los entrevistados; en Honduras representa el 33.8 por ciento; y en Guatemala, el 50.8 por ciento. En el caso nicaragüense, la tendencia cambia, ya que el porcentaje más elevado corresponde al grupo cuyas edades oscilan entre los 18 y 25 años, el cual representa el 40.2 por ciento de la población entrevistada.

En relación con el nivel de estudio, llama la atención que El Salvador es el país donde la población tiene niveles de estudio más balanceados. A pesar de que el grupo más grande es el que se encuentra en primaria (31.8 por cien-

**Cuadro 1.3**  
**Distribución de la población encuestada en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua,**  
**según variables demográficas**  
**(En porcentajes)**

Variables demográficas	El Salvador				Honduras		Guatemala			Nicaragua			
	Cojute-peque	Nejapa	Quezal-tepeque	Total	U. rojo	U. blanco	Total	La Can-delaria	El Limón	Total	Grupo exper.	Grupo control	Total
<i>N</i>	416	406	422	1244	360	460	820	525	301	826	234	113	347
<i>Sexo</i>													
Masculino	48.1	48.3	46.4	47.6	46.7	41.1	43.9	15.4	7.9	12.7	50.0	41.4	47.2
Femenino	51.9	51.7	53.6	52.3	53.3	58.9	56.2	84.6	92.0	87.2	50.0	58.6	52.8
<i>Edad</i>													
18 años y menos	—	—	—	—	—	—	—	8.4	5.9	7.5	—	—	—
18 a 25 años	23.6	23.6	29.4	25.6	27.8	28.3	28.0	29.7	17.9	25.4	42.1	36.1	40.2
26 a 40 años	47.1	37.2	32.9	39.0	33.1	34.3	33.8	47.2	57.1	50.8	28.8	34.9	30.7
41 a 55 años	15.9	21.2	19.4	18.8	22.2	22.4	22.3	14.3	15.3	14.6	20.4	16.8	19.3
56 años y más	13.5	18.0	18.2	16.6	16.9	15.0	15.9	0.4	3.7	1.5	8.7	12.2	9.8
<i>Nivel de estudios</i>													
Ninguno	9.4	13.8	7.6	10.3	9.7	12.2	11.1	16.9	8.9	14.0	12.7	6.9	10.9
Primaria	28.4	32.8	34.4	31.8	66.9	50.7	57.8	55.3	59.5	54.9	38.9	39.5	39.1
Plan básico*	20.9	19.0	19.2	19.7	20.0	28.2	24.6	27.2	28.6	27.7	31.4	33.2	32.0
Bachillerato	26.7	26.6	29.1	27.5	—	—	—	—	—	—	10.0	9.2	9.8
Técnico/ otra	—	—	—	—	1.1	2.6	2.0	3.1	2.3	2.8	3.6	4.4	3.9
Superior	14.7	7.9	9.7	10.7	2.2	6.3	4.5	0.4	0.7	0.5	3.3	6.7	4.4

\* En el caso de Honduras y Guatemala, el nivel de plan básico se refiere a toda la secundaria, incluyendo el bachillerato. Para El Salvador y Nicaragua, el nivel de plan básico se refiere solamente al séptimo, octavo y noveno grados.

to), el grupo que ha cursado bachillerato se le aproxima con más de la cuarta parte de población entrevistada. Esto contrasta con los datos de la población de Honduras y Guatemala, en donde más de la mitad de la población entrevistada cuenta con un nivel de primaria, y en Nicaragua, en donde un poco más del 70 por ciento de personas entrevistadas tienen un nivel educativo inferior al noveno grado.

### *2.3. El instrumento de investigación: el cuestionario*

Esta fue la parte en la que la mayoría de los países coincidieron, especialmente Guatemala, Honduras y El Salvador. Nicaragua varió más su diseño de acuerdo con la necesidad de profundizar otros aspectos de los resultados obtenidos durante la primera fase del estudio. El instrumento consistió en un cuestionario conformado, en su mayoría, por preguntas cerradas y algunas con un formato abierto. Varias preguntas fueron agrupadas en variables escalares, con el objetivo de constituir las después en indicadores que permitieran aproximarse mejor a los constructos planteados por la investigación. La propuesta de modelo del instrumento por utilizar en esta investigación la hizo el equipo salvadoreño, cuyo instrumento de medición se creó de acuerdo con tres grupos generales de preguntas. El primero estaba constituido por un bloque de preguntas de tipo sociodemográfico, que incluye preguntas como edad de la persona entrevistada, sexo, ocupación, nivel educativo, etc. El segundo grupo lo forman preguntas que miden los constructos de capital social. Aquí se incluyen preguntas sobre la confianza interpersonal, comunitaria e institucional, espacios comunitarios positivos y perversos, apoyo social y preguntas sobre los niveles de exposición a la violencia. Finalmente están las interrogantes que indagan la presencia de pandillas en la comunidad de residencia de la persona entrevistada. Así, este instrumento constaba de un poco más de 110 ítems, los cuales fueron asumidos mayoritariamente por casi todos los equipos de investigación.

En cuanto a su estructura, el cuestionario propuesto por el equipo de investigación tenía cinco partes. La primera consistía en un cuadro de composición sociodemográfico, el cual recogía datos fundamentales de todas las personas que habitan el lugar, entre ellos, relación de parentesco con el jefe del hogar, sexo, estado civil, último grado aprobado, trabajo y victimización. Guatemala asumió en su totalidad esta parte. Honduras y Nicaragua, si bien incluyeron el cuadro sociodemográfico, determinaron no incluir la variable que mide niveles de victimización.

La segunda parte incluía preguntas sobre la situación económica del hogar. Se preguntaba fundamentalmente sobre los ingresos y los gastos mensuales de los miembros del hogar, así como preguntas sobre las personas de 18 años o menos que asistían a la escuela. Todos los equipos asumieron esta parte por completo.

Una tercera parte desarrolló toda una serie de preguntas agrupadas en variables escalares para medir los diversos indicadores que, en esta investigación, componen el constructo de capital social. Estas se describen en el Cuadro 1.4, así como también se detallan los equipos de investigación que las incluyeron en sus respectivos cuestionarios. El equipo de Guatemala asumió todas las variables escalares propuestas por el equipo salvadoreño. El equipo de Honduras determinó, después de una prueba piloto, que para la población encuestada era difícil contestar las preguntas que tenían que ver con apoyo social y tolerancia, así que obviaron ambos grupos de variables. El equipo nicaragüense solo tomó de este modelo las preguntas que sondeaban los niveles de exposición a la violencia y confianza hacia las instituciones.

**Cuadro 1.4**  
**Descripción de variables incluidas en la investigación**

Variable	Pregunta básica	Ítems del cuestionario	Equipos que las incluyeron en su cuestionario
Participación comunitaria	Por favor, dígame qué tan frecuentemente asiste usted a reuniones...	<ul style="list-style-type: none"> <li>• De algún comité o sociedad de la iglesia o templo</li> <li>• De un comité o junta (patronato) de la comunidad</li> <li>• De una asociación gremial o sindicato</li> <li>• De un partido político</li> <li>• De un equipo deportivo</li> <li>• Otro</li> </ul>	El Salvador Guatemala Honduras Nicaragua
Exposición a la violencia	¿Qué tipos de actividad criminal ha observado o ha sido testigo presencial en su comunidad en el último año?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Venta de drogas</li> <li>• Uso de drogas</li> <li>• Robo y saqueo de casas y locales</li> <li>• Asaltos con armas</li> <li>• Violaciones, delitos sexuales</li> <li>• Asesinatos</li> <li>• Riñas de maras o pandillas</li> <li>• Peleas callejeras de otras personas</li> <li>• Violencia intrafamiliar (maltrato a niños y mujeres dentro del hogar)</li> </ul>	El Salvador Guatemala Honduras Nicaragua
Confianza interpersonal		<ul style="list-style-type: none"> <li>• Hablando de la gente de aquí, en general, ¿qué tan confiable cree usted que es: mucho, algo, poco o nada?</li> <li>• ¿Cree usted que la mayoría de las veces la gente se preocupa por sí misma o cree que la mayoría de las veces trata de ayudar al prójimo?</li> <li>• ¿Cree usted que la mayoría de la gente trataría de aprovecharse de usted si se les presentara la oportunidad, o cree que no se aprovecharían?</li> </ul>	El Salvador Guatemala Honduras  El Salvador
Confianza en las instituciones*	¿Cuánta confianza tiene usted en las instituciones que le voy a mencionar?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Fiscalía General de la República</li> <li>• Fuerza Armada</li> <li>• Tribunales de Justicia</li> <li>• Medios de comunicación</li> <li>• Policía Nacional Civil</li> <li>• Presidencia de la República</li> <li>• Alcaldía de su localidad</li> <li>• Procuraduría para la Defensa de Derechos Humanos</li> </ul>	El Salvador Guatemala Honduras Nicaragua

**Cuadro 1.4 (Continuación)**  
**Descripción de variables incluidas en la investigación**

Variable	Pregunta básica	Ítems del cuestionario	Equipos que las incluyeron en su cuestionario
		<ul style="list-style-type: none"> <li>• Asamblea Legislativa</li> <li>• Corte Suprema de Justicia</li> </ul>	
Espacios comunitarios positivos	En la colonia o barrio donde usted vive hay...	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Casa Comunal</li> <li>• Parques</li> <li>• Canchas de juego abiertas</li> <li>• Clubes juveniles para uso comunitario</li> <li>• Templo evangélico</li> <li>• Iglesia o parroquia católica</li> </ul>	El Salvador Guatemala Honduras
Espacios de encuentros perversos	En la colonia o barrio donde usted vive hay...	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Bares o cantinas</li> <li>• Billares</li> <li>• Prostibulos</li> </ul>	El Salvador Guatemala Honduras
Apoyo social	¿De quién puede uno esperar ayuda cuando tiene problemas?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Del gobierno nacional</li> <li>• De los amigos</li> <li>• De los vecinos de la comunidad</li> <li>• De la iglesia</li> <li>• De la alcaldía</li> </ul>	El Salvador Guatemala
Actitudes hacia la violencia	A continuación voy a leerle una serie de situaciones. Quisiera que me indicara, para cada una de ellas, si usted la aprobaría, no la aprobaría pero la entendería, o si ni la aprobaría ni la entendería.	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Suponga que una persona hiere gravemente a otra que le quitó a su marido o a su esposa.</li> <li>• Suponga que alguien mata a alguien que ha violado a su hija.</li> <li>• Si hay una persona que mantiene asustada a su comunidad y alguien lo mata.</li> <li>• Si un grupo de personas comienza a hacer limpiezas sociales, es decir, matar gente indeseable.</li> </ul>	El Salvador Guatemala Honduras
Tolerancia	En esta lista tiene Ud. varios grupos de personas. ¿Podría seleccionar si hay alguno de ellos que no le gustaría tener como vecino?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Extremistas políticos</li> <li>• Bebedores excesivos</li> <li>• Pandilleros o mareros</li> <li>• Drogadictos</li> <li>• Personas de distinta religión</li> <li>• Homosexuales</li> </ul>	El Salvador Guatemala

\* Todos los países incluyeron ítems para evaluar la confianza en las instituciones; sin embargo, no todos incluyeron las mismas instituciones.

La cuarta parte del cuestionario estaba referida a preguntas que tenían que ver con la percepción del problema de las pandillas. Las preguntas estaban orientadas a medir, por un lado, la existencia de las pandillas en la zona, y por otro, a consultar la opinión de la población sobre las razones por las cuales las y los jóvenes se integran a estos grupos, su percepción sobre los pandilleros, los niveles de relación y cercanía con ellos, conflictividad, aprobación o desaprobación de lo que hacen, entre otros elementos. Guatemala y Honduras asumieron toda esta sección de preguntas sin ningún cambio respecto a la propuesta del cuestionario del equipo salvadoreño. El equipo nicaragüense, por su parte, añadió, en este apartado, algunas preguntas más, dado su interés por profundizar en este aspecto. Entre ellas se encuentran aquellas que se relacionan con la salida de las pandillas y una sección que preguntaba por la relación entre familia y pandillas. La última serie de preguntas del instrumento se relaciona más con los datos sobre la persona entrevistada, así como el equipamiento del hogar y las características de las viviendas visitadas. Todos los equipos asumieron en su totalidad esta parte.

Una particularidad de los equipos hondureño y nicaragüense fue preparar una serie de preguntas enfocadas a explorar la migración de la población, tanto dentro de una misma zona de la ciudad como hacia fuera de la ciudad. Estas preguntas se incluyeron debido a la necesidad que vieron estos países de relacionar la presencia de pandillas con los fenómenos migratorios. Con esa misma intención, el equipo hondureño añadió un grupo de preguntas sobre la industria de manufactura o maquilas. Los equipos de El Salvador y Guatemala no incluyeron estas últimas preguntas.



**Cuadro 1.5**  
**Descripción de las preguntas sobre pandilleros incluidas**  
**en las investigaciones locales**

Texto de la pregunta	Países en donde se incluyó			
	ES	G	H	N
¿Hay pandilleros en su comunidad?	Sí	Sí	Sí	No
¿Qué tanto cree usted que las pandillas son un problema en el municipio/barrio en donde vive?	Sí	Sí	Sí	Sí
¿Por qué cree usted que las y los jóvenes se incorporan a las pandillas?	Sí	Sí	Sí	No
Los pandilleros son jóvenes abandonados por sus padres (acuerdo-desacuerdo)	Sí	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes enfermos que necesitan cura (acuerdo-desacuerdo)	Sí	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes enfermos que necesitan atención	No	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes normales que no recibieron buena educación (acuerdo-desacuerdo)	Sí	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes (delincuentes) que deben ser castigados (acuerdo-desacuerdo)	Sí	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes que no encuentran otra forma de divertirse	No	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes que no tienen oportunidades de trabajo y desarrollo (acuerdo-desacuerdo)	Sí	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes delincuentes (acuerdo-desacuerdo)	No	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes que se juntan para defenderse de otros jóvenes	No	No	No	Sí
Los pandilleros son jóvenes: normales que no recibieron educación, abandonados por sus padres, que no encuentran otras formas de vida, que no tienen oportunidades, que se juntan para defenderse, o jóvenes delincuentes que deben ser castigados.	No	Sí	Sí	No
¿Conoce usted a alguna joven o a algún joven que sea miembro de una pandilla acá en este barrio o comunidad?	Sí	Sí	Sí	Sí

**Cuadro 1.5 (Continuación)**  
**Descripción de las preguntas sobre pandilleros incluidas**  
**en las investigaciones locales**

Texto de la pregunta	Países en donde se incluyó			
	ES	G	H	N
¿Con qué frecuencia usted ha hablado con pandilleros o pandilleros de su comunidad?	Sí	Sí	Sí	No
¿Con qué frecuencia los ha defendido de la policía?	Sí	Sí	Sí	No
¿Con qué frecuencia los ha denunciado a la policía?	Sí	Sí	Sí	No
¿Ha tenido usted algún problema con los pandilleros, ha sufrido de algún hecho provocado por ellos?	Sí	Sí	Sí	No
¿Algún pandillero le ha ayudado en algún problema a usted?	Sí	Sí	Sí	Sí

Nota: En el cuestionario de Nicaragua se incluyeron muchas más preguntas sobre los pandilleros. No se incluyeron acá porque exceden el propósito de investigación regional, aunque algunas de las mismas fueron útiles para el análisis local. Para una descripción de tales preguntas, ver los apéndices.

Los capítulos subsiguientes de esta publicación presentan los resultados del estudio por cada país participante. Cada equipo local de investigación fue autónomo a la hora de desarrollar su examen y análisis de los resultados. Como ya se ha dicho, los cuestionarios contenían preguntas que permitían construir indicadores de las variables que componen el capital social. Así, por ejemplo, mientras que todos los países incluyeron los ítems sobre exposición a la violencia, los reactivos de apoyo social solo se incluyeron en los cuestionarios de El Salvador y Guatemala, de tal manera que los análisis estarán sujetos a la disponibilidad de información que tenga cada país.

En términos de las estrategias de análisis, El Salvador y Honduras optaron por modelos de comparación entre las comunidades o municipios que enfrentan el problema de las pandillas y las comunidades que no. Guatemala y

Nicaragua se decantaron por el análisis descriptivo de los indicadores de capital social, comparando las familias o los encuestados que tienen trato con pandilleros con aquellos que no. Nicaragua añadió un análisis de las percepciones de los residentes del Reparto Schick respecto a los pandilleros que habitan en él. El trabajo de presentación de resultados se cierra con un capítulo que integra los hallazgos de los cuatro países. En ese capítulo se hace un recuento integrador de las conclusiones de cada país y también se realiza un análisis independiente de los datos de los cuatro países, comparando los indicadores y las condiciones variables de las comunidades estudiadas.

## El Salvador Espacios públicos, confianza interpersonal y pandillas

José Miguel Cruz

Marlon Carranza

María Santacruz Giralt

Instituto Universitario de Opinión Pública

Universidad Centroamericana

"José Simeón Cañas"

### *1. El contexto del estudio salvadoreño*

No hay duda de que las pandillas juveniles han constituido un problema grave en El Salvador mucho antes que en el resto de países de la región. Ya para inicios de los años noventa y mucho antes de que comenzara la ola migratoria de los deportados de Estados Unidos, El Salvador enfrentaba el problema de las pandillas fundamentalmente en el área metropolitana de San Salvador (AMSS). A medida que pasó el tiempo y que el problema se fue desarrollando, en parte por la falta de atención de las autoridades y por la ausencia de políticas nacionales, el problema se expandió a todas las áreas urbanas del país y, en algunos casos, en ciertas zonas semirrurales también.

Esto mostró que el problema de las pandillas iba más allá de las condiciones urbanas impuestas por las dinámi-

cas de las grandes ciudades y que en su constitución habían otros factores que debían ser tomados en cuenta. Teniendo en cuenta esto, en el estudio salvadoreño sobre *pandillas y capital social* se optó por trabajar en tres municipios cercanos entre sí, aunque con diferencias en la percepción que la población tiene sobre su situación de inseguridad. De esa manera, los municipios de Cojutepeque, Quezaltepeque y Nejapa fueron escogidos por cumplir con los siguientes requisitos: (a) que estuvieran relativamente cerca del AMSS, a través de las vías de comunicación y los medios de transporte disponibles; (b) que al menos uno (Nejapa) se diferenciara significativamente de los otros en términos de problemáticas de maras y de violencia; (c) que al menos dos de ellos (Quezaltepeque y Nejapa) fueran parte de una misma área geográfica y mantuviesen una estrecha comunicación; y, (d) que al menos dos de ellos no se diferenciaron mucho en términos de los indicadores socioeconómicos para hacerlos comparables.

Los municipios cumplieron muy bien con lo especificado. En primer lugar, ninguno de ellos se encontró a más de 30 kilómetros del área metropolitana de San Salvador; por otro lado, existían buenas vías de comunicación y transporte entre las tres ciudades y la capital; además, entre los cascos urbanos de Nejapa y Quezaltepeque apenas había cuatro kilómetros de distancia; y, finalmente, Nejapa no reportó una presencia fuerte de maras.

A partir de lo señalado anteriormente, se describen algunos aspectos que pueden ayudar a entender algunas diferencias entre los municipios, que al mismo tiempo nos ayudan a conocer sus dinámicas particulares. La primera característica importante es la densidad poblacional. Según los datos de la Dirección General de Estadísticas y Censos, en el año 2000, Cojutepeque, Quezaltepeque y Nejapa tenían respectivamente una población de 1 690,

459 y 386 hab./km<sup>2</sup>, respectivamente<sup>1</sup>. Salta a la vista cómo la alta densidad poblacional de Cojutepeque se distancia, en gran medida, de los rasgos poblacionales de los otros municipios en mención. Una lectura rápida de los datos podría sugerir que los municipios son tan diferentes que no deberían ser sujetos a comparación. Las diferencias podrían parecer irreconciliables si además se considera que Nejapa y Quezaltepeque han tenido en las últimas décadas (según los datos del último censo de población realizado en 1992) altos porcentajes de población rural, en contraste con Cojutepeque, que ha sido eminentemente urbano (Cuadro 2.1).

**Cuadro 2.1**  
**Indicadores de los municipios estudiados**  
**Datos de 1992**

Municipio	Población <sup>a</sup>	Tasa de de homicidios (x 100 000 h) <sup>b</sup>	Mortalidad infantil (%)	Analfa- betismo (%)	Hacina- miento (%)	Vivienda impro- visada (%)	Sin servicio de agua (%)	Sin electri- cidad (%)	Población rural (%)
Cojutepeque	53 122	110.8	39.1	14.4	31.1	0.68	35.9	19.0	16.2
Nejapa	32 172	15.8	53.1	29.55	38.2	0.52	83.9	49.4	82.1
Quezaltepeque	57 592	70.8	53.9	24.2	31.3	1.53	53.3	25.0	51.0

a. Los datos de población corresponden al año 2000.

b. Las tasas de homicidios están calculadas para el año 1999.

Fuentes: Dirección General de Política Económica y Social (1996); Instituto de Medicina Legal (1999).

Sin embargo, hay que entender las diferencias de los datos poblacionales anteriores considerando la complejidad del crecimiento poblacional del país en los últimos años, y solo bajo ciertos parámetros. Por ejemplo, recientes estudios sociodemográficos indican que El Salvador ha

1. Hay que considerar que la extensión territorial del municipio de Cojutepeque es de apenas 31.43 km<sup>2</sup>, mucho menor que la extensión de Nejapa y Quezaltepeque con 83.36 y 125.38 km<sup>2</sup>, respectivamente.

desarrollado rápidos procesos de urbanización en municipios tradicionalmente rurales. El caso mejor documentado es Nejapa. Según un estudio realizado para ayudar en la elaboración del “Plan de Re-ordenamiento Territorial de Nejapa”<sup>2</sup>, este municipio tiene una “distribución” territorial caracterizado porque el 96 por ciento de toda la tierra del lugar estaba dedicada a la agricultura; sin embargo, su “concentración” poblacional muestra que solo el 36.4 por ciento de la población vivía en zonas rurales, y la mayoría se encontraba en el sector suburbano del municipio, que concentraba el 39.7 por ciento de toda la población<sup>3</sup>; mientras que el resto vivía en zonas urbanas. En ese mismo informe se calcula que la densidad poblacional para el casco urbano de Nejapa era de 2 151 hab./km<sup>2</sup>, cifra mucho mayor a la densidad poblacional que tenía el municipio de Cojutepeque en el mismo período.

Es posible concluir que aunque, en general, existen diferencias sociodemográficas importantes entre la totalidad de los municipios señalados, los cascos urbanos han adquirido características bastante similares, de tal manera que pueden ser, con mucha más razón, comparables entre sí. Es por eso que esta investigación no se llevó a cabo con toda la población de cada uno de los municipios, sino solo con la población que habita las cabeceras de los mismos, esto es, con la población urbana dado que el fenómeno de las pandillas —aunque con excepciones— se suele concentrar

2. Según informe del proyecto Ordenamiento del territorio en el municipio de Nejapa, en el cual participan la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), la Alcaldía Municipal de Nejapa y el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz. La duración del proyecto fue de tres años, de 1999-2002.
3. La zona suburbana se definía en el estudio como aquel sector de la población que crece junto y en relación a un centro urbano. Nace de forma espontánea, no responde a una planificación; por lo tanto, carece de los servicios básicos mínimos.

en las áreas urbanas. En el caso de Nejapa, el tamaño de su cabecera permitió tocar todos y cada uno de los segmentos poblacionales en que fue dividida la cabecera municipal; mientras que en los otros dos municipios, se tocó un poco más del 50 por ciento del total de los segmentos geográficos en que se divide la ciudad.

Una segunda característica importante de los municipios tiene que ver con las problemáticas que éstas enfrentan. Cojutepeque, por ejemplo, siendo además cabecera municipal del departamento de Cuscatlán, producía 49 toneladas de basura en 1994<sup>4</sup>, su inseguridad alimentaria era alta por la erosión de sus suelos<sup>5</sup>, y se observaban otra serie de problemas, como la deforestación, la escasez de agua<sup>6</sup> y la delincuencia, con la tasa de homicidio más alta de los tres municipios, pues rondaba los 110 homicidios por cada cien mil habitantes, en 1999. En Quezaltepeque, los procesos de urbanización también han llevado a un aumento de los niveles de violencia y presencia de pandillas en la zona, a tal grado que este municipio fue escogido por el Consejo Nacional de Seguridad Pública junto con Soyapango para desarrollar un programa piloto de rehabilitación de jóvenes en pandillas<sup>7</sup>.

Nejapa, en cambio, a pesar del alto grado de urbanización de su casco municipal, no presenta altos niveles de violencia ni una presencia fuerte de pandillas. Al mismo

- 
4. Municipalidad de Cojutepeque/PROMUDE/GTZ, *Sistemas alternativos de recolección manual de desechos sólidos*, junio, 1994.
  5. MAG/ Comité de seguimiento para el desarrollo de Cuscatlán/ PNUD/ FAO, *Seguridad alimentaria, recursos naturales y medio ambiente*, marzo, 1997.
  6. SEMA, *Consulta a nivel departamental sobre la estrategia ambiental y plan de acción*, 15 de noviembre de 1993.
  7. Conversación con Elías Flamenco, jefe de catastro municipal, abril, 2002.



tiempo se distingue en su territorio una población urbana más ordenada y espacios susceptibles de ampliación por la gran cantidad de predios baldíos existentes. Hay que señalar también que en los últimos años se han generado elevados niveles de participación de la población en instancias de asociación que posibilitan la toma de decisión sobre los principales problemas del municipio. Un ejemplo de ello es la existencia de 45 asociaciones comunales, en donde 38 participan en el Consejo de Desarrollo de Nejapa (CDN), instancia de coordinación y concertación entre el gobierno municipal, la comunidad y los organismos no gubernamentales que actúan en la localidad. En la actualidad, Nejapa tiene mucha tierra disponible, por eso hay muchas posibilidades de inversión industrial. EMBOSALVA es un ejemplo, la planta de bebidas gaseosas de la Embotelladora Salvadoreña producía 30 000 cajas mensuales, con una población laboral de 160 empleados<sup>8</sup>. Precisamente una preocupación en el municipio es el efecto que el desarrollo industrial tendrá en el medio ambiente. Ya PRISMA (Programa Salvadoreño de Investigación sobre Desarrollo y Medio Ambiente) advirtió los riesgos que EMBOSALVA y la planta generadora de energía Nejapa Power Plant podrían producir en la zona, especialmente en el daño a los mantos acuíferos y a la emisión de gases<sup>9</sup>.

La tercera característica importante de los municipios es su actividad económica. Cojutepeque concentra la mayor parte de la industria manufacturera y el comercio al por mayor y menor en el departamento. Sus ramas de actividad económica indican que la agricultura y la pesca concentran apenas el 12.5 por ciento de la población dedicada a esa labor, y la industria manufacturera y el comercio juntas suman el 43.9 por ciento de las actividades. En

---

8. *El Diario de Hoy*, 6 de marzo de 2002, pp. 32-33.

9. PRISMA, *Hacia una estrategia ambiental para la región metropolitana de San Salvador*, 1997.

contraste, el municipio de Nejapa tiene una actividad económica y laboral que gira en torno a la agricultura, esto se observa en que el 96 por ciento del territorio del municipio está dedicado a esa labor. Además, 32 670 manzanas de suelo pertenecen a nueve cooperativas que existen en la zona norte del municipio y que se originaron por la reforma agraria de principios de los años ochenta. Quezaltepeque, por su lado, sería un municipio más bien mixto, no tan agrícola como Nejapa, pero tampoco tan comercial como Cojutepeque, sino una combinación de ambas actividades económicas. De todas las ramas de actividad económica en este municipio, la agricultura concentra el 29.8 por ciento de la población, pero la industria manufacturera y el comercio al mayor y menor (actividades fundamentalmente urbanas) suman el 35.6 por ciento de la población laboral.

Finalmente, otra característica importante que particulariza a cada municipio es su posición geográfica. Cojutepeque, por ejemplo, es un paso obligado de la carretera panamericana, una de las principales vías que conecta todo el país. Su perfil de ciudad comercial hace que se vuelva un lugar de mucho tránsito y de abastecimiento para un buen sector de la zona oriental del país, cumpliendo esa función desde muchos años atrás. Nejapa, por su parte, es también un lugar de paso entre dos zonas altamente pobladas: Quezaltepeque y Apopa; en los últimos años se ha construido una carretera que conecta ambas poblaciones y es allí precisamente, alrededor de esos cuatro kilómetros de carretera, donde la población se ha agolpado. Quezaltepeque no es un lugar de tránsito, es más bien un lugar de llegada. Lo que atrae a la población de sus alrededores es su industria y comercio agrícola, especialmente con lo que tiene que ver con la industria azucarera y la apicultura. En cierto modo cumple la función de Cojutepeque al abastecer a los municipios que están a su alrededor con materiales que sirven para la agricultura. Un dato particular de Quezaltepeque es

que el ferrocarril de la Comisión Ejecutiva Portuaria (CEPA) pasa por la ciudad. La ruta del sistema ferroviario se dirige al puerto de Acajutla de donde recibe hierro, cemento y fertilizantes.

## *2. Los resultados*

### *2.1. Indicadores de violencia: victimización, pandillas y exposición a la violencia*

Los primeros resultados del estudio dan cuenta de que los municipios de Cojutepeque y Quezaltepeque se caracterizan precisamente por un alto porcentaje de pandillas dentro de las comunidades de las personas encuestadas. En tales municipios, más del 60 por ciento de los consultados respondieron que en su comunidad hay maras o pandillas; en cambio, en la parte urbana del municipio de Nejapa, el porcentaje de personas que identificaron maras juveniles en su propia comunidad no supera al 25 por ciento (Figura 2.1)<sup>10</sup>. Ello establece una primera y significativa diferencia respecto a los otros dos municipios. La segunda diferencia tiene que ver con los niveles de victimización familiares en cada municipio. La misma figura revela el porcentaje de familias cuyos miembros (al menos uno) han sufrido de algún hecho delincuencia, en los últimos seis meses antes de la entrevista. Los resultados muestran que Nejapa reporta el más bajo nivel de victimización de los municipios tomados en el estudio, pero en este caso es Cojutepeque el que se diferencia de los otros, pues presenta el más alto porcen-

---

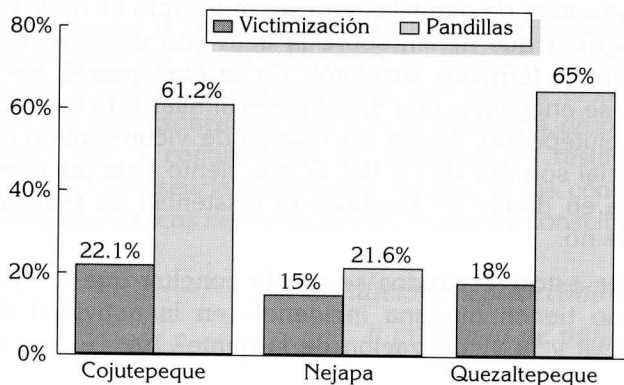
10. Se debe llamar la atención sobre el hecho de que estos resultados no reportan el número de pandillas que existe en cada municipio o el número de comunidades que tienen problemas de pandillas, solo se refieren al reporte de personas que dicen que hay pandillas en su comunidad de vivienda. Esto constituye, por tanto, un indicador indirecto de la presencia de maras.

taje de familias victimizadas por violencia delincriminal (22.1 por ciento). Por su parte, en Quezaltepeque y Nejapa, el nivel de familias victimizadas es del 18 y del 15 por ciento, respectivamente.

Esta sucesión en el orden de los municipios, de acuerdo con el nivel de victimización familiar, concuerda con los datos ofrecidos por la tasa de homicidios para el año 1999, según los cuales Cojutepeque constituye el municipio más violento seguido de Quezaltepeque y Nejapa.

En todo caso, hay dos consideraciones que deben hacerse como producto de esta primera aproximación a los resultados. Primero, que Nejapa parece ser un municipio consistentemente menos problemático —si esto se mide en términos de maras y afectación por delincuencia— que los otros dos; y , segundo, que pareciera que ambos fenómenos, maras y delincuencia, se encuentran ligados en la incidencia dentro de los municipios.

**Figura 2.1**  
Victimización familiar y presencia de maras en comunidad, según municipio



*Fuente:* Encuesta sobre pandillas y capital social El Salvador.

De hecho, si se hace una correlación entre ambas variables, en términos generales, los resultados están en el límite de la relación estadística<sup>11</sup>, lo cual significa que existiría una relación significativa, aunque frágil, entre ambas variables. Sin embargo, cuando se hace el mismo ejercicio tomando en consideración los municipios; es decir, cuando se relaciona la presencia de pandillas con los niveles de victimización familiar en cada uno de las ciudades consultadas, las posibles relaciones desaparecen en términos de significancia estadística. Por ejemplo, en Cojutepeque el porcentaje de familias que han sido victimizadas por delincuencia en lugares en donde se ha identificado la presencia de pandillas es del 22.8 por ciento; mientras que en aquellos lugares en donde no hay maras, el porcentaje es muy similar, es del 21.1 por ciento. En Nejapa, las diferencias son más amplias e indicarían una tendencia: la victimización familiar en comunidades con pandilleros es del 20.7 por ciento; en tanto que en comunidades no plagadas por maras es del 13.6 por ciento. No obstante, esas diferencias, aunque parecen sugerir una incidencia de la actividad pandilleril, no llegan a constituirse significativas al analizarlas estadísticamente. Esto se debe a que el porcentaje de presencia de pandillas en este municipio es muy bajo y el impacto que tienen sobre la actividad delincriminal es mínimo en términos absolutos. En Quezaltepeque, por otro lado, se encuentra una distribución similar a la encontrada en Cojutepeque, donde los niveles de victimización delincriminal son del 18.7 y del 17 por ciento para las comunidades en donde se identificó la existencia de pandillas y donde no.

¿De estos resultados se puede concluir que las pandillas no tienen ninguna incidencia en la actividad delincriminal y la victimización de la gente? No. No es ésta la

---

11.  $p < 0.05$

conclusión más adecuada. Por el contrario, la idea más plausible es que la existencia de pandillas no es, en sí misma, la única generadora de actividad delincuencial y que detrás de la victimización existen otros factores que deben ser tomados en cuenta. De hecho, si se hiciese un examen de los victimarios se encontraría que muchos de ellos son pandilleros; pero lo que indican los datos es que ellos no son los únicos y que su sola presencia en una comunidad no es condición suficiente para que la comunidad tenga problemas de delincuencia. Detrás de esto se encuentra el hecho de que la actividad pandilleril más violenta no siempre se ejerce contra las comunidades en donde las maras están asentadas, sino que se ejerce en las comunidades vecinas o en otros sitios. Los mismos resultados del estudio encontraron que el 80 por ciento de las personas que viven en comunidades en donde hay pandillas no han tenido problemas con éstas. De tal forma que en este caso y a la luz de las tendencias mostradas por los resultados, lo más objetivo es decir que las pandillas, aunque contribuyen con la victimización de la comunidad que vive en el municipio, no son la única condición para incrementar los niveles de afectación directa por delincuencia.

Sin embargo, el propósito de este trabajo no es establecer el impacto de las pandillas en la violencia general o específica que viven las comunidades, sino establecer la relación de las condiciones sociales con la presencia de pandillas. Para ello, a continuación se presentan los resultados referentes a la presencia pandilleril y algunas de las condiciones socioeconómicas de los hogares y personas consultadas.

## *2.2. Condiciones socioeconómicas y presencia de pandillas*

Se suele decir que la violencia urbana, sobre todo la de orden delincuencial, se encuentra asociada a ciertas varia-

bles de índole económica o socioeconómica. Ya Smutt y Miranda (1998) apuntaban las condiciones de vivienda comunitaria como algunos predisponentes para que jóvenes que habitan en barrios populares se decidieran a integrar las pandillas. Como primer paso en el análisis de los datos recogidos para el estudio, se relacionarán algunas variables de orden socioeconómico. Las primeras variables de este tipo son las que tienen que ver con las condiciones de infraestructura del hogar. En principio, se presume que aquellas casas que se encuentran en peores condiciones físicas albergan familias más pobres y, por lo tanto, donde es más probable que las y los jóvenes se sientan más expulsados a las calles y, en consecuencia, a las pandillas. Estas variables son los materiales con los cuales está hecha la casa (en este caso, resumido en el tipo de piso de la misma), el acceso a los servicios básicos en la misma y la situación de propiedad de la misma.

Los resultados de esta primera aproximación a las condiciones de vivienda de las familias de las comunidades son muy interesantes. En primer lugar, los datos consignan que hay más pandilleros en las comunidades en donde las viviendas poseen mejores condiciones de construcción, es decir, en donde el piso es de ladrillo y no de tierra o simplemente de cemento. Esto significa, en principio, que hay más pandilleros en aquellos lugares en donde los hogares están mejor contruidos. En segundo lugar, los datos muestran que hay más presencia pandilleril en aquellos lugares en donde las casas tienen el servicio de agua y alcantarilla que en aquellas que no tienen ese tipo de servicio; pareciera entonces que las pandillas no son tan frecuentes en los barrios en donde las condiciones básicas del hogar no son muy buenas. Sin embargo, cuando se refiere al servicio de luz eléctrica, al cual suele tener acceso la mayor parte de los encuestados (casi el 98 por ciento), no hubo diferencias respecto a la presencia pandilleril. Finalmente, aunque en menor intensidad, los datos consignan

una relación entre el tipo de pertenencia de las viviendas y la existencia de las pandillas: la presencia pandilleril es un poco mayor entre quienes alquilan su vivienda que entre quienes la alquilan. Esto podría deberse al hecho de que las familias de los pandilleros, aunque tienen las condiciones para vivir en hogares de sistemas mixtos, enfrentan dificultades más frecuentemente para hacerse de su propia casa y deben trasladarse constantemente de una a otra.

**Cuadro 2.2**  
Presencia de pandillas en la comunidad, según  
variables de la vivienda

Variables	¿Hay pandillas en su comunidad?	
	No	Sí
<i>Tipo de piso de vivienda*</i>		
Ladrillo de cemento/cerámica	62.4	74.5
Ladrillo ordinario de barro	5.1	3.3
Cemento	20.5	16.0
Tierra	11.9	6.2
<i>Luz eléctrica en el hogar</i>		
Sí	98.2	1.8
No	97.0	3.0
<i>Agua potable dentro del hogar*</i>		
Sí	74.4	25.6
No	81.6	18.4
<i>Alcantarilla dentro del hogar*</i>		
Sí	63.6	34.6
No	72.5	27.5
<i>La vivienda es*</i>		
Propia	70.9	23.1
Alquilada	66.0	30.3
Prestada	5.4	4.4
Otra situación	0.6	0.5

\*  $p < 0.05$ .

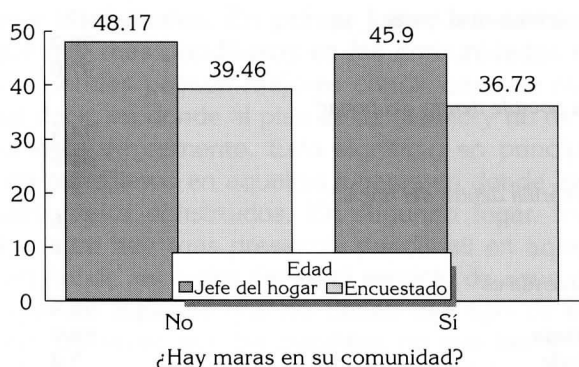
Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social El Salvador.

Otro grupo de variables con las cuales se ha analizado la presencia pandilleril tienen que ver con las característi-



cas sociodemográficas de la población que contestó la encuesta y que reportó la presencia de pandillas. Los resultados revelaron que en los hogares cuyos encuestados y jefes de familia reúnen los promedios más bajos de edad, es decir, son más jóvenes, en esos hogares se reporta más presencia de los pandilleros en la comunidad. En otras palabras, el reporte de la existencia de los mareros parece estar asociado a hogares en donde sus ocupantes, tanto los jefes de familia —independientemente de si éste es hombre o mujer— como el resto de miembros son más jóvenes. ¿Será esto indicador de que los lugares con más presencia de juventud están más propensos a tolerar pandillas? Es posible y esto sería indicador de que las comunidades que concentran familias con adolescentes y niños son el caldo para la aparición de estos grupos.

**Figura 2.2**  
Promedios de edad del jefe familiar y del encuestado, según presencia de maras



*Fuente:* Encuesta sobre pandillas y capital social El Salvador.

Pero, ¿qué hay con la educación de los miembros de los hogares y la comunidad?, ¿se encuentra ésta relacionada con la presencia de pandilleros en las comunidades?

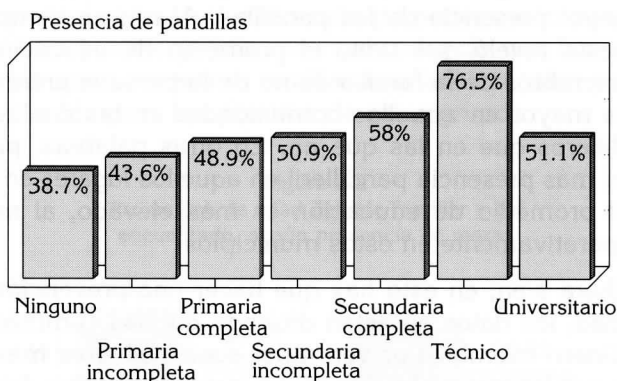
Bajo ciertas circunstancias se puede decir que sí, pero a juzgar por los resultados esta relación se da en el sentido inverso del que se hubiese esperado. En principio, se presume que las pandillas son más comunes en aquellos barrios y comunidades cuyos habitantes tienen poca escolaridad y que, debido a ésta, es que los jóvenes cuentan con menos oportunidades para conocer otras alternativas distintas a las pandillas. Sin embargo, los resultados han señalado que en aquellos hogares en donde la educación del jefe de familia es mayor y en donde el promedio de educación familiar es también más alto, es en donde se reporta mayor presencia de las pandillas. Al mismo tiempo, la encuesta reveló que tanto el promedio de educación de los miembros de la familia como de la persona entrevistada es mayor en aquellas comunidades en las cuales hay pandilleros que en las que no. En otras palabras, parece haber más presencia pandilleril en aquellos lugares en donde el promedio de educación es más elevado, al menos comparativamente en estos municipios.

Ahora bien, en esto hay que hacer una prevención. En realidad, los datos no están diciendo que las comunidades que tienen miembros universitarios suelen albergar más mareros que las que no los tienen. Lo que expresan los datos es que para el promedio de educación que predomina en estos municipios, aquellas comunidades que tienen una población un poco más formada que otra suele enfrentar, paradójicamente con más frecuencia, el problema de las maras.

Finalmente, en este bloque de variables que recogen las condiciones sociales y económicas de las comunidades, se cruzaron los datos sobre la presencia de maras con la situación económica de los barrios. En principio, los resultados no reportaron ninguna vinculación estadísticamente significativa entre la presencia de maras y el nivel de ingreso y gasto de los hogares, es decir, que el reporte de la presencia de pandilleros en la comunidad no se modifica según

el ingreso económico o el gasto económico mensual que tienen los hogares; para el caso de la presencia de maras, da lo mismo si las familias ganan mucho o ganan poco. Ahora bien, en lo que sí se encontró una relación significativa estadísticamente es en el nivel de desigualdad económica de las comunidades<sup>12</sup>, pero nuevamente en este caso, los datos revelan una relación distinta de la esperada.

**Figura 2.3**  
Presencia de pandillas en la comunidad  
según nivel educativo de jefe de hogar



Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social El Salvador.

Las personas que reportaron presencia de pandillas viven en comunidades cuyo promedio en el coeficiente de desigualdad es de 0.20, mientras que las personas que

12. La desigualdad económica se obtuvo dividiendo el ingreso más bajo respecto al ingreso más alto de los hogares que pertenecían a un sector muestral, ya determinado previamente. Cada sector reunía alrededor de 200 hogares, de los cuales eran encuestados entre 10 y 20. El indicador de desigualdad, por tanto, oscilaba entre 0 y 1, donde la aproximación a 1 significa más desigualdad y la aproximación a 0, menor desigualdad.

habitan comunidades con pocas pandillas promediaron un coeficiente de desigualdad de 0.24. Esto es, en la medida en que las comunidades se muestran un poco más homogéneas respecto al ingreso económico, en esa medida existe un reporte mayor de presencia de maras; esto significa que en las comunidades más desiguales, es decir, en donde hay una gran diferencia entre el ingreso más alto y el ingreso más bajo entre los hogares que lo componen, la presencia de pandillas es sustancialmente menor. Conclusión: las pandillas son más frecuentes en las comunidades homogéneas económicamente, al menos las estudiadas.

A esto hay que agregar otro resultado de análisis comparativo. Las pandillas son más frecuentes en las comunidades en donde sus calles no están en buen estado, lo que probablemente refleja el deterioro y la desatención de esa comunidad por parte de la municipalidad u otras instituciones del Estado. El porcentaje de pandilleros reportados en comunidades con calles en buen estado es del 43.5 por ciento; en cambio, en las comunidades que se caracterizan por calles en estado regular o malo, el porcentaje de estos grupos es superior al 50 por ciento. Es decir, las pandillas se concentran en aquellos lugares públicos más descuidados.

Todos estos datos dan cuenta de una primera aproximación a las condiciones que individualmente se encuentran asociadas con la presencia de pandillas en las comunidades. Hay dos aspectos de este ejercicio que vale la pena destacar. En primer lugar, los datos indican que las pandillas aparecen con más frecuencia en aquellas comunidades más favorecidas con servicios básicos y con un nivel importante de escolaridad; esto echa por tierra el supuesto de que las pandillas estarían asociadas de manera directa —y linealmente— a las peores condiciones de vida dentro de las comunidades. Las pandillas están en donde los hogares gozan de los servicios básicos, en donde las viviendas tienen lo mínimo digno para vivir y en

donde las condiciones de desigualdad entre los vecinos no son tan marcadas, esto es, donde hay un cierto nivel de homogeneidad económica. En segundo lugar, los datos anteriores muestran que, a pesar de esos aparentes indicadores de bienestar básico que están asociados a la presencia de pandillas, también hay otros que sugieren que la gente de las comunidades tampoco vive en la bonanza económica. Así, el hecho de que la mayor parte de los pandilleros se encuentren en comunidades en donde la gente alquila sus hogares es uno de ellos y el hecho de que las calles de las comunidades más asediadas por las pandillas no estén en buen estado es el otro. En otras palabras, las comunidades en donde se da el problema de pandillas no son comunidades de clase alta, ni siquiera de clase media-alta.

Dicho lo anterior, es preciso reflexionar que el fenómeno de las pandillas, al menos su presencia en ciertas comunidades, parece obedecer a una combinación compleja de factores. Los primeros resultados desmienten la tesis lineal de que a condiciones sociales más precarias, más maras; antes bien parece que se necesitan una serie de condiciones mínimas para la aparición de pandillas: cierto nivel de educación, cierto acceso de servicios básicos, hogares con la infraestructura mínima, etc. Pero una vez en esos niveles y bajo condiciones de relativa igualdad económica, las pandillas aparecen si no se cumple con un bienestar absoluto: si las calles comunitarias están deterioradas y si la gente debe vivir en viviendas que no son de su propiedad. Por ello, es más plausible decir que las pandillas en El Salvador no aparecen asociadas directamente a la precariedad, sino a las necesidades y al abandono.

### *2.3. Variables de capital social y presencia de pandillas*

Cinco variables que forman parte de la órbita conceptual del capital social serán usadas para analizar la presencia de las pandillas. A diferencia de las variables estudiadas anteriormente, las socioeconómicas y sociodemográficas, la mayoría de estas condiciones se refieren más al ámbito de percepciones individuales que se crean y tienen un referente social. Las actitudes de confianza hacia otras personas, hacia las instituciones y la sensación de apoyo que brindan los demás son ese tipo de condiciones a los que nos referimos. Luego se analizarán los valores de orden político que pueden estar vinculados con la participación de los ciudadanos en los asuntos comunitarios. En tercer lugar, dos variables más que miden la disposición de espacios públicos o espacios de encuentro comunitario serán utilizadas dentro de este esfuerzo por asociar el capital social con la presencia de pandillas.

Como se ha explicado en el apartado metodológico, la variable de confianza en las instituciones se creó a partir de la sumatoria de los ítems individuales que recogían el nivel que tienen los entrevistados en cada una de las diez instituciones<sup>13</sup>. Los resultados muestran que en el sector urbano de Nejapa, los ciudadanos muestran más confianza en las instituciones que en los otros municipios, Cojutepeque y Quezaltepeque, los cuales no se diferencian entre sí en lo que a confianza institucional se refiere. La misma distribución se obtiene cuando se trata de la confianza en los demás, esto es, en los vecinos de la comunidad y en las personas que los rodean. Los nejapenses acusan un nivel más alto de confianza interpersonal entre sí en com-

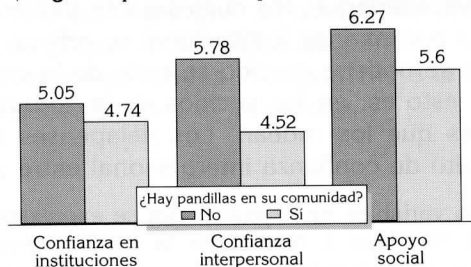
13. Todas las variables de capital social se expresan en escalas del 1 al 10. Aquí 1 representa la menor presencia de la variable y 10, la máxima. Los promedios indican, por tanto, la mayor o menor presencia de cada condición.

paración con los vecinos de Cojutepeque, y éstos a su vez muestran más confianza comunitaria que los residentes del municipio de Quezaltepeque. En otras palabras, el grado de confianza entre las personas no es el mismo en los municipios estudiados. Los datos señalan que en Nejapa la confianza interpersonal es mucho mayor; mientras que en Quezaltepeque es más baja.

Dicho lo anterior, no es extraño, entonces, que los niveles de percepción de apoyo social sean más altos precisamente en los lugares en donde la confianza en las instituciones y en las personas es mayor. En la ciudad de Nejapa se encuentra de nuevo una mayor percepción de apoyo social, es decir, hay más gente que se siente apoyada por diversas instituciones o personas en situaciones problemáticas, en comparación con los otros dos municipios.

Estos resultados, esta asociación entre lugar de residencia y los niveles de confianza que poseen los ciudadanos hacia diversas instancias, sugiere una dinámica social distinta entre las localidades, especialmente entre Nejapa y los otros dos municipios. Detrás de esta dinámica bien podrían encontrarse factores como las pandillas, con las cuales deben vivir cotidianamente los ciudadanos y eso es lo que muestra precisamente la Figura 2.4.

**Figura 2.4**  
Niveles de confianza en distintos aspectos, según la presencia de pandillas (Promedios 1 - 10)



*Fuente:* Encuesta sobre pandillas y capital social El Salvador.

Los datos muestran algo de forma consistente: que donde no hay reporte de pandillas juveniles existen mayores niveles de confianza en las instituciones, de confianza entre los ciudadanos y de un sentido de apoyo social de los demás que en los lugares en donde sí existen pandilleros. Este fenómeno es validado estadísticamente en los tres casos, de tal forma que las diferencias entre los niveles de confianza pública, interpersonal y apoyo social son significativos<sup>14</sup>.

En concreto, la confianza en las instituciones entre los ciudadanos que no reportan presencia pandilleril alcanza un promedio de 5.05 (en una escala del 1 al 10), frente a un 4.74 en las comunidades donde sí hay maras. En el caso de la confianza interpersonal, las diferencias son más amplias y muestran una fuerte vinculación entre estas dos condiciones: en los lugares donde no hay pandillas el promedio es de 5.78, frente a un 4.52 de quienes sí conviven con pandillas. Y, finalmente, el promedio del sentido de apoyo social alcanza 6.27 entre quienes no reportan pandillas en su comunidad, mientras que entre quienes sí lo hacen es de 5.6. En resumen, estos datos muestran que donde existe menos confianza en las instituciones, en las personas y en la posibilidad de contar con el apoyo de los demás, en esos lugares hay más pandillas o jóvenes integrados a las mismas.

En todo caso, las cifras sobre las variables de confianza plantean desde ya, y de manera individual, una primera confirmación de la importancia de las variables de capital social en la existencia y configuración de la violencia dentro de la comunidad. Aunque en la práctica esa relación pueda darse de forma bidireccional, es decir, confianza y presencia de pandillas se alimenten mutuamente y, por tanto, quepa la posibilidad de que la primera sea producto de

---

14. Esto según pruebas de análisis de varianza.



la segunda, parece indudable la asociación entre las mismas, lo cual tiene enormes consecuencias para entender la forma en que funcionan las dinámicas sociales en las comunidades marcadas por la violencia.

Otras variables del ámbito individual que constituyen también un referente del concepto de capital social son el nivel de participación política de los ciudadanos, las actitudes hacia la violencia y las actitudes de tolerancia. La primera es parte del núcleo del concepto de capital social, en el cual la mayoría de autores parecen coincidir como ya se ha visto antes; mientras que la segunda y la tercera forman parte de esa concepción original de Coleman (2000/1988), según la cual las normas psicosociales rigen la conducta de las personas de forma tácita y establecen lo que es bueno o malo.

En este caso, los resultados muestran un poco más de participación política por parte de los residentes del municipio de Nejapa que en los otros dos municipios. Quezaltepeque, por su parte, es el lugar en donde el nivel de participación política alcanza el menor valor de los tres municipios estudiados. Ahora bien, en lo que tiene que ver con las actitudes de aprobación del uso de la violencia, los datos muestran una distribución opuesta. Es decir, Quezaltepeque recoge el mayor promedio en la escala de aprobación del uso de la violencia en diversas circunstancias (5.27), por encima de Cojutepeque (5.03) y obviamente de Nejapa (4.83). Aunque los promedios son muy cercanos entre sí, un análisis de varianza consignó que esas diferencias son significativas y que, por tanto, las mismas se deben a la variable del municipio. Finalmente, los datos también encontraron diferencias importantes en los niveles de tolerancia entre los tres municipios. El municipio que reporta el mayor nivel de intolerancia por parte de sus ciudadanos

es, de nuevo, Quezaltepeque con un promedio de 9.21<sup>15</sup>, seguido de Cojutepeque con 8.87 y Nejapa con 8.69.

En resumidas cuentas, lo que los datos de forma singular señalan es que existen diferencias insoslayables entre los municipios estudiados en cuanto a estas otras variables de capital social: participación política, actitud de apoyo a la violencia y tolerancia. De nuevo y consistentemente, Nejapa aparece como el lugar en donde las condiciones asociadas al capital social “positivo” son más frecuentes. En contraposición, tanto Cojutepeque como Quezaltepeque presentan valores inferiores de capital social: poco compromiso de los ciudadanos con las organizaciones políticas, un alto nivel de apoyo al uso de la violencia en las relaciones humanas y poca disposición para aceptar las diferencias en los demás.

Ahora bien, ¿cómo se relacionan estas variables individualmente con la presencia de pandillas? De acuerdo con los resultados del estudio, las actitudes de aceptación a la violencia estarían vinculadas de forma positiva a la presencia de pandillas. Es decir, a mayores actitudes hacia la violencia existe más contacto con las pandillas. Esta relación es lógica —o, al menos, se da según lo esperado— y podría indicar que las actitudes sociales de las personas dentro de una comunidad desempeñan un papel específico en las condiciones que facilitan la presencia de pandillas. Es decir, detrás de la existencia de las maras estaría la presencia de un sistema de normas sociales que aprueban más el uso de la violencia, incluso de parte de aquéllos que no tienen que ver directamente con actividades de violencia; la poca actividad de las pandillas, por el contrario, tendría como lecho un sistema de actitudes y normas menos favorable a la aparición de la violencia en las conductas de los ciudadanos.

---

15. En una escala del 1 al 10 y donde 1 significa absoluta tolerancia y 10 extrema intolerancia.

Cuadro 2.3

Niveles de participación política, intolerancia y actitudes hacia la violencia, según presencia de pandillas en la comunidad (Promedios 1 - 10)

Variables	¿Hay pandillas en la comunidad?	
	No	Sí
Participación política	2.30	2.29
Intolerancia	8.82	9.03
Actitudes hacia la violencia*	4.84	5.25

\*  $p < 0.05$

Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social El Salvador.

Como puede verse en el Cuadro 2.3, las variables referidas a la participación política de los ciudadanos y la intolerancia no parecen mostrar vinculación significativa con la presencia de pandillas en las comunidades estudiadas. Aunque la variable de intolerancia reporta alguna diferencia entre los promedios de quienes enfrentan pandillas en las comunidades y quienes no, las pruebas de varianza no consiguieron que las mismas se deban a una razón distinta del azar.

Finalmente, las últimas condiciones que están relacionadas con el concepto de capital social y que serán analizadas en conjunto con el fenómeno de las pandillas, medido en función de la presencia de pandilleros o no, son la disponibilidad de espacios sociales para el encuentro de las personas. En este caso se han clasificado dos tipos de espacios sociales. El primero, que se dará en llamar “espacios públicos positivos”, se refiere a la existencia de casas comunales, parques, canchas y lugares públicos en la comunidad de residencia de las personas y en donde los residentes de la colonia se pueden reunir con facilidad. El segundo tipo de espacios sociales son los llamados “espacios perversos” y se refiere a la existencia de cantinas, prostíbulos y salas de juego (billares) dentro de la comunidad de residencia de las familias encuestadas. Estos dos tipos

de espacios están recogidos cuantitativamente en dos variables, las cuales ofrecen una medida de la cantidad que hay al interior de la comunidad<sup>16</sup>.

El examen de estas condiciones por municipio revela cuestiones interesantes. Ante todo, la ciudad de Nejapa reporta la cantidad más alta de espacios tanto públicos positivos como “perversos” en las comunidades, seguida de Quezaltepeque y de Cojutepeque como la ciudad en donde son más escasas tanto las casas comunales, los parques y las canchas como las cantinas, los prostíbulos y las casas de juego. Pareciera, por tanto, que las localidades en donde hay más lugares de encuentro para las personas sean precisamente los sitios en donde las pandillas son menos frecuentes, aunque también Nejapa registra los mayores niveles de espacios públicos perversos declarados por los ciudadanos.

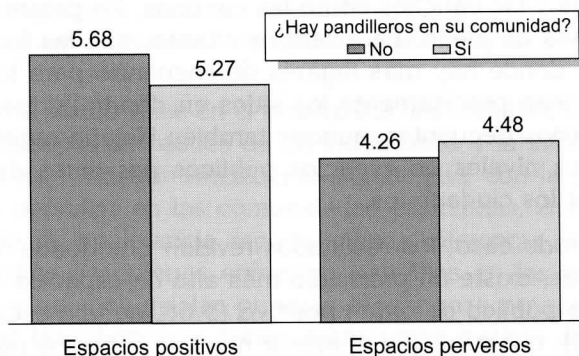
En todo caso, los resultados revelan que donde no hay pandillas, existe un promedio más alto de espacios de encuentro público de orden positivo (5.68, en una escala del 1 al 10); mientras que el menor nivel de espacios públicos positivos (5.27) se da en los lugares en donde hay más pandilleros. En el caso de los lugares de índole “perverso” se da la tendencia opuesta: hay más lugares “perversos”, esto es, hay más bares, cantinas y prostíbulos en las comunidades en donde se reportan más pandillas y, por el contrario, hay menor cantidad de este tipo de sitios en las comunidades donde hay menos pandillas. En ambos casos, tanto en los espacios públicos positivos como en los perversos, las relaciones se dan según lo esperado, lo cual pone de relieve la importancia de la existencia de los espacios de encuentro en el fenómeno de las pandillas. Pero

---

16. De nuevo, acá se ha hecho uso de medidas escalares en donde 1 significa que no hay espacios de ese tipo y 10 significa que hay muchos.

la relación es mucho más decisiva en el caso de la existencia de los espacios públicos positivos. Y es que, tal y como lo sugieren los datos, una comunidad que dispone de sitios de esparcimiento y encuentro sanos parece estar menos afectada por la violencia pandilleril que aquella que no los tiene o que posee bares o cantinas.

**Figura 2.5**  
Espacios públicos, según presencia de pandillas  
(Promedios 1 - 10)



*Fuente:* Encuesta sobre pandillas y capital social El Salvador.

Este hallazgo tiene una relevancia particular, dado que pone sobre el tapete de la evidencia el papel que juega la infraestructura comunitaria, probablemente asociada al comportamiento de los miembros de la comunidad en la prevención del fenómeno de las pandillas. Tal y como lo planteaban Moser y Holland (1997), en su estudio en Jamaica, la posibilidad de contar con lugares en donde la comunidad se encuentra cotidianamente y de forma horizontal puede constituir una diferencia importante en la lucha contra la integración de las y los jóvenes a las pandillas.

En resumen, el ejercicio de cruzar las variables de capital social con la presencia de pandillas ha dejado hallazgos

importantes en el orden del análisis individual de los factores. La poca confianza en las instituciones, en las personas y en un sentido de reciprocidad social, la existencia de un sistema de actitudes que privilegia el uso de la violencia sobre cualquier otra forma de relacionarse con los demás y la ausencia de lugares de encuentro ciudadano en las propias comunidades de vivienda, parecen ser las condiciones más asociadas a la existencia de maras en los barrios de los municipios estudiados. Estos hallazgos tienen validez solo para esos municipios, Nejapa, Quezaltepeque y Cojutepeque, pero pueden constituir un modelo que permitirían determinar cómo funcionan estas condiciones para facilitar la presencia de pandillas en otros lugares.

Esto significa, en todo caso, que algunas de las variables fundamentales de la noción de capital social son útiles para explicar por qué unas comunidades enfrentan el problema de las pandillas juveniles y otras no. Según estos datos, se debe prestar atención sobre todo a esas variables de confianza y de infraestructura —que permite alimentar aquella—, para comprender la dinámica que posibilita la existencia de pandillas.

#### *2.4. Los predictores de la existencia de pandillas: el papel del capital social*

Visto todo lo anterior, lo que queda es comprender cómo se conjugan todos esos factores asociados a la aparición de las pandillas en una comunidad, de forma tal que permitan establecer dónde es posible esperar más maras. Como se ha dicho en diversos espacios, la violencia tanto como las pandillas no son problemas simples y nunca aparecen como productos de una sola condición. Su presencia es el producto de la interacción de diversos factores que operan de forma diversa en función del contexto en el cual apare-

cen. Hasta acá, se ha visto cómo cada uno de esos factores estudiados (familias, comunidades, confianza, actitudes, participación y presencia de espacios de encuentro) se relacionan individualmente con la presencia de pandillas en la comunidad (medida a través del reporte de los vecinos). Sin embargo, es importante saber cómo interactúan como grupo para ver si su aparente vinculación con la aparición de las maras es tal y si las mismas no determinan otras dinámicas de relación.

Dentro de esta dinámica, las variables del capital social desempeñan un papel fundamental y se usarán simultáneamente para saber si todas tienen el mismo peso en la explicación de las pandillas y cómo se relacionan con otras condiciones de orden más demográfico y económico.

El Cuadro 2.4 muestra los resultados de una regresión logística binaria con las variables que al final resultaron más significativas para predecir la aparición de las pandillas en la comunidad. En estas regresiones se han usado todas las variables descritas anteriormente, más algunas variables que describen las características individuales de las personas que fueron encuestadas con el propósito de controlar algunas características personales, que pueden tener influencia sobre la forma en que los sujetos perciben y declaran los niveles de actividad pandilleril en la comunidad.

El producto de estos análisis no puede ser más interesante. En términos generales, el ejercicio muestra que en la medida en que una comunidad esté formada por hogares que deben alquilar la vivienda, sus viviendas tengan la infraestructura mixta básica (medida a través del tipo de piso) y la comunidad sea poco desigual, en esa medida hay más probabilidades de que esa comunidad enfrente el problema de las pandillas, desde las condiciones socioeconómicas. Además, la regresión muestra que en tanto exista un nivel bajo de confianza entre las personas que

forman la comunidad, un bajo sentido de apoyo social recíproco entre ellos, existan muy pocos espacios de encuentro público positivo y haya un importante número de bares, cantinas y lugares de ese tipo, hay más probabilidades de que una comunidad deba enfrentar el problema de las pandillas.

**Cuadro 2.4**  
**Regresión logística binaria: predictores**  
**de la presencia de pandillas en una comunidad**

Variable	B	S. E.	Wald	Gl	Sig.
Sexo del entrevistado	0.0981	0.1262	0.6043	1	0.4369
Edad del entrevistado	0.0035	0.0049	0.5274	1	0.4677
Nivel educativo del entrevistado	0.0624	0.0183	11.6455	1	0.0006
Tipo de piso de la vivienda	-0.1797	0.0527	11.6457	1	0.0006
Tipo de vivienda			8.6479	3	0.0344
Alquilada	0.4198	0.1458	8.2877	1	0.0040
Prestada	0.1224	0.3122	0.1538	1	0.6950
Otra condición	-0.4086	0.9403	0.1888	1	0.6639
Desigualdad en comunidad	-4.1515	0.6283	43.6634	1	0.0000
Confianza interpersonal	-0.1485	0.0230	41.5810	1	0.0000
Sentido de apoyo social	-0.0530	0.0251	4.4510	1	0.0349
Espacios públicos positivos	-0.1296	0.0296	19.2157	1	0.0000
Espacios públicos perversos	0.1129	0.0262	18.5983	1	0.0000
Constante	1.6493	0.4472	13.6042	1	0.0002

Predicción = 66.53 %

Esto pone de relieve dos grandes cosas. Primero, algo que ya se ha dicho, que parece que se necesita cierto nivel socioeconómico para que las pandillas aparezcan; éstas no están asociadas simple y de manera directa a la pobreza; pero tampoco están asociadas a la desigualdad a nivel de microcomunidad<sup>17</sup>. En apariencia, también se necesita cierto nivel de igualdad de condiciones económicas para la aparición de pandillas dentro de una comunidad. Segundo, los datos ponen de relieve, por el lado del capital social, esen-

17. Probablemente lo estén a niveles de desigualdad macrosocial, pero eso no ha podido ser medido acá.



cialmente dos cosas: la importancia de la confianza recíproca en los miembros de las comunidades y el papel que desempeñan los espacios de encuentro ciudadanos al interior de las mismas. De acuerdo con los datos, lo que es fundamental a la hora de predecir la aparición de las pandillas es el hecho de que la comunidad cuenta con niveles altos de confianza, lo cual hace referencia a los niveles de interacción social y trabajo compartido que llevan a cabo las personas para resolver sus propios problemas. No obstante, también es fundamental que existan lugares en donde la gente pueda reunirse de manera tranquila para debatir sobre los mismos, y ello es posible solo si hay casas comunales y parques para la diversión de la familia.

Por otro lado, la confianza en las instituciones, las actitudes de apoyo a la violencia y la intolerancia no parecen tener relevancia estadística, sobre todo cuando se conjugan con la confianza interpersonal —la cual es, después de la desigualdad económica, el factor más decisivo para explicar la aparición de las pandillas en la comunidad—. Es decir, de nuevo, la confianza interpersonal constituye el factor más determinante en el ámbito de las confianzas que permite predecir los niveles de violencia. Así, en la configuración de la violencia en estas comunidades no tiene tanto que ver el nivel de confianza en las instituciones o qué tanto la gente tiene actitudes hacia la violencia, cuanto el grado en que la gente, los vecinos, confían entre sí. Y eso constituye uno de los fundamentos de la concepción del capital social.

El modelo final permite, por tanto, decir que las pandillas suelen aparecer más donde la gente confía menos entre sí, donde hay menos desigualdad económica, donde existen menos espacios de encuentro público positivo y más de encuentro “perverso”, y donde existen ciertas condiciones económicas básicas para vivir.

### *3. Reflexiones sobre los resultados*

¿Qué significa todo lo anterior? En realidad hay varias reflexiones que se desprenden de estos resultados. En primer lugar, este ejercicio indica que tan importante es considerar los factores socioeconómicos en la aparición de las pandillas, como considerar aquellos factores de orden psicosocial que tienen que ver con la forma en que la gente se relaciona al interior de la comunidad y con el herramientaje normativo del que dispone para regular la manera en que se acerca e interactúa con sus pares. Según los datos recabados en este estudio, las maras —o por lo menos su visibilidad— dependerían de qué tanto los ciudadanos se ofrecen confianza entre sí en los municipios estudiados. Ello tiene fuertes implicaciones para enfrentar el problema de la vivencia de inseguridad ciudadana; a final de cuentas, la violencia y las pandillas actúan como un estímulo negativo en torno a la fe hacia los demás. Las comunidades más atacadas por la violencia pandilleril no solo deben enfrentar la sensación de inseguridad, sino que también deben enfrentar las dificultades para comunicarse sobre la base de la confianza mutua que permite la construcción y el desarrollo del proyecto de vida comunitario. En estas circunstancias, no es extraño que, junto a la poca confianza social, exista un sistema de normas y actitudes que estimulan las respuestas de agresión en las relaciones humanas. Como ha sugerido Coleman (1988/2000), las mismas normas sociales pueden llevar a acciones que terminan dañando a otros y debilitando las redes de confianza social que constituyen la base del capital social.

En segundo lugar, los hallazgos planteados en este ejercicio empírico con apenas tres ciudades del país, ponen de relieve la importancia de la existencia de cierto tipo de espacios de encuentro social al interior de las comunidades, barrios y colonias. El estudio ha ofrecido suficiente

evidencia para establecer que el contar con canchas deportivas, casas comunales y parques puede constituir una diferencia importante a la hora de prevenir la aparición de pandillas y, con ello, los altos niveles de violencia, y lo es aún más si detrás de esos lugares se encuentra un sentido de confianza social. Asimismo, no es posible construir confianza mutua si no existen lugares en donde la gente pueda verse, conversar y discutir sobre los problemas e intereses que comparten como comunidad. De la misma forma, es más difícil desarrollar esquemas de resolución pacífica de conflictos en lugares en los cuales se concentra el consumo de alcohol y el desorden.

En tercer lugar, en el ámbito de los factores socioeconómicos, el estudio arroja más desafíos que conclusiones establecidas. Todavía hacen falta herramientas para comprender por qué, a este nivel de ciudades pequeñas, las pandillas no aparecen correlativamente relacionadas con la pobreza ni con la desigualdad. Los datos insisten en mostrar que es necesario que la gente tenga cierto nivel de vida para que aparezcan estos grupos, pero no dicen que a mejores condiciones económicas surjan más pandillas; más bien muestran que hasta cierto punto se pueden encontrar, pero en los estratos más altos no. También muestran que la comunidad debe ser más o menos homogénea en términos socioeconómicos, ¿será porque esto posibilita la interacción entre los mismos jóvenes? Es difícil saberlo, una respuesta a esto necesita más análisis a partir de los datos.

En cuarto lugar, debe reconocerse que aunque el modelo general explica casi una parte importante de la aparición de las pandillas, existe una buena parte de la misma que queda aún sin explicar. Ello remite obviamente a las limitaciones del estudio, pero sobre todo a la idea de que el fenómeno de las maras constituye un hecho complejo y multicausal y que, por tanto, resulta imposible captar toda la diversidad de los factores que intervienen en él. El valor

fundamental de este esfuerzo de investigación es haber comprobado empíricamente la importancia de factores como la confianza interpersonal y de haber “descubierto” la relevancia que tiene la disponibilidad de lugares en donde la gente se relaciona socialmente, todo ello en ciudades no muy complejas y en donde la inseguridad pública constituye una vivencia cotidiana. En otras palabras, la contribución de este estudio tiene que ver con el hallazgo de que la concepción de capital social es importante en el tema de la violencia, incluso para lugares y comunidades pequeñas y específicas como lo son las estudiadas.

Una conclusión menos teórica y más pragmática puede también obtenerse de este ejercicio. Y esta es sugerir que detrás de las diferencias que muestran los municipios estudiados en términos de violencia se encuentra precisamente la capacidad de los mismos para ofrecer a sus vecinos lugares para reunirse y los mecanismos para discutir los problemas de la comunidad, lo cual incide en las redes de confianza social que se crean al interior de los barrios y las colonias. Nejapa es, sin duda, un lugar aparte respecto a Cojutepeque y Quezaltepeque, y eso es así no solo porque sus habitantes no deben enfrentar los mismos niveles de violencia, sino porque también ahí parece haber más espacio para el encuentro de las personas, parece haber también más confianza entre ellos —y hacia el gobierno local también— y, en este caso, más organización ciudadana no necesariamente estimulada por la necesidad de defenderse de la delincuencia. Sin embargo, hay que insistir en que esas condiciones están lejos de explicar en su totalidad la aparente tranquilidad de este pequeño municipio en comparación con su vecino Quezaltepeque o con la conflictiva ciudad de Cojutepeque. Hay que insistir en que la multicausalidad de la violencia está tan presente en estos casos como en cualquier otro. Otros factores deben ser considerados para tener una idea más precisa de lo que interviene en los niveles de violencia de las comuni-

dades y la mayoría de esos factores no han podido ser estudiados acá. Aspectos como el tamaño poblacional de la ciudad, el ritmo de crecimiento urbano en los últimos años, la gestión del gobierno local y el tipo de actividad económica, entre otros, pueden constituirse en variables cruciales para ampliar nuestro conocimiento sobre las razones que hacen que una ciudad no tenga los mismos niveles de violencia y de pandillas que otra situada apenas a cinco kilómetros de distancia.

Guatemala  
Variables de capital social  
asociadas a la presencia de maras

Juan Merino

Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales  
Universidad Rafael Landívar

*1. El problema de la medición  
en la ciudad de Guatemala*

**E**ste capítulo aborda el tema de las variables de capital social asociadas a las maras, en la ciudad de Guatemala. Como se ha señalado en el apartado de descripción metodológica, en Guatemala existen colonias en donde no hay maras, que podrían definirse como *calmadas* —o universo blanco—. Ninguna tenía características similares a las de las comunidades de El Limón y La Candelaria, ubicadas en la ciudad de Guatemala, catalogadas como *violentas* por la presencia significativa de estas y estos jóvenes —universo rojo—. La falta de esa información —comunidad calmada y comunidad violenta— impidió que pudiese considerarse alguna comunidad para establecer una comparación y medir el nivel de dependencia de las variables socioeco-

nómicas y de capital social; por tanto, hubo que examinar otras posibilidades.

La primera variable diferenciadora fue *la percepción que las comunidades tenían sobre las maras, consideradas como problema*. La percepción de que estas asociaciones son un problema comunitario es significativamente mayor en La Candelaria que en El Limón. La segunda variable considerada fue *tener conciencia de la presencia de mareros en la población*, que fue mayor en El Limón que en La Candelaria. En ambos casos se pretendía diferenciar, de algún modo, ambas comunidades. No obstante, *la percepción de las maras como problema* y *el tener conciencia de la presencia de mareros* no fueron lo suficientemente objetivos y consistentes. Por tanto, se descartó la idea y se desechó también la posibilidad de establecer parámetros de diferenciación entre ambas comunidades, las cuales, desde un principio, se consideraron similares respecto a la presencia de maras.

Al no disponer de datos para diferenciar a las dos comunidades encuestadas, en cuanto a la presencia de maras, se consideró la posibilidad de utilizar como variable de comparación las respuestas a la pregunta: "¿Conoce a algún joven que sea pandillero en este barrio?". Es decir, las respuestas a esta pregunta serían el indicador de la existencia o no de pandillas. Esta situación implicaba olvidarse de las comunidades como referencia y concentrarse en las personas. La opción permitiría establecer dos grupos de personas real y objetivamente distintos: las que manifestaran conocer a algún marero en su comunidad (que corresponderían al universo rojo de los otros grupos) y las que afirmaran no conocerlos (que corresponderían al universo blanco de los otros grupos). El aceptar que conocían a algún pandillero dentro de la comunidad sería un indicador de la presencia de los mismos —o al menos de que existía cierto grado de relación del encuestado con ellos—. Por otro lado, el negar que conocían pandilleros

sería un indicador de que las maras no están, al menos perceptivamente, muy presentes en la comunidad del entrevistado. Asimismo se pudo constatar que al comparar la variable elegida para establecer el contraste con la que indaga la existencia de mareros en la comunidad, se obtuvo un resultado congruente: el 98.4 por ciento de quienes afirmaron conocer a algún marero sostuvieron que existen en su comunidad; mientras que el 66.5 por ciento de quienes afirmaron que no conocían a ninguno aceptaron que éstos existen en su comunidad.

Al considerar esa variable como un elemento de comparación de los resultados, no se pierde la referencia a las maras como parámetro de comparación con las variables relacionadas con el capital social. Cabe, por tanto, medir y diferenciar posibles niveles de dependencia entre las variables sociales y los grupos integrados por quienes tienen un contacto más directo con las maras, al conocer a algunos de sus miembros o el grupo conformado por quienes no tienen ese contacto.

## *2. Variables seleccionadas*

Las variables que se han seleccionado no son todas las que se indagan en la encuesta, sino solo en las que, estadísticamente, se ha podido comprobar que tienen cierta relación de dependencia con la variable de contraste seleccionada. Para ello se aplicó la prueba Chi cuadrado asumiendo como Alfa máximo el 0.05 ( $p < 0.05$ ). Las variables de capital social con las cuales se va a contrastar la presencia de pandilleros (medida a través de la pregunta "¿Conoce a alguna o a algún joven que sea pandillero en este barrio?") son las siguientes: confianza en la comunidad, tolerancia, participación en actividades comunitarias y políticas, confianza en las instituciones, relaciones de colaboración, nivel de actividad criminal, existencia de espa-



cios públicos comunitarios y actitudes o normas de justificación de la violencia.

## *2.1. Confianza en la comunidad*

Una de las variables fundamentales en la noción de capital social es la confianza interpersonal entre los miembros de una comunidad. Se formularon dos preguntas al respecto. La primera para medir el grado de satisfacción del entrevistado con la comunidad donde vive; la segunda, para conocer y determinar la confianza del entrevistado respecto a las personas que conforman la comunidad en donde vive.

### *2.1.1. Grado de satisfacción de la o del entrevistado con la comunidad donde vive*

La pregunta se formuló de la siguiente forma: “En general, ¿qué tan satisfecho se siente usted con la comunidad en donde vive?”. Las opciones de respuesta se limitaron a cuatro:

- Muy satisfecho
- Algo satisfecho
- Algo insatisfecho
- Muy insatisfecho

Las respuestas reflejaron mayor grado de satisfacción entre aquellas personas que dijeron que no conocían mareros que entre quienes expresaron que sí los conocían. No obstante, al aplicar la prueba de Pearson se constató que, en este caso, no puede establecerse una relación de dependencia.

### 2.1.2. *Confianza de la o del entrevistado respecto a la gente de su comunidad*

Esta es una de las preguntas fundamentales de la encuesta aplicada a las comunidades de la ciudad de Guatemala respecto a la confianza interpersonal. La interrogante estaba formulada de la siguiente manera: “En general, ¿cómo es la gente de su comunidad, muy confiable, algo confiable, poco confiable o nada confiable?”. Las respuestas revelan niveles medios de confianza interpersonal entre los miembros de las comunidades, y no se advierten diferencias significativas entre las personas que conocen o se relacionan con pandilleros y las que no las conocen (Cuadro 3.1).

**Cuadro 3.1**  
Confianza interpersonal, según relación con pandilleros y pandilleras  
(En porcentajes)

¿Conoce pandilleros o pandilleras?	Nivel de confianza			
	Mucha	Alguna	Poca	Ninguna
No	5.3	41.2	34.1	19.5
Sí	5.1	38.8	37.9	18.2
Todos	5.1	39.5	36.8	18.5

No parece haber diferencias importantes entre quienes conocen o no a gente perteneciente a las maras. Esto indica que la confianza interpersonal no se ve afectada por la relación o el contacto de los habitantes de los barrios estudiados con las pandilleras y los pandilleros.

## 2.2. *Tolerancia*

La tolerancia constituye otra variable importante en las concepciones sobre capital social. El supuesto básico es que en las comunidades donde existe más tolerancia, hay

más posibilidades de establecer interacciones y dinámicas de apoyo entre los habitantes, sin importar las características étnicas (que en Guatemala tienen cierto peso), religiosas, ideológicas o socioeconómicas, entre otras. Para medir la tolerancia se pidió a las personas encuestadas que identificaran los grupos de personas que consideraran desagradables como vecinas. Los grupos identificados fueron los siguientes:

- extremistas políticos
- bebedores excesivos
- pandilleros o mareros
- drogadictos
- personas de distinta religión
- homosexuales

El listado estaba encabezado por la siguiente pregunta: “En esta lista tiene usted varios grupos de personas. ¿Podría seleccionar si hay alguno de ellos que no le gustaría tener como vecino?”. Los resultados obtenidos se resumen en el Cuadro 3.2.

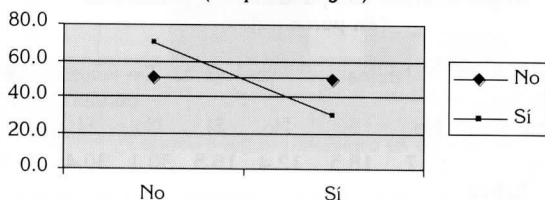
**Cuadro 3.2**  
Tolerancia de la o del entrevistado respecto a  
un grupo de personas previamente seleccionadas,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)

¿No le gustaría como vecina? ¿Conocen a mareros?	No		Sí	
	No	Sí	No	Sí
Extremistas políticos	99.1	99.1	0.9	0.9
Bebedores excesivos	99.1	99.7	0.9	0.3
Mareros	100	99.5	0	0.5
Drogadictos	100	99.5	0	0.5
Personas de distinta religión	50.7	70.0	49.3	30.0
Homosexuales	97.8	96.3	2.2	3.7

En general, se observa que existe una aceptación generalizada respecto a los extremistas políticos, bebedores excesivos y drogadictos: quienes los rechazan, en ambos grupos, no superan el 1 por ciento. Los homosexuales, por su parte, son rechazados por quienes no conocen a los mareros en un porcentaje mínimo (2.2 por ciento), y por el 3.7 por ciento por quienes los conocen.

Quienes no conocen a estas personas las aceptan unánimemente; mientras que el 0.5 por ciento de quienes las conocen, las rechazan. Estas diferencias son tan mínimas, que el grado de diferenciación no es significativa. Sin embargo, no sucede lo mismo respecto a las personas de distinta religión (Figura 3.1). Quienes no conocen a mareros están más anuentes a tener como vecinos a personas de distinta religión (el 50.7 por ciento dice que no *versus* el 49.3 que dijo que sí) que quienes los conocen (el 70 por ciento dijo que no *versus* el 30 por ciento que dijo que sí). Este ha sido el único caso en el que, al aplicar la prueba de correlación, se pudo constatar que existe relación de dependencia.

Figura 3.1  
¿Acepta personas de distinta religión como vecinos?  
Según relación con pandilleros  
(En porcentajes)



### 2.3. Participación en actividades comunitarias

En la encuesta se sondeó el grado de participación de los vecinos, en ciertas actividades comunitarias, dado que

es la base para la construcción de redes de apoyo interpersonal sobre la cual se fundamenta el capital social. Para ello se formularon dos bloques de preguntas: el primero para sondear la participación de las personas encuestadas en una serie de grupos y organizaciones; el segundo para inquirir sobre su participación en algunas actividades sociopolíticas concretas.

### *2.3.1. Participación en organizaciones y/o grupos*

La pregunta se formuló del modo siguiente: “Ahora le voy a leer una lista de grupos y organizaciones. Por favor, dígame si usted asiste a reuniones de ellos frecuentemente, de vez en cuando, casi nunca o nunca”. Los grupos u organizaciones seleccionados fueron:

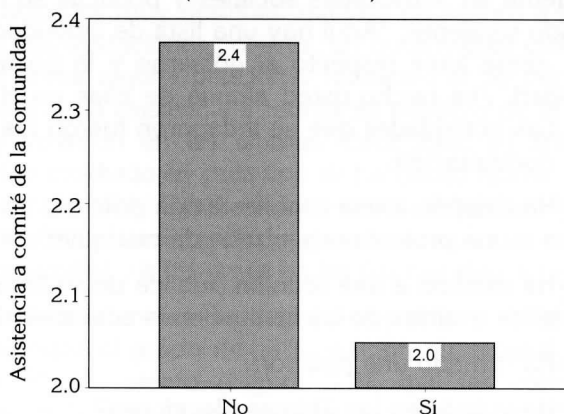
- algún comité o sociedad de la iglesia o templo
- alguna asociación de padres de familia
- algún comité o junta de la comunidad
- alguna asociación gremial o sindicato
- algún partido político
- algún equipo deportivo

**Cuadro 3.3**  
Participación en organizaciones y/o grupos,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)

Participación	Nunca		Casi nunca		De vez en cuando		Frecuentemente	
	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí
¿Conocen a mareros?								
Comité eclesial	17.7	18.5	12.4	15.5	30.1	30.4	39.8	35.6
Asociación de Padres de Familia	38.5	27.8	10.6	21.7	5.8	10.5	45.1	40.0
Comité de la comunidad	50.2	61.0	2.7	30.8	6.7	4.4	40.4	30.8
Asociación gremial	96.8	95.4	3.2	2.2	0	0	0	1.4
Partido político	97.3	97.0	2.7	1.9	0	0.2	0	0.9
Equipo deportivo	94.6	91.6	2.2	2.5	0.9	1.9	2.2	4.0

Como puede observarse en el Cuadro 3.3, los miembros de las comunidades tienen algún grado de participación significativo en los comités de las iglesias, las asociaciones de padres de familia y los comités de la comunidad; no así en las asociaciones gremiales, los partidos políticos y los grupos deportivos. Al analizar los tres primeros se pudo constatar que solo en uno existe relación estadística con la variable de comparación: en los comités o las juntas de la comunidad ( $\alpha = 0.018$ ); no así en los comités de iglesias ni en las asociaciones de padres, a pesar de que los números muestren algunas diferencias mínimas.

**Figura 3.2**  
¿Asistencia a los comités de la comunidad,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(Promedios 1 - 10)



¿Conoce a algún pandillero en este barrio?

En cuanto a la asistencia de las personas entrevistadas a las reuniones de algún comité o junta de la comunidad, en la Figura 3.2 se puede observar que quienes no conocen a mareros son más asiduos a estas reuniones que quienes los conocen: la media de asistencia a estos comités es de 2.4 para el grupo que no conoce a mareros, frente al

2.0 para el grupo de quienes sí los conocen<sup>1</sup>. Esta cifra se aproxima al apartado “de vez en cuando”, aunque mucho más al “casi nunca” que al “frecuentemente”. Ahora bien, entre quienes no conocen a mareros, el promedio de asistencia es más alto que entre quienes los conocen. Pueden haber muchas razones detrás de esta diferencia, pero llama la atención que las personas que no tienen contacto con mareros son las que aparentemente participan de manera más activa en la comunidad.

### *2.3.2. Participación en actividades políticas y sociales*

La pregunta relacionada con el nivel de participación de la gente en actividades sociales y políticas se formuló del modo siguiente: “Aquí hay una lista de actividades que alguna gente hace respecto al gobierno y la política. Por casualidad, ¿ha hecho usted alguna de ellas en el último año?”. Las actividades que se indagaron fueron las que se citan a continuación.

- ¿Ha asistido a una manifestación política, un discurso o una protesta organizada de cualquier estilo?
- ¿Ha asistido a una reunión pública de su localidad o de los asuntos de las instituciones educativas?
- ¿Ha firmado una petición?
- ¿Ha votado en las últimas elecciones?

---

1. Esto en promedio de una escala del 1 al 4, en donde 1 constituye el nivel más bajo de participación (nunca asiste a las reuniones) y 4, el más alto (asiste frecuentemente a la reuniones).

Los resultados obtenidos se muestran en el Cuadro 3.4.

**Cuadro 3.4**  
**Participación en actividades políticas y sociales,**  
**según relación con pandilleros o pandilleras**  
**(En porcentajes)**

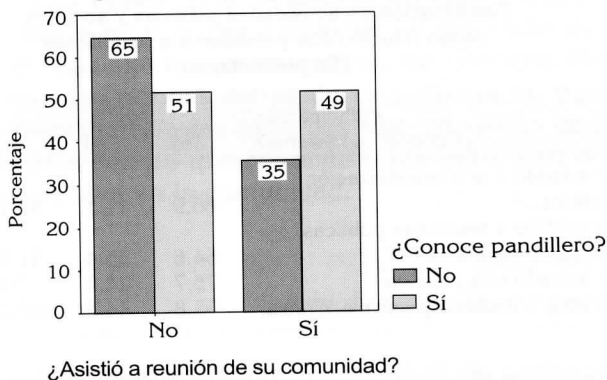
Participación ¿Conocen a mareros?	No		Sí	
	No	Sí	No	Sí
¿Ha asistido a una manifestación política...?	88.9	11.1	92.7	7.3
¿Ha asistido a reuniones públicas de su comunidad...?	64.6	35.4	51.5	48.5
¿Ha firmado una petición?	75.7	24.3	72	28
¿Ha votado en las últimas elecciones?	55.8	44.2	42.4	57.6

Como puede constatarse en el Cuadro 3.4, el grado de participación es muy desigual: mínimo en cuanto a la asistencia a manifestaciones políticas, un poco mayor cuando se trata de firmar alguna petición y rondando el 50 por ciento en el caso de la asistencia a reuniones públicas de la comunidad y votación en las últimas elecciones. Al aplicar la prueba Chi cuadrado en cada uno de los cuatro rubros, solo se obtuvo un aceptable 0.001 en los rubros en que hubo mayor participación, es decir, en la asistencia a reuniones públicas de la comunidad y a las urnas en las últimas elecciones.

Sobre la asistencia a las reuniones públicas de la comunidad, aunque el grado de participación en general no supera el 50 por ciento (Figura 3.2), quienes conocen a mareros en la comunidad en donde viven asisten más a las reuniones públicas que quienes no los conocen. Estos resultados confirman los obtenidos en el bloque anterior, si se considera que las convocatorias más frecuentes a estas reuniones suelen hacerlas los centros educativos. Los padres asumen más su responsabilidad en estos casos que en cualquier otro tipo de reuniones públicas a las que se les convoque, como se constata en la asistencia a los comités de la comunidad. Es muy probable que estas sean

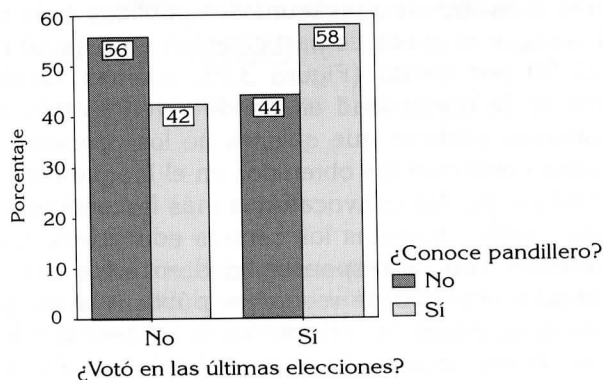


**Figura 3.3**  
Asistencia a reuniones de la comunidad,  
según relación con pandilleros o pandilleras



las únicas reuniones a las que las personas entrevistadas asistan con mas regularidad y no al resto. Es más, al considerar el conjunto de todas las asociaciones de padres de familia, éstas son las que producen esas centésimas de más en la asistencia a asociaciones de padres de familia que se observaban en el apartado anterior.

**Figura 3.4**  
Votó en las últimas elecciones,  
según relación con pandilleros o pandilleras



Por otro lado y paralelamente a la asistencia a reuniones públicas, entre las que se incluyen las de las instituciones educativas, la actividad sociopolítica que la ciudadanía asume con más responsabilidad es la de votar en las elecciones políticas. Al analizar los resultados obtenidos en este rubro, se constata que casi el 58 por ciento de quienes conocen a mareros en su comunidad han votado en las últimas elecciones, frente al 56 por ciento que no ha votado y que afirma que no conoce a mareros en sus respectivas comunidades. A partir del dato real de la existencia de maras, en ambas comunidades, puede concluirse que quienes conocen mejor su comunidad asumen también sus obligaciones ciudadanas con más responsabilidad.

#### *2.4. Confianza en algunas instituciones del país*

Si la participación en actividades comunitarias forma parte del concepto de capital social de una comunidad, también lo está el grado de confianza que la ciudadanía deposita en las instituciones del país, sean estas civiles o religiosas. De hecho, algunos teóricos, como Putnam (1993), ven en la confianza institucional un producto colateral de las actitudes, los valores y las normas que se crean con las redes de interacción comunitaria. En el caso concreto de Guatemala, las instituciones indagadas fueron doce. La identificación de cada una y los resultados obtenidos al cruzarla con la variable de comparación pueden verse en el Cuadro 3.5.

En este apartado interesa examinar si existe un comportamiento diferente entre las personas que conocen a mareros en sus comunidades y las que no los conocen, respecto a la confianza en las instituciones seleccionadas. Con esta finalidad, inicialmente se procedió a aplicar la prueba Chi cuadrado para conocer la relación de dependencia entre cada una de esas instituciones con la variable

**Cuadro 3.5**  
**Confianza en las instituciones,**  
**según relación con pandilleros o pandilleras**  
**(En porcentajes)**

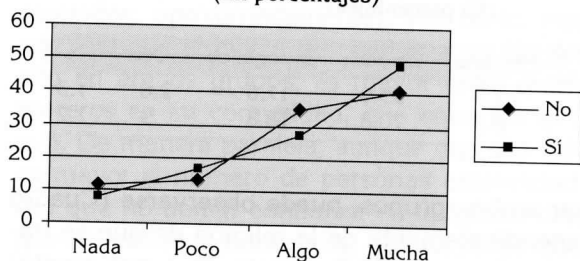
Confianza en las instituciones ¿Conocen a mareros?	Nada		Poco		Algo		Mucha	
	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí
La Iglesia católica	11.5	7	9.7	9.9	27.4	18.3	51.3	64.8
La Iglesia evangélica	11.5	8.5	16.4	23.5	42	36	30.1	32
La Fuerza Armada	13.8	12.5	40.9	32.2	33.8	39.5	11.6	15.7
Los Tribunales de Justicia	13.5	12.5	39.5	35.7	37.2	37.7	9.9	14.1
Los medios de comunicación	6.3	7.7	33.9	33.6	45.1	38.6	14.7	20.2
La Policía Nacional Civil	20.9	17.6	43.6	34.9	22.7	27.2	12.9	20.2
La Presidencia de la República	23.7	16.3	41.1	37.2	25	27.4	10.3	19.1
La alcaldía de su localidad	27.3	18.6	43.2	36.1	20.9	28.5	8.6	16.8
La Procuraduría de Derechos Humanos	17.9	14.7	39.5	34.5	32.7	34.7	9.9	16.1
La Fiscalía General de la República	25.6	20.7	39.5	33.6	27.8	31.3	7.2	14.4
La Asamblea Legislativa	29.1	23.6	42.6	31.3	22.4	33.6	5.8	11.4
La Corte Suprema de Justicia	30.5	24.3	42.2	31.7	20.6	30.6	6.7	13.3

independiente. Después de haberse aplicado la prueba, se constató que no puede establecerse una relación entre el hecho de conocer o no a mareros y la confianza —manifestada por las personas entrevistadas— hacia la Fuerza Armada, los Tribunales de Justicia, los medios de comunicación social, la Procuraduría de Derechos Humanos y la Fiscalía General de la República, pues el obtenido supera el 0.05. No obstante, sí puede establecerse con las siete instituciones restantes.

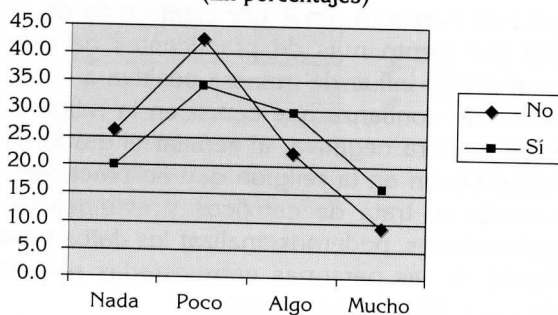
Además de lo anterior, también se constató una notable diferencia en el grado de confianza al comparar las instituciones civiles con las religiosas. Cuando se trata de instituciones religiosas, las manifestaciones de confianza, en la mayoría de personas encuestadas, se sitúan en las opciones “algo” y “mucha”. Sin embargo, cuando se trata de instituciones civiles, esa percepción se sitúa generalmente

en las opciones “poco” y “algo”. En las figuras 3.5 y 3.6 está muy clara la afirmación precedente. Teniendo en cuenta estos datos se optó por dividir esta sección en dos: en una se agruparon las instituciones religiosas y en la otra, las civiles.

**Figura 3.5**  
Confianza en instituciones religiosas,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)



**Figura 3.6**  
Confianza en instituciones civiles,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)



### 2.4.1. Confianza en las instituciones religiosas

La confianza en una institución religiosa determinada depende de la religión que se profese. Por esta razón, antes de analizar este dato se consideró necesario conocer las opciones religiosas de las personas encuestadas, tomando en cuenta la variable de comparación (es decir, si conocen o no a mareros en su comunidad).

**Cuadro 3.6**  
A filiación religiosa, según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)

	Ninguna	Católica	Evangélica	Otra	N/R
No conoce mareros	22.5	55.9	17.6	2.6	1.3
Sí conoce mareros	8.3	70.8	18.8	9	1.2

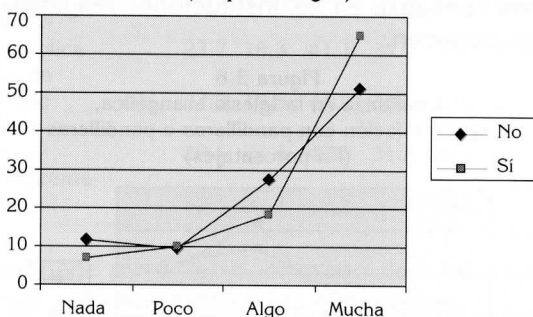
Al comparar ambos grupos, puede observarse (Cuadro 3.6) que, independientemente de la religión de que se trate, son más practicantes (90.3 *versus* 76.2 por ciento) quienes afirman conocer mareros en sus comunidades. Por el contrario, es más frecuente que quienes no conocen mareros, no practiquen su credo (22.5 *versus* 8.3 por ciento).

Respecto a los practicantes, en el grupo de los que conocen a mareros, hay aproximadamente un 15 por ciento más de católicos, un 1 por ciento más de evangélicos y un 6.5 por ciento más de practicantes de otras religiones, lo cual podría influir de manera positiva a la hora de señalar el grado de confianza que tienen en la religión que practican; y de manera negativa, al señalar el grado de confianza que estos tienen en la religión que no practican, concretamente cuando se trata de católicos y evangélicos. Hechas estas aclaraciones, podemos analizar los datos referentes a la confianza de las personas entrevistadas respecto a cada una de las instituciones religiosas.

*Iglesia católica*

El resultado de la prueba Chi cuadrado es de 0.002, muy por debajo del mínimo esperado, lo cual confirma que existe una fuerte relación de dependencia entre las variables cruzadas. En la Figura 3.7 puede observarse que tanto quienes manifiestan conocer a mareros en la comunidad como los que lo niegan, más del 50 por ciento afirma tener “muchísima confianza” en la Iglesia católica. De hecho, el grado medio de confianza, en una escala del 1 al 100, se sitúa en 83.5 (85 para los primeros y 80 para los segundos, aproximadamente). Por tanto, puede concluirse que, aunque el índice de confianza en la Iglesia católica es alto en ambos grupos, es mayor entre quienes conocen a mareros en su comunidad, que entre los que no los conocen. De manera paralela, aunque con una diferencia menor, es mayor el número de personas entrevistadas que declaran que no tienen confianza en la Iglesia católica entre los que no conocen a mareros, que entre los que los conocen.

**Figura 3.7**  
**Confianza en la Iglesia católica,**  
**según relación con los pandilleros**  
**(En porcentajes)**

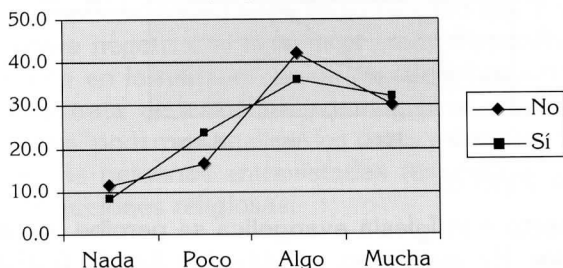
*Iglesia evangélica*

Respecto a la Iglesia evangélica se percibe un fenómeno similar. En este caso, el obtenido fue de 0.014, muy

por debajo del mínimo aceptado para demostrar la dependencia de la variable. Como se observa en la Figura 3.8, el comportamiento es similar al de la Iglesia católica y, en consecuencia, al creado con la unión de las dos, que denominamos instituciones religiosas: En los tres se constata que en la opción “nada” predominan quienes no conocen a mareros en su comunidad; en “poco”, quienes sí los conocen; en “algo”, quienes no conocen a mareros; y, por último, en la opción “mucho”, son más los que los conocen.

Las personas que conocen a mareros manifiestan más confianza en estas iglesias que quienes no los conocen. Por el contrario, son más quienes declaran que no tienen confianza (no confían nada) en las iglesias entre los que no conocen a mareros. La disimilitud entre ambas se advierte al observar la cima de las figuras, que se sitúa en “mucho confianza”, en el caso de la Iglesia católica, y “algo de confianza”, en el caso de la Iglesia evangélica. De hecho, el grado medio de confianza en la Iglesia evangélica, si se asume el total de personas en una escala del 1 al 100, es de 73. La diferencia en el grado de confianza entre quienes conocen y no a mareros en su comunidad, apenas es de décimas. En síntesis, las personas que conocen mareros tienen más confianza en las instituciones religiosas que las que no los conocen.

**Figura 3.8**  
Confianza en la Iglesia evangélica,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)



### 2.4.2. Confianza en las instituciones civiles

Han sido diez las instituciones civiles en las que se ha indagado el grado de confianza que tienen en ellas las personas. Al analizar los resultados obtenidos y aplicar la prueba Chi cuadrado, solo en cinco se obtuvo el necesario para poder afirmar que existe relación entre la variable de conocimiento de pandilleros y la confianza manifestada. Las excluidas fueron: la Fuerza Armada, los Tribunales de Justicia, la Procuraduría de Derechos Humanos, la Fiscalía General de la República y los medios de comunicación. Los resultados de las otras cinco instituciones —la Policía Nacional Civil, la Presidencia de la República, la alcaldía de la localidad, la Asamblea Legislativa y la Corte Suprema de Justicia— se presentan en el Cuadro 3.7.

**Cuadro 3.7**  
Confianza en las instituciones civiles,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)

Confianza en instituciones ¿Conocen a mareros?	Nada		Poco		Algo		Mucha	
	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí
La Policía Nacional Civil	20.9	17.6	43.6	34.9	22.7	27.2	12.9	20.2
La Presidencia de la República	23.7	16.3	41.1	37.2	25	27.4	10.3	19.1
La Alcaldía de su localidad	27.3	18.6	43.2	36.1	20.9	28.5	8.6	16.8
La Asamblea Legislativa	29.1	23.6	42.6	31.3	22.4	33.6	5.8	11.4
La Corte Suprema de Justicia	30.5	24.3	42.2	31.7	20.6	30.6	6.7	13.3

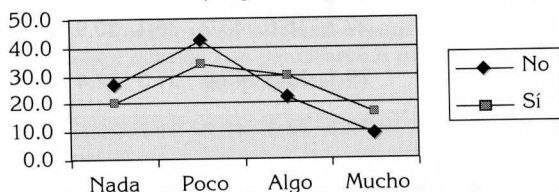
Como puede observarse, el grado de confianza es menor del que evidenciamos en las instituciones religiosas. Si en las segundas el vértice de las figuras se situaba en “mucha confianza” (Iglesia católica) y “algo de confianza” (Iglesia evangélica), en las primeras, sin excepción, el vértice se sitúa en “poca confianza”.



La Figura 3.9 refleja el comportamiento de las personas entrevistadas respecto a estas cinco instituciones, en conjunto. Se puede advertir con claridad que quienes no conocen mareros en su comunidad demuestran tener bastante menos confianza en esas instituciones que quienes sí los conocen. En concreto, si se suman los índices de confianza de las opciones nada y poco, el 68.8 por ciento de quienes no conocen mareros en su comunidad se encuentran en esta situación frente al 54.3 por ciento de quienes sí los conocen y viceversa. Si se suman los índices de confianza de las opciones algo y mucho, el 45.6 por ciento de quienes conocen mareros en su comunidad pertenecen a este grupo, frente al 31.2 por ciento de quienes no conocen pandilleros.

Como conclusión general de este apartado puede afirmarse que quienes afirman conocer mareros en sus comunidades demuestran tener más confianza, tanto en las instituciones religiosas como en las civiles, aunque el grado de la misma varíe: es mucha, cuando se trata de la Iglesia católica; algo, cuando se trata de la Iglesia evangélica; y poca, cuando se trata de instituciones civiles.

Figura 3.9  
Confianza en instituciones civiles,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)



### 2.4.3. Colaboración con las fuerzas policiales

Un reflejo de la poca confianza en una de estas instituciones, la Policía Nacional Civil (PNC), es el escaso grado

de colaboración que la población civil tiene con ellas. Para medir esta colaboración se elaboró el siguiente bloque de preguntas:

Ahora voy a hacerle algunas preguntas sobre la policía:

- ¿Existe algún puesto o comandancia policial en su comunidad?
- ¿Ha llamado a la policía para que le ayude en algo?
- ¿Ha reportado algún delito a la policía?
- ¿Ha trabajado con la policía sobre algún problema de la comunidad?

Ante todo debe aclararse que en las comunidades encuestadas no existe ningún puesto de policía. Al comparar las tres variables restantes con la dependiente y aplicar la prueba Chi cuadrado, se obtuvo un  $\alpha$  con los siguientes valores: 0.001 para la primera, 0.044 para la segunda, y 0.022 para la tercera. En ningún caso se superó 0.050, por lo que se asume la relación de dependencia con la variable de comparación (conocimiento de pandilleros). En el Cuadro 3.8 pueden verse los resultados proporcionales.

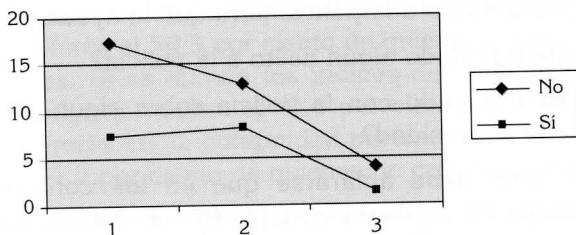
**Cuadro 3.8**  
Colaboración con fuerzas policiales,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)

Colaboración ¿Conocen a mareros?	No		Sí	
	No	Sí	No	Sí
¿Ha trabajado con la PNC por problemas de su comunidad?	82.7	17.3	92.7	7.3
¿Ha reportado algún delito a la PNC?	87.2	12.8	91.8	8.2
¿Ha trabajado con la PNC por problemas de su comunidad?	96	4	98.6	1.4

Como puede observarse en el Cuadro 3.8, las respuestas son mayoritariamente “no”, tanto entre los que cono-

cen a mareros como entre los que no los conocen, pero con diferencias entre ambas. La Figura 3.10 muestra estas diferencias en los tres rubros.

**Figura 3.10**  
Colaboración con la PNC,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)



- 1 = ¿Ha trabajado con la PNC por problemas de su comunidad?  
 2 = ¿Ha reportado algún delito a la PNC?  
 3 = ¿Ha trabajado con la PNC por problemas de su comunidad?

Claramente se percibe que la colaboración con las fuerzas policiales es menor entre quienes conocen a mareros que entre quienes afirman no conocerlos, en cualquiera de los rubros prefijados. En otras palabras, el grado de colaboración —independientemente de la confianza— de los ciudadanos con las llamadas fuerzas del orden es, aunque mínimo, mayor por parte de quienes no conocen a mareros que entre aquellas personas que los conocen. Esto es lógico si se considera que la policía suele perseguir a los pandilleros y que los individuos que los conocen tendrían algún tipo de relación con ellos. Además, el bajo grado de confianza no es una sorpresa si se tiene en cuenta que el 64.4 por ciento de quienes no conocen a mareros y el 52.5 por ciento de quienes sí los conocen manifestaron tener entre nada y poca confianza en esta institución.

Merece la pena destacar que para quienes afirman que no conocen a mareros, el grado de confianza es mayor

(17.3 por ciento) cuando se trata de pedir ayuda que si reportan algún delito (12.8 por ciento) y mucho menor cuando hay que trabajar activamente con ellos por algún problema comunitario (4 por ciento). En el caso de quienes conocen a mareros, el vértice se encuentra en el apartado “reportar delitos” (8.2 por ciento); es un poco inferior (7.3 por ciento) cuando se pide ayuda, e ínfimo (2.1 por ciento) si se refiere a algún tipo de colaboración con ellos. Como también puede observarse al comparar la diferencia entre los grupos que integran la variable de comparación, es mayor cuando se trata de pedir algo y menor si se trata de colaborar.

## *2.5. Expectativas de ayuda*

Otro modo de visualizar la confianza que tienen las personas tanto en algunas de las instituciones analizadas como en otros grupos sociales, como la familia, los amigos, los vecinos, etc., es mediante la formulación de una pregunta: ¿De quién puede esperar ayuda cuando se tienen problemas? Los grupos indagados fueron los siguientes:

- del gobierno nacional
- de su propia familia
- de los amigos
- de los vecinos de la comunidad
- de la iglesia
- de la alcaldía
- de Dios

Los resultados obtenidos se presentan en el Cuadro 3.9.

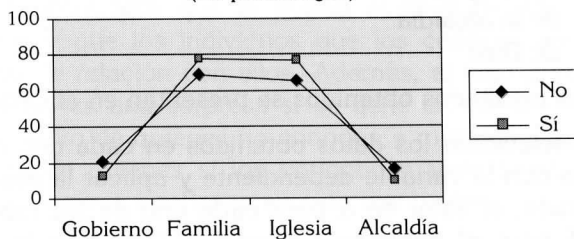
Al relacionar los datos obtenidos en cada uno de estos rubros con la variable dependiente y aplicar la prueba Chi cuadrado, el valor de  $\alpha$  para cada uno de los rubros fue: 0.004 para el gobierno nacional, 0.006 para la familia, 0.084 para los amigos, 0.402 para los vecinos, 0.002 para

**Cuadro 3.9**  
**De quién se puede esperar ayuda,**  
**según la relación con pandilleros o pandilleras**  
**(En porcentajes)**

¿Puede esperarse ayuda? ¿Conocen a mareros?	En desacuerdo		Indeciso		De acuerdo	
	No	Sí	No	Sí	No	Sí
Del gobierno nacional	46.7	45.8	32.4	41.6	20.9	12.6
De la propia familia	14.2	7.3	16.9	15.2	68.9	77.4
De los amigos	17.8	11.9	18.7	18.6	63.6	69.5
De los vecinos						
de la comunidad	16	19.8	23.1	23.7	60.9	56.5
De la iglesia	14.7	10.9	20.4	12.3	64.9	76.8
De la alcaldía	52.9	53.8	31.1	36.6	16	9.7
De Dios	0	0.7	3.1	1.2	96.9	98.1

la iglesia, 0.030 para la alcaldía, y 0.087 para Dios. Esto señala que debe descartarse la posible relación de dependencia en los rubros que corresponden a los amigos, los vecinos y Dios; aunque, en este caso, el índice de confianza manifestado por quienes afirman conocer a mareros en su comunidad y por quienes lo niegan sea casi absoluto. Por el contrario, se encuentra una estrecha relación en los rubros gobierno, familia e iglesia; y menor, aunque suficiente, respecto a la alcaldía.

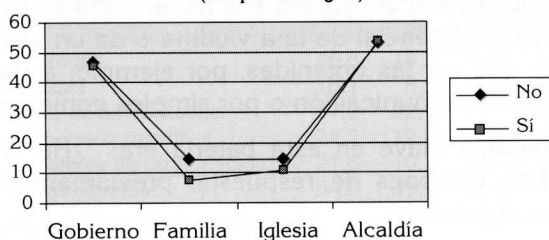
**Figura 3.11**  
**Entrevistados que están de acuerdo con pedir ayuda a diversas**  
**instituciones, según relación con pandilleros o pandilleras**  
**(En porcentajes)**



La Figura 3.11 refleja el comportamiento de los resultados obtenidos en la opción de acuerdo. Puede observar-

se cómo las personas entrevistadas marcan una gran diferencia entre las entidades públicas o estatales y las no estatales. La mayoría cualificada manifiesta que puede esperar ayuda de la familia y de la iglesia; la minoría manifiesta esa esperanza de ayuda respecto al gobierno y la alcaldía. Al relacionar estos datos con la variable dependiente, se observa que quienes afirman conocer a mareros en sus comunidades están más de acuerdo en que puede esperarse ayuda de la familia y de la iglesia que quienes expresan no conocer a los mareros. En cambio, cuando se trata del gobierno y la alcaldía, entre los pocos que esperan ayuda de estas entidades son más los que afirman no conocer mareros que los que sostienen conocerlos.

**Figura 3.12**  
Entrevistados que están en desacuerdo con pedir ayuda  
a diversas instituciones, según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)



Si se comparan los resultados obtenidos en la primera opción propuesta (“en desacuerdo”), es decir, que no puede esperarse ayuda de las cuatro entidades en estudio (Figura 3.12), se observa que, respecto al gobierno, el número de los que manifiestan esa falta de esperanza es mayor entre quienes dicen que no conocen a mareros en sus colonias, que entre aquellos que dicen conocerlos, aunque la diferencia porcentual entre ellos sea únicamente de 0.9. Respecto a la alcaldía, el resultado se invierte: quienes conocen a mareros expresan no tener confianza en esta

institución por encima de los otros. En este caso, la diferencia porcentual es mínima (1.1).

En conclusión, en momentos de necesidad, al margen de la confianza depositada en Dios, más del 50 por ciento de las personas esperan más de la familia y la iglesia (los amigos y vecinos) que del gobierno o la alcaldía. En el primer caso, tienen más esperanza quienes conocen mareros; en el segundo, quienes sostienen no conocerlos.

## *2.6. Actividad criminal observada en las comunidades*

En este apartado se intenta medir no tanto la actividad criminal real, sino la observada por las personas entrevistadas en cada una de las comunidades, es decir, la que la persona tiene por conocimiento directo, ya sea por haber sido testigo presencial, ya sea por haber recibido la noticia de manera confidencial de una víctima o de un victimario; no tienen que ver las obtenidas, por ejemplo, a través de los medios de comunicación o por simples comentarios.

La pregunta clave en esta batería era: “¿Ha observado...?”. Las opciones de respuesta, previamente fijadas, fueron las siguientes:

- venta de drogas
- uso de drogas
- robo y saqueo de casas o locales
- asaltos con armas
- violaciones, delitos sexuales
- asesinatos
- riñas de maras o pandillas
- peleas callejeras de otras personas
- violencia intrafamiliar (maltrato de niños y mujeres dentro del hogar)

Al cruzar los resultados obtenidos con la variable dependiente (conocer a pandilleros dentro de la comunidad) y aplicar la prueba Chi cuadrado, se observó que el  $\alpha$  obtenido en los rubros “robo o saqueo de casas o locales, asaltos con armas y asesinatos” superaba el 0.05 aceptado como mínimo para poder establecer una real dependencia de las variables entre sí, razón por la cual no se tomarán en cuenta en este análisis. En cuanto al resto se obtuvo un  $\alpha$  mucho menor al mínimo aceptado, a excepción de la variable “violaciones-delitos sexuales”, cuyo valor fue de 0.042. El Cuadro 3.10 muestra los resultados obtenidos en los rubros aceptados.

**Cuadro 3.10**  
**Actividad criminal observada,**  
**según relación con pandilleros o pandilleras**  
**(En porcentajes)**

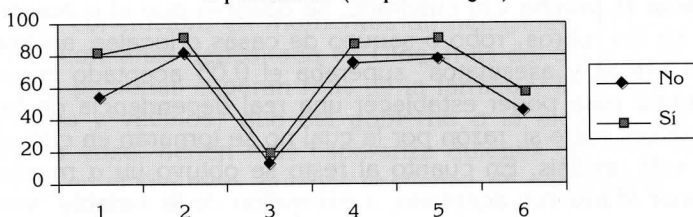
Actividad criminal ¿Conocen a mareros?	No		Sí*		N/R	
	No	Sí	No	Sí	No	Sí
Venta de drogas	46.3	18.3	53.3	81.7	0.4	0
Uso de drogas	18.1	8.5	81.5	91.5	0.4	0
Violaciones, delitos sexuales	87.2	82.1	11.9	17.9	0.9	0
Riñas de maras o pandillas	24.2	12.9	75.3	87.1	0.4	0
Peleas callejeras de otras personas	21.6	10.1	78.0	89.9	0.4	0
Violencia intrafamiliar	54.6	41.9	44.9	58.1	0.4	0

\* La Figura 3.13 refleja esta columna.

En el Cuadro 3.10 se advierte que se ha observado un elevado índice de criminalidad, en quienes conocen o no mareros en sus comunidades respectivas, en los rubros venta y uso de drogas, así como en los de riñas entre maras y peleas callejeras. Este índice desciende vertiginosamente en el rubro de delitos sexuales, mientras que el de violencia intrafamiliar se sitúa alrededor del 50 por ciento.



**Figura 3.13**  
**Actividad criminal observada, según relación con pandilleros o pandilleras (En porcentajes)**

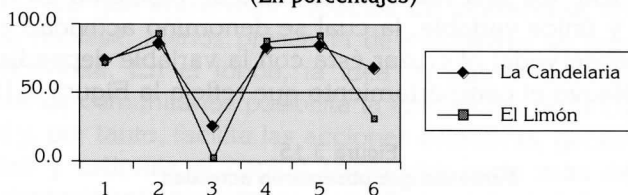


- 1 = Venta de drogas
- 2 = Uso de drogas
- 3 = Violaciones, delitos sexuales
- 4 = Riñas de maras o pandillas
- 5 = Peleas callejeras de otras personas
- 6 = Violencia intrafamiliar (maltrato de niños y mujeres dentro del hogar)

La Figura 3.13 es evidente por sí sola. No obstante, conviene hacer una serie de aclaraciones. Al tratarse de criminalidad observada y no real, es posible que un mismo delito haya sido observado por distintas personas. Por tanto, no pueden establecerse aseveraciones como ésta: “Por cada delito sexual cometido se producen tres actos de violencia doméstica y cinco peleas”, pues estaríamos suponiendo que cada testimonio refiere delitos concretos, diferentes entre sí, con los cual se multiplicarían los actos delictivos. En segundo lugar, los delitos preseleccionados tienen distintos grados de observabilidad: las riñas y peleas se realizan de ordinario en espacios públicos, lo que no suele suceder cuando se trata de un delito sexual. Los primeros se observan incluso sin querer; mientras que los segundos, rara vez los individuos entrevistados han sido testigos presenciales de ellos, más bien han sido víctimas o confidentes de éstas. En estos casos, es raro que varios declarantes manifiesten el mismo hecho. En tercer lugar, no debe presumirse que la actividad criminal observada tenga siempre como actores a los mareros. A excepción de las riñas de maras, el resto de actos

observados pueden ser realizados por cualquier persona. Al preguntar, en la encuesta, sobre el tipo de actividad criminal observada, no se explicita si ésta se “realiza solo y exclusivamente por mareros”, sino que se deja abierta a cualquier actor.

**Figura 3.14**  
Actividad criminal observada, según comunidades estudiadas  
(En porcentajes)



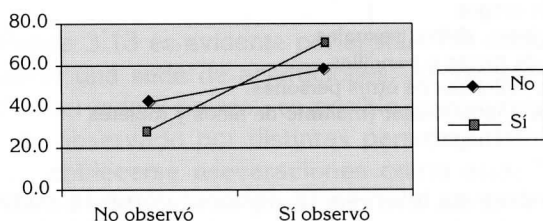
- 1 = Venta de drogas
- 2 = Uso de drogas
- 3 = Violaciones, delitos sexuales
- 4 = Riñas de maras o pandillas
- 5 = Peleas callejeras de otras personas
- 6 = Violencia intrafamiliar (maltrato de niños y mujeres dentro del hogar)

Finalmente es interesante conocer cómo la comunidad ha observado el comportamiento de la actividad criminal. La Figura 3.14 muestra cómo los vértices de la línea de criminalidad, que corresponde a las actividades delictivas más públicas, son más altos en El Limón que en La Candelaria. Por el contrario, en las actividades criminales menos públicas son más bajos y se observan más en La Candelaria que en El Limón, quizá por las características propias de cada comunidad: el difícil acceso a los barrancos y la oscuridad que los caracteriza los hacen más idóneos para los delitos sexuales. Asimismo, las condiciones de hacinamiento de las viviendas son una de las circunstancias presentes en los actos de violencia doméstica.

Como puede observarse en la Figura 3.14, las tendencias en la observación positiva de la criminalidad son prác-

ticamente paralelas, cuyos índices son más altos cuando los habitantes conocen a los mareros en su comunidad que cuando refieren que no los conocen. Una tendencia similar, aunque contraria, se obtiene en el caso de la percepción negativa de la criminalidad: son más altos los índices entre las personas que niegan conocer a mareros en su comunidad que entre quienes refieren conocerlos. Por esta razón, los seis rubros aceptados se reunieron en una nueva y única variable, la cual se denominó actividad criminal observada; al cruzar ésta con la variable dependiente se obtuvo el comportamiento que refleja la Figura 3.15.

**Figura 3.15**  
**Personas que observaron actividad**  
**criminal, según relación con pandilleros o pandilleras**  
**(En porcentajes)**



Puede concluirse, sin excepción, que sea cual sea el rubro analizado, la percepción de criminalidad observada es bastante mayor entre quienes son conscientes de que existen mareros en su comunidad, porque los conocen, que entre los que, aunque existan, no los conocen. Esto no implica que los mareros sean la causa única ni la principal de esa criminalidad observada, pero, tal y como muestran otros estudios, sí tienen mucho efecto en las percepciones de inseguridad y la presencia de violencia en dicha comunidad.

## 2.7. *Espacios públicos comunitarios*

La finalidad inicial que se tuvo en mente, al indagar sobre los rubros que componen esta variable, no fue otra que obtener datos para determinar la posible relación existente entre cada uno de esos espacios comunitarios y la presencia de mareros. La hipótesis fundamental, en este caso, era que entre más espacios de interacción comunitaria hubiese, menos presencia de pandilleros se reportaría y viceversa. En el fondo, la idea es que la presencia de espacios comunitarios posibilita la interacción de la comunidad y, por tanto, facilita las acciones colectivas, genera confianza y estimula el capital social que haría más difícil la implantación de los grupos pandilleros y la generación de violencia. En el caso concreto de Guatemala, aunque es difícil inferir esa relación, se intentará vincular la presencia de espacios comunitarios con la presencia de violencia observada, especialmente la provocada por pandillas, luego de pasar revista a las diferencias con la variable de conocimiento de (y relación con) los pandilleros.

La pregunta que encabezaba este bloque fue: “En la colonia o barrio donde usted vive hay...?”.

- casa comunal
- parques
- canchas de juego abiertas
- clubes juveniles de uso comunitario
- templo evangélico
- iglesia católica
- bares o cantinas
- billares
- prostíbulos

El Cuadro 3.11 muestra la situación real en cada comunidad. Es evidente que deben descartarse del análisis los espacios comunitarios que no existen en las comunidades observadas, como los clubes juveniles para uso co-

munitario, billares y prostíbulos. El Limón y La Candelaria, si bien son comunidades distintas, pertenecen a la misma circunscripción territorial; así las cosas, la casa comunal, aunque se encuentre en El Limón, sirve a ambas comunidades. Los parques y las canchas de juego abiertas corren suerte similar; están ubicadas en El Limón, pero las utilizan las dos comunidades.

Cuadro 3.11

Espacios públicos en las comunidades de El Limón y La Candelaria

En la colonia donde vive hay...	El Limón	La Candelaria
Casa comunal	Sí	No
Parques	Sí	No
Canchas de juego abiertas	Sí	No
Clubes juveniles para uso comunitario	No	No
Templo evangélico	Sí	Sí
Iglesia católica	Sí	Sí
Bares o cantinas	Sí	Sí
Billares	No	No
Prostíbulos	No	No

Así como en los casos anteriores, también se procedió a aplicar la prueba Chi cuadrado. El resultado ha causado sorpresa. Al cruzar las variables referentes a los espacios sociales comunes, como *los templos evangélicos y católicos y los bares o cantinas*, el obtenido superó con mucho el 0.05 necesario para poder establecer una relación entre ambos; por tanto, se descartaron. No sucedió lo mismo con los rubros *casa comunal, parques y canchas de juego abiertas*, en donde el  $\alpha$  no superó el 0.010. El Cuadro 3.12 refleja los resultados obtenidos a partir de las entrevistas realizadas.

Poco o nada reflejan los datos del Cuadro 3.12. A la vista podría concluirse que quienes conocen a los mareros de su comunidad tienen un conocimiento más real de su lugar, pues saben de la casa comunal, los parques y las

canchas de juego. No obstante, suponemos que esos tres espacios les sirven a las dos comunidades, situación que no aceptan los habitantes de La Candelaria, al menos en lo que se refiere a parques y canchas. Con el fin de poder clarificar este tema se procedió a tabular los datos. Para ello se dividió a las personas encuestadas en comunidades. El resultado se refleja en el Cuadro 3.13.

Como puede observarse, la información no aclara mucho el panorama. La diferencia que más resalta indica que en La Candelaria, el 29.8 por ciento de quienes afirman conocer a mareros tienen más conciencia de que la casa comunal, ubicada en El Limón, le sirve también a La Candelaria, pero no piensan lo mismo de los parques y las canchas de juego. Esa es su realidad y así la viven.

**Cuadro 3.12**  
Espacios comunales, según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)

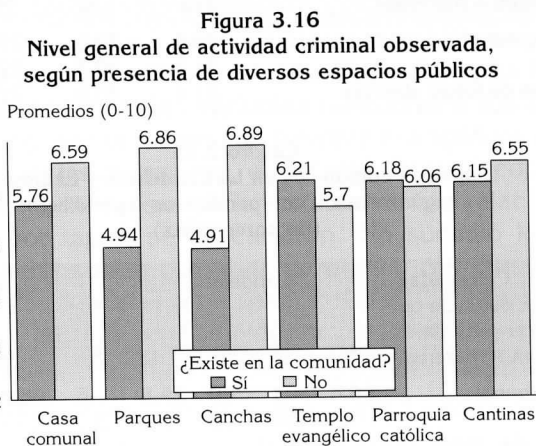
Existencia de espacios comunales ¿Conocen a mareros?	No		Sí	
	No	Sí	No	Sí
Casa comunal	40.4	59.6	16.3	83.7
Parques	31.7	68.3	22.2	77.8
Canchas de juego abiertas	31.4	68.6	22.7	77.3

**Cuadro 3.13**  
Espacios comunales en La Candelaria y El Limón,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)

Comunidad Existencia de espacios comunales ¿Conocen a mareros?	Candelaria				Limón			
	No		Sí		No		Sí	
	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí
Casa comunal	96.4	3	69	29.8	1.6	98.4	0.4	99.6
Parques	97	2.4	98	1.2	3.3	96.7	6.9	93.1
Canchas de juego abiertas	96.4	3	97.1	2	1.6	98.4	8.2	91.8

Nota: En el cuadro no aparece el renglón no responde, por lo que, en algún caso, las sumas no cuadran.

Ahora bien, ¿existe relación entre la existencia de espacios públicos, en estas comunidades de la ciudad de Guatemala, y el nivel de violencia percibido por los habitantes de las mismas? La respuesta preliminar, luego de ver los resultados que se muestran en la Figura 3.16, es sí, sobre todo cuando esos espacios públicos son casas comunales, parques comunitarios y canchas. Los individuos que saben de la existencia de casas, parques y espacios deportivos de uso comunitario, en el barrio en donde viven, suelen percibir, al mismo tiempo, mucha menor actividad criminal en términos generales<sup>2</sup>. En cambio, quienes no identifican centros de actividad pública —especialmente canchas y parques— advierten mucha más violencia criminal en la comunidad que el resto de los habitantes. Lo anterior sugeriría que en los lugares en donde no existen espacios públicos de interacción comunitaria se da precisamente un mayor nivel de actividad criminal; mientras que en donde se cuenta con estos recursos, estos actúan como elementos disuasores de la violencia comunitaria.



2. En este caso, la observación de la actividad criminal se midió a partir de una escala de valores del 0 al 10, que integraba

De las dos comunidades estudiadas, la que más espacios públicos posee es precisamente la que muestra comparativamente los menores niveles de violencia o crimen percibidos por la población (El Limón). En La Candelaria, por el contrario, que no posee casa comunal, canchas y parques, la actividad criminal que se presenta supera a la de su comunidad vecina, sobre todo cuando se trata de hechos de violencia común, como asaltos, robos y homicidios.

### *2.8. Actitudes y normas de justificación de la violencia*

Finalmente, la investigación exploró las actitudes y normas que justifican el uso de la violencia. Detrás del fenómeno de las pandillas no solo existen bajos niveles de confianza interpersonal o pocos espacios relacionales para que la gente trabaje conjuntamente para lograr sus objetivos, sino también sistemas normativos que explican y justifican el uso de la violencia, lo cual crea condiciones para que las pandillas puedan actuar.

Así, se situó a los entrevistados en situaciones concretas, tomadas de la vida cotidiana, que suelen presentarse en el contexto social en que les ha tocado vivir, y se les pidió que tomaran una postura ante cada circunstancia. Ahora bien, con el propósito de explorar las actitudes y los valores en torno a la violencia interpersonal, se les formuló la siguiente pregunta: “A continuación le voy a leer una serie de situaciones que Ud. podría presenciar en cualquier momento. Quisiera que me indicara, para cada

---

todos las preguntas referentes a la observación de actividad criminal (venta de drogas, uso de drogas, saqueo de casa, asaltos a mano armada, delitos sexuales, homicidios, riñas callejeras y peleas callejeras), en donde 0 significa el nivel más bajo de observación criminal y 10, el más alto.



una de las reacciones, si Ud. la aprobaría, no la aprobaría pero la entendería, o no la aprobaría ni la entendería". Las situaciones concretas propuestas fueron cuatro:

- Suponga que una persona hiere gravemente a otra que le quitó al esposo o a la esposa
- Suponga que una persona mata a alguien que ha violado a su hija
- Si hay una persona que mantiene asustada a su comunidad y alguien lo mata
- Si un grupo de personas comienzan a hacer limpiezas sociales, es decir, matar gente indeseable, usted...

Los resultados se muestran en el Cuadro 3.14.

**Cuadro 3.14**  
Actitudes de aprobación de la violencia,  
según relación con pandilleros o pandilleras  
(En porcentajes)

Reacciones ¿Conocen a mareros?	Ni aprobaría ni entendería		No aprobaría, pero entendería		Aprobaría	
	No	Sí	No	Sí	No	Sí
Herir gravemente a la persona que le quitó al esposo o a la esposa	12.7	22.9	68.2	68.9	19.1	8.2
Matar a alguien que ha violado a su hija	11.4	28.8	47.3	44.2	41.4	26.9
Matar a quien mantiene asustada a su comunidad	23.3	31.1	60.7	44.9	16.0	24.0
Hacer limpieza social, es decir, matar a indeseables	34.2	36.2	40.2	22.7	25.6	41.1

Al analizar la reacción de las personas ante estas cuatro situaciones, pudo observarse que las respuestas de los dos grupos, integrados en la variable dependiente fueron relativamente similares, tanto en el primero y segundo cuestionamiento como en el tercero y el cuarto.

En las primeras dos situaciones, apenas existe diferencia entre los dos grupos en la respuesta media, la que menos compromete —“no aprobaría, pero entendería”—. En ambos casos, la proporción de quienes optan por esta respuesta es casi similar. El resto de las personas encuestadas, quienes optan por las alternativas extremas —“rechazan” o “aprueban”—, se aglutinan también en grupos similares: quienes conocen a mareros son más o menos el doble de los que no los conocen cuando rechazan la situación propuesta; y, por el contrario, son más o menos la mitad cuando la aprueban.

En la primera de las situaciones concretas propuestas —“herir gravemente a la persona que le quitó al esposo o a la esposa”—, casi el 70 por ciento no lo aprobaría, pero lo entendería, a ello hay que agregar que no hay diferencias importantes entre los grupos definidos por su relación con mareros. Las diferencias las marcan los resultados registrados en las opciones extremas: “Ni aprobaría ni entendería” o “Aprubaría”. El porcentaje de quienes rechazan un tipo de comportamiento como el propuesto (9.8 por ciento) es mayor entre los que conocen a mareros que entre los que no los conocen. En cambio, el número de quienes aprobarían herir gravemente a la persona que le quitó a su cónyuge (10.9 por ciento) es mayor entre los que no conocen a mareros que entre los que los conocen.

La segunda de las situaciones propuestas implica una acción más violenta que la sugerida en la situación anterior. No se trata de herir, aunque sea gravemente, se trata de matar, quitar la vida, y no a cualquiera, sino al violador de un ser tan querido como una hija. Las respuestas registradas, como se ha apuntado, son similares a la opción anterior, aunque con diferencias considerables: el número de los que optan por la respuesta fácil, en la que no hay mucho compromiso —“no lo aprobarían, pero lo entenderían”—, es baja, en relación con la pregunta anterior, y en

más del 20 por ciento. De modo que, en este caso, más del 50 ciento se define por alguna de las respuestas extremas. Como en el caso anterior, quienes conocen a los mareros manifiestan opciones menos violentas que quienes no los conocen. Al comparar ambos grupos, el porcentaje de los que no aprueban ni entienden por qué segar la vida al violador de una hija es mayor (17.4 por ciento más) entre los que conocen a mareros. Por el contrario, el número de personas que aprobaría matar al violador es más elevado (14.5 más) entre los que no conocen a mareros.

En cuanto a las dos últimas situaciones propuestas, las respuestas aprobatorias a los cuestionamientos de "matar a quienes mantienen asustada a la comunidad" y "hacer limpieza social", es decir, matar a los indeseables, son más comunes que las dos primeras. Son situaciones que se viven día a día en la comunidad y que con relativa frecuencia se relacionan con el comportamiento antisocial de los pandilleros o mareros: estas personas con frecuencia mantienen asustada a la comunidad y, para muchos, por esa razón son indeseables. Reaccionar ante estas situaciones deja de ser algo hipotético; es enfrentarse a la realidad cotidiana. En las respuestas obtenidas ante estas dos situaciones también se observan algunas tendencias comunes. En primer lugar, en la primera respuesta propuesta —"ni aprobaría ni entendería"—, el número de los que optan por esta respuesta es mayor entre quienes conocen a los mareros que entre los que no los conocen; no obstante, la diferencia entre ambos grupos es mucho más baja. En segundo lugar, en la segunda opción —"no aprobaría, pero entendería"—, la diferencia en los porcentajes entre quienes conocen a mareros y los que no los conocen es sustancialmente mayor; así, quienes no conocen mareros son los que más optan por ella. En tercer lugar, quienes eligen esta respuesta, en las dos situaciones propuestas, son los que, en su mayoría, conocen a los mareros. Comportamiento contrario al que se percibió en las dos primeras situaciones.

Cuando se les pidió a las personas entrevistadas su posición respecto a “matar a alguien que mantiene asustada a su comunidad”, la mayoría escogió la respuesta menos comprometedora, es decir, “no lo aprobaría, pero lo entendería”. Así piensa el 60.7 por ciento de quienes dicen no conocer a mareros y el 44.9 por ciento de quienes sostienen conocerlos. Esto implica que el 39.3 por ciento de los primeros y el 55.1 por ciento de los segundos se decidieron por rechazar o aprobar la eliminación de las personas que mantienen asustada a su comunidad. Al comparar las respuestas de ambos grupos en busca de otras diferencias significativas, se constató que quienes conocen a los mareros optan en mayor proporción que quienes no los conocen, tanto cuando rechazan la situación propuesta como cuando la aceptan; aunque, en ambos grupos, es mayor el número de quienes “ni aprueban ni entienden” que los que aprueban el hecho. Curiosamente la diferencia entre unos y otros, en ambas alternativas, ronda el 8 por ciento (7.8 y 8.0 por ciento en la primera y tercera opción, respectivamente, aunque están por encima quienes conocen a los mareros).

En conclusión, si en las dos primeras situaciones quienes no conocen a mareros eligen posturas más violentas que las de quienes sí los conocen, en este caso el comportamiento de ambos se invirtió. Así, quienes no conocían a los mareros aunque continuaban manteniendo actitudes violentas son un poco más moderadas: el porcentaje de personas que aprueban la situación planteada disminuye; en cambio aumenta el porcentaje de los que ni la aprueban ni la entienden.

Por otra parte, en esta situación es mayor el número de quienes conocen a mareros, contrariamente a cómo se comportaron en las dos primeras situaciones planteadas, en comparación con quienes no los conocen (3/5 frente a 2/5 partes). Este aumento está más que compensado por el

número de quienes rechazan esa circunstancia. Es más, se muestran más violentos que antes, aunque aún mantienen posturas menos violentas que los que no los conocen.

Por último, cuando se trata de “hacer limpieza social”, es decir, “matar a indeseables”, los resultados cambian de manera significativa. En los dos grupos, definidos por la variable de comparación, alrededor del 35 por ciento condena la limpieza social. El comportamiento del resto cambia en forma diametral si se compara con el observado en las dos primeras situaciones propuestas: entre quienes no conocen mareros, el 25 por ciento aprobaría que se matara a los indeseables; mientras que el 40 por ciento no lo aprobaría, aunque lo entendería. Entre los que los conocen, el 41 por ciento aprobaría que se matara a los indeseables y solo el 23 por ciento no lo aprobaría, aunque lo entendería. El cambio respecto a las situaciones anteriores es evidente; quienes conocen a mareros, en este caso, se comportan de un modo mucho más violento que quienes no los conocen.

### *3. A manera de conclusiones*

Este capítulo sobre las pandillas en las comunidades guatemaltecas pretende describir las variables sociales que podrían estar asociadas con el fenómeno de las maras. Para ello se han analizado aspectos como la confianza interpersonal, la tolerancia, la confianza en las instituciones, las redes de ayuda, la percepción de actividad criminal en el barrio, la existencia de espacios comunitarios y las actitudes de justificación de la violencia. Los resultados son muy variados y, en cierto sentido, de compleja interpretación. Por ejemplo, la confianza interpersonal no se asocia a la presencia de las pandillas (medida a través de la relación entre encuestados y pandilleros); por otro lado, la gente que tiene más participación comunitaria es la que se rela-

ciona menos con los pandilleros. Este hecho sugiere que la presencia de pandillas podría estar asociada a la falta de organización de la comunidad.

Por otro lado, cuando se trata de la confianza en las instituciones, elemento clave para la relación vertical entre ciudadanía y Estado, los resultados indican que la gente que tiene más contactos con los pandilleros tiene más confianza en ciertas instituciones del país, como la policía, la Presidencia de la República, la alcaldía local, la Asamblea Legislativa y la Corte Suprema, en comparación con la gente que no tiene contactos con los pandilleros o las pandilleras. Además, la gente que se relaciona más con estas y estos jóvenes tiene más confianza en las iglesias que el resto de personas. Probablemente se deba a que las iglesias suelen brindar más apoyo o asistencia a las familias o personas que se encuentran en problemas. Por lo tanto, las iglesias se relacionan más con los habitantes de las comunidades que tienen que convivir con los pandilleros, para brindar ayuda.

Otro aspecto que debe considerarse es la poca colaboración con la policía, por parte de las personas que se relacionan con las pandillas. De hecho, la encuesta mostró que quienes más han trabajado y colaborado con esta institución, no se relacionan con estas y estos jóvenes.

Respecto a la expectativa de ayuda, quienes conocen a los mareros depositan más su confianza en la familia y la iglesia. En cambio, quienes no conocen a los mareros depositan más su confianza, aunque en grado mínimo, en el gobierno y la alcaldía. Esto significa que para las personas que se relacionan con las maras, las instituciones de apoyo no se encuentran principalmente en los organismos estatales, sino en sus redes familiares y las instancias que les prestan asistencia (como las iglesias). En este punto vale la pena preguntarse si la poca relación de estas personas con las instituciones estatales es producto de su

vinculación con los miembros de maras, o si su vinculación con las pandillas es más bien el resultado del abandono en el que viven por parte de las instituciones gubernamentales.

Un dato que resultó interesante es que la mayor actividad criminal la perciben precisamente las personas que han tenido contacto con los pandilleros en comparación con quienes no conocen a mareros en su colonia. ¿Será este hecho un indicador de que la presencia de pandilleros y pandilleros aumenta la percepción de criminalidad? Aparentemente sí, sobre todo cuando se trata de actividades relacionadas con las drogas, las riñas o los pleitos callejeros. Es interesante hacer notar que cuando se trata de otras actividades criminales, las diferencias existentes entre los que conocen a los pandilleros y los que no, no fueron tan marcadas como en las anteriores. Esto no hace sino fortalecer la hipótesis de que la presencia de pandillas en las comunidades tiene mucho peso en las percepciones de inseguridad de la población.

En cuanto al reconocimiento de los espacios comunitarios de la circunscripción territorial como propios, quienes conocen a mareros los consideran suyos en mayor proporción que quienes no conocen a estas y estos jóvenes. Sin embargo, una de las contribuciones de este estudio, en las comunidades de La Candelaria y El Limón, es el hallazgo de la fuerte relación que existe entre la actividad criminal observada y la falta de espacios públicos comunitarios. Para ponerlo de otra forma, las personas que sabían que había casas comunitarias, canchas y parques dentro de su comunidad visualizaron menores niveles de actividad criminal o violencia en sus lugares de residencia. Por su parte, las personas que no lograron reconocer la disponibilidad de espacios públicos comunitarios tuvieron una percepción de la actividad criminal mucho más alta. Independientemente de si las respuestas corresponden solo a percepciones o si

tienen un asidero objetivo en la realidad, lo cierto es que la existencia de lugares en donde la comunidad puede interactuar establece una diferencia importante, al menos en términos de la sensación de seguridad. La falta de espacios, por el contrario, reduce la interacción pública, lo cual contribuye a la inseguridad.

Por último, la encuesta mostró que las personas de las comunidades de El Limón y La Candelaria justifican o aprueban moderadamente la violencia. Los habitantes justifican la limpieza social o la venganza mucho más en los casos de violación de un familiar, que cuando los eventos de violencia se deben a razones pasionales. Ahora bien, en las relaciones con las pandillas, quienes conocen a mareros justifican la violencia con menor frecuencia, específicamente cuando se trata de herir gravemente a la persona que le quitó al esposo o a la esposa, matar a alguien que ha violado a su hija, o matar a aquellas personas que mantienen asustada a la comunidad. No obstante, se manifiestan más violentos cuando hay que hacer limpiezas sociales, es decir, matar a gente indeseable. Dentro de esta categoría, es decir, la gente indeseable, entran los pandilleros y pandilleras de otro signo o pandilla. Al final de cuentas, esto significa que la limpieza social la justifican más quienes conocen o se relacionan más con los mareros, lo cual probablemente contribuye a la dinámica de violencia generada por aquellos. Así las cosas, la aprobación de la violencia no es para cualquier hecho de agresión, sino solo para aquellos que tienen un significado concreto para los propios pandilleros. Matar a gente indeseable, esto es, matar a un pandillero rival, podría ser uno de ellos. La propensión de esta gente a justificar estos hechos abona la espiral de violencia.

En resumen, las condiciones del estudio, en Guatemala, no permitieron hacer una comparación mucho más amplia entre comunidades similares, que sufren o no por el



problema de las pandillas. Por ello, las comparaciones se han limitado a las mismas percepciones personales de los habitantes de dos de las comunidades más conflictivas de la ciudad de Guatemala. Esta investigación muestra que aún existe mucha tela que cortar en el estudio de las variables sociales que se asocian a la presencia de mareros y a la actividad de las pandillas. Sin embargo, este esfuerzo ha señalado que ciertas variables desempeñan un papel fundamental en esta problemática: la participación comunitaria, la asistencia de las iglesias, la existencia de espacios comunitarios de encuentro, la articulación de ciertas redes, sobre la base de esas condiciones, etc.

## Honduras Pobreza, desconfianza social y crimen

Marlon Carranza  
Misael Castro  
Nicolás Domínguez

Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación

Este capítulo presenta los resultados de la investigación realizada en la ciudad de El Progreso, la cual busca medir la relación entre *capital social* y presencia de pandillas en esa ciudad<sup>1</sup>. Las preguntas básicas con las que iniciamos este estudio son aquellas a las que ahora queremos responder, a saber, ¿cómo el ambiente comunitario influye en el surgimiento de las pandillas? Y más en concreto, ¿cómo el deterioro de las relaciones entre sus miembros y la experiencia de desconfianza extrema hacia su entorno comunitario favorecen la aparición de las pandillas? Para ello hemos desarrollado cinco apartados que nos ayudarán en nuestra exposición y nos permitirán llegar a una serie de conclusiones finales.

- 
1. Todos los cuadros y todas las gráficas mostradas de aquí en adelante son creaciones propias, elaborados a partir de la base de datos del ERIC “Maras y capital social”.

El primer apartado de este capítulo presenta las características sociodemográficas de la ciudad de El Progreso de acuerdo con los resultados de la encuesta. De ese modo, se muestran los rasgos que caracterizan a esta ciudad y que la distinguen de las otras ciudades en donde se realizó la investigación. Aunque el objetivo fundamental de este estudio no es relacionar las variables sociodemográficas con la presencia de las pandillas, hemos dejado algunos planteamientos abiertos desde los cuales se puede inferir la posible relación de este grupo de variables con el fenómeno de las pandillas. El segundo apartado, por su parte, explora la relación que existe entre algunas variables sociales específicas (hacinamiento, acceso a servicios públicos, educación, migración) y económicas (tipo de vivienda, ingreso familiar) con el fenómeno de las maras y pandillas. Como veremos más adelante, aunque dichas variables tienen una fuerte relación con la presencia de las pandillas en la ciudad, no explican del todo el porqué de su existencia en esas zonas concretas. Es necesario otro tipo de explicación que tome en cuenta el ambiente y las relaciones al interior de las comunidades. En el tercer apartado, se afirma la importancia que tienen las variables del *capital social* a la hora de valorar la influencia que el ambiente comunitario tiene en la explicación del surgimiento de este fenómeno. En el cuarto apartado, gracias a un modelo estadístico, se puede ver que la combinación de algunas variables sociodemográficas, socioeconómicas y de capital social puede predecir la presencia de pandillas en una comunidad. Finalmente, en el quinto apartado, se profundiza en la opinión de la población sobre las maras. Las percepciones de la población respecto a las maras ayuda a ver la interpretación que dan los habitantes de El Progreso sobre las causas que originan este fenómeno.

## *1. La composición sociodemográfica de la ciudad de El Progreso*

Este apartado busca hacer una descripción de la población de la ciudad de El Progreso, a partir de los datos obtenidos por medio de la muestra seleccionada para este estudio. Los resultados son aproximaciones a la realidad; sin embargo, las tendencias demográficas observadas garantizan la descripción del comportamiento real de la población debido a que el método de recolección de la información utilizó parámetros aleatorios que garantizan su representatividad.

### *1.1. La familia*

Este apartado busca describir cuáles son los modelos predominantes de familias en la ciudad de El Progreso; y junto con ello, comparar las diferencias entre el sector con fuerte presencia de pandillas y aquellas con poca o ninguna presencia de pandillas. La importancia de la comparación radica en que, de ese modo, podremos comprobar estadísticamente si los pandilleros provienen de hogares desintegrados, tal y como se afirma hoy en día. Esto se comprobaría solamente si en los resultados se observara que en el universo rojo (sector de la ciudad con presencia fuerte de pandillas) existe una descomposición familiar mayor. A partir de una tipología que presentaremos a continuación, vamos a caracterizar cada sector de forma que pueda ser comparable.

#### *Tipología básica de los núcleos familiares*

La familia puede definirse como un grupo de individuos relacionados unos con otros por lazos de sangre, matrimonio o adopción, que forman una unidad económica. Los modelos familiares surgen de la combinación de las carac-

terísticas de la familia, es decir, de la manera en que se estructuran las relaciones en su interior. Por ejemplo, estamos hablando de quién asume ser el jefe del hogar, si se tiene o no una pareja fija (esposo, esposa), la existencia de hijos, de otros parientes y otras personas no familiares que viven en el mismo espacio físico.

Una categorización elemental divide a los diferentes núcleos familiares de la siguiente manera.

1. Monoparental masculino sin hijos: en este caso, aunque se trata de un hombre sin esposa e hijos (conviviendo en el mismo espacio habitacional) y en el cual recae el reconocimiento de jefe, es tomado como un núcleo ya que representa cierto porcentaje de los casos encontrados en el universo y la muestra seleccionada. Esto tampoco debe darnos la idea de que se trata exclusivamente de una vivienda en donde solo existe una persona, sino un núcleo en donde conviven varios miembros, pero que no necesariamente son un matrimonio y su prole. Algunas veces están formados por varios hermanos o hermanas, solteros o solteras, que conviven en una misma vivienda en donde, además, en ocasiones se encuentran primos, primas, tías, etc.
2. Monoparental femenino sin hijos: es igual que la categoría anterior, con la única diferencia de que la figura de autoridad recae en una mujer.
3. Monoparental masculino con hijos: grupo familiar formado por un hombre y uno o varios hijos o hijas, en donde la característica diferencial se define por la ausencia de la madre de los hijos / esposa o cónyuge del jefe.
4. Monoparental femenino con hijos: hogares en donde las mujeres fungen como jefas, quienes tienen bajo su responsabilidad uno o más hijos, cuyo padre no

convive con ellos en el mismo espacio habitacional. Comúnmente se llaman madres solteras.

5. Biparental sin hijos: núcleo familiar formado por un matrimonio en donde no conviven hijos o hijas. Generalmente representa casos de parejas jóvenes, cuya relación es reciente y todavía no han tenido hijos o, el caso extremo, en donde el matrimonio es muy viejo y los hijos y las hijas han abandonado ya el hogar materno /paterno.
6. Biparental con hijos: se puede definir como el núcleo familiar típico de las sociedades occidentales modernas, es decir, el que está conformado por la madre, el padre y los hijos o las hijas.
7. Familia extendida o extensa: grupo familiar constituido por más de dos generaciones de parientes que viven en el mismo hogar.
8. Abuelos y abuelas con nietos o nietas: grupo familiar conformado por abuelos o abuelas, ya sean ambos o solamente uno y su nieto o nieta, o sus nietos o nietas. Se diferencia de la familia extensa por la relación directa de autoridad de los abuelos o abuelas con sus nietos en ausencia del padre y la madre de la tercera generación.
9. Familia nuclear con miembros no consanguíneos: está formada por un núcleo básico familiar (padre, madre, hijos o hijas) en donde además conviven miembros no consanguíneos del jefe o jefa de familia. Esto puede incluir a otros no parientes o miembros, cuya consanguinidad se define en función de la persona que no es jefe o jefa.
10. Otros: incluye todos los núcleos cuya naturaleza y composición está fuera de las categorías anteriores.

*Tipos de familia, según la muestra*

Según los resultados de la encuesta realizada en la ciudad de El Progreso, el núcleo familiar *biparental con hijos* es el predominante, es decir, aquel conformado por el padre, la madre y los descendientes. En segundo lugar, predomina la *familia extendida* y, finalmente, el *monoparental femenino con hijos*. Como habíamos dicho anteriormente, nos interesará observar el comportamiento de estos tres modelos en cada uno de los sectores de estudio, a modo de resaltar las diferencias. Cada uno de estos núcleos tiene su comportamiento particular y representatividad dentro de cada universo.

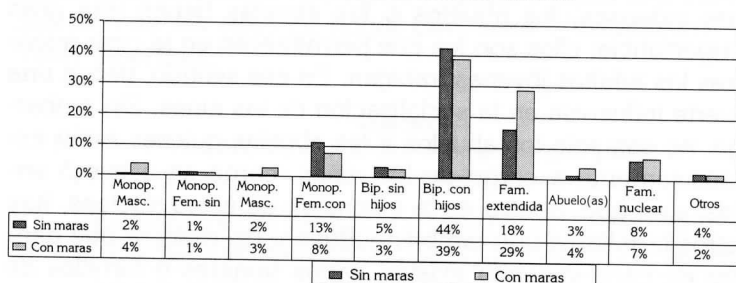
En primer lugar, vemos que el modelo predominante en la ciudad es el *biparental con hijos*, el cual obtuvo un mayor puntaje en el “universo blanco”, es decir, en los barrios donde no hay maras. Ahí, el 44 por ciento de familias poseían esa estructura familiar; sin embargo, esa cifra no se diferencia mucho de las obtenidas para el sector con fuerte presencia de maras o “rojo”, donde el 39 por ciento de hogares también tienen esas características. La diferencia entre un sector y otro es solo de 5 puntos, lo cual es insuficiente para afirmar que existe mayor desintegración familiar en los barrios con presencia de maras. Sin embargo, para cualquiera de los casos, los datos son sorprendentes: solo 4 de cada 10 familias poseen el modelo ideal y tradicional de familia, el formado por padre-madre-hijos o hijas.

Uno de los datos que más nos sorprendió a la hora de analizar los resultados fue la distribución de las familias con núcleos *monoparentales femeninos con hijos* o madres solteras. En primer lugar, habíamos anticipado que este modelo obtendría un puntaje más alto, lo cual no fue así. Y en segundo lugar, nos sorprendió encontrar más esa composición en los barrios donde no existían maras. Por el puntaje obtenido vemos que las diferencias de un sector a otro no es mucha; el “universo blanco” obtuvo el 13 por

ciento y el “universo rojo”, apenas el 8 por ciento, lo cual hace nuevamente imposible afirmar que las maras existen en las zonas donde hay más madres que educan solas a sus hijos. La idea de que las pandillas surgen en ambientes en los que predominan madres solas no parece tener sustento en el caso de El Progreso.

No obstante, dos tipos de núcleos familiares son mayoritarios en los barrios con fuerte presencia de maras: son los “abuelos con nietos” y la “familia extendida o extensa”. Esto se puede observar mejor en la Figura 4.1.

**Figura 4.1**  
Núcleos familiares, según presencia de maras  
de acuerdo con cada sector de estudio



En el universo rojo, las *familias extensas* superan en 10 puntos al “universo blanco”. En el primer caso se obtuvo el 29 por ciento y en el segundo, el 18 por ciento. En realidad, los datos tienen sentido. Las familias extensas, al caracterizarse por la convivencia de más de dos generaciones de parientes en la misma vivienda, muestran no solamente la complejidad y variedad de las interrelaciones que se suscitan en su interior, sino una realidad de limitaciones materiales que fuerzan a los nuevos matrimonios a convivir en el mismo espacio habitacional con sus padres y madres, suegros y suegras debido a la dificultad de acceder a una vivienda, ya sea de manera temporal (alquila-



da) o permanente (propia) y a la dificultad que implica independizarse por completo.

No es una casualidad que este tipo de núcleo familiar (familia extensa) sea más representativo de los barrios con presencia de maras, ya que son materialmente —y en términos de ingreso económico— los más pobres. No hay que perder de vista que también la familia extensa representa una estrategia de supervivencia y de seguridad, porque proporciona mayores posibilidades en la medida que más miembros aportan un sustento a la economía familiar y que así pueden defenderse mejor del entorno en el que se encuentran.

Hay que hacer notar que dentro, muchas de las familias extensas, los abuelos o las abuelas tienen una gran importancia; ellos son los que permanecen en la casa mientras los adultos jóvenes trabajan. En ese sentido, tienen una fuerte influencia en la socialización de los niños. Sin embargo, no son solo los abuelos y las abuelas quienes están exclusivamente a cargo de los niños, como se aseveró antes, sino que, dentro de la extensión de estos núcleos, hay otros familiares que también influyen. De manera que dentro de cada vivienda existen varios hogares o familias de diverso tipo y con distintas configuraciones. Aunque la familia extensa es una estrategia económica efectiva utilizada por las familias de escasos recursos para enfrentar su pobreza, también hay que decir que esa estrategia podría influir de manera negativa en la socialización de los niños, las niñas, adolescentes y jóvenes.

Se puede elaborar la hipótesis de que este grupo de niños y niñas y adolescentes, que crecen en un núcleo muy heterogéneo, con referentes de autoridad y modelos difusos, donde las abuelas y los abuelos finalmente inciden fuertemente en su socialización inicial, son los que tienen más probabilidades de ingresar a las pandillas. Los abuelos y otros familiares son el reemplazo de los padres y las ma-

dres ausentes que se van de forma temporal (mientras están fuera de casa por el trabajo) o permanente (porque viven en Estados Unidos o han formado otro hogar, o por muerte, etc.)

### *Los jefes de hogar*

No hay un criterio único que determine lo que es un “jefe de hogar” para la población de El Progreso. Quienes se consideran jefes no son solo los hombres, porque el 31.4 por ciento son mujeres. Tampoco lo son solo quienes aportan un ingreso económico, ya que solo el 64.1 por ciento trabaja. Tampoco son todas las personas que están casadas o acompañadas, ya que el 30 por ciento no lo están. Para una mejor descripción vamos a hacer una comparación de los jefes de hogar por “sexo”, “ocupación” y “nivel de estudio”.

**Cuadro 4.1**  
Actividades de los jefes de hogar, según género  
(En porcentajes)

¿Qué hizo la mayor parte del tiempo la semana pasada?	Masculino	Femenino
Trabajo remunerado	80.7	27.8
Hizo quehaceres del hogar	1.8	64.9
Buscó trabajo	3.5	1.2
Ni trabajó ni buscó trabajo	4.6	1.5
Estudió	0.2	0.4
Es jubilado o jubilada o pensionado o pensionada	4.6	0.4
Está incapacitado o incapacitada	4.6	3.9

Al comparar a los hombres y a las mujeres que dijeron que eran jefes de hogar, vemos que existen diferencias notables. Apenas el 27.8 por ciento de las mujeres, jefas de hogar, tenían un trabajo remunerado, lo cual contrasta con el 80.7 por ciento de los hombres que afirmaron lo

mismo. La actividad que más concentra al grupo de las mujeres que son jefas de hogar es “hacer los quehaceres del hogar”; allí se encontró el 64.9 por ciento de ellas. El resto se ubicó en otras opciones con porcentajes menores y poco significativos, por ejemplo, podemos observar que hay más hombres jefes de hogar que buscan trabajo (3.5 por ciento) en comparación con las mujeres (1.2 por ciento). Lo mismo se puede decir de los hombres en cuanto a que “ni trabajó ni buscó trabajo” (4.6 por ciento).

Diferencias notables también podemos observar al comparar la variable sexo de los jefes de hogar con su nivel de estudio. Según el Cuadro 4.2, la mayoría de los jefes de hogar poseen estudios incompletos de primaria, aunque es un poco mayor en las mujeres (35.9 por ciento) que en los hombres (30.8 por ciento). La diferencias más amplias están en las categorías “ningún tipo de estudio”, donde las mujeres tienen un porcentaje más alto (21.6 por ciento) que los hombres (14.3 por ciento), y “secundaria completa”, donde el puntaje de los hombres jefes de hogar es también mayor (11.7 por ciento) que el obtenido por las mujeres (7.7 por ciento).

El análisis de los jefes de hogar podría interesar si se hiciera un estudio a profundidad sobre la figura de autoridad al interior de las familias y la influencia que ésta tiene en la decisión que toman los jóvenes para integrarse a las pandillas. Una hipótesis importante sería demostrar cómo una menor presencia de figuras de autoridad en un hogar favorece a que los jóvenes puedan integrarse con mayor facilidad a las pandillas. Un trabajo previo sería definir quién es la figura de autoridad y qué es lo que le da autoridad a esa figura. En principio, podríamos considerar como “autoridad” al jefe del hogar, y allí nos encontraríamos con el hecho de que no hay un solo modelo de autoridad dentro de los hogares. Más aún, los modelos de autoridad son, sobre todo a la hora de diferenciarlo con el sexo, bastante

divergentes. Para un joven no tendrá la misma autoridad un hombre con trabajo fijo y primaria completa, que una mujer que se dedica a los quehaceres del hogar y que no posee ningún nivel de estudio.

**Cuadro 4.2**  
**Escolaridad de los jefes de hogar, según género**  
**(En porcentajes)**

Nivel de estudio	Masculino	Femenino
Ninguno	14.3	21.6
Pre-primaria	0.4	0.4
Primaria incompleta	30.8	35.9
Primaria completa	25.7	21.2
Secundaria incompleta	8.7	6.9
Secundaria completa	11.7	7.7
Técnico	1.9	1.2
Universitario incompleto	2.1	0.8
Universitario completo	3.5	1.9
No sabe	0.9	2.3

### *Relación de parentesco con los jefes de hogar*

El Cuadro 4.3 describe los rasgos más característicos de las familias de la ciudad de El Progreso. La pregunta de la cual se obtienen los resultados mide la relación del jefe del hogar con todos los que habitan la casa. Obviamente, la gran cantidad de personas que existen en las familias progreseñas son hijos o hijas que constituyen el 42.7 por ciento de toda la población. Según la muestra, cada familia tiene un promedio de 5.5 habitantes y 2 hijos por hogar. El dato anterior está más arriba de lo calculado para el departamento de Yoro, que es de 5 personas por hogar (PNUD, Honduras, 2000). También se observa un excedente de personas que viven en las casas y que no pertenecen al núcleo familiar básico o primario<sup>2</sup>.

2. Entendemos por núcleo familiar la relación sanguínea padre/madre con los hijos/hijas.

Cuadro 4.3

Frecuencias de las relaciones de parentesco con el jefe de hogar

Relación de parentesco con el jefe o la jefa de hogar	Frecuencia	%
Jefe	820	18.1
Cónyuge	537	11.9
Hijo o hija	1936	42.7
Hijastro/hijastra	31	0.7
Padre / madre	49	1.1
Padrastro/madrastra	3	0.1
Hermano/hermana	135	3.0
Yerno/nuera	83	1.8
Nieto/nieta	560	12.4
Suegro/suegra	24	0.5
Cuñado/cuñada	42	0.9
Otro familiar	217	4.8
Empleada doméstica	13	0.3
Otro no familiar	75	1.7

Por ejemplo, es notable la gran cantidad de jefes de hogar que tienen la responsabilidad de sus nietos; es más, el 12.6 por ciento de las personas que componen los hogares de la ciudad pertenecen a este grupo. Este dato es muy importante a la hora de hacer un análisis de la desintegración familiar como una de las causas de la formación de las pandillas. Del mismo modo, podemos observar que después de la categoría “nieto/nieta”, las categorías “otro familiar” (4.8 por ciento), “hermano/hermana” (3 por ciento), “yerno/nuera” (1.8 por ciento) y “otro no familiar” (1.7 por ciento) suman el 11.3 por ciento de toda la composición familiar de la ciudad. Aunque el orden anterior señala una escala cuantitativa, también describe un alejamiento cualitativo en la relación de esa persona con el jefe de hogar, pasando de “otro familiar” a “otro no familiar”.

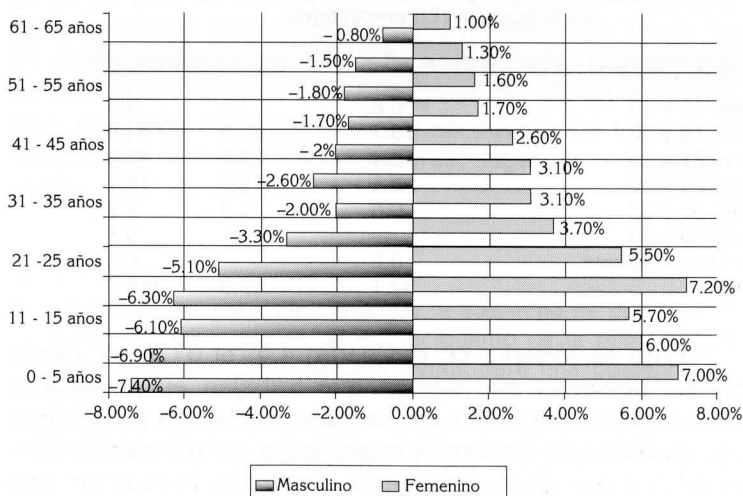
Finalmente, si sumamos todos los porcentajes de los grupos que están fuera del núcleo familiar primario, podemos concluir que la cuarta parte de las familias está com-

puesta por personas que no forman parte del núcleo familiar primario (padre, madre e hijos).

## 1.2. Edad y sexo

En la Figura 4.2 se presenta la distribución poblacional de los ciudadanos de El Progreso. ¿Qué salta a la vista de la pirámide poblacional? En primer lugar, vemos que no es una pirámide regular. Tiene una amplia base, que va desde los 0 a los 25 años y se reduce drásticamente de los 26 años en adelante. Hay una gran acumulación en los primeros grupos. Por ejemplo, el porcentaje de la población entre 0 y 25 años suman el 63.2 por ciento de toda la población, y si lo aumentamos hasta los 30 años suman el 70 por ciento. Esta es, sin duda, una población sumamente joven con una media general de edad de 24.24 años, siendo para los hombres de 23.98 años y para las mujeres de 24.97 años.

**Figura 4.2**  
Pirámide poblacional por género y edad de la ciudad de El Progreso



Podemos observar que la pirámide decrece de forma constante hasta el grupo quinquenal de 11 a 15 años, pero luego el grupo entre 16 y 20 años crece vertiginosamente en el sector femenino, que pasa de 5.7 a 7.2 por ciento, puntaje incluso más alto que el de 0 a 5 años. En los hombres sucede este fenómeno, pero no de forma tan marcada. En este grupo de edad se pasa de 6.1 a 6.3 por ciento. ¿Por qué sucede esto? ¿Puede explicarse como una tendencia natural? Teóricamente las pirámides poblacionales no pueden funcionar así, deberían seguir un patrón regular, a menos que algún hecho “no natural” haga que las tendencias se alteren. En el caso de las mujeres de entre 16 y 20 años, la explicación podría ser el apogeo que ha tenido, en los últimos años, la industria de la maquila. El crecimiento de las cifras en ese grupo de edad podría explicarse por el movimiento migratorio de mujeres que buscan empleo en este sector. La encuesta nos arroja alguna información al respecto.

**Cuadro 4.4**  
**Edad y género de las personas que dijeron trabajar**  
**en la maquila (En porcentajes)**

Grupos quinquenales de edad	Masculino	Femenino	Total
Entre 11 y 15	0.6	—	0.6
Entre 16 y 20	10.7	20.8	31.4
Entre 21 y 25	16.4	25.8	42.1
Entre 26 y 30	3.1	11.9	15.1
Entre 31 y 35	0.6	6.3	6.9
Entre 36 y 40	—	3.1	3.1
De 41 en adelante	0.6	—	0.6
Total	32.1	67.9	100.0

Como se observa en el Cuadro 4.4, el 67.9 por ciento de las personas que dijeron que trabajan en la maquila son mujeres. Esta cifra es bastante alentadora para mujeres jóvenes que buscan oportunidades de superación económica y que desean empezar a trabajar. Incluso las que

todavía no pueden trabajar por ser menores de edad lo hacen, ya que un pequeño porcentaje de jóvenes dijeron que trabajaban, pese a que aún no habían cumplido los 18 años. El cuadro muestra que las mujeres que trabajan en la maquila se concentran en dos grupos de edad: de 16 a 20 años (20.8 por ciento), que es incluso el doble que los hombres en ese grupo (10.7 por ciento), y entre los 21 y 25 años, que corresponde al 25.8 por ciento de todo el grupo de trabajadoras. Esos grupos coinciden en la pirámide poblacional con aquellos subgrupos que mostraron una tendencia desigual en su crecimiento<sup>3</sup>.

### *1.3. Departamento de origen*

El Progreso es una ciudad relativamente joven, apenas fue declarada municipio en 1892. Su juventud se refleja en los resultados del lugar de origen de los jefes de hogar. Lo que más sorprendió de las respuestas es que apenas la mitad (48.8 por ciento) de los jefes de hogar son originarios del mismo departamento de Yoro, en donde El Progreso es una de sus principales ciudades. En contraste, sus pobladores son emigrantes provenientes de 16 de los 18 departamentos del país<sup>4</sup>. Con el tiempo, la población de habitantes nacidos en El Progreso ha ido en aumento. Esto se puede observar al tomar en cuenta los lugares de nacimiento de todos los pobladores, según la muestra obtenida.

- 
3. Lo anterior no pretende confirmar la sospecha de que las maquilas permiten que se dé el crecimiento de la población en estos subgrupos, sino dar elementos para una posterior discusión.
  4. Los departamentos de mayor afluencia son Cortés (10.2 por ciento), Valle (8.2 por ciento), Santa Bárbara (6.3 por ciento) y Atlántida (4 por ciento).



**Cuadro 4.5**  
**Lugar de nacimiento de toda la población**  
**que vive en El Progreso, según la muestra**

Departamento	%
Atlántida	2.5
Colón	1.0
Comayagua	13.7
Lempira	0.1
Ocotepeque	0.4
Olancho	1.3
Santa Bárbara	2.5
Valle	3.8
Yoro	73.4
No sabe	1.3

Al analizar el lugar de nacimiento de la población entera notamos que la representación de la población se ha reducido a solo 8 departamentos del país, y, además, el porcentaje mayor (73.4 por ciento) corresponde al departamento de Yoro. Si tomamos en cuenta que Honduras tiene dos zonas económica, cultural y geográficamente diferenciadas, que son la "costa" y la zona "sur", en la que Yoro pertenecería a la primera, llama la atención que la tendencia migratoria fundamental hacia la ciudad de El Progreso provenga del sector sur (Comayagua, Valle y Santa Bárbara) y no de los mismos departamentos que conforman la costa norte (Atlántida, Cortés, Colón), ya que con ellos mantiene una frecuente relación regional.

#### *1.4. Educación*

En el Cuadro 4.6 se muestra el nivel de estudio de la población de El Progreso, organizado en tres grupos de edades y cruzado con la variable sexo. Se consideraron esos grupos de edades para tener una visión generacional de la población. El grupo de 0 a 25 años constituye la *generación joven*, el grupo de entre 26 a 50 años sería la

*generación intermedia* y, por último, el grupo de 51 años en adelante sería la *generación anciana*. Más que las cifras, lo que interesa observar es si hay cambios en la tendencia al acceso a los niveles de educación de una generación a otra y sobre todo por sexo.

**Cuadro 4.6**  
Nivel de estudio de la población,  
según género y por grupos de edad (En porcentajes)

Grupo de edad		Sin estudio	Primaria*	Secundaria**	Superior
Entre 0 y 25 años	Masculino	26.5	53.8	16.6	1.8
	Femenino	24.2	52.3	19.4	2.4
Entre 26 y 50 años	Masculino	4.9	62.0	23.7	6.5
	Femenino	10.5	54.0	25.7	6.4
Entre 51 y 100 años	Masculino	31.8	54.7	9.0	1.2
	Femenino	35.9	58.8	3.8	0.8

\* Algún grado de primaria.

\*\* Algún grado de secundaria.

Ciertamente se observan cambios, especialmente en las generaciones jóvenes, donde se da un quiebre en la tendencia que había. Los casos más claros se observan en el grupo que no tiene estudios y en el grupo que ha tenido una "educación superior". En la categoría "sin estudio", las mujeres tienen porcentajes más altos que los hombres en la categoría "anciana" e "intermedia". Ese dato podría llevarnos a afirmar que tradicionalmente las mujeres han tenido menos posibilidades para estudiar que los hombres. Por ejemplo, el porcentaje de las mujeres de edad intermedia es de 10.5 por ciento y el de los hombres, de 4.9 por ciento. Las mujeres ancianas, por su lado, obtuvieron 35.9 por ciento y los hombres 31.8 por ciento.

Sin embargo, la tendencia se revierte al ver los resultados de la generación joven. Los hombres jóvenes sin estudios constituyeron el 26.5 por ciento de ese grupo, frente al 24.2 por ciento de las mujeres. Esto es importante por-

que señala que en la generación de entre 0 a 25 años hay más hombres sin estudio que mujeres, contrario a la tendencia de dos generaciones anteriores. Lo mismo se observa en los porcentajes que corresponden al nivel de estudios superiores. También podemos observar que los hombres han aventajado a las mujeres proporcionalmente en el acceso a la educación superior. Sin embargo, en la generación joven, las mujeres parecen llevar la delantera con un puntaje del 2.4 por ciento, frente al 1.8 por ciento de los hombres.

En la educación secundaria hay otra novedad. Las personas del sexo femenino empezaron a aventajar a los hombres en el acceso a los estudios de secundaria, a partir de la generación intermedia, donde las mujeres obtuvieron el 25.7 por ciento. Solo en la educación primaria ocurre lo contrario, es decir, que los hombres le llevan ventaja a las mujeres. La explicación consiste en que al tener los hombres menos acceso a estudios de secundaria y superiores, el porcentaje de hombres jóvenes se acumula en los estudios de primaria. Hay más hombres jóvenes que mujeres en la primaria, y muchos de ellos, al terminar esos estudios, ya no continuarán con los niveles que siguen. Las mujeres, por el contrario, son más perseverantes y concluyen la secundaria y los estudios superiores.

Si todos los datos anteriores son ciertos, se estaría dando un cambio generacional y una redistribución de las oportunidades de estudio en la sociedad hondureña. La mujer va ganando lugar en los niveles académicos, lo cual genera inseguridad a la "institución" masculina que tradicionalmente ha dominado esas esferas de poder. Este cambio fuerza a que se creen nuevos espacios en donde puedan sentirse seguros. Uno de esos espacios son las maras, que se vuelven refugios de las transformaciones culturales.

## *1.5. Ocupación*

En el análisis de la encuesta comparamos la ocupación de la población de El Progreso tanto por género como por edad. Para una mejor comprensión, se crearon cinco grupos con un rango de 10 años cada uno hasta los 50 años; después, a partir de los 50 años, se agruparon en uno solo todos los demás por ser una población más pequeña. A continuación analizaremos cada grupo de edad y describiremos las diferencias que existen, según género y actividad.

En el grupo de 11 a 20 años, la mitad de las personas estudia. Este dato es común para hombres (52.3 por ciento) y mujeres (53.5 por ciento). Sin embargo, las diferencias se notan más al observar las otras ocupaciones. Así, en el caso de los hombres, el 30.5 por ciento trabaja remuneradamente, lo cual contrasta con el grupo de las mujeres que es del 15.9 por ciento. Por otro lado, para el 23.2 por ciento de mujeres entre los 11 y 20 años, su principal ocupación consiste en los quehaceres del hogar. En este grupo, también llama la atención que el 10.8 por ciento de hombres jóvenes están en la categoría de “ni trabajó ni buscó trabajo”, lo cual refleja la realidad de los muchachos desocupados, que viven en la casa o la calle, que no desarrollan ninguna actividad formal. En el caso de las mujeres, la categoría de las desocupadas fue del 5.8 por ciento.

Del grupo de 21 a 30 años llama la atención que el “estudio” como actividad se reduce drásticamente. En los hombres representa apenas el 6.9 por ciento y en las mujeres, el 7.7 por ciento. Al llegar a esta edad, estudiar se considera una actividad “anormal”. La mayoría de la población se dedica al trabajo remunerado. En este grupo, los hombres constituyen el 77 por ciento, mientras que las mujeres, el 39.3 por ciento del total. Sin embargo, la actividad donde se concentra la mayor cantidad de población femenina en este grupo es en los “quehaceres del hogar” con el

46 por ciento. En este período de la vida existe más empeño por buscar trabajo, sobre todo por parte de los hombres (6.6 por ciento). Aunque los niveles de desocupación son más bajos, el 6.1 por ciento de los hombres “ni trabajaron ni buscaron trabajo”. En el caso de las mujeres, el porcentaje fue 3.4 por ciento.

Los tres grupos de edad siguientes (de 31 a 40 años, de 41 a 50 y de 51 y más años) mantienen una misma tendencia en las ocupaciones con una clara diferencia de género: mientras que los hombres se dedican solamente a trabajar, las mujeres, además del trabajo, se dedican a los quehaceres del hogar. Es necesario hacer notar que, para el último grupo (a partir de los 51 años), hay una diferencia notable entre hombres y mujeres en lo que respecta al derecho de pensión. Así, el 12.17 por ciento de hombres de esa edad tienen pensión, a diferencia de las mujeres que solo alcanzan el 1.2 por ciento.

## *2. Análisis comparativo de las variables que podrían condicionar la presencia de las maras*

A continuación se presenta una serie de variables relacionadas con las condiciones socioeconómicas, que muestran su incidencia en la presencia o ausencia de maras, a través de la comparación entre cada universo estudiado (blanco y rojo). Partimos de la premisa de que una comunidad que ha tenido menos oportunidades de gozar de servicios de salud, vivienda digna, acceso a la educación, se desarrolla en condiciones de marginalidad y desarraigo. Todo ello hace que los jóvenes busquen otras alternativas de subsistencia.

### *2.1. Hacinamiento*

El indicador “hacinamiento” representa la relación que existe entre el número de espacios utilizados exclusiva-

mente para dormir (cuartos, dormitorios) y el número de personas por familia. Si partimos de que un cuarto “normal” podría albergar a dos personas, y si en El Progreso una familia promedio tiene cinco integrantes, eso quiere decir que un promedio mínimo aceptable de dormitorios por hogar tendría que ser de tres. En la realidad, y de acuerdo con los datos de nuestra encuesta, las familias cuentan con un promedio de dos cuartos por hogar. Por tanto, podemos afirmar, en forma general, que las familias progresañas no cuentan con una vivienda adecuada de acuerdo con la cantidad de personas que viven en ella.

**Cuadro 4.7**  
**Hacinamiento y presencia de maras (En porcentajes)**

¿Hay mareros en su comunidad?	Cantidad de cuartos por familia			
	1 cuarto	2 cuartos	3 cuartos	4 y más cuartos
Sí	33.5	36.2	22.9	7.5
No	26.0	34.0	31.0	9.0

$p < 0.024$

En el Cuadro 4.7 observamos que en los barrios con presencia de pandillas hay más familias con uno y dos cuartos, mientras que en los lugares en donde no hay pandillas, el porcentaje de familias en cuyas casas hay tres, cuatro y más cuartos es mayor, aunque en estos últimos grupos las diferencias no son grandes, estadísticamente son muy significativas.

Respecto a las familias cuyas viviendas cuentan con una habitación, en el 33.5 por ciento de los casos había pandillas en esos lugares, mientras que en el 26 por ciento no había. La tendencia se mantiene en la categoría “2 cuartos”, en donde en el 36.2 por ciento de dichos lugares hay pandillas; en tanto que en los sitios en donde no las hay el porcentaje es del 34 por ciento. Finalmente, la tendencia cambia en las categorías “3 cuartos” y “4 y más cuartos”,

donde los lugares sin presencia de pandillas obtuvieron porcentajes mayores (31 y 9 por ciento, respectivamente) respecto a las zonas con presencia de pandillas (22.9 y 7.5 por ciento, respectivamente).

Si tomamos en cuenta el promedio de habitantes por vivienda que tiene la ciudad de El Progreso, que es de 5.5 personas por hogar, y los datos relativos al número de cuartos por hogar que tiene cada sector estudiado, podemos concluir que en los barrios con presencia de maras existe un mayor nivel de hacinamiento. Si determinamos el promedio de personas por familia solo del sector "rojo", éste aumenta a 5.8, es decir, que casi cada seis personas tendrían que vivir en uno o dos cuartos. En conclusión, en el sector "rojo" hay menos cuartos para más personas por familia que habitan en ese sector.

## *2.2. Vivienda*

Existe una relación muy significativa entre dos hechos: la presencia de maras y la calidad de la vivienda de los dos sectores en estudio. De acuerdo con el tipo de materiales de construcción, algunos proporcionan más seguridad, comodidad y duración de la vivienda, lo cual eleva la calidad de la misma.

El modelo de vivienda predominante en la ciudad reúne las características siguientes: piso de cemento, paredes de bloque de concreto y techo de cinc. Sin embargo, al comparar cómo estos materiales se utilizan en cada uno de nuestros sectores de interés, vemos diferencias importantes, especialmente en las categorías "piso" ( $p < 0.001$ ) y "paredes" ( $p < 0.000$ ). En la categoría "techo" no hubo diferencias significativas ( $p < 0.189$ ). Las viviendas ubicadas en los lugares donde no hay mareros tienen pisos de mosaico o cerámica en un porcentaje significativo (31.3 por ciento), cuyo precio es más alto y de mejor calidad que la

plancha de cemento. En los barrios con presencia de pandillas, ese porcentaje disminuye de manera considerable (19.8 por ciento). Por otro lado, en los barrios donde hay pandilleros, el porcentaje de viviendas que no tienen pared de bloque de cemento es mayor y más significativa: el 12.1 por ciento de casas tienen paredes de madera; mientras que en los barrios donde no hay pandillas, el porcentaje de casas con paredes de madera es del 3.9 por ciento.

A manera de conclusión, mencionamos que la calidad de las viviendas en los barrios donde hay maras es menor que la de las viviendas donde no hay maras. A esto hay que sumar un elemento que no se refleja en la encuesta, pero que se constata a partir de la observación al momento de recoger la información en el campo, y es el deterioro físico y ambiental de los barrios donde hay maras. Además, es notoria la contaminación ambiental, el mal estado de las calles y los casi inexistentes espacios de recreación o áreas verdes.

### *2.3. Acceso a los servicios de salud*

En cuanto al acceso a los servicios de salud, las diferencias entre los dos sectores en contraste son estadísticamente significativas. Esto se nota de manera especial en las categorías de los que “van a clínica privada”, los que “van al Seguro Social” y los que dieron “otras respuestas” (que incluye desde no hacer nada, hasta visitar a un curandero).

En los sectores donde no hay maras, hay un porcentaje un poco mayor de personas que visitan las clínicas privadas (26.6 por ciento), en contraste con los lugares donde hay pandillas (20 por ciento). Curiosamente esa diferencia no se ve reflejada en los porcentajes de personas que visitan el hospital público, más bien, el registro de asistencia en ambos sectores fue el mismo, cerca de la mitad de todos



los entrevistados en cada sector. En cambio, en la categoría “Seguro Social”, es mayor el porcentaje de personas que asisten a dicha institución y en cuyos lugares de residencia hay pandillas (8.1 por ciento), en comparación con los sectores en donde no hay pandillas (4.5 por ciento). Este dato es curioso, puesto que llama la atención el hecho de que vayan más personas del sector rojo al seguro social que del sector blanco. Del mismo modo hay diferencias en la categoría “otras respuestas”, donde el 11.2 por ciento de las personas entrevistadas, que viven en los lugares con presencia de pandillas, contestaron que no hacían nada o que visitaban un curandero; por el contrario, solo el 8.1 por ciento de quienes viven en los sectores en donde no hay pandillas contestó de ese modo.

Cuadro 4.8

Presencia de maras y acceso a los servicios de salud en la comunidad  
(En porcentajes)

¿Hay mareros en su comunidad?	¿A dónde van cuando alguien de la familia se enferma?				
	Hospital público	Clínica privada	Se automedican	Seguro Social	Otros (nada, visitan curandero)
Sí	51.1	20	9.6	8.1	11.2
No	50.7	26.6	10.1	4.5	8.1

$p < 0.044$

Por tanto, concluimos que, a la pregunta sobre el acceso a la salud, existe una diferencia estadísticamente significativa en las respuestas de los entrevistados, aunque las diferencias no son tan amplias y podrían desvanecerse en conjunción de otras variables. Las diferencias reflejan, en cierta medida, una mayor capacidad de las familias, que viven en sectores sin pandillas, para pagar por recibir atención médica. En cambio, los habitantes de los sectores con presencia de pandillas, debido a su situación económica, tienen menos posibilidades de pagar la atención mé-

dica. Por ende, la mayoría solo tiene las opciones de ir al hospital público, automedicarse o no hacer nada.

## 2.4. Educación

En el Cuadro 4.9 se muestra el acceso a la educación por sector de las personas entre 7 y 18 años. La presentación se hizo dividiendo ese subgrupo en dos, el grupo de 7 a 12 años y el de 13 a 18 años. Sin embargo, solo nos interesa analizar el comportamiento del grupo de 13 a 18 años debido a que es la etapa durante la cual los y las jóvenes ingresan a las maras. De cualquier forma, en el grupo de 7 a 12 años no se observan diferencias importantes entre un sector y otro.

**Cuadro 4.9**  
Niveles educativos y porcentajes por grupos de edad,  
según universo (En porcentajes)

Grupo de edad	7 a 12 años		13 a 18 años	
	Blanco	Rojo	Blanco	Rojo
Ninguno	6.1	3.6	3.6	2.8
Pre-Primaria	1.2	1.5	—	—
Primaria incompleta	89.5	92.6	21.9	26
Primaria completa	1.2	1.8	29	34.1
Secundaria incompleta	2	0.3	44.7	29.1
Secundaria completa	—	—	0.5	4.9
Técnico	—	—	—	2.8
Universidad incompleta	—	—	—	0.3
No responde	—	0.2	0.3	—

En los barrios donde hay maras existe un mayor porcentaje de personas de entre 13 y 18 años, que han estudiado la “primaria incompleta” (26 por ciento) y la “primaria completa” (34.1 por ciento). Sin embargo, la diferencia no es mucha respecto a los lugares sin presencia de pandillas (21.9 y 29 ciento, respectivamente). Pero al analizar lo que pasa a nivel de estudios de secundaria, obser-

vamos que la diferencia entre los porcentajes aumenta entre los sectores. En los lugares donde no hay pandillas se obtuvieron puntajes más altos, esto es, casi la mitad de la población juvenil estudiantil tiene su “secundaria incompleta” (44.7 por ciento), en cambio el porcentaje de los jóvenes de los barrios con presencia de pandillas es mucho menor (29.1 por ciento).

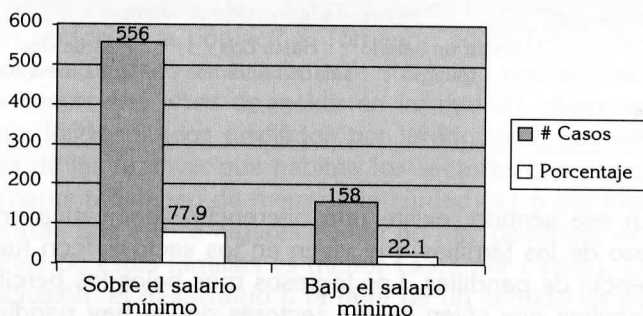
¿Por qué hay en el universo rojo menos jóvenes estudiando secundaria? Obviamente las razones pueden ser muchas. Quizá la más obvia es que en esos barrios hay una mayor cantidad de jóvenes que estudian la primaria. En ese sentido, habría que replantear la pregunta de la siguiente manera: ¿por qué hay un retraso en los estudios de estos y estas jóvenes en los niveles de educación primaria? Haría falta un estudio más profundo para explicar esta situación, aunque podría inferirse que los y las jóvenes de los barrios donde hay presencia de maras están abandonando sus estudios. No es fácil para un o una joven de 15 o 16 años estar en cuarto o quinto grado; esta situación sería vergonzosa para ellos o ellas. Si esta hipótesis es cierta, el proceso de “renuncia” al sistema educativo formal iniciaría al finalizar la educación primaria. Esto, sumado a las mínimas posibilidades de empleo que puedan encontrar, deja a los y las adolescentes y jóvenes, un fuerte sector de la juventud, en una situación de exclusión social y crisis de identidad, cuya resolución muchas veces se canaliza mediante la incorporación a una mara.

## *2.5. Ingreso familiar*

De un total de 714 casos en que se pudo obtener la declaración del ingreso familiar aproximado, tenemos que el 77.9 por ciento de las familias obtiene ingresos por encima del salario mínimo; mientras que el 22.1 por ciento tiene ingresos por debajo de éste. Del total de familias que

perciben menos del salario mínimo, el 55.7 por ciento pertenece al universo rojo.

**Figura 4.3**  
**Ingresos familiares en relación con el salario mínimo**



Aparentemente estos datos reflejan una situación económica favorable para la mayoría de los hogares de la ciudad de El Progreso. Sin embargo, si ese salario se desagrega y se divide entre la cantidad de personas que habitan en el hogar, la situación se vuelve más crítica. Recordemos que el salario mínimo es la unidad de medida de bienestar individual, de manera que una familia compuesta por cinco miembros (como es el promedio en El Progreso), debería tener como ingresos dos salarios mínimos para cubrir las necesidades más vitales. Por eso, en nuestro análisis vamos a dividir la población en tres grupos, como se muestra en el Cuadro 4.10.

La información del Cuadro 4.10 se basa en la medida de los salarios mínimos establecidos durante el momento en que se recabó la información, que para entonces era de 1 680 lempiras (112 dólares, según la tasa de cambio en ese entonces de 15 lempiras x 1 dólar). También hay que considerar que el cálculo del ingreso declarado por la persona tiene la dimensión de todos los miembros de la familia que trabajaban.

Cuadro 4.10

Distribución de ingresos de acuerdo con los salarios mínimos de los entrevistados y los lugares con presencia de pandillas (En porcentajes)

¿Hay mareros en su comunidad?	Ingresos según salario mínimo		
	Hasta un salario mínimo	Hasta dos salarios mínimos	Más de dos salarios mínimos
Sí	23.5	39.2	37.3
No	19.9	33.3	46.8

$p < 0.042$

En ese sentido, existe una diferencia significativa en el ingreso de las familias que viven en los sectores con fuerte presencia de pandillas. Los ingresos más bajos los perciben las familias que viven en los sectores donde hay pandillas. Así, se observa en aquellas familias que perciben “hasta un salario mínimo” (23.5 por ciento) y en las que ganan “hasta dos salarios mínimos” (39.2 por ciento). Sin embargo, el comportamiento tiende a cambiar cuando los ingresos se incrementan hasta “más de dos salarios mínimos”. Por consiguiente, el porcentaje es mayor en los barrios en donde no hay pandillas (46.8 por ciento), superando en casi 10 puntos a los barrios con presencia de pandillas.

## 2.6. Migración

La migración interna es uno de los indicadores que refleja claramente las expectativas de la población respecto a su entorno. Si echamos la vista atrás, en los años veinte, la ciudad de El Progreso fue un foco de atracción migratoria debido al apogeo de las plantaciones de banano. El Progreso, en las últimas décadas, ha sido un polo de atracción poblacional principalmente debido al crecimiento de la industria de la maquila y a la cercanía con San Pedro Sula, la ciudad más industrial de Honduras. En los años noventa, el departamento de Yoro se convirtió en un receptor de pobla-

ción con un crecimiento poblacional anual del 0.5 por ciento (PNUD, Honduras, 2000).

De acuerdo con los datos de nuestra encuesta, el 40 por ciento de la población de esta ciudad tiene 10 años o menos de residir en ese barrio, cifra que indica la movilidad de un buen sector de la población. Tomando como referencia ese dato y estudiando en detalle este subgrupo poblacional (los que tienen diez años de residir en la ciudad), observamos, según los resultados arrojados por la encuesta, que la mayoría de las familias que habitan los sectores con presencia de maras provienen de fuera de la ciudad (41.6 por ciento), mientras que en los lugares donde no hay pandillas, el porcentaje de estas familias es menor (33.3 por ciento). Como conclusión, el desarraigo o la falta de un sentido de pertenencia e identificación con su localidad (producto de una acción migratoria, quizás del campo a la ciudad) es uno de los elementos que influyen en la creación de las condiciones necesarias para la formación de maras en barrios urbanos, sobre todo si las condiciones en las que viven los habitantes son de hacinamiento, una vivienda en malas condiciones, sin acceso a servicios públicos, falta de educación y bajos ingresos familiares.

Otro tipo de migración, que también está muy relacionada con el surgimiento de las maras en la ciudad de El Progreso, es la migración hacia Estados Unidos. Como se puede observar en el Cuadro 4.11, la relación que existe entre ese tipo de migración y los barrios con presencia de maras es muy importante.

En los barrios con presencia de maras, el porcentaje de personas que declararon tener un pariente cercano en Estados Unidos (73.4 por ciento) supera al de quienes viven en barrios sin presencia de maras (65.4 por ciento). La diferencia entre ambas zonas, aunque es apenas de ocho puntos, es estadísticamente significativa. Lo importante es identificar la mayor influencia de Estados Unidos en estos

barrios. Tal influencia puede ser directa, cuando pandilleros procedentes de Estados Unidos llegan a estos barrios y forman sus propias maras; o indirecta, tal es el caso de la ausencia de la madre o del padre en el hogar, por efecto de la migración y su permanencia en ese país.

**Cuadro 4.11**  
**Migración a Estados Unidos y presencia de maras**  
**en las comunidades (En porcentajes)**

¿Hay mareros en su comunidad?	¿Tiene algún pariente cercano en Estados Unidos?	
	No	Si
Sí	26.6	73.4
No	34.6	65.4

p <0.009

Tal y como lo afirmaron Carranza y Castro en el volumen anterior de esta serie de investigación (2000): “La influencia que ejercen las remesas de dólares enviadas por los parientes en Estados Unidos no solamente han configurado la estructura física del barrio... de igual manera influencian la cultura, sobre todo la juvenil, que es la más susceptible a asimilar el estilo americano en la ropa que recibe, el calzado, en la música, artículos electrónicos y carros” (p. 233). Además, agregaron: “La estructura familiar también se ve afectada de tal manera que es casi una regla en las familias con parientes en USA que las abuelas o las tías estén a cargo del cuidado de los nietos o madres cumpliendo o asumiendo el papel de padres al mismo tiempo” (pp. 233-234).

La influencia de este fenómeno migratorio y la relación con Estados Unidos, a través de parientes cercanos que residen en ese país, puede tener por lo menos tres vías de influencia claramente definidas. En primer lugar, la asimilación de la cultura juvenil (reflejada sobre todo en el vestuario, la música y los artículos electrónicos). En segundo

lugar, la ausencia de padres y/o madres que residen en Estados Unidos, quienes dejan a sus hijos a cargo de abuelas, abuelos, tías, tíos y otros parientes, hecho que debilita las figuras consideradas como modelos de autoridad para los jóvenes. Finalmente, la influencia directa que ejercen, en la creación de maras, muchos jóvenes que ya han tenido experiencia en estos grupos en Estados Unidos y que retornan a sus barrios de origen, de manera temporal o permanente, por su propia decisión o deportados (como ocurre en la mayoría de los casos).

### *3. Variables de capital social*

En este apartado estableceremos la relación que existe entre la variable “presencia de pandillas” y el conjunto de ítems de nuestra encuesta que, de acuerdo con nuestra investigación, buscan medir las relaciones de las personas dentro de la comunidad y la confianza que la población tiene en su entorno, es decir, lo que fundamentalmente se ha definido como capital social (ver capítulo teórico). Veremos si este conjunto de variables son determinantes a la hora de explicar el surgimiento de las pandillas en una comunidad. Obviamente que en este capítulo solo presentamos aquellas variables que, en las pruebas estadísticas, han resultado significativas, es decir, donde se cumplen los requisitos de dependencia con la variable “presencia de maras en la comunidad”.

#### *3.1. Confianza interpersonal*

En nuestro estudio, la primer variable que midió el “capital social” de las comunidades en estudio fue la pregunta sobre la “confianza interpersonal”, la cual resultó tener una relación muy estrecha con la presencia de pandillas.



**Cuadro 4.12**  
**Cruce de variables presencia de pandillas**  
**y confianza interpersonal (En porcentajes)**

¿Hay mareros en su comunidad?	En su comunidad, ¿se puede confiar en la gente...?		
	Nada	Poco	Mucho
Sí	29.1	46.9	24.1
No	17.6	40.6	41.8

$p < 0.000$

La diferencia más importante del Cuadro 4.12 se observa en el puntaje de los que dijeron tener “mucha confianza” en las personas de su comunidad. El porcentaje más alto es 41.8 por ciento, que corresponde a las personas que residen en los barrios sin maras, siendo éste el puntaje más alto en relación con las otras respuestas (nada, poco). Lo contrario sucede en los barrios con fuerte presencia de pandillas, en donde la respuesta “mucha confianza” es la más baja de todas las opiniones, pues apenas alcanza el 24.1 por ciento. Las diferencias también se observan cuando se analizan las respuestas de quienes dijeron que no tenían “nada de confianza”. En estos casos, las personas que viven en barrios con presencia de maras tienen un puntaje mayor, que es del 29.1 por ciento; mientras que en los barrios sin pandillas el puntaje llegó solo al 17.6 por ciento. Finalmente, también el porcentaje de personas que dijeron tener “poca confianza” es mayor en los barrios con poca presencia de pandillas (46.9 por ciento); mientras que en los barrios sin pandillas se reduce al 40.6 por ciento.

¿Qué importancia tiene la confianza entre vecinos para la formación de las pandillas? Vamos a intentar explicarlo siguiendo el esquema lógico de Moser y Holland (1997). Esta pareja afirma que la percepción que las comunidades urbanas marginales tienen sobre su pobreza no se basa solo en variables económicas, como ingresos fijos u otro,

sino que tiene que ver con su “experiencia de vulnerabilidad”, es decir, con todo aquello que se relaciona con la sensación de “bienestar”, “seguridad de vida”. Esa percepción se construye a través de las complejísticas relaciones que se crean entre las “unidades familiares” y “comunidades”. Para Moser y Holland, la clave para evitar la vulnerabilidad dependerá de cuánto los grupos sociales puedan apropiarse de “activos humanos”<sup>5</sup>. Esos activos humanos se pueden definir como trabajo, salud, vivienda y capital social. Intentando hacer una fórmula que mida el grado de vulnerabilidad, se podría decir que a mayor presencia de “activos humanos”, menos vulnerabilidad.

Un “activo humano” importante de la sociedad es la confianza. Mientras más erosionadas estén las relaciones de confianza entre los miembros de una comunidad, más difícil será que existan en su interior dinámicas de coordinación y cooperación. La confianza interpersonal es el comienzo de una serie de acciones que desencadenan una serie de “activos humanos”. Si este primer ingrediente no existe, difícilmente podrán generarse estrategias que vayan en contra de la vulnerabilidad. Intentando establecer una analogía, una sociedad sin activos humanos es como un organismo que no cuenta con anticuerpos, entonces las enfermedades llegan con más fuerza provocando la destrucción.

Al cuestionarnos ¿por qué en algunas comunidades hay pandillas y en otras no? Una de las posibles respuestas es que algunas de ellas desarrollan en su interior la confianza necesaria que hará que se generen estrategias que permitirán enfrentar el problema de los jóvenes. Por otro lado, y siguiendo la lógica de los autores mencionados, al interior de las maras sí se generan dinámicas que crean “activos humanos”, ellos tienen la suficiente confianza entre sí para

---

5. Los autores le llaman “propiedad de activos”, hemos cambiado este término para una mejor comprensión del concepto.

convivir y generar estrategias de cooperación y de ayuda. De ese modo, están sustituyendo un “activo humano” ausente por otro. El problema es que la confianza que se genera internamente en la pandilla y que constituye el mortero para la integración de la misma, se desarrolla erosionando la confianza hacia fuera, la confianza de la comunidad.

### *3.2. Participación en actividades comunitarias*

Una de las consecuencias más graves de la ausencia de confianza interpersonal en una comunidad es la apatía, entendida como la falta de voluntad para participar en la vida social de la comunidad. En nuestra encuesta sondeamos el nivel de participación de la población en las actividades comunales de los dos sectores de interés, para comprobar si había más apatía en los barrios con presencia de pandillas. Las instituciones comunitarias que evaluamos fueron: la asociación a iglesias o templos, las reuniones de padres de familia, las reuniones de patronatos de la comunidad, las reuniones de la juntas de agua, las asociaciones gremiales o sindicatos y los partidos políticos.

De todas las instituciones, solo pudimos comprobar que en dos de ellas había una relación con la variable presencia de maras. Estas fueron: “participación de una asociación de iglesia o templo” y “participación en alguna asociación de padres de familia”. La diferencia más importante del Cuadro 4.13 es que en los barrios con presencia de pandillas, los puntajes sobre la poca participación son más altos que en los barrios sin presencia de pandillas. En los primeros, en las respuestas “nunca”, “casi nunca” y “de vez en cuando” se obtuvieron 27, 7.1 y 33.1 por ciento, respectivamente; mientras que en los barrios sin presencia de pandillas se obtuvieron 22.7, 2.4 y 25.7 por ciento, respectivamente. La diferencia se muestra más aún en la respuesta “siempre participa”, donde los barrios con pan-

dillas reportan el 32.8 por ciento y los barrios sin pandillas el 49.3 por ciento. Esta misma tendencia se puede observar en la variable “participación en la reunión de la asociación de padres de familia”, como podemos ver en el siguiente cuadro descriptivo. Sin embargo, en este caso, la significancia estadística se encuentra en el límite, por lo que la consistencia de la relación es débil.

**Cuadro 4.13**  
Participación religiosa y presencia de maras  
en la comunidad (En porcentajes)

¿Hay mareros en su comunidad?	Participación de algún grupo de iglesia o templo			
	Nunca	Casi nunca	De vez en cuando	Siempre
Sí	27.0	7.1	33.1	32.8
No	22.7	2.4	25.7	49.3

$p < 0.000$

**Cuadro 4.14**  
Participación en asociación de padres y presencia  
de maras en la comunidad (En porcentajes)

¿Hay mareros en su comunidad?	Participación de una asociación de padres de familia			
	Nunca	Casi nunca	De vez en cuando	Siempre
Sí	69.4	3.3	10.8	16.5
No	60.6	5.7	12.5	21.2

$p < 0.052$

La diferencia más marcada del cuadro anterior está en los que contestaron que “nunca” participan en las reuniones de la asociación de padres de familia. En los sectores con presencia de pandillas, el porcentaje asciende hasta el 69.4 por ciento; mientras que en los barrios sin presencia de pandillas, el porcentaje es de 60.6 por ciento. El porcentaje de los que contestaron “de vez en cuando” y “siem-

pre” fue mayor en los barrios sin presencia de pandillas; así, los porcentajes sumaron 12.5 y 21.2 por ciento, respectivamente, superando con ello a los barrios con pandillas, los cuales obtuvieron el 10.8 y 16.5 por ciento, respectivamente.

¿Qué nos indica esta información? Primero hay que decir lo que no nos indica, ya que fácilmente se puede prestar a confusión. El hecho es que la poca participación de los habitantes de los barrios con pandillas no obedece a la presencia de los pandilleros en dichos lugares. Lo que se pretende aclarar son dos aspectos: dado que hemos dividido la ciudad de El Progreso en dos tipos de barrios, uno con fuerte presencia de pandillas y otro sin esa presencia, y dado que cada grupo, dividido bajo ese criterio, se comporta de forma diferente al medir la participación, entonces se puede concluir que existe algún factor que genera esa diferencia. No es posible afirmar con certeza que ese factor sea la presencia “misma” de las pandillas; podría ser que sí, pero también podrían haber otras razones. Lo único que podemos afirmar es la relación que existe entre los lugares con presencia de pandillas y la poca participación de las personas en algunas actividades comunitarias.

¿Por qué las otras variables que median la participación no aparecieron con diferencias significativas? La respuesta surge de la misma realidad. Lo que tienen en común las iglesias y escuelas es que son instituciones que exigen una participación de forma homogénea y constante. Los otros sectores, municipalidades, partidos políticos, sindicatos, patronatos y juntas de agua, no poseen una organización homogénea, en términos de territorialidad. Por ejemplo, hay amplios sectores donde hay patronatos sin poder de convocatoria, a tal grado que la población a veces ni sabe que existen. Medir la participación de una institución comunal cuando ésta es tan diferente, y que además no garantiza su existencia en toda la zona, es bastante difícil. En cambio,

las iglesias y escuelas tienen una amplia cobertura y exigen una participación constante en casi todos los barrios de la ciudad. Es más fácil detectar una tendencia de la participación de la instituciones establecidas en toda la ciudad. Finalmente se podría afirmar que las iglesias (ya sean evangélicas, católicas u otras) y las escuelas son las instituciones con mayor capacidad para impulsar la participación de la población.

Hasta este momento hemos comprobado que lo que diferencia el comportamiento de los dos sectores de la población que estamos analizando es que uno de ellos tiene niveles bajos de "confianza interpersonal" y, además, una baja "participación" de los pobladores en las actividades de la iglesia y de las asociaciones de padres de familia. En el otro sector (donde no hay presencia de pandillas), ocurre lo contrario. Hay niveles más altos de confianza interpersonal, junto con una mayor participación en las actividades anteriormente mencionadas.

### *3.3. Confianza en las instituciones del país*

En este apartado analizaremos la sensación de confianza que la población tiene en algunas instituciones nacionales. Las instituciones indagadas fueron: la Iglesia católica, la Iglesia evangélica, los juzgados, los medios de comunicación, la Policía Nacional, la Dirección de Investigación Criminal (DIC), la municipalidad, las organizaciones de derechos humanos y el Congreso Nacional. Para abreviar, solo presentamos los resultados de las instituciones en que se encontraron diferencias significativas de acuerdo con los sectores de estudio. Estas instituciones fueron la "Iglesia evangélica" y "las organizaciones de derechos humanos". Vamos a analizar a continuación lo que ocurrió.

**Cuadro 4.15**  
**Confianza en la Iglesia evangélica y presencia de maras**  
**en la comunidad (En porcentajes)**

¿Hay mareros en su comunidad?	Confianza en la Iglesia evangélica			
	Nada	Poco	Algo	Mucha
Sí	23.5	19.9	12.6	44.0
No	29.7	13.5	18.3	38.4

$p < 0.004$

La información que se obtuvo es bastante interesante. Los datos obtenidos con este cruce de variables muestran, en general, un alto índice de confianza en la Iglesia evangélica, aunque se acentúa más en los lugares donde hay pandillas. Por ejemplo, en los barrios donde hay pandillas, el 44 por ciento dijo tener “muchas” confianza en esa institución, porcentaje que se reduce al 38.4 por ciento en los barrios sin pandillas. Por el contrario, el 29.7 por ciento de las personas que viven en los barrios sin pandillas dijeron que no tenían “nada” de confianza en esa institución, cifra que se reduce al 23.5 por ciento en los barrios con pandillas. Se puede afirmar con claridad que en los lugares donde hay pandillas existe más confianza en la Iglesia evangélica. Con las instituciones de derechos humanos sucede algo parecido.

En el Cuadro 4.16 observamos algo similar al anterior. En general, hay mucha más confianza en las instituciones de derechos humanos en los lugares donde hay pandillas que en donde no las hay. Esta observación surge por el hecho de que el porcentaje más alto obtenido en los lugares donde hay maras recae en la categoría “muchas” confianza con el 35.9 por ciento; mientras que en los barrios sin maras, ese porcentaje es del 29.1 por ciento. Ahora bien, en los lugares donde no hay pandillas, el 38.5 por ciento de la población dice que no tiene “nada” de confianza en dicha institución; mientras que las personas que

viven en barrios donde hay maras el porcentaje desciende 11 puntos (27 por ciento).

**Cuadro 4.16**  
**Confianza en organismos de derechos humanos y presencia de maras en la comunidad (En porcentajes)**

¿Hay mareros en su comunidad?	Confianza en las organizaciones de derechos humanos			
	Nada	Poco	Algo	Mucha
Sí	27.0	22.4	14.8	35.9
No	38.5	15.3	17.1	29.1

p <0.001

¿Qué podemos decir de esto? De inmediato llama mucho la atención que solo en estos dos grupos existan estas diferencias. La interpretación tiene relación, desde nuestro punto de vista, con dos cosas. Primero con el conocimiento y la cercanía de las instituciones a la población que vive en los barrios con pandillas, y, en segundo lugar, con la capacidad de parte de éstas de transmitir un mensaje que haga una diferencia para ellos.

La iglesia evangélica, por ejemplo, con su culto casi diario, su empeño en separar lo mundano de lo divino, su rigidez a la hora de juzgar lo bueno y lo malo, y su organización local basada en una fe fundamentalista, tienen más impacto en los sectores con presencia de pandillas que en cualquier otro lugar y crean, en esas zonas, una mayor confianza hacia esa institución. Las organizaciones de derechos humanos también forman parte de una de las dos instituciones “confiables” en los lugares donde hay pandillas. Esto es curioso dado que las únicas organizaciones de la ciudad que trabajan estrictamente en esa área son el “Comité por la Paz Visitación Padilla” y el “Comisionado Nacional de los Derechos Humanos”, el cual cerró sus oficinas en el año 2000. Además de ellos, también tienen una



influencia fuerte en la ciudad dos medios de comunicación, Radio Progreso y Alegría FM (radios no comerciales), que lanzan periódicamente campañas a favor de los derechos humanos, especialmente sobre los derechos de los migrantes y los derechos laborales de las trabajadoras de la maquila en la zona. También hay que mencionar que los medios de comunicación televisivos transmiten, a nivel nacional, las denuncias de otras instituciones de derechos humanos que no laboran en la ciudad, pero que impacta en la conciencia de la población. Algunas de las que tienen mayor renombre son CODEH (Comité para la Defensa de los Derechos Humanos en Honduras), COFADEH (Comité de Familiares de Detenidos y Desaparecidos), CIPRODEH (Centro de Investigación y Promoción de los Derechos Humanos) e instituciones internacionales, como Casa Alianza, Amnistía International y Transparencia International.

¿Qué pasa con las otras instituciones evaluadas? Cada institución tiene un porcentaje, estipulado por la población, el cual mide la confianza de la gente hacia ellas. Para algunas, los resultados son positivos (como en el caso de la Iglesia católica); para otras son negativos (como en el caso del Congreso Nacional). Los porcentajes no se han analizado, porque no hay diferencias de opinión a la hora de dividir la información tomando como criterio la presencia de pandillas.

En conclusión, no podemos afirmar que la población que vive en los sectores donde hay pandillas tiene menos confianza institucional porque exista una desconfianza generalizada de esa población hacia las instituciones. Por el contrario, ahí es donde se detectó mayor confianza hacia la Iglesia evangélica y los organismos de derechos humanos. Por otra parte, debemos considerar que la Iglesia evangélica y las organizaciones de derechos humanos no constituyen precisamente las instancias más representativas de la institucionalidad nacional; más bien constituyen parte

de lo que podría llamarse la institucionalidad “alternativa”, esto es, son las que funcionan de forma alternativa a la institucionalidad más tradicional.

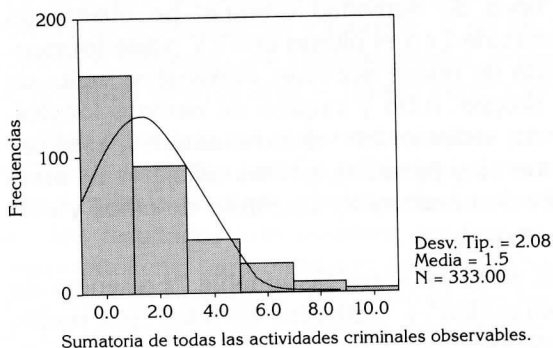
### 3.4. *Actividad criminal*

Una de las variables que arrojaron más diferencias al comparar los lugares con presencia de pandillas con el resto fue la variable “actividad criminal”. En realidad, esta variable mide el testimonio ocular del entrevistado sobre una serie de actividades criminales ocurridas en la comunidad. La pregunta se formuló de la siguiente manera: ¿Me podría comentar qué tipos de actividad criminal ha observado usted en su comunidad en el último año? Y posteriormente se leía una lista de nueve acciones criminales: venta de drogas, uso de drogas, robo y saqueo de casas o locales, asaltos con armas, violaciones y delitos sexuales, asesinatos, riñas entre maras y pandillas, peleas callejeras de otras personas y violencia intrafamiliar (maltrato de niños y mujeres dentro del hogar).

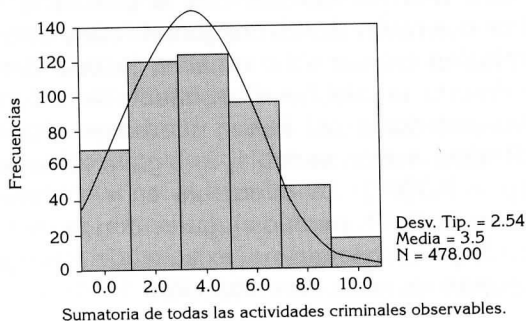
Al analizar la relación entre la variable “presencia de maras en su comunidad” y “actividad criminal” por medio de la prueba estadística de Chi cuadrado, el resultado indica un nivel de significación bastante elevado. No hubo ninguna actividad criminal en donde la significación no fuera alta en relación con la presencia de las pandillas. Por esa razón decidimos juntar todas estas actividades criminales en una sola variable, la cual llamamos *actividad criminal*, la cual fue el resultado de la sumatoria de todas las anteriores. Al hacer nuevamente la prueba de T de Student a esta variable, la significación siguió siendo alta ( $p < 0.000$ ). La diferencia en el puntaje de las medias pasó de 3.49, para los lugares donde hay pandillas, a 1.48 en aquellos donde no existen. Un histograma de ambos grupos visualiza esta situación.

En las figuras 4.4 y 4.5 podemos observar la distribución de la sumatoria de las actividades criminales en ambos sectores de estudio. Las diferencias observadas son notables, ya que en los barrios sin pandillas, la gráfica va en descenso, y donde sí hay pandillas, primero hay un ascenso en la sumatoria de todas las actividades criminales y luego un descenso, aunque no tan bajo como en el primero. Todas estas pruebas comprueban que la tendencia de la criminalidad cambia al analizar, por separado, lo que pasa en los lugares donde hay y donde no hay pandillas.

**Figura 4.4**  
**Barrios sin pandillas**



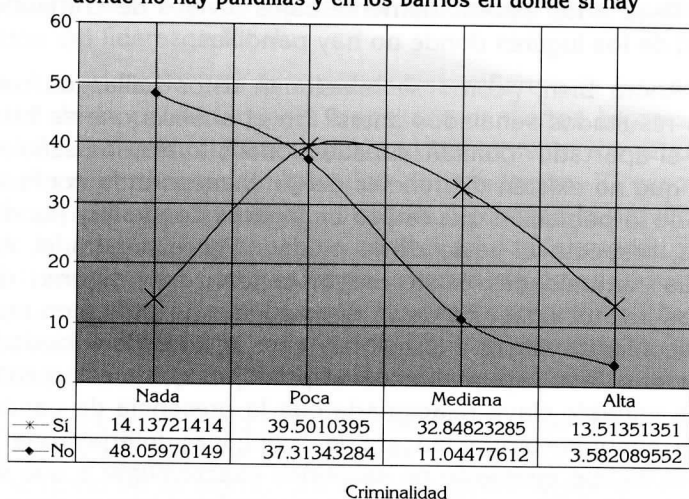
**Figura 4.5**  
**Barrios con pandillas**



En una gráfica de líneas podemos representar el cambio del comportamiento de la criminalidad, cuando se analiza por separado lo que ocurre tanto en los barrios con pandillas como en los que no las hay. Vamos a llamar “línea de la criminalidad” a la representación del comportamiento de la criminalidad en un lugar determinado. A continuación vamos a observar la tendencia opuesta del comportamiento de la criminalidad en los dos barrios de estudio.

**Figura 4.6**

**Comparación de los niveles de criminalidad percibida en los barrios en donde no hay pandillas y en los barrios en donde sí hay**



Podemos observar que la línea del sector donde no hay pandillas cae de manera vertiginosa desde la categoría “nada” de criminalidad hasta “alta” criminalidad. En el cuadro de valores vemos que casi la mitad de la población de ese sector, el 48 por ciento, no ha observado ninguna actividad criminal en donde vive y que solo el 3.5 por ciento dice haber observado un alto nivel de criminalidad. Lo contrario sucede en los lugares donde hay pandillas. Ahí, la línea

de la criminalidad es una curva que asciende en un primer tramo y luego desciende. Las diferencias más marcadas están en el primer tramo, en donde solo el 14 por ciento dijo no haber observado “nada” de criminalidad durante el último año. La línea sigue ascendiendo hasta el nivel de “poca” criminalidad, en el cual se ubica la mayor cantidad de opiniones de la población, el 39.5 por ciento. No muy lejos de ese punto se encuentra el 32.8 por ciento de la población que dijo presenciar medianos niveles de criminalidad; y, por último, el 13.5 por ciento de la población dijo encontrar altos niveles de criminalidad. Aunque la línea baja no llega a los extremadamente bajos niveles de criminalidad de los lugares donde no hay pandillas.

Ahora bien, ¿cómo se relacionan estos hallazgos con los resultados señalados antes? En el análisis que se hizo en el apartado “confianza institucional”, habíamos señalado que no existen diferencias determinantes en la confianza de la población que radica en lugares donde hay pandillas, respecto al resto de la ciudad. Por el contrario, en esas comunidades existe mayor confianza en algunas de esas instituciones. Es decir, el problema no radica en una desconfianza mayor a la que hay en el resto de la sociedad. Por otro lado, apuntábamos al principio que ciertamente una variable clave relacionada con la presencia de pandillas en una comunidad era la “confianza interpersonal”. Pero en ese momento no sabíamos exactamente a qué se debía. Al analizar el tema de la criminalidad hemos descubierto que si hay alguna diferencia fuerte entre los sectores donde hay pandillas respecto a los lugares donde no hay, ésta consiste en que los niveles de criminalidad son mucho más altos en el primer grupo que en el segundo. Es necesario recordar que cuando hablamos de criminalidad no nos referimos únicamente a la delincuencia organizada por pandillas, sino a todo tipo de actividades criminales.

Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que la criminalidad en los barrios con presencia de pandillas crea un "microclima" muy diferente al que se vive en el resto de la ciudad. Esto se debe a que las dinámicas predominantes son las del miedo y la inseguridad, que implican toda una serie de consecuencias personales, comunitarias e intercomunitarias. Al tratar de profundizar más en el análisis de la criminalidad, nos remitimos a Moser y Holland (1997), quienes señalan que las principales consecuencias de la violencia en los barrios urbanos marginales son las siguientes: restricción de la movilidad, menor interacción social, menor grado de asociación comunitaria, disminución del liderazgo local.

La restricción de la movilidad se refiere a la incapacidad de la población para transitar por ciertos lugares, si no se cumplen ciertos requisitos. Usualmente los requisitos son pertenecer a algún tipo de asociación. El caso de las pandillas es típico. La afiliación determina la movilidad de la persona; hay zonas de control en donde pueden vivir y transitar. Otro caso es el de la venta de droga: aquellos que están en este negocio tienen una competencia fuerte entre las zonas que quieren distribuir y esto origina pugnas y conflictos en la comunidad.

La menor interacción social se refiere a que hay menos posibilidades de que las personas se encuentren. Esta disminución en la interacción engloba desde aspectos sencillos, como encontrarse casualmente en la calle, hasta la asistencia a reuniones. En barrios como estos, la población se "encierra" más temprano en sus casas; a las siete de la noche ya no hay nadie en las calles; las reuniones convocadas para la noche tienen una asistencia mínima por el miedo y durante el día la mayoría de las personas trabajan. Se cuenta solo con los fines de semana para reunir a la comunidad, por lo que los temas urgentes se van posergando.

El bajo nivel de asociación comunitaria se origina por la escasa participación de la mayor parte de la comunidad en las reuniones. Es muy difícil tener *quórum* para tomar decisiones que afectan a toda la población. Las decisiones las toman pocos y esto genera descontento y no permite una verdadera participación democrática. No hay posibilidad de compromisos a largo plazo, todo está condicionado por la tensión del momento. Si hay un poco más de tranquilidad, es posible que las reuniones sean más nutridas. Sin embargo, en momentos de tensión, como cuando ocurre un asesinato o una violación, automáticamente se cancelan los distintos tipos de reuniones.

Una consecuencia fuerte de todo lo anterior es la disminución del liderazgo local. ¿Quién enfrenta la violencia? ¿Quién es capaz de, por lo menos, hablar y denunciar todos estos atropellos? Nadie. Con solo mencionar el asunto se estaría arriesgando la vida de las personas. Los líderes locales se sienten impotentes y el liderazgo comunitario se ve sustituido por cuerpos represivos que, en la mayoría de los casos, no hacen el mayor esfuerzo para controlar esta situación. En conclusión, este apartado nos demuestra que la criminalidad constituye una diferencia en el tipo de relaciones sociales que se tienen en los barrios con presencia de pandillas. Este es el clima donde germina la organización de las pandillas y en donde luego éstas se apoderan de la dinámica que reproduce y profundiza la violencia criminal. ¿Por qué? Se nos ocurren dos razones.

La primera tiene que ver con los mecanismos de control social local. Los controles sociales son aquellos mecanismos que tienen las comunidades para enfrentar los problemas que afectan a toda la comunidad. Los controles varían dependiendo del tipo de problema que se quiera enfrentar. Van desde una plática con las partes implicadas, hasta sanciones puestas por la misma comunidad. El objetivo principal es ofrecer estrategias mediante las cuales se pueda

fomentar “el mutuo respeto”. Este debería ser el objetivo principal incluso de las políticas gubernamentales, como nos dice Philippe Bourgois, en su libro *In Search of Respect* (1999). Si estos controles se rompen, se recrea la cultura de la impunidad (el “dejar pasar”) con fuerte tradición y a gran escala en la mayoría de estas comunidades. La ausencia de estos controles sociales permite que los jóvenes tengan un terreno fértil para el surgimiento de las pandillas. Como vimos en la primera fase de la investigación (ERIC *et al.*, 2001), las actuales pandillas han evolucionado desde el típico grupo que se reúne para platicar en las noches, hasta aquellas que buscan modos de subsistencia a través de delitos menores. Si a este grado no hay una intervención directa de la comunidad, si no hay un control social que los enfrente, estos evolucionarán hasta convertirse en verdaderos grupos de delincuentes organizados.

La segunda razón se relaciona con la primera y se refiere más a la influencia que ejerce sobre los jóvenes una comunidad con una larga historia delincinencial. Una comunidad con índices elevados de criminalidad favorece el que los actos ilícitos se vuelvan la opción institucional para la sobrevivencia. En ese sentido, resaltamos el carácter de aprendizaje de la delincuencia. Para un joven sin trabajo ni educación, y sin otras opciones, las redes delincuenciales son la única alternativa real que se le presenta para enfrentar las duras condiciones socioeconómicas en que se encuentra. Muchas veces estas actividades permiten que la economía de la persona, que Bourgois define como “economía subterránea”, sea superior incluso a la de aquella persona que tiene un empleo fijo<sup>6</sup>.

---

6. La edición original del subtítulo dice *The Underground Economy*, la traducción a economía subterránea es de los autores (pp. 2-8).



Lo anterior coincide con lo que postulan un grupo de autoras hondureñas que han profundizado en este tema, ellas son Leticia Salomón, Julieta Castellanos y Mirna Flores (1999). Ellas subrayan la importancia de la teoría, que en sociología se denomina *asociaciones diferenciales*, para entender lo que ocurre con la actividad criminal, especialmente la afirmación de que un individuo se convierte en criminal cuando las interpretaciones desfavorables respecto a la ley superan las interpretaciones favorables: "... hay modelos criminológicos que los jóvenes pueden ver como forma de vida exitosa, a menos que éstos sean confrontados con formas culturales que lo contrarresten. En la asociación diferencial tiene una gran importancia el aprendizaje en los primeros años, el prestigio que se asigne a determinados actos delictivos, el significado que puede tener el desafío a la autoridad. Las necesidades y los valores que persigue el no delincuente como ser: el dinero, la búsqueda de la felicidad, el avance social y la superación de las frustraciones, son las mismas necesidades y valores que persigue el de comportamiento delictivo, solo que uno lo hace mediante los métodos legítimos, y el otro, con métodos ilegítimos" (p. 43).

### 3.5. *Los espacios comunales: ¿hacen una diferencia?*

Este apartado pretende medir la relación que existe entre la presencia de las pandillas y los espacios físicos que existen en las comunidades que investigamos. En el instrumento de medición se preguntaba sobre la existencia o no de los siguientes espacios físicos: centros comunales, parques, canchas de juego abiertas, clubes juveniles para uso comunitario, templos evangélicos, iglesias, bares o cantinas, billares y burdeles o prostíbulos.

No todas los espacios físicos tuvieron, de acuerdo con las pruebas estadísticas, una significación alta. Así, a continuación presentamos las variables cuyas diferencias entre los barrios con pandillas y los barrios sin pandillas son importantes. Las variables que no se seleccionaron son las que, simplemente, no hacen una diferencia significativa en su comportamiento respecto a nuestra variable de análisis. En las pruebas, solo hay dos grupos de variables significativas, el grupo de iglesias y el grupo de espacios de recreación, tales como billares y cantinas. En estos dos grupos hay una significación fuerte que intentaremos analizar a continuación.

### *Las iglesias*

Los resultados de cruzar la variable “presencia de iglesias” con “presencia de maras” en la comunidad se presentan en el Cuadro 4.17. Veamos primero, en el aspecto descriptivo, lo que ocurre. La presencia de ambas iglesias es alta en los barrios donde existen pandillas. Para las iglesias evangélicas, el porcentaje es del 87.8 por ciento, y para la iglesia católica, el 72.3 por ciento. A pesar de eso, nótese que la diferencia con los barrios que no tienen pandillas no es tan amplia cuando se analiza la presencia de los templos evangélicos, ya que también los barrios sin pandillas tienen una cantidad elevada de templos evangélicos, es más, el 77.6 por ciento de las respuestas de ese grupo afirman que hay Iglesia evangélica.

No pasa así en el caso de la Iglesia católica. En estos casos, el porcentaje de estas iglesias en los barrios donde no hay pandillas es mucho más bajo que en los barrios con maras, el cual alcanza el 55.2 por ciento, siendo la diferencia de 17.1 puntos porcentuales. El comportamiento aquí es diferente al de la Iglesia evangélica, que mantiene porcentajes elevados tanto en los lugares con pandillas como en donde no las hay; mientras que la Iglesia católica tiene más presencia en los barrios con pandillas.

**Cuadro 4.17**  
**Presencia de templos y maras en las comunidades**  
**(En porcentajes)**

¿Hay mareros en su comunidad?	Templo evangélico		Iglesia católica	
	No	Sí	No	Sí
Sí	12.2	87.8	27.6	72.3
No	22.4	77.6	44.7	55.2

p <0.000 (en ambos)

¿Qué influencia ha tenido esta fuerte presencia de iglesias en los barrios con pandillas? Es difícil contestar esta pregunta, porque sería necesario profundizar en el tema. Sin embargo, la participación en algunos procesos organizativos en esos barrios nos permiten hacer una posible interpretación<sup>7</sup>. A pesar de la buena voluntad de las iglesias por hacer un trabajo a favor de los desposeídos, la fuerte presencia de ambas iglesias polariza la cosmovisión de los habitantes que viven en estos barrios. Las iglesias quieren ganar adeptos y por regla explícita de algunas de ellas, los que militen en un grupo no pueden relacionarse con los de otro; tienen reglas y normas diferentes, y hay rituales distintos en cada grupo. Incluso hasta el modo de vestir es diferente. Propiamente no son enemigos, pero sus discursos están revestidos de intolerancia y de críticas destructivas. Lo más grave de la experiencia de quienes asisten a los cultos de la Iglesia evangélica o a las misas de la Iglesia católica es que asocian su pertenencia a una iglesia en oposición a

7. En la ciudad de El Progreso, el Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC) fue el responsable de ejecutar el trabajo de reconstrucción en las zonas afectadas por el huracán Mitch. Varios proyectos se desarrollaron en los barrios con fuerte presencia de pandillas, lo cual nos permitió conocer cómo las iglesias ejercían la función de dividir la organización comunal originada por el simple hecho de pertenecer a alguna iglesia.

otro grupo, a otro estilo, a otro modo de ver la vida que es contradictoria al de su grupo "rival".

Las pandillas, en ese sentido, reproducirían el modelo de competitividad de las iglesias. El elemento de la intolerancia, reflejada en la diferenciación de los ritos, formas de vestir, música que escuchan y normas, parece copia de ese estilo. Se nota que en la base de la idiosincrasia de las personas que viven en estos barrios está el mismo modelo. Es una forma cultural que mina poco a poco los corazones de los individuos y que mata la convivencia comunitaria. Las iglesias tienen mucha responsabilidad en la difusión de este modelo, especialmente si no existen otras instituciones comunales con arraigo en estos barrios. Aun las instituciones del Estado tienen poca fuerza. Quienes educan, los comunicadores de valores humanos, morales y religiosos son, en gran medida, las iglesias, y se convierten en importantes difusores de la cultura<sup>8</sup>.

La juventud de los barrios con pandillas aprenderían con mayor facilidad la enseñanza social de la intolerancia que practican las iglesias. De tal modo que si las iglesias premian el aprendizaje de los hábitos con la salvación eterna, en donde uno de esos hábitos es la intolerancia, entonces convierten éste en un valor permanente. Aun cuando las personas puedan evaluar positiva o negativamente sus acciones, los criterios y las formas de autoevaluación también son aprehendidos y dependen, en buena medida, de las respuestas y los refuerzos sociales de los demás.

---

8. Tómese el término *cultura* en un sentido sociocultural, como "aquellos estereotipos que los individuos adquieren y utilizan del mismo modo como adquieren y utilizan otras ideas y valores, y con ello logran su identidad con el grupo y expresan su identidad grupal" (Martín-Baró, 1997, p. 230).

*Bares y cantinas*

El otro grupo que resultó significativo a la hora de diferenciar los espacios que existían en las comunidades con pandillas fue el que comprende los espacios de distensión y entretenimiento. En concreto, se trata de los billares y los bares o cantinas. Veamos los resultados de los cuadros con los cruces. En las comunidades donde hay maras hay más billares y bares en comparación con los lugares que no tienen pandillas. Por ejemplo, en los barrios con pandillas, el 62 por ciento dijo que había bares y el 62.9 por ciento, que había billares. El porcentaje se reduce en los barrios donde no hay pandillas, pues el 46 por ciento dijo que había bares y el 48.1 por ciento, que existían billares. Las diferencias son amplias.

**Cuadro 4.18**  
**Tabernas y presencia de maras (En porcentajes)**

¿Hay mareros en su comunidad?	Billares		Bares o cantinas	
	No	Sí	No	Sí
Sí	31.7	62.9	38.0	62.0
No	51.5	48.5	53.8	46.2

$p < 0.000$

¿Que nos indica esto? Antes de hacer un análisis es preciso determinar el tipo de diversión que brindan los bares y los billares. Primero, ambos son espacios fundamentalmente masculinos. La mayoría de los asistentes son hombres. Además, la mayoría de los billares de la ciudad de El Progreso, aunque no son bares, venden bebidas alcohólicas. Y, finalmente, es muy importante considerar que estos espacios se vuelven zonas de socialización para la juventud.

Siguiendo la definición del libro *Acción e ideología*, vamos a retomar la definición de socialización. Su autor, Ignacio Martín-Baró, afirmó que toda socialización, para serlo,

debe tener tres momentos. Primero tiene que ser un proceso histórico, debe caracterizarse por tener una concretización espacio-temporal. Segundo, la socialización es un proceso de desarrollo de la identidad personal, es el momento en el que la persona emerge como tal ante los demás. Y, en tercer lugar, la socialización es un proceso de desarrollo de la identidad social. El individuo queda marcado con el “carácter” o “sello” del grupo social en el que históricamente se realiza su proceso de socialización. Ahora bien, para nuestro análisis de capital social es importante descubrir cuáles son los contenidos que se transmiten en los procesos de socialización en los bares y billares, y, más aún, cuáles son los mensajes que se legitiman ahí y que los jóvenes asumen. En el libro *Maras y pandillas en Centroamérica* se afirma que los jóvenes, antes de pertenecer a las maras, pasan por una serie de experiencias preparatorias a su posterior incorporación como miembros. Esas experiencias se daban en espacios concretos como billares y bares: “Hemos titulado este apartado la pre-mara porque hemos notado en los jóvenes con los que hablamos que, después que estos abandonan sus familias, empiezan a involucrarse en una serie de acciones sociales que van a preparar el camino para su posterior incorporación a las maras. Para una descripción más clara de esta etapa vamos a partir de los escenarios o espacios físicos donde los jóvenes se reúnen e inician una vida social más amplia. Fundamentalmente lo que estos espacios hacen es que permiten que los jóvenes se inicien en una serie de experiencias no aceptadas socialmente, que establezcan un grupo de referencia, y conozcan por primera vez a antiguos miembros de las maras” (Carranza y Castro, 2001, p. 266).

Cuando se habla de experiencias no aceptadas socialmente para los jóvenes, nos referimos al consumo de cigarrillos, alcohol y droga. En los billares y bares se va gestando una cierta complicidad de lo prohibido, complicidad que crea

fuertes lazos entre sus asistentes. Los bares y billares son los lugares de encuentro con los camaradas, los amigos de juerga, aquellos con los que es posible pasar un buen momento. Al principio pueden ser dos o tres, pero a medida que pasa el tiempo el grupo puede crecer y se vuelve un referente importante para cada miembro. A los bares y billares llegan jóvenes que pertenecen a las pandillas. Así, éstos entablan relación con potenciales nuevos miembros. A partir de entonces el proceso de incorporación a la mara pasa del involucramiento esporádico hasta la adscripción definitiva. El elevado número de bares y billares en los lugares donde hay pandillas es, sin duda, algo muy importante. Mientras más de estos espacios de diversión lúdicos existan en las comunidades, las posibilidades de socialización como el descrito anteriormente se incrementan. Así como sin un escenario no existe una obra de teatro, tampoco las pandillas pueden desarrollarse sin un espacio donde crear su obra, y algunos de ellos son los bares y los billares. Otros pueden ser las pulperías, las esquinas, etc. Sin embargo, la encuesta arrojó información clara solo sobre bares y billares.

En resumen, en el tema de los espacios físicos, la única diferencia significativa entre los lugares donde hay pandillas y donde no las hay está en la mayor cantidad de iglesias, sean católicas o evangélicas, y de bares y billares que existen en los barrios con pandillas. Todos los demás, es decir, los centros comunales, parques, canchas de juego abierta, clubes juveniles para uso comunitario y burdeles no son variables determinantes a la hora de analizar el surgimiento de las pandillas.

### *3.6. Conclusión del apartado de capital social*

La conclusión más importante de este capítulo es que hemos demostrado que un buen grupo de variables que se

refieren al capital social de las comunidades tienen una estrecha y significativa relación con el hecho de que existan o no pandillas en ciertas comunidades.

Ciertamente no todas las variables tienen fuerza a la hora de explicar el fenómeno. Por ejemplo, de las distintas participaciones en las actividades comunitarias, las de las iglesias y las asociaciones de padres de familia fueron significativas. Del mismo modo, la confianza en las instituciones del país no obtuvieron el puntaje que esperábamos: que en los lugares con pandillas existiera una desconfianza generalizada. Nos sorprendió, en ese mismo punto, el comportamiento de la población acerca de la confianza en las instituciones en donde sí se registró una diferencia significativa por sector, como son la Iglesia evangélica y los organismos de derechos humanos, en donde se percibió más confianza en los lugares donde había pandillas que en donde no las había. Estos resultados no fueron los esperados de acuerdo con la hipótesis y el marco teórico.

Ahora bien, cuando se analizaron las variables “confianza hacia las personas de la comunidad”, “actividad criminal” y algunos “espacios positivos”, como las iglesias, o “espacios perversos”, como bares y cantinas, encontramos claridad para ver cómo estas variables explican el fenómeno de las pandillas. Sin embargo, estas variables no solo pueden ser condicionantes de la problemática de las maras, sino que también pueden ser producto de aquellas. La falta de confianza interpersonal entre los miembros de la comunidad, los niveles elevados de criminalidad y la existencia de espacios de entretenimiento poco virtuoso, también pueden ser el resultado de la presencia de jóvenes enrolados en las pandillas. Al final, la vinculación de estos factores con el fenómeno pandilleril en sí mismo desvanece los términos en los cuales es posible identificar qué fenómeno influye sobre otro. Eso no niega, sin embargo, que, a la larga, el contexto social —expresado en los niveles de confianza, de cri-



minalidad y de los bares y las cantinas— constituye un factor asociado a la dinámica de las maras en El Progreso.

#### *4. Predictores de la presencia de pandillas en El Progreso*

A lo largo de esta investigación hemos encontramos tres tipos de variables: sociodemográficas, socioeconómicas y de capital social. ¿Cuál tiene mayor fuerza explicativa? A través de un modelo estadístico podemos ver qué combinación de variables permiten predecir la presencia de pandillas en una comunidad. De antemano hay que aclarar que no se trata de que un tipo de variables explique más el fenómeno. Lo importante de este modelo es que solo la combinación de todas las variables involucradas puede predecir la situación. A continuación presentamos ese modelo de predicción, el cual se aplicó a través de una regresión logística binaria. Los resultados se muestran en seguida.

El conjunto de variables que aparecen en el Cuadro 4.19 permiten evidenciar que si en una misma comunidad se combinan todas esas características, la probabilidad de que surjan pandillas es del 72.77 por ciento. Si vemos rápidamente las variables, seis de nueve corresponden a las que hemos considerado de “capital social”. Estas son: la presencia de iglesias (o espacios positivos que salieron significativos en la encuesta), los espacios perversos (que incluyen los bares y billares), la criminalidad, la confianza hacia los miembros de la comunidad, la participación en las iglesias y la confianza en la iglesia evangélica. La variable socioeconómica que se incluyó en el modelo fue “ingreso”; la sociodemográfica fue el “número de habitantes por familia” y una última variable que tiene que ver con el sexo del entrevistado.

**Cuadro 4.19**  
**Variables predictivas de la presencia de pandillas en una comunidad**

Variable	B	S.E.	Wald	Gl	Sig
Presencia de iglesias	.4802	.1384	12.0340	1	.0005
Espacios perversos	.2191	.1088	4.0538	1	.0441
Ingreso	-.4187	.1141	13.4656	1	.0002
Crimen	.3612	.0391	85.2257	1	.0000
Confianza comunitaria	-.5036	.1167	18.6203	1	.0000
Participación en iglesias	-.2766	.0756	13.3851	1	.0003
Habitantes por familia	.1240	.0362	11.7549	1	.0006
Sexo del entrevistado	-.4050	.1735	5.4493	1	.0196
Conf. en Iglesia evangélica	.1743	.0713	5.9749	1	.0145
Constante	.8416	.5423	2.4085	1	.1207

Predicción = 72.77%

Al analizar un poco más en detalle las variables de capital social, vemos de inmediato que la criminalidad es el factor predictivo más importante. El signo “beta” al ser positivo nos indica que a mayor criminalidad, más probabilidades de que aparezcan pandillas. El mismo significado tienen los espacios perversos (bares y billares), es decir, a mayor cantidad de espacios perversos, más probabilidades de que surjan pandillas. Sin embargo, la variable criminalidad hay que considerarla con mucha cautela, pues esta puede mostrar un efecto de endogeneidad, es decir, que el crimen sea producto de la presencia de las pandillas y no éstas como resultado del ambiente criminal.

Veamos ahora qué ocurre con el bloque de las iglesias. Son tres las variables asociadas a las iglesias. Éstas son:

“presencia”, “confianza” y “participación”. Las dos primeras, al tener un “beta” positivo, nos indica que “a mayor presencia” de iglesias en una zona (sean católicas, evangélicas u otras), y a “mayor confianza” en la iglesia evangélica como institución, hay más probabilidades de que surjan las pandillas. Esto se podría explicar por la capacidad que tienen las iglesias para polarizar la población (esto lo explicamos en el apartado de espacios positivos). Ahora bien, también vemos que la variable “participación en algún tipo de iglesia” tiene un beta negativo, lo cual quiere decir que a menor participación de las personas en las iglesias, más probabilidades de que surjan las pandillas. En ese sentido, es favorable para una comunidad que sus miembros participen en las iglesias (por el mero hecho de participar), si se quiere prevenir el fenómeno de las maras.

Lo anterior podría ser contradictorio. Lo importante es diferenciar lo que es “participar” de solo “tener confianza” y de la pura “presencia” de las iglesias. Lo primero favorece a una comunidad; lo demás podría favorecer, pero en este caso es más una influencia negativa, de acuerdo con el modelo. Seguramente todos los que participan en las iglesias tienen confianza, pero no solo los que participan tienen confianza. En ese sentido, hay gente que es religiosa, cree en la religión, reproduce sus valores, creencias, etc., pero no participa en las reuniones. Así, cualquier tipo de participación en una iglesia es bueno. Ahora bien, el que un buen grupo de personas tenga confianza en la iglesia, pero que no participe, tiene un efecto negativo, ya que divide de forma negativa a la comunidad.

En términos generales, cuando hay menos confianza entre las personas de una comunidad, hay más probabilidad de que aparezcan pandillas. Esta variable junto con la variable crimen son de gran importancia para predecir el surgimiento de las pandillas. Finalmente, mientras más bajo sea el ingreso de las familias en una comunidad y, al mis-

mo tiempo, mayor sea el número de personas por familia, mayor será la probabilidad de que surjan pandillas en la comunidad.

## *5. Opinión de la población sobre las maras*

Conocer las percepciones de la población respecto a diferentes facetas o elementos de las maras aporta la interpretación de éstos sobre las causas que originan el fenómeno. También añade la opinión sobre el rol de la comunidad, las acciones de los principales actores involucrados y el sentir mismo de temor, odio o intolerancia que la población experimenta. Para efectos de una mejor comprensión dividimos este análisis en dos secciones. La primera, que a continuación se muestra, corresponde a las opiniones generales, sin distinciones entre barrios con maras y barrios sin maras. La segunda corresponde a una comparación entre los dos universos, de aquellos elementos cuya diferencia es significativa y, por lo tanto, amerita una interpretación o análisis.

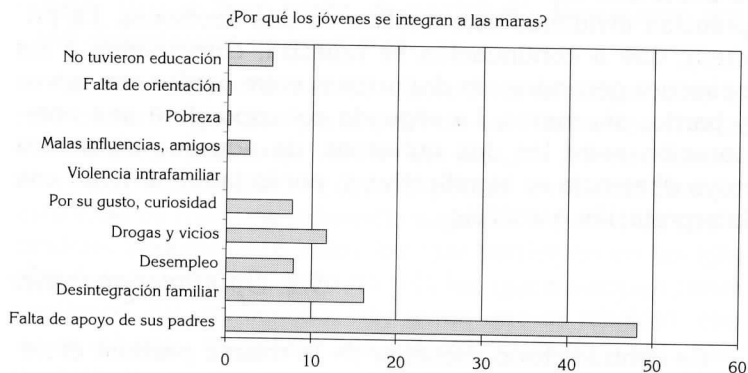
### *5.1. Opiniones generales*

Es contradictorio escuchar de la misma persona entrevistada que los mareros merecen ser castigados más fuerte o duramente por la policía y que los mismos jóvenes no tienen culpa respecto a la vida que llevan, ya que son causas o factores externos los que han determinado fuertemente su ingreso a estas agrupaciones. La Figura 4.7 nos muestra las opiniones de las personas entrevistadas respecto a las causas por las que los jóvenes conforman las maras.

Las opiniones que explican las causas del ingreso de los jóvenes a las maras son, en su mayoría, externas o ajenas a ellos; es decir, la mayoría de la población entrevistada ve a los jóvenes mareros como víctimas de ciertas circunstan-

cias especiales de vida (concretamente problemas circunscritos al entorno afectivo-familiar y a la falta de oportunidades como el desempleo), siendo las principales la falta de apoyo de los padres (48.2 por ciento) y la desintegración familiar (16.1 por ciento). Es necesario mencionar que ésta fue una pregunta abierta, sin categorías elaboradas de manera anticipada. Por tanto, el trabajo de clasificación, recuento y análisis de las respuestas originó la construcción de las categorías posteriormente.

**Figura 4.7**  
**Razones para integrarse a las maras**  
**(En porcentajes)**



Por otro lado, al conocer poco a poco y analizar los datos, notamos un intento de la población por “invisibilizar” a las maras y a sus miembros, porque a pesar de que existen y generan inestabilidad, inseguridad en los barrios y colonias, a pesar de que su presencia es muy activa y sumamente notoria, la población opta por “ignorarlos”. ¿Cómo?, tratando de evadir todo contacto con ellos, es decir, no entabla ningún tipo de vínculos amistosos u otro tipo de relación. Sin embargo, esto no significa que se vuelva enemiga de ellos; es más, tampoco los denuncia a la poli-

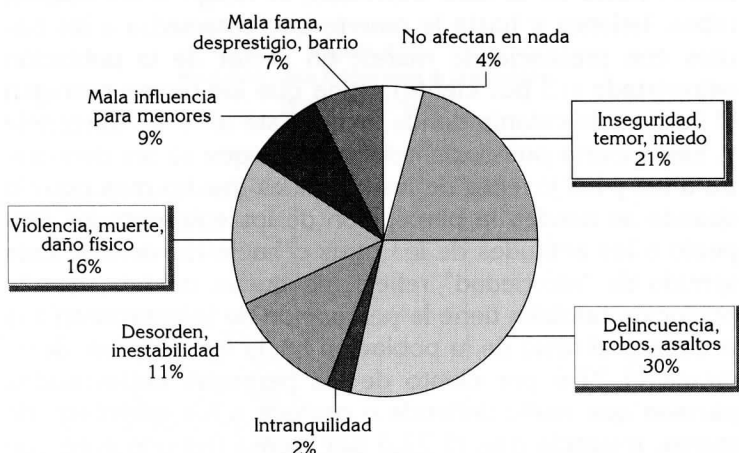
cía o los enfrenta. Es mucho más tentador pensar que la población, de alguna manera, ha aprendido a convivir estratégicamente con el fenómeno y la problemática que este genera, lo cual equivale a esquivar la mirada de los mareros al pasar junto a ellos, y a quejarse y maldecir —respecto a su presencia— en la intimidad de sus hogares.

A pesar de los altos niveles de violencia e inseguridad que la presencia de las maras ha creado, o del impedimento hasta de la libre movilidad, el riesgo a los asaltos, robos, lesiones y hasta la muerte que caracteriza a los barrios con presencia de maras; un sector de la población entrevistada (13 por ciento) opina que las maras protegen el barrio o la colonia donde viven. Este nivel de tolerancia y, hasta cierto punto, de colaboración que se les demuestra a las y los jóvenes de las maras es mucho más notorio cuando se sondea la percepción de los entrevistados respecto a las actitudes de los otros o hacia los demás. Este sentido de “otroriedad” refleja, en buena medida, que la población también tiene la percepción de tolerancia en sus vecinos y el resto de la población hacia los mareros. Solamente el 27.6 por ciento de las personas entrevistadas piensan que nadie defiende o protege a los miembros de maras, mientras que el 72.4 por ciento restante cree que existe involucramiento y ayuda de la población hacia estos jóvenes, en alguna medida.

En otro orden y con la intención de clasificar los daños que las maras provocan, la población enumera algunos de los problemas que producen las maras y que dañan los barrios y las colonias. En primer lugar identifican la delincuencia (28.7 por ciento) asociada con daños a la propiedad, concretamente los robos, los asaltos, la renta o el impuesto de guerra y el malestar que esto origina en los comerciantes que visitan las zonas donde ellos operan y en algunos de sus habitantes. Este dato es interesante, ya que la opinión pública ha generado una imagen de las

maras y sus miembros como los principales responsables de otro tipo de violencia: el crimen y los asesinatos. Sin embargo, esta categoría ocupa el tercer lugar entre los daños identificados por las personas entrevistadas (16.4 por ciento) después de la inseguridad y el temor /miedo a sus acciones (21 por ciento).

**Figura 4.8**  
**Daños provocados por las maras percibidos por la comunidad**



Finalmente analizamos el concepto que la población se ha formado de las y los jóvenes que integran las maras. Ante la pregunta que intenta conocer la visión que las personas tienen de los mareros, las respuestas estuvieron divididas en tres grandes categorías. La primera los califica como jóvenes abandonados por sus padres (36 por ciento); la segunda, como jóvenes delincuentes que deben ser castigados (27.4 por ciento); y la tercera, como jóvenes normales que no recibieron una buena educación (22 por ciento). Aun y cuando un porcentaje de las respuestas son desfavorables para los mareros, la mayor parte de respuestas indican que la población no los condena y muestra

cierto nivel de comprensión del fenómeno, y advierte, además, la cuota de responsabilidad que tanto la familia y la sociedad misma tienen ante la problemática. Las respuestas a esta pregunta tienen mucha relación con las causas que la población identifica como “motivantes” para que los jóvenes ingresen a las maras y por lo cual presentan similitudes en la proporción de sus respuestas.

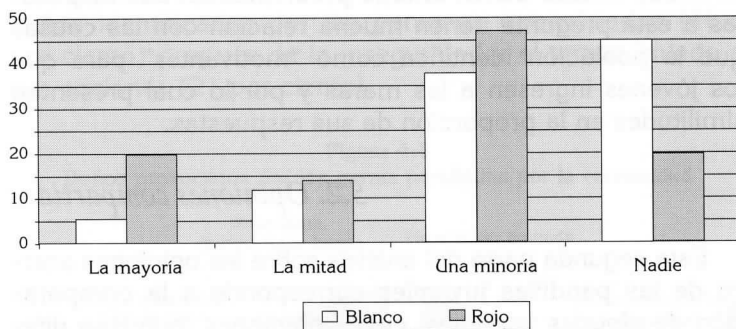
### *5.2. Opiniones compartidas*

Esta segunda parte del análisis sobre las opiniones acerca de las pandillas juveniles corresponde a la comparación de algunas variables, cuyas opiniones muestran diferencia significativa entre los barrios con maras y los barrios sin maras. En el universo rojo es más alta la percepción sobre las maras como un problema muy serio (72.2 por ciento), ya que en el universo blanco esta categoría alcanza el 65.4 por ciento. También es mucho más elevado el porcentaje de población que conoce a los mareros en el universo rojo (77.6 por ciento), ya que en el universo blanco, éste representa el 64.3 por ciento de las respuestas afirmativas. Esta respuesta incluye el porcentaje de personas que se comunican o han hablado con ellos.

Las variables anteriores presentan una relación lógica, ya que existe mucha más cercanía y contacto de la población con el fenómeno en los barrios con fuerte presencia de maras, que en el resto de barrios de la ciudad. Incluso, los niveles de tolerancia hacia los pandilleros, en los barrios donde existen maras, es mucho más alto que en donde no las hay. La Figura 4.9 muestra el comportamiento de las respuestas u opiniones de la población entrevistada, según barrios con maras y barrios donde no las hay con base en la siguiente pregunta: ¿Qué cantidad de personas en su comunidad defienden a los mareros?



**Figura 4.9**  
**Percepción sobre la simpatía comunitaria hacia las maras**  
**(En porcentajes)**



En los barrios con fuerte presencia de maras, la población tiene la percepción más alta sobre el apoyo de la población hacia los pandilleros. Las categorías que indican un nivel de involucramiento (la mayoría, la mitad, una minoría) muestran porcentajes más elevados; por su parte, la categoría “nadie”, que niega el apoyo de la población, es mucho más alta en los barrios donde no hay maras. Los niveles de solidaridad y/o simpatía que experimenta la población de los barrios con maras podría relacionarse con la cercanía hacia el fenómeno, la convivencia diaria, la necesidad de sobrellevarlo y manejarlo estratégicamente. Además, recordemos que, en muchos casos, los jóvenes que pertenecen a las maras forman parte de los mismos barrios, nacieron y crecieron en esos espacios; son producto del mismo entorno y se reconocen como tales. De alguna manera, esto también propicia los niveles de cierta tolerancia y opinión favorable de sus habitantes, a pesar de todo lo negativo que las maras y sus miembros representan.

## 6. Conclusiones

En esta investigación hemos considerado la relación entre diversas variables que podrían aportar pistas para la intelección del fenómeno del surgimiento y afianzamiento de las pandillas. Para hacerlo se optó por el análisis comparativo entre dos zonas: una con fuerte presencia de maras y otra sin ellas. En la primera parte del análisis señalamos algunos aspectos importantes sobre la composición socio-demográfica, en ambas zonas, de la ciudad de El Progreso.

Respecto a la relación de parentesco de los miembros del hogar con el jefe o la jefa de familia, hay que señalar que la figura de autoridad está ausente, es dispersa y difusa; asimismo, dicha relación de parentesco entre los miembros del hogar con el jefe o la jefa del hogar es muy variada. A esto se suma el alto porcentaje de hogares, cuyas cabezas de familia son otras figuras (generalmente la madre) y, en casos extremos, otros parientes, de manera que los hijos están bajo el cuidado de tíos, tías, abuelos, abuelas y otros familiares.

Si a la falta de una figura de autoridad en los hogares le añadimos las malas condiciones materiales, económicas y sociales de los barrios, podemos observar que todas estas variables están articuladas entre sí y contribuyen fuertemente a la formación y a la presencia de maras en los barrios más pobres. Para confirmar este hecho analizamos distintas variables que arrojaron resultados concluyentes. En relación con las condiciones materiales, los datos señalan que algunas variables socioeconómicas reflejan un deterioro mucho más marcado en los barrios donde hay maras. La calidad de las viviendas es menor y el hacinamiento es mucho mayor en estos barrios, al igual que la cantidad de familias cuyos ingresos se encuentran por debajo del salario mínimo. Del mismo modo, la falta de acceso a servicios médicos privados y la marcada “preferen-

cia” de la población por los servicios públicos de salud o medicamentos naturales, reflejan ciertas condiciones de precariedad que favorecen el surgimiento y la pervivencia de las maras en estos barrios más pobres.

A pesar de que hemos tratado de relacionar el surgimiento de las maras con algunas variables de capital social, las variables antes mencionadas también aportan elementos de suma importancia para entender el fenómeno. Quizás no existen solamente en los barrios donde no hay maras, quizás sean elementos que se encuentran en la mayor parte de los barrios y no son exclusivos de aquellos donde hay maras. No obstante, se acentúan al relacionarse con las variables de capital social que sí son exclusivas de los barrios del universo rojo.

En la segunda parte del análisis abordamos el tema de “capital social” de la siguiente manera. Primero analizamos la confianza interpersonal de la población y vimos que ésta es menor en los barrios con pandillas. Lo segundo fue verificar si esa desconfianza también se traducía en falta de participación de la población en las actividades comunales. En este punto llegamos a la conclusión de que si bien este hecho no se pudo demostrar de forma generalizada, sí fue posible comprobarlo en dos de las variables de participación: en el caso las iglesias y en las reuniones de las asociaciones de padres de familia. En tercer lugar, analizamos la confianza hacia las instituciones del país para sondear si existía una desconfianza generalizada por parte de la población. En este punto, los resultados fueron contrarios a los esperados, pues no se demostró que existiese mayor desconfianza en los barrios con pandillas; al contrario, hubo más confianza hacia algunas instituciones, como la Iglesia evangélica y los organismos de derechos humanos. En ninguno de los casos se demostró que hubiese más desconfianza en los barrios con pandillas. Analizamos luego la actividad criminal y, efectivamente, hay

una diferencia notable en los barrios con pandillas en este punto. Esto es de suma importancia, ya que la actividad criminal es el condicionante generador de un microcontexto sociocultural en donde se lleva a cabo la interacción entre los individuos. En este clima se legitiman patrones de conducta contrarios al imaginario de la sociedad en general. Estos patrones de conducta se reproducen constantemente, al grado que llegan a establecerse como *modus vivendi* para la gran cantidad de jóvenes carentes de horizontes. Por último, al analizar los espacios físicos en los barrios fue evidente que hay dos grupos que hacen la diferencia a la hora de estudiar los barrios que tienen fuerte presencia de pandillas y aquellos que no las tienen. Estos son las iglesias (católica o evangélica) y los espacios para diversión: los bares y billares. El resto no hace una diferencia.

¿Qué conclusiones podemos elaborar de lo anterior? La desconfianza de la población en los barrios donde hay pandillas no responde a una desconfianza generalizada hacia todas las instituciones de la sociedad. Sí existe desconfianza hacia las instituciones, similar a la que podría tener la gente de la residencial “Las Acacias”, en donde la mayoría de sus habitantes son profesionales y no hay pandillas. La apatía de la población hacia las instituciones sociales no es un factor determinante a la hora de intentar buscar la causa de la formación de las pandillas. Por el contrario, la desconfianza interpersonal es más importante que la desconfianza en las instituciones por la altísima actividad criminal de la zona. Posiblemente también esa sea la causa de la menor participación de la población en las iglesias. Además, la confianza no conduce directamente a participar en alguna institución. En el caso de la Iglesia evangélica esto se hace más explícito: la gente expresó mucha confianza hacia ella, sobre todo en los barrios con pandillas, pero el nivel de participación a los cultos es menor en este sector que en el resto de la ciudad. Hay, sin duda, otras variables que influyen fuertemente, y para no-

sotros una importante es la peligrosidad del sector en términos de actividad delincriminal. La gran cantidad de bares y billares en esta zona confirman que las zonas con maras son lugares de difícil acceso, donde la gente no puede llegar sin tomar medidas para su propia protección.

A lo largo de toda la investigación se comprobó que el fenómeno de las maras va íntimamente ligado a los factores de pobreza, exclusión y actividad criminal. Las malas condiciones económicas de las familias, la falta de empleo, los bajos ingresos, la falta de una figura de autoridad familiar, las malas condiciones de vida, la falta de acceso a los servicios públicos, el bajo nivel de educación son algunas de las características comunes de los barrios donde se forman y van creciendo, día tras día, las maras. Si a todo esto añadimos la falta de políticas del gobierno, que ayuden a mejorar todas estas precarias situaciones, el resultado es que, con el paso del tiempo, seguirá aumentando la exclusión y la marginación en estos barrios. No nos quedan dudas en señalar que el origen de las maras tiene raíces profundas, que marcan su formación y su presencia, y que dentro de esas raíces está la falta de políticas del gobierno adecuadas para reducir la pobreza, combatir la corrupción, mejorar la seguridad ciudadana y tomar en cuenta a la juventud.

**Nicaragua**  
**La visión comunitaria sobre**  
**las pandillas en el Reparto Schick**

Pedro López

Instituto de Encuestas y Sondeos de Opinión  
Universidad Centroamericana

**E**ste capítulo contiene los resultados cuantitativos del estudio "Violencia juvenil en Nicaragua. Pandillas y capital social", el cual se llevó a cabo en el Reparto Schick, en Managua, Nicaragua, en septiembre del año 2000.

Nicaragua es un país con una estructura poblacional joven. Según datos del censo realizado por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC), en 1995, el 72.5 por ciento de la población es menor de 30 años. El grupo etáreo de 0 a 14 años concentra el 45 por ciento de la población del país; el grupo de 15 a 24, el 20 por ciento; y el segmento de 25 a 30 años, el 7.5 por ciento.

Nicaragua, al igual que el resto de países de Centroamérica, es un país que ofrece pocas oportunidades a las y los jóvenes. De hecho, la desocupación es uno de los problemas que les afecta más. Las y los adolescentes, cuyas edades oscilan entre los 13 y 24 años, representan el 32.4

por ciento de la población económicamente activa del país. De ellos, el 61.13 por ciento desempeña trabajos no calificados; mientras que el resto, que tiene tres tipos de ocupación, se desempeñan como trabajadores de servicio y vendedores de comercio; agricultores, trabajadores agropecuarios y pesqueros; operarios y artesanos. De ellos, apenas el 20.9 por ciento estudia.

Diversas fuentes oficiales y privadas coinciden en que entre el 74 y el 85 por ciento de la población nicaragüense vive en la pobreza o indigencia. En esta cifra, las y los jóvenes tienen un peso considerable. Muchos han buscado soluciones en el ámbito criminal. Hasta noviembre de 1995 se habían registrado 48 723 delitos, 1 550 casos más en comparación con el mismo período, en 1994. A juzgar por lo que dicen las y los jóvenes pandilleros, estas cifras se han incrementado.

En julio de 1995, de acuerdo con las estadísticas del Sistema Penitenciario Nacional de Nicaragua, el 27 por ciento de 3 500 reos, de los siete penales del país, eran menores de 18 años. Esto significa que casi tres de cada diez presos son jóvenes menores de 18 años. En junio de 1998, alrededor de 2 500 niñas, niños y adolescentes se encontraban en las cárceles del país. El 52.3 por ciento de los responsables de delitos de violación se encontraban en el rango de edad de entre los 13 a los 25 años. De ahí la importancia de la violencia desplegada por las y los jóvenes integrados a las pandillas.

Ahora bien, este libro constituye la segunda fase de un estudio prolongado sobre las pandillas, el cual se realizó en Managua, específicamente en el Reparto Schick. En la primera fase, el estudio exploró la fase cualitativa del fenómeno. Para ello, se realizaron entrevistas personales a jóvenes pandilleros y no pandilleros y a distintas personas, quienes podrían brindar información acerca de las pandillas. También se entrevistó a jóvenes internos en los dos cen-

tros penales de la capital, tanto el de hombres como el de mujeres. Además, se aplicó la observación directa, la cual consistió en tener una experiencia de inserción en la vida del barrio, durante seis meses. Según los datos recopilados al momento de hacer la investigación cualitativa, en el Reparto Schick existían más de 20 pandillas.

Durante el estudio se detectó una diversidad de causas de violencia de las pandillas. Con base en la información recopilada en la primera fase, la pandilla se percibe como una familia. Así, al menos en el caso de Managua, la familia monoparental, la violencia doméstica y el sinsentido del estudio en un contexto donde predomina la escasez de fuentes de trabajo se consideran algunas de las causas por las que los y las jóvenes se agrupan en pandillas. Algunos de ellas y ellos han pasado de ser trabajadores infantiles a pandilleros.

Así los hechos, para ampliar la visión del fenómeno de las pandillas, en Nicaragua, se realizó la investigación cuantitativa en una segunda fase del estudio. Esta consistió en la aplicación y el análisis de una encuesta a una muestra representativa de familias del Reparto Schick. Se seleccionó el mismo barrio para mantener la coherencia del estudio entre los componentes cualitativo y cuantitativo<sup>1</sup>.

La justificación para aplicar las encuestas a las familias se basa en el hecho de que los habitantes del barrio son quienes conocen mejor la realidad de la situación de las pandillas, ya que conviven con ellos en el mismo barrio. Ahora bien, por el amplio conocimiento que tienen los ha-

---

1. El Reparto Schick constituye una de las comunidades marginales más grandes de Managua, pues alberga a más de 35 mil habitantes. Esta comunidad se conformó a partir de varias oleadas de migración del interior del país o de la misma ciudad. Para una descripción más detallada sobre las características de este asentamiento, véase el Volumen I de esta colección.



bitantes de la comunidad sobre los aspectos relacionados con el fenómeno de las pandillas, es muy útil tomar en cuenta sus opiniones en la toma de decisiones orientadas a rescatar a los jóvenes pandilleros de las acciones delictivas en que se encuentran involucrados. De esta manera, su valiosa información se puede utilizar para disminuir la integración de otras y otros jóvenes a las pandillas.

Según los mismos vecinos y familiares, ¿cuáles son las causas de la violencia juvenil en las pandillas del Reparto Schick? ¿Qué grado de responsabilidad tienen las principales instituciones de Nicaragua? Estas son algunas de las preguntas que se intentan responder con el análisis cuantitativo, a partir de la información brindada por las familias encuestadas en el barrio. Esta fase de la investigación tenía varios objetivos. En primer lugar, identificar las principales causas de la violencia de las pandilleras y los pandilleros, de acuerdo con la opinión de los habitantes del Reparto Schick. En segundo lugar, analizar en qué medida la conformación de la estructura social en ese Reparto favorece el apareamiento de las pandillas. En tercer lugar, conocer la valoración que tiene la población de ese lugar respecto a los pandilleros. En cuarto lugar, comparar la opinión que tienen las familias sobre las pandillas, considerando tanto a las familias cuyos integrantes pertenecen a estas organizaciones, como aquellas en donde los miembros no pertenecen a estas asociaciones. Finalmente, buscar, a partir de la información obtenida, algunas alternativas viables orientadas a reconvertir las pandillas, que se caracterizan por ser violentas, en grupos de jóvenes que realicen actividades positivas para ellos y su comunidad.

### *1. Repaso breve sobre los aspectos metodológicos*

Como ya se mencionó, el segundo componente de la investigación tuvo un carácter cuantitativo. El estudio fue

de tipo transversal y consistió en la aplicación de una encuesta a las familias que residían en un barrio marginal, caracterizado por una fuerte presencia de pandillas juveniles que realizan actos de violencia y participan en actividades delictivas.

El estudio se realizó en el Reparto Schick, de la ciudad de Managua. Para la selección de este barrio se consideraron las variables siguientes: la presencia de un mayor número de pandillas juveniles y su grado de violencia, a diferencia de otros barrios. Las familias de este lugar se clasificaron en dos grupos: el grupo experimental, formado por familias en donde algunos de sus miembros pertenecen a las pandillas; y el grupo control, formado por familias cuyos miembros no pertenecen a estas asociaciones.

Para efectos de la investigación, el trabajo comprendió las cuatro etapas en que se divide el reparto más los barrios aledaños: Germán Pomares, René Polanco, Francisco Salazar, Blanca Segovia y Sócrates Sandino. Aunque original y administrativamente el Reparto Schick tiene cuatro etapas, en la actualidad, los barrios, los asentamientos y las etapas forman una sola identidad y funcionan “de hecho” bajo esta configuración para algunas instituciones, como la policía.

De acuerdo con los datos obtenidos, en el distrito 5 de la alcaldía de Managua, al inicio de la investigación había aproximadamente 5 105 viviendas y 34 104 habitantes, en las cuatro etapas del Reparto Schick y en los barrios aledaños. Para efectos de este trabajo, en adelante nos referiremos a esta población como Reparto Schick.

### *1.1. Selección de la muestra*

El tamaño de la muestra estuvo conformada por 347 familias, de las cuales 234 correspondieron al grupo experimental y 113, al grupo control. El interés principal de la

investigación radica en la opinión de las familias, en donde algunos de sus miembros pertenecen a estas asociaciones. Por tal motivo, se le concedió más importancia a esta muestra. La información proporcionada por las familias, cuyos miembros no pertenecen a las pandillas, se utilizó para contrastarla con los datos obtenidos del grupo experimental. El margen de error fue aproximadamente del 5 por ciento, con una confianza del 95 por ciento para la estimación de los principales parámetros.

### *1.2. Instrumento de medición*

El instrumento consistió en un cuestionario conformado, en su mayor parte, por preguntas cerradas y algunas abiertas. Este se elaboró con base en la información obtenida a partir de la investigación cualitativa previa a la realización de la encuesta y de común acuerdo con el resto de investigadores de Centroamérica. El cuestionario estaba dividido de acuerdo con las temáticas siguientes.

- I. Datos sociodemográficos
- II. Participación comunitaria
- III. Confianza en las instituciones
- IV. Actividad criminal observada en la comunidad
- V. Policía
- VI. Qué piensa el entrevistado acerca de lo que son los pandilleros
- VII. Razones por las cuales las y los jóvenes integran las pandillas
- VIII. Salida de las pandillas
- IX. ¿Qué haría si se enterara que su hija o hijo es miembro de una pandilla?
- X. Otras preguntas relacionadas con las pandillas

Los bloques II, III, VI y VII (ver Cuadro 1.4 y apéndice) están conformados por ítems en la escala Likert, que corresponden a las variables de la escala ordinal. Los ítems que

corresponden a la participación comunitaria tienen valores del 1 al 4, lo cual indica un orden de menor a mayor participación. Los ítems relativos a la confianza en las instituciones también tienen valores del 1 al 4 e indican un orden de menor a mayor confianza en la institución referida. Los ítems del bloque VI (relativo a lo que piensan los entrevistados sobre las pandilleras y los pandilleros) tienen valores del 1 al 3 e indican un orden de menor a mayor nivel de tolerancia o comprensión hacia las y los jóvenes pandilleros, a excepción del ítem: "Los pandilleros son jóvenes que deben ser castigados y los pandilleros son jóvenes delincuentes". A estos dos ítems se les cambiaron los valores de la escala para estandarizarlos con el resto. Los ítems del bloque VII (razones por las cuales las y los jóvenes se incorporan a las pandillas) también tienen valores del 1 al 3, que indican niveles de menor a mayor desventaja para las y los jóvenes pandilleros.

Se aplicó la prueba alpha de Cronbach para determinar la fiabilidad de los ítems en la escala de Likert. La prueba se aplicó en bloques de variables y se obtuvieron los resultados siguientes. El alpha de Cronbach, correspondiente a los ítems relacionados con la asistencia a las reuniones de padres, comités, gremios, partido, equipo, grupo juvenil, de la asociación, es de 0.5993. Este valor es relativamente bajo e indica algún problema con las respuestas de los entrevistados a este bloque de preguntas. Respecto al bloque de ítems relacionados con la confianza en las instituciones, el alpha de Cronbach fue de 0.7507, el cual es aceptable dado que las preguntas las respondieron en forma consistente. El bloque de preguntas que contiene información acerca de la personalidad de los pandilleros posiblemente proporcione alguna explicación del por qué estos jóvenes se han convertido en pandilleros o el tratamiento que se le debe proporcionar a estas y estos jóvenes. Algunas de esas preguntas son: ¿las pandilleras y los pandilleros son jóvenes enfermos?, ¿las pandilleras y los pandilleros son

jóvenes enfermos que necesitan atención?, ¿las pandilleras y los pandilleros son jóvenes que deben ser castigados?, etc. Este grupo de preguntas obtuvo un alpha de Cronbach de 0.6449. Este valor es relativamente bajo y significa que los encuestados fueron un poco inconsistentes en sus respuestas. El bloque de preguntas que obtuvo el coeficiente alpha de Cronbach más alto (0.7902) fue el formado por las preguntas relacionadas con la razones por las cuales las y los jóvenes se incorporan a las pandillas. Estos ítems los comprendieron bastante bien los entrevistados, lo cual produjo respuestas coherentes y mayor fiabilidad en ellos.

## 2. Resultados generales

### 2.1. Las familias entrevistadas

La 347 familias visitadas para obtener la información estuvieron conformadas por un total de 2 226 miembros. De ellos, 1 548 se encontraban en el grupo experimental y 678, en el de control. La muestra del grupo experimental tuvo una proporción entre hombres y mujeres aproximadamente igual. En cambio, en la muestra del grupo control, hubo un porcentaje mayor (59 por ciento) de mujeres<sup>2</sup>.

**Cuadro 5.1**  
**Relación de coeficientes de confiabilidad**  
**de las escalas utilizadas en la encuesta**

Tema de la batería de ítems	Alfa de Cronbach
Participación en asociaciones	0.5993
Confianza institucional	0.7507
Opiniones sobre los pandilleros	0.6449
Razones para integrarse a las pandillas	0.7902

- En el Cuadro 5.2 se muestra que en total hay, en el grupo experimental, 1 547 miembros de familias, uno menos que el total real. La razón es que no se dispone de la información sobre el género para ese miembro de familia.

Cuadro 5.2

Grupos de estudio, según el género de los miembros de las familias

Género	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frecuencia	%	Frecuencia	%	Frecuencia	%
Hombres	803	51.9	279	41.2	1082	48.6
Mujeres	744	48.1	399	58.8	1143	51.4
Total	1547	100.0	678	100.0%	2225	100.0

En el caso de los rangos de edad, las distribuciones de los dos grupos de estudio se parecen, a excepción de los rangos de 15 a 19 y de 20 a 29. El porcentaje de personas que se encuentran en el rango de 15 a 19 años, en el grupo experimental (20.4), supera, por casi 9 puntos, al porcentaje de miembros del grupo control, que están en este mismo rango de edad. Respecto a los miembros de familia que se encuentran en el rango de 20-29 años ocurre lo contrario. El porcentaje de familiares, cuyas edades oscilan entre los 20 y 29 años, en el grupo control (39.2), es significativamente mayor que el del grupo experimental (23.2).

Cuadro 5.3  
Rangos de edad por grupo

Rangos de edad	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
0-6 años	113	7.3	65	9.6	178	8.0
7-14 años	241	15.6	98	14.5	339	15.2
15-19 años	315	20.4	79	11.7	394	17.7
20-29 años	359	23.2	198	39.2	557	25.0
30 a más	519	33.5	238	35.1	757	34.0
Total	1547	100.0	678	100.0	2225	100.0

## 2.2. *Escolaridad de los miembros de las familias*

La escolaridad no es una característica que diferencie a los dos grupos, puesto que la distribución de los niveles de escolaridad del grupo de familias en donde hay pandilleros es aproximadamente igual a la distribución de los niveles de escolaridad del grupo de familias que no tienen miembros pandilleros.

**Cuadro 5.4**  
Escolaridad, según grupos de estudio

Último grado aprobado	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
Ninguno	237	15.6	90	13.3	327	14.9
Primaria incompleta	472	31.0	180	26.7	652	29.7
Primaria completa	197	12.9	104	15.4	301	13.7
Secundaria incompleta	454	29.8	204	30.2	658	29.9
Secundaria completa	104	6.8	46	6.8	150	6.8
Técnico incompleto	12	0.8	8	1.2	20	0.9
Técnico completo	12	0.8	10	1.5	22	1.0
Universidad incompleta	24	1.6	24	3.6	48	2.2
Universidad completa	10	0.7	9	1.3	19	0.9
Total	1522	100.0	675	100.0	2197	100.0

Las oportunidades que tienen las mujeres para recibir educación son aproximadamente iguales a las de los hombres. Esta afirmación se apoya en el hecho de que la distribución de los niveles de escolaridad de los hombres es la misma que la de las mujeres. Es importante destacar que los porcentajes de hombres y de mujeres, independientemente de si pertenecen al grupo experimental o al de control, que han alcanzado un nivel técnico o universitario son muy bajos. En consecuencia, la mayoría de familias del Reparto Schick se encuentran en desventaja para competir por un empleo bien remunerado.

**Cuadro 5.5**  
**Escolaridad, según el género**

Escolaridad	Género				Total	
	Hombres		Mujeres			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
Ninguno	148	13.9	179	15.9	327	14.9
Primaria incompleta	328	30.7	323	28.6	651	29.6
Primaria completa	135	12.6	166	14.7	301	13.7
Secundaria incompleta	338	31.6	320	28.4	658	30.0
Secundaria completa	67	6.3	83	7.4	150	6.8
Técnico incompleto	9	0.8	11	1.0	20	0.9
Técnico completo	8	0.7	14	1.2	22	1.0
Universidad incompleta	23	2.2	25	2.2	48	2.2
Universidad completa	12	1.1	7	0.6	19	0.9
Total	1068	100.0	1128	100.0	2196	100.0

### *2.3. El problema de las pandillas, según la opinión de las familias entrevistadas*

#### *Drogas y niveles de violencia en el Reparto Schick*

En la encuesta se incluyeron preguntas acerca del consumo de drogas, la actividad delincuencia y otras actividades que, por lo general, están vinculadas con las pandillas. Los datos obtenidos del análisis de estas preguntas son de mucho interés. Es significativo el porcentaje (62 por ciento) de personas que han observado o han sido testigos, el último año, de las ventas de drogas en su comunidad<sup>3</sup>. Esta situación es muy grave, pues indica que la población conoce sobre la venta de drogas en el barrio, pero aparentemente le dan poca importancia a este hecho y, más bien, pareciese que lo miran como algo normal y no lo denuncian a la policía. Algo aún más grave es que el 81 por

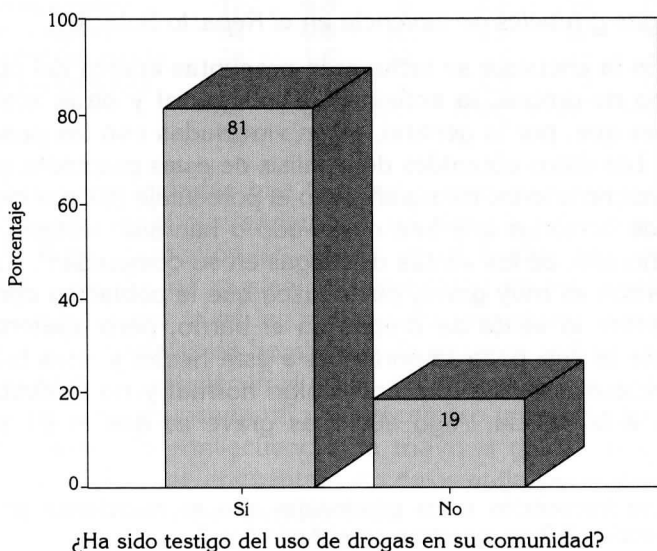
3. Las frecuencias y los porcentajes que se mencionan en la sección 2.2 se muestran en el Apéndice 3.



ciento de los entrevistados han sido testigos de uso de drogas en su comunidad, el último año (Figura 5.1).

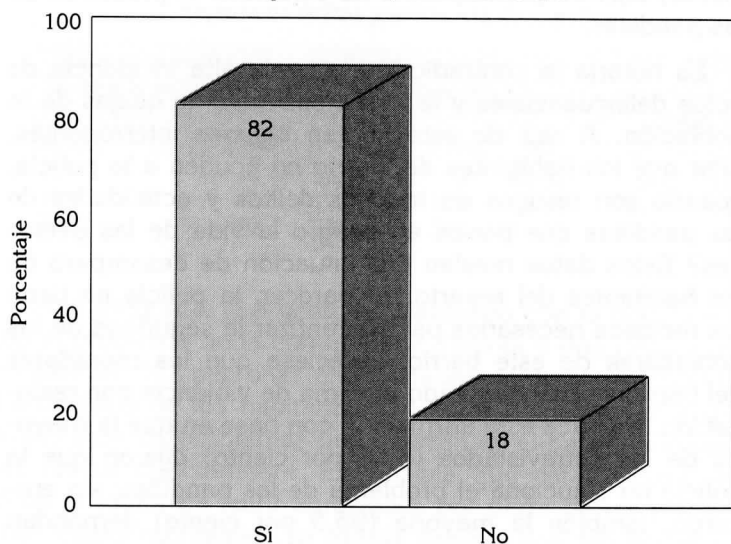
Según los entrevistados del reparto Schick, la actividad delincuencia es muy alta, puesto que, en el 81 por ciento de las familias visitadas, el entrevistado dijo que ha sido testigo de robo en las calles o en los buses. Este dato revela un alto grado de inseguridad para la población que se traslada a pie por el barrio. Además, la actividad criminal más aguda, los homicidios, está presente en cierta medida. Esta afirmación está sustentada en que el 35.2 por ciento de los entrevistados han observado o han sido testigos de asesinatos en su comunidad en el último año. Otra información obtenida de los entrevistados es que el 81 por ciento de los entrevistados han sido testigos de tiroteos entre pandillas.

**Figura 5.1**  
**Porcentaje de entrevistados que han observado o han sido testigos del uso de drogas en el barrio**



Casi el 80 por ciento de los encuestados han sido testigos, en su comunidad, de peleas callejeras en el último año. El 89 por ciento aseguró haber sido testigo de riñas entre pandillas. Aproximadamente el 82 por ciento afirmó que ha presenciado ataques de pandillas a casas particulares, en su comunidad, en el último año (Figura 5.2).

**Figura 5.2**  
**Porcentaje de entrevistados que han sido testigos de ataques a casas particulares, en el último año**



¿Ha sido testigo de ataques a casas particulares en su comunidad?

Todo esto indica que el ambiente del barrio es muy intranquilo. El riesgo de perder la vida y de sufrir ataques en el Reparto es alto. Tal y como se describe la situación de violencia en las calles de este barrio, el drama que viven los vecinos del Reparto Schick es extremadamente difícil. También es factible que la población haya aprendido a vivir en esta situación de constante peligro, sobre todo para los jóvenes.

### *Acciones de la policía para controlar la violencia en el barrio*

El 91 por ciento de las personas dijeron que no hay puesto policial en el barrio. Además, el 66 por ciento de los habitantes que respondieron la encuesta no han pedido ayuda a la policía. Otro dato que se destaca es que el 71.8 de los encuestados no han informado algún delito a la policía. Además, la mayoría de los entrevistados (87.6 por ciento) dijeron que la policía no soluciona el problema de las pandillas.

Es notoria la contradicción entre la alta incidencia de actos delincuenciales y la baja frecuencia de quejas de la población. A raíz de esto surgen algunas interrogantes. ¿Por qué los habitantes del barrio no acuden a la policía, cuando son testigos de muchos delitos y actividades de las pandillas que ponen en peligro la vida de las personas? Estos datos revelan una situación de desamparo de los habitantes del reparto. Al parecer, la policía no tiene los recursos necesarios para garantizar la seguridad de los pobladores de este barrio. Pareciese que los moradores del barrio se han adaptado al clima de violencia con resignación. Se hace esta afirmación con base en que la mayoría de los entrevistados (87.6 por ciento) dijeron que la policía no soluciona el problema de las pandillas; sin embargo, también la mayoría (95.5 por ciento) demandan mayor presencia de la policía en el lugar. Así las cosas, se detecta una contradicción. En tal sentido, sería útil averiguar por qué solicitan mayor presencia de la policía si opinan que ésta no soluciona los problemas relacionados con estas asociaciones. Es posible que demanden una participación efectiva de la policía, para que ésta dé soluciones concretas a la problemática de violencia.

De acuerdo con lo anterior, aparecen otras preguntas: ¿Han reportado algún delito a la policía? ¿Ha llegado la policía cuando la llaman? De 97 personas que han infor-

mado delitos a la policía, aproximadamente el 61 por ciento dijo que ésta no llega cuando la llaman. Este hecho refuerza la tesis de que la policía tiene muchas dificultades para atender a la población cuando ocurren actos delictivos y que ello desmotiva las acciones de denuncia y de cooperación por parte de la población, aun en los casos de victimización.

**Cuadro 5.6**  
**Reporte de delitos y asistencia de la policía**

¿Ha reportado algún delito a la policía?	¿Ha llegado la policía cuando la llaman?				Total	
	Sí Frec.	No %	Frec.	%		
Sí	38	39.18	59	60.82	97	100
No	42	17.14	203	82.86	245	100
Total	80	23.39	262	76.61	342	100

A la pregunta: ¿La gente ha trabajado con la policía en algún problema de la comunidad? Setenta y dos (20.7 por ciento) de 347 personas entrevistadas contestaron que sí. La mayoría de los habitantes del lugar prefieren ser neutrales ante los problemas que ocurren en el barrio, aunque les afecte directamente. Es posible que esta actitud se deba al temor de sufrir agresiones por parte de las pandillas, como represalias, o quizás porque son familiares o parientes de los jóvenes involucrados en los actos de violencia. De las 347 personas entrevistadas, el 78.7 por ciento (muy significativo) aseguró que conoce a algún joven que es miembro de una pandilla en este barrio o comunidad.

A través de los medios de comunicación, el público conoce la escasez de personal, la falta de combustible y el limitado presupuesto que tiene la policía, los cuales limitan la cobertura de esta institución a la gran cantidad de familias víctimas de actos de violencia que demandan su

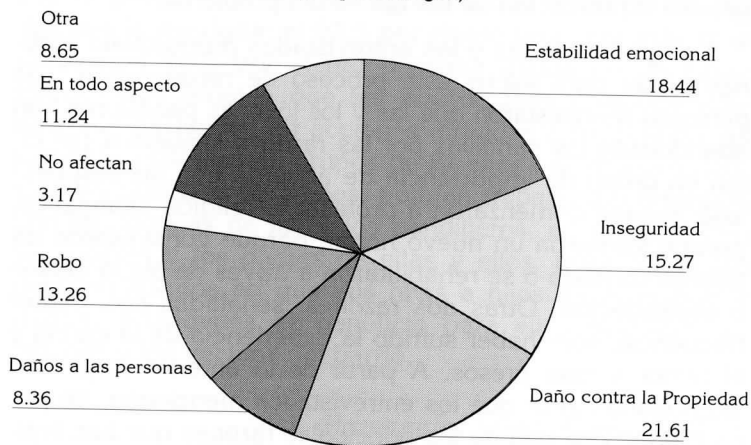
apoyo. Sin embargo, en el Reparto Schick, a estas dificultades se agregaría otra: que una parte de los pobladores defienden a las pandilleras y los pandilleros. Se afirma esto porque cuando se les preguntó qué cantidad de personas, en su calle, los defienden, el 14.1 por ciento respondió que la mayoría, y el 15.3 por ciento dijo que la mitad. Si sumamos estos dos porcentajes tenemos que el 29.4 por ciento de los entrevistados reconocen que estas y estos jóvenes reciben algún apoyo de las personas del barrio. El 45 por ciento de las familias del barrio sostienen que las pandillas defienden al barrio de otros pandilleros. Entonces, ¿la opinión de este 45 por ciento podría considerarse una justificación a la existencia de pandillas?

### *¿Cómo afectan las pandillas al barrio?*

Las pandillas provocan daños al barrio en los aspectos siguientes (de acuerdo con los porcentajes que expresaron las y los entrevistados): daños contra la propiedad (21.6 por ciento), estabilidad emocional (18.4 por ciento), inseguridad (15.3 por ciento), robo (13.3 por ciento) y daños a las personas (8.4 por ciento). El 11.2 por ciento indicó que las pandillas afectan al barrio en todo sentido. El 3.2 por ciento dijo con toda tranquilidad que las pandillas no afectan al barrio.

La mayoría (87.9 por ciento) dijo que las pandillas no tienen nada positivo. Las y los entrevistados opinan que no es bueno que las y los jóvenes estén incorporados en las pandillas. Y es que, entre las razones principales, señalan que aprenden vicios y se corrompen, afectan a la comunidad, arriesgan su vida, no son útiles a la sociedad, perjudican a la familia y, asimismo, terminan en la cárcel, en el hospital o el cementerio.

**Figura 5.3**  
**Aspectos en que las pandillas afectan al barrio**  
(En porcentajes)



#### *2.4. Una buena alternativa: promover el cambio del carácter violento de las pandillas*

Lo discutido anteriormente invita a reflexionar que para enfrentar el problema complejo de las pandillas no es suficiente el accionar de la policía, también es apremiante procurar la reconversión de las pandillas, en el sentido de que reemplacen las actividades delictivas por actividades positivas, que sean de beneficio para la comunidad donde viven y para los mismos jóvenes pandilleros. Es probable que las y los jóvenes pandilleros creen que sus acciones son positivas para el barrio. Por lo tanto, un primer paso hacia la reconversión de las pandillas sería hacerlos comprender porqué muchas de sus acciones son negativas para ellos y su comunidad.

Para transformar las pandillas en grupos que se dediquen a realizar actividades positivas, se necesita de la par-

ticipación de diversas instituciones del gobierno, empresas privadas y de organismos no gubernamentales en la progresiva erradicación de las raíces del problema.

La opinión de las y los entrevistados proporciona algunas pistas para iniciar este proceso de reconversión. Las personas manifestaron que las y los jóvenes pandilleros han abandonado las pandillas por las razones siguientes (se citan en orden de importancia de acuerdo con las respuestas): porque comenzaron a profesar la religión evangélica, porque formaron un nuevo hogar, porque consiguieron un trabajo honrado o se rehabilitaron a través de algún centro u organización. Otras dos razones, señaladas con menor frecuencia, son: haber sufrido la experiencia de la cárcel y el temor a caer presos. A partir de lo anterior surge una interrogante: ¿Por qué los entrevistados mencionan, en primer lugar, que una de las principales razones que han tenido para abandonar las pandillas es que se hicieron evangélicos? Aparece la pregunta porque, en Nicaragua, más del 60 por ciento de la población es católica. A lo mejor es necesaria una mayor participación de la Iglesia católica, con miras a erradicar, de manera efectiva, las causas que originan el surgimiento de las pandillas.

Cuadro 5.7

Razones por las cuales las y los jóvenes han abandonado las pandillas

Razones por las cuales las y los jóvenes han abandonado las pandillas	Sí		No	
	Frec.	%	Frec.	%
Haberse hecho evangélico	280	80.7	67	19.3
Formó un nuevo hogar	256	73.8	91	26.2
Consiguió un trabajo honrado	250	72.0	97	28.0
Rehabilitación a través de algún centro, organización, etc.	238	68.6	109	31.4
Haber sufrido experiencia de la cárcel	190	54.8	157	45.2
Temor a caer preso	179	51.6	168	48.4

Se les preguntó a las personas qué harían si se enterasen de que su hija o hijo pertenece a estas asociaciones. Las respuestas fueron las siguientes: el 93.1 por ciento dijo que lo ayudaría; el 92.5 por ciento no lo correría de la casa; y el 90.5 por ciento buscaría ayuda en un lugar. Estos datos señalan que las instituciones u organizaciones, que participen en acciones dirigidas a reconvertir las pandillas violentas en grupos de jóvenes que realicen actividades positivas para ellos, podrían trabajar directamente con las familias de las y los pandilleros, en especial con las madres y los padres de ellas y ellos, pues serían los más interesados en que sus hijas e hijos se dedicaran a realizar actividades de beneficio para ellos mismos, sus familias y los vecinos del barrio.

### *3. Principales factores que explican el surgimiento de las pandillas*

Utilizando el método de factores principales, se aplicó un análisis factorial al grupo de ítems del cuestionario medidos en la escala de Likert. Previamente se efectuó la prueba de Bartlett para determinar si el análisis factorial era pertinente a los datos recogidos. De acuerdo con los resultados obtenidos, se puede afirmar que el análisis factorial fue adecuado. Aunque el porcentaje de varianza explicada por el modelo factorial es del 45 por ciento, estos resultados pueden servir como una aproximación al conocimiento de los principales factores que explican el fenómeno de las pandillas.

El análisis factorial permite agrupar los ítems en bloques de manera correlativa, con base en la información proporcionada por los entrevistados. Además, los ítems que se agregan en un mismo factor guardan una estrecha relación entre ellos, lo cual permite que a los factores se les asignen nombres acordes con el contenido de cada grupo.



Según la información recopilada, el principal factor que explica la integración de las y los jóvenes a las pandillas es de tipo socioeconómico. Los demás factores, en orden de importancia, son: la escasa confianza en las instituciones, la apreciación de que las pandilleras y los pandilleros están enfermos, la falta de oportunidades en educación, trabajo y desarrollo; poca confianza en la presidencia y la alcaldía, falta de alternativas de diversión y el hecho de que las pandilleras y los pandilleros son jóvenes delincuentes.

Los factores principales y los ítems que están cargados en cada factor, después de una rotación (varimax), se citan a continuación.

*Primer factor: problemas socioeconómicos o afectivos en la familia que impulsan a los jóvenes a integrar las pandillas*

Según los entrevistados, el factor principal consta de todas las dificultades que tiene la familia: pobreza, abandono de las y los hijos, alcoholismo, hogares en donde la jefe de familia es la mujer, maltrato físico y psicológico, y un número elevado de hijas o hijos. Ciertos organismos especializados tal vez podrían contribuir a superar algunos de ellos de manera paulatina, como el abandono familiar, los hogares en donde el jefe de familia es una mujer sola, el maltrato y el número elevado de hijas o hijos en la familia.

En Nicaragua, los niveles de pobreza son alarmantes. Este hecho constituye seguramente la raíz de que las y los jóvenes se incorporen a estas asociaciones. Además, la disminución de la pobreza no depende de la buena voluntad de algunos organismos. Este problema debe ser enfrentado con energía por las instituciones del gobierno. Estas instituciones deben dar la pauta para promover acciones y motivar la participación de toda la sociedad nicaragüense para enfrentar los problemas apremiantes, como lo son:

- la situación de pobreza en el hogar,
- el abandono familiar,

- el alcoholismo en la familia,
- el hecho de que la jefe de familia sea una mujer sola,
- el maltrato físico o psicológico por parte de la familia,
- los problemas afectivos (frustración amorosa),
- el trabajo infantil en las calles,
- el hecho de que las pandilleras y los pandilleros son jóvenes abandonados por sus padres y
- el elevado número de hijas o hijos en la familia.

*Segundo factor: confianza en las instituciones*

La forma en cómo las y los ciudadanos perciben las instituciones constituye también un factor importante en el surgimiento de las pandillas juveniles. Aunque hay organismos que están más relacionados que otros con la seguridad pública, en su conjunto la confianza pública en las instituciones estatales desempeña un rol importante en el apareamiento de estas asociaciones. Esta confianza incluye a las siguientes instancias.

- Confianza en el ejército
- Confianza en los tribunales de justicia
- Confianza en la Contraloría General de la República
- Confianza en la Policía Nacional
- Confianza en el Consejo Supremo Electoral
- Confianza en los Derechos Humanos

*Tercer factor: las pandilleras y los pandilleros son jóvenes enfermos*

Aquí se incluyen tres ítems, los cuales refieren que estas y estos jóvenes se encuentran en un estado mental anormal, pues se dirigen hacia ellos como jóvenes enfermos. Esto no significa que la encuesta pretenda señalar que las y los jóvenes que integran las pandillas lo hagan porque están enfermos. La encuesta más bien señala que, en los lugares en donde hay pandillas, la gente opina, de

manera predominante, que esos jóvenes son anormales y que, por lo tanto, necesitan tratamiento.

- Los pandilleros son jóvenes enfermos que deben ser castigados.
- Los pandilleros son jóvenes enfermos que no tienen remedio.
- Los pandilleros son jóvenes enfermos que necesitan atención médica.

*Cuarto factor: falta de oportunidades en educación, trabajo y desarrollo*

Las opiniones sobre el fenómeno de las pandillas se relacionan también con la idea de que las pandilleras y los pandilleros son el producto de la falta de oportunidades sociales. Los ítems que se cargan al cuarto factor tienen en común el rubro que se refiere a la falta de oportunidades, según la opinión que tienen los entrevistados. Es lógico pensar que muchas de estas personas abandonarían estas asociaciones si encontrarán un trabajo que les permitiera sentirse útiles para su familia y obtener los recursos económicos suficientes para vivir. Ahora bien, la falta de oportunidades en educación se vincula estrechamente con los problemas económicos de la familia, las dificultades del sistema educativo nacional y el escaso presupuesto destinado por los gobiernos a la educación nacional.

Aunque estas opiniones no las externalizan con la misma frecuencia que el grupo anterior, existe un grupo importante de encuestados que se decantaron por este tipo de explicaciones antes que por los temas patológicos.

- Los pandilleros son jóvenes que no tienen oportunidades de trabajo y desarrollo.
- Los jóvenes integran las pandillas por falta de oportunidades laborales y educativas.
- Los pandilleros son jóvenes normales que no recibieron una buena educación.

- Los pandilleros son jóvenes que se reúnen para defenderse de otros jóvenes.

*Quinto factor: confianza en la alcaldía y la presidencia*

Es importante aclarar que la variable confianza se dividió en dos factores: el segundo factor (la confianza en las instituciones, en general) y el quinto factor (la confianza en la Presidencia y la Alcaldía). Al indagar estos aspectos se obtuvieron los resultados para los ítems relacionados con la confianza de la población en las distintas instituciones.

- Confianza en la Alcaldía
- Confianza en la Presidencia

Para los ítems relacionados con la confianza en las instituciones, la escala de valores, de menor a mayor, fue la siguiente: uno para “nada confiable”, dos para “poco confiable”, tres para “confiable” y cuatro para “muy confiable”. La confianza que las familias tienen en las instituciones es muy baja, puesto que todos los promedios están por debajo de dos. Esto significa que la valoración se encuentra entre “nada confiable” y “poco confiable”. Nótese que en el Cuadro 5.8, la valoración promedio más baja corresponde a la confianza en la Presidencia con un promedio de 1.35, el cual se acerca más al rubro “nada confiable”.

La otra valoración que resultó muy baja fue la confianza en la alcaldía de Managua, la cual tuvo un puntaje promedio de 1.45, que está más cerca del rubro “nada confiable” que del de “poco confiable”. De acuerdo con estos datos, el quinto factor pone en evidencia cuáles fueron las dos instituciones nacionales menos confiables en Nicaragua, según la opinión de las familias entrevistadas en el Reparto Schick<sup>4</sup>.

---

4. El levantamiento de la información se hizo en septiembre de 2000. El presidente de Nicaragua era Arnoldo Alemán y el Alcalde de Managua era Roberto Cedeño.

**Cuadro 5.8**  
**Valoración promedio de la confianza en las instituciones**  
**(Promedios 1 - 4)**

Confianza que tiene en la institución	Valoración promedio
Ejército	1.75
Tribunales de justicia	1.62
Policía Nacional	1.56
Presidencia de la República	1.35
Alcaldía de Managua	1.45
Derechos Humanos	2.40
Contraloría General de la República	1.47
Consejo Supremo Electoral	1.51

*Sexto factor: integración de las y los jóvenes a las pandillas por falta de buenas alternativas*

Este factor reúne los aspectos que ponen de manifiesto que las y los jóvenes integran las pandillas por falta de alternativas. Los cuatro ítems, que se agrupan en este factor, indican que estas personas disponen de mucho tiempo para el ocio. El aburrimiento, debido a esa disponibilidad de tiempo, los impulsa a incorporarse a estas asociaciones en donde utilizan su tiempo para realizar actividades violentas.

- Los jóvenes integran las pandillas porque no tienen otra cosa que hacer en el barrio.
- Los jóvenes integran las pandillas por diversión.
- Los jóvenes integran las pandillas para tener acceso a las drogas.
- Los pandilleros son jóvenes que no encuentran otra forma para divertirse.

*Séptimo factor: las pandilleras y los pandilleros son jóvenes delincuentes*

El séptimo factor incluye solamente este ítem: “Los pandilleros son jóvenes delincuentes”. En este factor se incluye la opinión de quienes consideran que los pandilleros

son personas que deben ser tratadas con dura mano por las autoridades, sin importar las causas que originan el surgimiento de estas asociaciones. Naturalmente que a los protagonistas de actos delictivos hay que aplicarles sanciones, tal como lo estipulan las leyes nicaragüenses. Sin embargo, esto no resolvería en definitiva el problema de la violencia de las pandillas, puesto que solo se estaría dando respuesta a un caso aislado y se dejarían intacta las raíces del problema.

Es indispensable que, además de las acciones de la policía para prever la ocurrencia de actos delictivos en las calles del barrio, las instituciones del gobierno y los organismos interesados en la problemática de las pandillas se aboquen, a mediano y largo plazo, a la difícil tarea de reducir las causas que originaron el aparecimiento de las pandillas.

### *3.1. Indicadores: razones por cuales las y los jóvenes integran las pandillas, su participación en reuniones, su confianza en las instituciones y valoración de la personalidad de las pandilleras y los pandilleros*

Se crearon cuatro indicadores de interés que guardan alguna relación con el problema de la formación de pandillas.

#### *3.1.1. Razones de integración a las pandillas*

Este indicador se formó al sumar los valores de las variables siguientes: maltrato de la o del joven por parte de la familia, pobreza en el hogar, alcoholismo en la familia, prole numerosa, hogares en donde el jefe de familia es una mujer sola, trabajo infantil en las calles, frustración amorosa, abandono familiar, falta de oportunidades laborales y

educativas, diversión, acceso a las drogas y desocupación. El puntaje mínimo fue de 12 y el máximo, 48.

Un puntaje alto en este indicador sugiere que el entrevistado percibe que hay serias dificultades en la familia y que el ambiente en el que se desenvuelven las y los jóvenes pandilleros es desventajoso para su formación en comparación con otros jóvenes. Los promedios de este indicador fueron 26.13 y 26.6 en los grupos experimental y de control, respectivamente. Lo anterior significa que no hay diferencias entre ambos grupos respecto a este parámetro.

De acuerdo con este indicador, en las familias de las y los jóvenes hay muchos problemas, los cuales son desfavorables para su desarrollo. En general, las circunstancias adversas en su ambiente familiar y su entorno constituyen una de las grandes causas del elevado número de jóvenes que se incorporan a las pandillas, en el Reparto Schick. Sin embargo, no existe evidencia de que, en el ámbito familiar, determinadas condiciones conduzcan a la integración de las y los jóvenes a estas asociaciones.

Las razones por las cuales las personas se incorporan a las pandillas, en orden de importancia, según el porcentaje de respuestas, son: acceso a las drogas (74.1 por ciento), falta de oportunidades laborales y educativas (62.1 por ciento), diversión (62 por ciento), desocupación (60.9 por ciento), abandono familiar (54 por ciento), alcoholismo en la familia (49.3 por ciento) y el hecho de que el jefe de hogar sea una mujer sola (47.4 por ciento).

### *3.1.2. Participación comunitaria*

El indicador “participación en reuniones” se obtuvo al sumar los valores de las respuestas de cada ítem, dadas por los entrevistados: asiste a las reuniones de padres de

**Cuadro 5.9**  
**Razones por las cuales las y los jóvenes se incorporan**  
**a las pandilla (En porcentajes)**

Razones por las cuales las y los jóvenes integran las pandillas	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo
Maltrato físico o psicológico por parte de la familia	42.1	15.6	42.4
Situación de pobreza en el hogar	34.3	21.6	44.1
Alcoholismo en la familia	28.0	22.8	49.3
Elevado número de hijos en la familia	45.7	18.2	36.1
El jefe del hogar es una mujer sola	39.0	13.6	47.4
Trabajo infantil en las calles	40.8	14.6	44.6
Problemas afectivos	42.7	20.1	37.2
Abandono familiar	27.6	18.0	54.4
Falta de oportunidades laborales y educativas	23.4	14.5	62.1
Diversión	21.3	16.7	62.0
Acceso a las drogas	12.4	13.5	74.1
Desocupación	19.4	19.7	60.9

familia, asiste a las reuniones de los comités barriales, asiste a las reuniones de los gremios, asiste a las reuniones de un partido político, asiste a las reuniones del equipo deportivo (béisbol y otros), asiste a las reuniones del grupo juvenil, asiste a las reuniones de la asociación estudiantil, asiste a las reuniones de la iglesia o el templo.

Cada ítem tiene valores del 1 al 4, de modo que el indicador “participación en reuniones” puede tener un valor mínimo de 8 o un máximo de 32. Los puntajes elevados de este indicador significan una alta participación comunitaria. El promedio de asistencia a las reuniones del grupo experimental fue de 11.59, y el del grupo control, de 12.52. Es evidente que el promedio de ambos grupos es muy bajo.

Ahora bien, en las reuniones en que más participan las familias del barrio es en las de los comités o sociedades



de la iglesia o el templo. El 32.3 por ciento contestó que participa de vez en cuando y frecuentemente. Según los datos del Cuadro 5.10, su participación en asociaciones gremiales o sindicales, equipos deportivos, grupos juveniles y asociaciones estudiantiles es casi nula. Sería muy útil determinar si no participa en estos grupos o asociaciones porque no hay o si es por desinterés.

Por otro lado, el nivel de participación comunitario es muy bajo. Ésta podría promoverse en las reuniones de padres de familia y jóvenes del barrio. Aquí podrían proponerse actividades de beneficio para las y los jóvenes y la comunidad. El propósito principal es que los muchachos sientan que son útiles a su comunidad, lo cual sería un paso hacia delante en la reconversión del carácter violento de las pandillas.

También valdría la pena que el gobierno y otras instituciones impulsaran y apoyaran a los grupos u organizaciones juveniles para que ocupen su tiempo libre en actividades culturales, deportivas y cualquier otra que sea de beneficio para la comunidad.

**Cuadro 5.10**  
Participación frecuente\* en asociaciones, según tipo de grupo  
(experimental o de control)  
(En porcentajes)

Tipo de participación	Tipo de grupo	
	Experimental	Control
Asiste al comité o a la sociedad de la iglesia	56.5	54.9
Asiste a la asociación de padres de familia	22.3	31.8
Asiste a algún comité o a la junta de la comunidad	13.8	27.4
Asiste a alguna asociación gremial	2.6	10.6
Asiste a algún partido político	18.5	22.1
Asiste a algún equipo deportivo	6.9	8.0
Asiste a algún grupo juvenil	6.1	13.5
Asiste a una asociación estudiantil	4.3	8.8

\* Participación frecuente es la sumatoria de los porcentajes de quienes dijeron que asistían frecuentemente o de vez en cuando.

### 3.1.3. *Confianza en las instituciones*

El indicador “confianza en las instituciones” se obtuvo al sumar, de cada entrevistado, los valores de las respuestas proporcionadas para cada ítem, el cual se refiere a la confianza hacia la iglesia católica, la iglesia evangélica, el ejército, la justicia, la radio, la televisión, la policía nacional, la presidencia, los derechos humanos, la contraloría, el Consejo Supremo Electoral y la alcaldía. Cada uno tiene valores del 1 al 4, de modo que el indicador de confianza en las instituciones puede tener un valor mínimo de 12 o un máximo de 48. Los puntajes promedios de confianza en las instituciones, para el grupo experimental y el de control, fueron 22.13 y 22.66, respectivamente. El comparar estos puntajes con la cifra máxima de 48 permite afirmar que los niveles de confianza en las instituciones son muy bajos, pero que la diferencia entre ellos no es significativa.

Estos datos revelan falta de credibilidad y poco respeto a la institucionalidad, lo cual origina apatía o un espíritu de rebeldía que los lleva a actuar al margen de la ley. Es probable que estas actitudes y formas de comportamiento reflejen un espíritu de impotencia y frustración frente a las instituciones, las cuales no responden a las necesidades sociales de la población, en general, y de las y los jóvenes, en particular.

La institución en la que más confían las familias, tanto las que tienen miembros integrados a las pandillas como las que no, es la Iglesia católica, pues el 59.1 por ciento de los entrevistados dijeron que es “confiable” o “muy confiable”; mientras que el 40.9 por ciento aseguró que la Iglesia católica es “poco” o “nada confiable”. En el caso de la Iglesia evangélica, las respuestas fueron opuestas a las anteriores, pues el 35.1 por ciento afirmó que esta institución es “confiable” o “muy confiable”; mientras que el 64.9 por ciento dijo es “poco” o “nada confiable”. Es

probable que estas opiniones tengan relación con la religión que profesan las y los entrevistados.

De acuerdo con los resultados, la segunda institución en la que más confían son los medios de comunicación; le sigue, en orden de importancia, Derechos Humanos. La institución que está en el último lugar es la presidencia de la República, pues solo el 6.7 por ciento de las y los entrevistados aseguraron que es “confiable” o “muy confiable”<sup>5</sup>.

**Cuadro 5.11**  
**Confianza de las familias del Reparto Schick en las instituciones**  
(En porcentajes)

Institución	Nada confiable	Poco confiable	Confiable	Muy confiable
Iglesia católica	18.4	22.5	36.6	22.5
Iglesia evangélica	27.7	37.2	19.0	16.1
Ejército	48.4	32.3	17.0	2.3
Tribunales de Justicia	52.2	36.6	10.1	1.2
Medios de comunicación: radio	21.3	35.7	38.9	4.0
Medios de comunicación: televisión	19.6	34.0	39.2	7.2
Policía Nacional	56.2	32.6	10.7	0.6
Presidencia de la República	73.2	20.2	5.5	1.2
Alcaldía	68.1	20.7	10.4	0.9
Derechos Humanos	30.3	23.1	26.8	19.9
Contraloría General de la República	64.8	25.1	8.6	1.4
Consejo Supremo Electoral	63.4	25.1	9.5	2.0

### *3.1.4. Valoración de la personalidad de las pandilleras y los pandilleros*

El indicador relacionado con la valoración de la personalidad de las pandilleras y los pandilleros se calculó mediante la suma de los valores de las variables siguientes:

5. El levantamiento de la información se hizo en septiembre de 2000. El presidente de Nicaragua era, en ese entonces, Arnoldo Alemán y el Alcalde de Managua, Roberto Cedeño.

los pandilleros son jóvenes enfermos que no tienen remedio, los pandilleros son jóvenes enfermos que necesitan atención médica, los pandilleros son jóvenes enfermos que deben ser castigados, los pandilleros son jóvenes que no encuentran otra forma de divertirse, los pandilleros son jóvenes normales que no recibieron buena educación, los pandilleros son jóvenes que no tienen oportunidades de trabajo y desarrollo, los pandilleros son jóvenes abandonados por sus padres, los pandilleros son jóvenes delincuentes y, finalmente, los pandilleros son jóvenes que se juntan para defenderse de otros pandilleros. El valor mínimo fue 9 y el valor máximo, 27. Las cifras altas de este indicador sugieren que el entrevistado considera que los pandilleros tienen un nivel de adaptación a la sociedad muy bajo.

La valoración promedio, obtenida del grupo experimental, respecto a la personalidad de estas y estos jóvenes fue de 19.66; mientras que la del grupo control fue de 18.96. Ambos promedios permiten afirmar que las familias del Reparto Schick, independientemente de si tienen o no miembros pandilleros, no los valoran mal.

Esto indica que las familias del barrio, pese al perjuicio que les causa el accionar de las pandillas, consideran que estas personas merecen una oportunidad, que les permita cambiar su rol de pandilleras o pandilleros a otro que sea para su propio beneficio y el de quienes los rodean (familiares y vecinos). Los entrevistados manifestaron que la mayoría de estas y estos jóvenes han vivido en circunstancias adversas, las cuales los han impulsado a integrar las pandillas como una válvula de escape a las limitaciones que han encontrado en el medio en el que se desenvuelven.

La afirmación anterior se sustenta en los hechos que se citan a continuación. (1) El 68.3 por ciento de los entrevistados están en desacuerdo con la premisa de que los pandilleros son jóvenes enfermos que no tienen remedio. (2) El 65.7 por ciento está de acuerdo en que estas perso-

nas son jóvenes que no recibieron una buena educación. (3) El 57.6 por ciento está de acuerdo en que son jóvenes que no tienen oportunidades de trabajo y desarrollo. (4) El 50.4 por ciento está de acuerdo en que son jóvenes abandonados por sus padres.

Cuadro 5.12

Valoración de la personalidad de los pandilleros (En porcentajes)

Las pandilleras y los pandilleros	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo
Se juntan para defenderse de otros jóvenes	13.8	11.2	74.9
Son delincuentes	18.0	15.7	66.4
No recibieron una buena educación	17.0	17.3	65.7
No tienen oportunidades de trabajo y desarrollo	28.2	14.1	57.6
Fueron abandonados por sus padres	30.3	19.3	50.4
Necesitan atención médica	39.5	17.0	43.5
No encuentran otra forma de divertirse	38.7	23.7	37.6
Deben ser castigados	45.2	28.2	26.5
Están enfermos y no tienen remedio	68.3	13	18.7

La mayoría opina que merecen una oportunidad de la sociedad; asimismo, desaprueban sus acciones en contra de la tranquilidad de los habitantes del barrio. Esta afirmación se apoya en el hecho de que un porcentaje importante (66.4 por ciento) está de acuerdo en que estas y estos jóvenes son delincuentes.

### *3.2. Comparación entre las opiniones de las familias cuyos miembros pertenecen o no a las pandillas*

#### *3.2.1. Ingreso de las familias*

El ingreso promedio por familia es de 892.52 córdobas, suma que está muy por debajo del costo de la canasta

básica, en Nicaragua. Evidentemente esto puede ser una de las causas que origina desajustes en el comportamiento de las y los jóvenes pertenecientes a familias de bajos ingresos.

Con base en el valor del primer cuartil, una cuarta parte de las familias tienen ingresos inferiores a los 400. El valor de la mediana indica que la mitad de las familias de la muestra tienen ingresos menores de 720 córdobas. Sustentándose en el valor del percentil 80, se puede afirmar que solo el 20 por ciento de las familias tienen ingresos superiores a 1 245 córdobas. En otras palabras, solo el 20 por ciento de las familias tienen ingresos que se aproximan al costo de la canasta básica. Este es uno de los indicadores que señalan el elevado nivel de pobreza en este Reparto (Cuadro 5.13). Así las cosas, la situación de pobreza es la misma en los dos grupos de estudio. Estos resultados se fundamentan en que, en el grupo experimental, el ingreso total promedio por familia es de 860.77 córdobas; y el ingreso total promedio en el grupo control es de 957.72. Esta diferencia no es significativa, de acuerdo con los resultados de una prueba de comparación de ingresos<sup>6</sup>.

### *3.2.2. Tiempo que tienen las familias de vivir en el barrio*

Las familias que residen en zonas con mayor incidencia de pandillas han vivido en su vecindario durante, aproximadamente, 22.55 años, cifra que rebasa los 18.77 años, que es el tiempo promedio que tienen las familias de haber vivido en los lugares donde la incidencia de estas y estos jóvenes es menor. Esto puede estar relacionado al

---

6. Ver los resultados de la prueba de hipótesis en el apéndice.

**Cuadro 5.13**  
**Estadísticos básicos de los ingresos totales por familias**

Estadísticos	Ingresos totales (En córdobas)
Promedio	892.52
Mediana	720
Moda	400
Desviación estándar	835.62
Varianza	698262.49
Percentiles	
10	250
20	400
25	420
30	450
40	600
50	720
60	850
70	1000
75	1150
80	1245
90	1600

hecho de que las familias que han vivido más años en la comunidad tienen hijos que se encuentran en la etapa de la adolescencia. Por su parte, las familias recién llegadas probablemente estén integradas por miembros mucho más jóvenes. En todo caso, la presencia de pandillas se relacionaría con las olas generacionales establecidas por las fechas y los tiempos de asentamiento.

### *3.2.3. Tenencia de aparatos en las familias*

Las familias en donde ningún miembro pertenece a estas asociaciones tienen una situación económica ligeramente mejor que aquellas en donde sus miembros están incorporados a las pandillas. Esta afirmación se fundamenta en la tenencia de aparatos electrodomésticos, entre ellos, equipos de sonido, refrigeradoras y cocinas de gas. El porcentaje de tenencia es mayor en el grupo control, lo

cual puede observarse en el Cuadro 5.14 (los porcentajes se calculan respecto a los totales de cada grupo).

**Cuadro 5.14**  
**Porcentaje de tenencia de aparatos**

Aparato	Porcentaje de tenencia	
	Grupo experimental	Grupo control
Refrigeradora	27.4	41.6
Equipo de sonido	50.0	62.8
Cocina de gas	61.1	72.6

### *3.2.4. Alcoholismo*

Aproximadamente la mitad de los entrevistados piensan que las y los jóvenes integran las pandillas por problemas de alcoholismo en la familia. Aquí cabe señalar que el porcentaje de familias que está en desacuerdo con esta aseveración es mayor en aquellas cuyos miembros forman parte de estas asociaciones. En general, el porcentaje de familias, cuyos miembros no pertenecen a las pandillas, que no está de acuerdo en que el alcoholismo sea un factor que impulse a las y los jóvenes a asociarse en estas bandas es menor. Esta comparación nos lleva a hacer tres consideraciones: la primera es que la incidencia de alcoholismo es menor en las familias con pandilleros; la segunda consiste en que los entrevistados tienden a ocultar la existencia de alcoholismo en sus familias; y la tercera es que dichas familias no consideran el alcoholismo como una causa principal, ya que le conceden más peso a otros problemas.



**Cuadro 5.15**  
**Opinión acerca de si las y los jóvenes del barrio**  
**se incorporan a las pandillas por problemas de alcoholismo**  
**en sus familias, según grupos de estudio**

Las y los jóvenes integran las pandillas por alcoholismo en la familia	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
En desacuerdo	75	32.1	22	19.5	97	28.0
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	45	19.2	34	30.1	79	22.8
De acuerdo	114	48.7	57	50.4	171	49.3
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

### *3.2.5. ¿Las pandilleras y los pandilleros son jóvenes enfermos que necesitan atención médica?*

El 54.3 por ciento de las familias que tienen integrantes pandilleros refieren que están de acuerdo en que estas y estos jóvenes están enfermos y que necesitan atención médica. Este porcentaje es significativamente mayor al obtenido a partir de las respuestas de las familias que no tienen miembros en estas asociaciones (21.2 por ciento). Este resultado puede indicar que las familias esperan que el problema de sus familiares, que se percibe como no deseable, pueda superarse mediante la debida ayuda o atención personal. Las familias que tienen miembros en estas bandas prefieren la “etiqueta” de “enfermo” a la de “delincuente”. Así, ante esa enfermedad mental o “espiritual”, recurren a una cura religiosa en la Iglesia evangélica.

### *3.2.6. Oportunidades educativas para las y los jóvenes pandilleros*

El 65.7 por ciento del total de los entrevistados opinan que estas personas son jóvenes normales que no recibie-

**Cuadro 5.16**  
**Opinión acerca de si los pandilleros son jóvenes enfermos**  
**que necesitan atención médica, según grupos de estudio**

Los pandilleros son jóvenes enfermos que necesitan atención médica	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control		Frec	%
	Frec	%	Frec	%		
En desacuerdo	83	35.5	54	47.8	137	39.5
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	24	10.3	35	31.0	59	17.0
De acuerdo	127	54.3	24	21.2	151	43.5
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

ron una buena educación. El 70.9 por ciento de las familias, algunos de cuyos miembros están involucrados en estas bandas, piensan que estas personas son normales y que no han recibido una buena educación. Este porcentaje es significativamente mayor al 54.9 por ciento, correspondiente a aquellas familias cuyos miembros no tienen vínculos con estas asociaciones. En apariencia existe consenso en la mayoría de las familias entrevistadas (principalmente de grupo experimental) respecto a las deficiencias en la educación recibida por los pandilleros. Haría falta determinar quiénes son los responsables por estas debilidades educativas: si el Estado o los padres de familia.

### *3.2.7. ¿Las pandilleras y los pandilleros son jóvenes delincuentes?*

De los entrevistados, 229 (66 por ciento de la muestra total) consideran que ellos y ellas son jóvenes delincuentes. Las familias que no tienen miembros en estas asociaciones son más duros para clasificarlos como delincuentes, puesto que el porcentaje que se inclina por esta opinión es del 74.3 por ciento, frente al 62 por ciento que opina lo mismo, que corresponde al grupo de familias que tienen miembros incorporados a las pandillas.

Cuadro 5.17

Opinión acerca de si las pandilleras y los pandilleros son jóvenes normales que no recibieron una buena educación, según grupos de estudio

Las pandilleras y los pandilleros son jóvenes normales que no recibieron una buena educación	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
En desacuerdo	43	18.4	16	14.2	59	17.0
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	25	10.7	35	31.0	60	17.3
De acuerdo	166	70.9	62	54.9	228	65.7
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

Cuadro 5.18

Opinión acerca de si las pandilleras y los pandilleros son jóvenes delincuentes, según grupos de estudio

Las pandilleras y los pandilleros son jóvenes delincuentes	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
En desacuerdo	55	23.5	7	6.2	62	17.9
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	32	13.7	22	19.5	54	15.6
De acuerdo	145	62.0	84	74.3	229	66.0
NS/NR	2	0.9			2	0.6
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

En el grupo de familias que tienen miembros pandilleros, el porcentaje de entrevistados que piensan que las pandillas defienden al barrio de otras es del 54.3 por ciento. Este porcentaje es mucho mayor que el que le corresponde al grupo de familias cuyos miembros no tienen vínculos con estas asociaciones. Esta perspectiva es lógica, puesto que las familias que tienen miembros en dichas bandas tratan de justificar esta integración cuando señalan que es

positivo que estos jóvenes las defiendan de otras pandillas, en lugar de considerar esos hechos como actos delincuenciales. Esta justificación, sin embargo, puede manifestarse no solo en la encuesta, sino también ante la comunidad, lo cual puede constituir un elemento del entorno que contribuye a la dinámica de los pandilleros.

**Cuadro 5.19**  
Opinión acerca de si las pandillas defienden a los barrios,  
según grupos de estudio

Las pandillas defienden al barrio de otros pandilleros	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
Sí	127	54.3	32	28.3	159	45.8
No	106	45.3	80	70.8	186	53.6
NS/NR	1	0.4	1	0.9	2	0.6
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

### *3.2.8. Las y los jóvenes abandonan las pandillas por temor a caer presos*

Dentro del grupo experimental, el porcentaje de entrevistados que aseguran que los jóvenes han abandonado las pandillas por temor a caer presos es del 60.7 por ciento, cifra que es mayor al 32.7 por ciento, que corresponde al grupo control. Las familias con miembros pandilleros han vivido esta realidad, puesto que es bastante probable que estas y estos jóvenes hayan sido capturados por la policía debido a su participación en actos de violencia o delincuenciales.

Cuadro 5.20

Opiniones acerca de si las y los jóvenes han abandonado las pandillas por temor a la prisión, según grupos

Las y los jóvenes han abandonado las pandillas por temor a caer presos	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
Sí	142	60.7	37	32.7	179	51.6
No	92	39.3	76	67.3	168	48.4
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

### 3.2.9. Incidencia del problema de las pandillas

La incidencia del problema de las pandillas, en el Reparto Schick, es muy significativa. Esta afirmación se fundamenta en el hecho de que el 78.7 por ciento conoce, en el barrio, a algún pandillero. Es curioso el hecho de que el porcentaje de personas, del grupo de familias que tienen pandilleros en su seno, que conocen a jóvenes pandilleros sea del 73.5 por ciento, porque contrasta con el 89.4 por ciento de familias (cuyos miembros no tienen vínculos con estas asociaciones) que dijeron conocerlos. Por lógica, estas premisas deberían invertirse. Este hecho revela que algunas familias no dijeron la verdad y es comprensible dado el temor a que sus hijos sean buscados por las autoridades.

Cuadro 5.21

Conocimiento de jóvenes en el barrio que sean pandilleros, según grupos de estudio

Conoce a alguna o algún joven que sea miembro de una pandilla en este barrio o comunidad	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
Sí	172	73.5	101	89.4	273	78.7
No	50	21.4	10	8.8	60	17.3
NS/NR	12	5.1	2	1.8	14	4.0
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

De 347 familias entrevistadas, 143 (41.2 por ciento) dijeron que tenían problemas con las pandillas. Entre las familias que tienen estos problemas, la mayoría (134) son familias del grupo experimental, cuyos miembros están involucrados con estas asociaciones. El problema principal se origina por los pleitos de todo tipo y las rivalidades entre grupos. En realidad, cuando ocurren las batallas campales entre estos grupos, ya sea con piedras, armas cortopunzantes o armas de fuego, los vecinos del barrio salen perjudicados porque las piedras o las balas perdidas pueden impactar los hogares de las familias, que nada tienen que ver con estas peleas callejeras. El 27.3 por ciento de los 143 entrevistados que tienen problemas con estos grupos dijeron que algunos de sus familiares han sido agredidos por las pandillas. Esto constituye un problema más directo, pues son ataques personales mediante los cuales se pone en riesgo la vida de sus familiares. El tercer tipo de problema en importancia es el robo. Este produce un perjuicio directo a las familias del barrio.

**Cuadro 5.22**  
Tipo de problemas que tiene la familia, según grupos de estudio

Tipo de problemas que tiene la familia	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Hijo en la cárcel	8	6	1	11.1	9	6.3
Agredido por pandillas	36	26.9	3	33.3	39	27.3
Robo	25	18.7	4	44.4	29	20.3
Se defiende de los demás (venganza)	17	12.7			17	11.9
Pleito o rivalidad entre grupos	46	34.3	1	11.1	47	32.9
Enamoran a las muchachas (hostigan)	1	0.7			1	0.7
No sabe/ No responde	1	0.7			1	0.7
Total	134	100.0	9	100.0	143	100.0

El 66.3 por ciento considera que estos grupos son un problema para todos los pobladores del barrio. Es más elevado el porcentaje de quienes afirman que las pandillas constituyen un problema para todos, tomando en cuenta que la afirmación proviene de las familias cuyos miembros no tienen vínculos con estas asociaciones. Este hecho es importante porque indica que estas familias, aunque son perjudicadas en menor medida, están más preocupadas por el problema de las pandillas y, por tanto, expresan implícitamente que están interesadas en contribuir a resolver este problema.

Cuadro 5.23

Consideración acerca de si las pandillas del barrio son un problema de todos, según grupos de estudio

Considera que las pandillas en el barrio son	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
Un problema de todos	145	62.0	85	75.2	230	66.3
Un problema solo de los afectados	20	8.5	7	6.2	27	7.8
Un problema del gobierno	65	27.8	20	17.7	85	24.5
Ninguno	2	0.9			2	0.6
NS/NR	2	0.9	1	0.9	3	0.9
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

La mayoría de la muestra (74.9 por ciento) opina que las pandillas representan “demasiados problemas”. Esta aseveración es mayor (82.3 por ciento) por parte de las familias que no tienen miembros en estos grupos, y menor (71.4 por ciento) en aquellas familias cuyos integrantes pertenecen a estas asociaciones.

**Cuadro 5.24**  
Existencia de problemas, según grupos de estudio

Qué tanto cree usted que las pandillas son un problema	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
Ningún problema	6	2.6			6	1.7
Hay problemas	25	10.7	3	2.7	28	8.1
Muchos problemas	32	13.7	17	15.0	49	14.1
Demasiados problemas	167	71.4	93	82.3	260	74.9
NS/NR	4	1.7			4	1.2
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

### *3.2.10. Hacinamiento en las familias*

El 71 por ciento de las familias que no tienen pandilleros están conformadas por 2 a 6 miembros. Por otro lado, el 41 por ciento de las familias cuyos miembros pertenecen a estos grupos están integradas por 7 a 11 miembros. Estos datos permiten suponer que las familias que tienen jóvenes en estas asociaciones tienen más problemas de espacio en sus viviendas y que los jefes de familia enfrenten, quizá, algunas dificultades con el control de sus hijas e hijos. Esto puede provocar discusiones familiares, incomodidades con sus miembros y otros problemas semejantes que conducirían a desestabilizar a la familia.

**Cuadro 5.25**  
Número de miembros en la familia por vivienda  
(En porcentajes)

Cantidad de miembros en la familia	Grupo de estudio		Total
	Experimental	Control	
2-6	54.7	71.7	60.2
7-11	41.0	22.1	34.9
12-16	4.3	6.2	4.9

En el grupo experimental, el porcentaje de viviendas que tienen un solo cuarto es aproximadamente del 31 por



ciento, cifra que es significativamente mayor al 13 por ciento, que corresponde al grupo control. Esto permite afirmar que en las viviendas del grupo experimental hay más hacinamiento. Este hecho puede tener varios efectos: aumenta la presión/tensión psicosocial en todos los miembros del hogar, elimina los límites y las distancias sociales entre el mundo adulto (relaciones sexuales entre cónyuges, etc.) y el mundo infantil (es decir, promiscuidad) y, en consecuencia, los roles sociales de los adultos se confunden con los de los niños. En otras palabras, no existe una clara delimitación de roles. Todo esto promueve la violencia en el hogar.

Cuadro 5.26

Número de cuartos de las viviendas, según los grupos de estudio

La vivienda cuenta con	Grupo de estudio				Total	
	Experimental		Control			
	Frec	%	Frec	%	Frec	%
Un solo cuarto	72	30.8	15	13.3	87	25.1
Dos cuartos	104	44.4	56	49.6	160	46.1
Tres cuartos	28	12.0	15	13.3	43	12.4
Más de tres cuartos	28	12.0	21	18.6	49	14.1
NS/NR	2	0.9	6	5.3	8	2.3
Total	234	100.0	113	100.0	347	100.0

Para conocer las condiciones en las que viven las familias respecto a sus viviendas, se pidió información sobre el número de personas que se encuentran en cada cuarto por cada vivienda. El porcentaje de familias que no tienen pandilleros y que tienen un máximo de dos personas por cuarto fue mayor (39.3 por ciento) que el de las familias cuyos miembros integran estos grupos (20.3); de hecho, fue casi el doble. Por otro lado, el porcentaje de familias (con pandilleros) en donde hay más de cuatro personas por cuarto fue del 32.3 por ciento; mientras que en las familias sin pandilleros fue del 15 por ciento.

**Cuadro 5.27**  
**Número de personas por cuarto en cada vivienda**  
**(En porcentajes)**

Personas por cuarto en cada vivienda	Grupo de estudio		Total
	Experimental	Control	
Hasta 2	20.3	39.3	26.3
Más de 2 hasta 4	47.4	45.8	46.9
Más de 4	32.3	15.0	26.8

Para indagar los efectos del hacinamiento en algunas variables cuantitativas, se aplicó el análisis de varianza de un factor a las variables en escala continua: ingresos familiares totales, gasto aproximado semanal de su hogar, tiempo que tiene la familia de vivir en el barrio, integración a las pandillas, participación comunitaria, confianza en las instituciones y valoración de la personalidad de las pandilleras y los pandilleros, tomando como indicador de hacinamiento el número de cuartos. En el análisis de varianza, este último indicador será considerado como una variable en escala nominal con cuatro categorías: viviendas con uno, dos, tres y más de tres cuartos. Los resultados muestran varios aspectos interesantes del fenómeno económico y las pandillas.

En primer lugar, existen diferencias significativas en los ingresos promedios de cada familia, en los grupos familiares definidos por el número de cuartos que tiene su vivienda. Los ingresos promedios de las viviendas con tres y más de tres cuartos son de 1 223.14 y 1 333.31 córdobas, respectivamente, que son significativamente mayores a los ingresos promedios de 576.49 y 851.92, que corresponden a las familias cuyas viviendas tienen uno o dos cuartos, respectivamente. Esto nos indica una fuerte relación entre el ingreso promedio por familia y el grado de hacinamiento en que viven. A menor ingreso promedio por familias, mayor grado de hacinamiento.

Otro resultado interesante del análisis es que en los grupos de familias definidos según el número de cuartos que tienen las viviendas, existe una diferencia significativa respecto a la confianza promedio que existe en las instituciones. La confianza promedio en las instituciones que tienen las familias cuyas viviendas poseen más de tres cuartos es de 23.80, que es significativamente mayor que 21.47, 21.57 y 22.83, que corresponde a la confianza promedio que tienen las familias cuyas casas tiene uno, dos o tres cuartos. Por tanto, el grupo de familias que viven en viviendas con más de tres cuartos tienen más confianza en las instituciones. Cabe recordar que el puntaje máximo de confianza es de 48, lo cual indica que aun 23.8 es un promedio de confianza en las instituciones muy bajo.

Lo anterior indica que la presencia de pandillas estaría vinculada, de manera indirecta, con los bajos ingresos, el hacinamiento en el hogar —que la pobreza misma agrava— y con una visión más pesimista sobre las instituciones del país. Las familias que enfrentan el problema de que sus jóvenes están integrados a las pandillas suelen ser las más pobres, las que viven con un mayor grado de hacinamiento y las que, históricamente, se han relacionado menos con las instituciones nacionales.

#### *4. Conclusiones y recomendaciones*

La investigación cuantitativa llevada a cabo en el Reporto Schick, uno de los sectores urbanos más populosos y más pobres de la ciudad de Managua, revela que detrás del fenómeno de las pandillas intervienen varios factores de orden socioeconómico. A pesar de que todo el barrio pareciera estar afectado por este fenómeno, los datos señalan variables que vuelven este problema más grave para unas familias que para otras. En resumen, de la investigación se puede concluir lo siguiente.

1. Los niveles de violencia en el Reparto Schick son altos. Porcentajes significativos de entrevistados señalan que han sido testigos de peleas callejeras y ataques de pandillas a casas particulares.
2. La incidencia del problema de pandillas en el Reparto Schick es muy significativa. Esta afirmación se fundamenta en el hecho de que el 78.7 por ciento de la muestra conoce a algún pandillero en el barrio.
3. El 66.3 por ciento de los entrevistados considera que las pandillas son un problema para todos los pobladores del barrio. Respecto al grupo de familias que no tienen miembros en estos grupos, el porcentaje de las que consideran que las pandillas constituyen un problema de todos es más alto.
4. En orden de importancia, las pandillas provocan daño a la propiedad, daño a la estabilidad emocional, inseguridad, robo y daños a las personas.
5. La mayoría de los pobladores del barrio demandan mayor presencia de la policía.
6. De acuerdo con la opinión de los entrevistados, las principales razones por las cuales las y los jóvenes han abandonado las pandillas son: la adopción de la fe cristiana-evangélica, la formación de un nuevo hogar, haber conseguido un trabajo honrado y la rehabilitación a la que se han sometido con la ayuda de alguna organización.
7. El nivel de participación comunitario de las familias del Reparto Schick es muy bajo.
8. Los niveles de confianza de los habitantes del barrio en las instituciones son muy bajos.
9. Existen muchos problemas familiares, en tal sentido, el ambiente se torna desventajoso para las y los jóvenes de estas familias.

10. El ingreso promedio por familia es de 892.52 córdobas, suma que está muy por debajo del costo de la canasta básica en Nicaragua. Solo el 20 por ciento de las familias tienen ingresos que cubren la canasta básica. Este es un indicador de la existencia del elevado nivel de pobreza en este barrio.

11. En las viviendas del grupo experimental, es decir, en las viviendas de las familias que tienen pandilleros existe más hacinamiento.

12. El porcentaje de entrevistados que están en desacuerdo en que la integración de las pandillas esté favorecida por el alcoholismo en la familia, es mayor en las familias en donde algunos de sus miembros pertenecen a estos grupos que en el grupo de familias que no tienen miembros pandilleros.

13. Existe una estrecha relación entre el ingreso promedio por familia y el grado de hacinamiento de sus viviendas.

14. El principal factor de la integración de las y los jóvenes a las pandillas tiene relación con los problemas socioeconómicos de sus familias. En orden de importancia, los otros factores son: la confianza en las instituciones, el que los pandilleros son jóvenes enfermos, la falta de oportunidades en educación, trabajo y desarrollo; la confianza en la Presidencia y la Alcaldía, la integración de las y los jóvenes a las pandillas por falta de buenas alternativas y el que las pandilleras y los pandilleros son jóvenes delincuentes.

Todo lo anterior ofrece material para proponer una serie de medidas básicas para enfrentar mejor el problema de las pandillas, al menos en el área estudiada. Entre las acciones posibles se recomienda lo que se cita a continuación.

1. Promover la participación en reuniones tanto de los padres de familia como de las y los jóvenes del barrio con

el propósito de disminuir los índices de participación de ellas y ellos en las pandillas.

2. Las instituciones importantes del gobierno y de seguridad nacional deben mejorar su imagen ante la opinión pública, lo cual vendrá como consecuencia de una gestión apegada a la justicia y el respeto a las leyes de Nicaragua.

3. Fortalecer las organizaciones que hoy en día realizan esfuerzos para reconvertir a las pandillas en agrupaciones de jóvenes dedicados a realizar actividades que les beneficien a ellos, a sus familias y a los vecinos.

4. Las instituciones del Estado, la empresa privada, los organismos no gubernamentales y las iglesias (católicas, evangélicas o de otra religión) deben promover acciones conjuntas para combatir, de manera paulatina, el carácter violento de las pandillas con miras a formar agrupaciones de jóvenes que se dediquen a realizar actividades positivas para la sociedad nicaragüense.

5. Mejorar, cualitativa y cuantitativamente, el sistema educativo, en el sentido de incrementar el acceso de más jóvenes a una buena educación.

6. Incrementar las oportunidades de trabajo y desarrollo personal para las y los jóvenes y sus padres, para disminuir la posibilidad de frustración en ellos.

7. Fomentar, por diferentes medios, campañas educativas masivas dirigidas a los padres de familias irresponsables que abandonan a sus hijos, porque ese abandono convierte a esos niños en futuros integrantes de pandillas, que buscan en sus "amigos" pandilleros el amor familiar que no encuentran en sus hogares.

8. Desarrollar programas de financiamiento para construir y asignar viviendas, que puedan pagarse en cuotas accesibles, para las familias que viven en un alto grado de hacinamiento.

## Pandillas y capital social en Centroamérica

José Miguel Cruz

Instituto Universitario de Opinión Pública  
Universidad Centroamericana  
"José Simeón Cañas"

### *1. La necesidad de estudiar el entorno de las pandillas*

Los trabajos que se han expuesto en las páginas anteriores buscan establecer la relación que existe entre el capital social, entendido éste como las relaciones entre las personas que les permiten cooperar en el propósito de alcanzar objetivos comunes (Coleman, 1990), y la presencia de pandillas en comunidades de cuatro países de Centroamérica. El supuesto fundamental de este trabajo es que las pandillas juveniles, las cuales constituyen un grave problema social y de seguridad pública para la región, aparecen, subsisten y se desarrollan en aquellos lugares en donde, entre otras cosas, las redes sociales, la confianza entre las personas y las instituciones, los espacios de participación y organización comunitaria y las normas que rigen el comportamiento de las personas dentro de su entorno son

tan débiles —o están tan orientadas hacia la vida criminal (capital social “perverso”)—, que son incapaces de enfrentar las problemáticas creadas por las condiciones de precariedad socioeconómica que prevalecen en la mayor parte de países de Centroamérica, hecho que da lugar a que las y los jóvenes se decanten por buscar en las pandillas lo que la sociedad, a través de su comunidad inmediata y la familia, ha sido incapaz de proveerles.

Como ya se vio en el primer tomo de esta serie y en muchos otros trabajos sobre el tema de las maras en Centroamérica (ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, 2001; Smutt y Miranda, 1998; Santacruz y Concha-Eastman, 2001; Ramos, 1998), las y los adolescentes y jóvenes centroamericanos entran a las pandillas porque éstas les ofrecen una amplia gama de recursos y de apoyo en un contexto caracterizado por la exclusión, el abandono y la inseguridad vital. La mayor parte de los esfuerzos por comprender el fenómeno usualmente se han concentrando en el carácter criminal del mismo, en las razones juveniles de los jóvenes o en las condiciones estructurales que han permitido la aparición de las maras. Pero tales razones, que sin duda tienen un peso insoslayable en la configuración de la problemática, no constituyen todo el abanico de factores que explican por qué en Centroamérica —sobre todo en Guatemala, El Salvador y Honduras— se ha reproducido con tanta intensidad y dureza esta problemática. Aspectos como la pobreza, la exclusión socioeconómica, la violencia misma y los desarraigos producidos por las migraciones no son privativos de los países del norte de Centroamérica. En mayor o en menor medida, toda América Latina parece estar cruzada por ese mismo tipo de problemas. México o Brasil, Argentina o República Dominicana, poseen amplias poblaciones que viven en la miseria, en la marginalidad y bajo complejos entornos de violencia social. Sin embargo, las pandillas no han surgido allí, en el resto de Latinoamérica —con excepción de Colombia— con la misma fuerza



con la cual han surgido en El Salvador, Honduras o Guatemala.

El problema de las pandillas juveniles en Centroamérica no es nuevo. Como consignan ya varias investigaciones en cada uno de los países, desde inicios de la década de los noventa podían encontrarse estudios serios sobre el fenómeno como respuestas a la magnitud que la misma problemática había adquirido. A lo largo de la década, el problema se ha ido complicando de manera sorprendente, al tiempo que su magnitud aumentó de forma considerable. Lo que en todos los países comenzó como un típico problema urbano, de jóvenes que se reúnen en grupos para alterar el orden público, cometer delitos menores y drogarse, fue convirtiéndose en enmarañadas y federativas redes de afiliación, solidaridad ligera y violencia sistemática. El primer país en dar la voz de alarma fue El Salvador, en donde las pequeñas pandillas de niños y jóvenes sobrevivientes de las secuelas de la guerra, rápidamente se integraron a dos confederaciones de maras, sobre las cuales habría de girar toda la escalada de violencia, volviéndolas más ubicuas y brutales. Luego, la misma expresión del fenómeno se extendió a Guatemala y a Honduras. En Guatemala, la dinámica se mezcló con la compleja situación de violencia sociopolítica (que aún persiste en el país) y el fenómeno, que no llegó a tener la magnitud que en sus países vecinos del sur, se desarrolló fundamentalmente en las áreas más empobrecidas de las grandes urbes. En Honduras, el fenómeno de las pandillas juveniles ayudó, junto con otras condiciones, a convertir a un relativamente pacífico país, a principios de los noventa, en la nación más violenta de todo el hemisferio occidental en el año 2000, según las cifras recabadas por algunas agencias de cooperación (PNUD, 2004). Sin negar que las motivaciones que están detrás de la integración de los jóvenes a las pandillas siguen estando básicamente marcadas por el abandono en que ha sido dejada la juventud y por la falta de referentes adecuados

de socialización, en los países hispanohablantes del norte de Centroamérica, las pandillas juveniles están, hacia el 2004, más cerca de ser organizaciones criminales que de ser simples barras juveniles<sup>1</sup>.

Solo en Nicaragua y en Costa Rica, la problemática no ha alcanzado las dimensiones ni las manifestaciones de sus vecinos del norte. En Nicaragua, que es el único de esos dos países en donde se realizó el presente proyecto de estudio, las pandillas juveniles han tenido que ver más con el aumento de la percepción de inseguridad ciudadana entre los habitantes que con el aumento objetivo de los niveles de violencia social “inorgánica”, como lo llaman los académicos locales (Cuadra, 2002; Saldomando, 1999). Aunque las maras en Nicaragua mantienen también el lazo con la violencia más extrema —basta con recordar a la localmente renombrada pandilla “Los comemuertos” (Rocha, 2000)—, la estructura de las pandillas centradas en el barrio y en lo local hace que el fenómeno no se encuentre tan generalizado como en otros países, y que la violencia no parezca tan ubicua como en Honduras y El Salvador.

A mediados de la década de los noventa, las autoridades de la región no tenían cifras sobre cuántos jóvenes se encontraban enrolados en las pandillas a nivel regional. A finales de la década, cualquier estimación precisa es casi imposible por la generalización del fenómeno: cálculos conservadores ponen la cifra en alrededor de 50 mil jóvenes que están en las pandillas, con casi el 60 por ciento de ellos solo en territorio hondureño. Otros cálculos superan la cifra de los 100 000. De lo que no parece haber duda es que no existe población urbana metropolitana que no tenga en su seno a jóvenes pandilleros. Sin embargo, no

---

1. Para un excelente esquema sobre la enorme complejidad de las pandillas juveniles y la violencia, ver Concha-Eastman (2001).

todas las comunidades enfrentan la misma magnitud de la problemática: mientras que es posible encontrar lugares en donde las pandillas dominan absolutamente el territorio comunitario y en donde ni siquiera las fuerzas policiales se atreven a entrar a no ser por medio de grandes operativos, también es posible encontrar lugares en donde la presencia de pandilleros es mínima o inexistente y su dinámica no produce los mismos niveles de violencia. Esto sugiere la presencia de factores que marcan diferencias de una comunidad a otra. Y es que no todos los jóvenes centroamericanos, ni siquiera la mayoría en Honduras, forman parte de las pandillas, pero el fenómeno ha crecido tanto que significa un ingrediente significativo en la inseguridad pública centroamericana.

Por ello, es muy importante continuar con el estudio de las maras desde perspectivas innovadoras, que contribuyen a sumar más comprensión sobre el fenómeno, sobre todo en un momento en el cual los gobiernos de la región se disponen a combatirlo de manera conjunta, pero siguiendo la misma lógica de represión que han privilegiado en la atención local del tema, la cual se basa en una visión extremadamente acartonada y siniestra de la problemática. Hasta hoy, y como ya se explicaba en la “Introducción” de este tomo, las intervenciones sobre las pandillas han estado dominadas por el afán de limpiar las calles y reprimir, siguiendo las tradiciones autoritarias de imponer el orden a como dé lugar, sin importar los procedimientos o la legalidad de los mismos, y mucho menos sin atender las causas sobre la existencia de las pandillas. A pesar de que existen esfuerzos encomiables en el sector público desde la perspectiva de la prevención, como por ejemplo, los programas de Organización y Liderazgo Vecinal o de Infraestructura Social para la Prevención, del Consejo Nacional de Seguridad Pública de El Salvador<sup>2</sup>, la agenda funda-

---

2. Ver: <http://www.cnsp.gob.sv/black/inicio.html>

mental de los gobiernos centroamericanos en la lucha contra las pandillas ha tenido un fuerte enfoque represivo, el cual ha sido muy útil para mejorar la imagen política de las administraciones gubernamentales (CIDAI, 2003).

Estudiar los entornos comunitarios en los cuales germinan y se reproducen las pandillas implica partir del supuesto de que las y los jóvenes pandilleros no son seres predestinados al crimen, el narcotráfico y la maldad; sino que son personas que, por diversas circunstancias, no contaron con los recursos ni las atenciones sociales necesarias para que sus vidas se orientaran por las vías productivas y de desarrollo para ellos mismos y su comunidad. Investigar sobre el capital social implica revalorar los factores microsociales en la socialización y la construcción de identidad de los jóvenes centroamericanos. Volver la vista sobre el capital social en su relación con el fenómeno de las pandillas implica considerar los factores que son susceptibles de prevención.

## *2. Un recordatorio sobre la metodología utilizada*

Es en este marco en el cual se ha ubicado la segunda fase del proyecto de investigación sobre maras y pandillas en América Central. En tal sentido, el recuadro teórico y metodológico ha intentado ser un poco menos flexible que el que tuteló el desarrollo de la primera fase. Por el lado teórico se escogió el encuadre del capital social, porque el mismo permite enfatizar los elementos del contexto microsocial que usualmente se dan por supuestos o que son pasados por alto en la comprensión del problema de las maras. Además, porque cualquier hallazgo dentro de este ámbito recoge un potencial de intervención que es difícil encontrar en los estudios sobre el impacto de las variables macroeconómicas y en los estudios sobre los determinantes psicológicos y personales de las y los jóvenes que se

integran a las maras. Por el lado metodológico, se eligió seguir una aproximación cuantitativa, basada en encuestas de opinión pública aplicadas a los habitantes de comunidades, porque éstas permitirían establecer un mayor grado de comparación de los resultados, lo cual haría posible identificar de forma más sistemática los factores comunes al fenómeno en diversos entornos de la región.

Con todo, lo anterior no significa que los equipos no tuvieron la libertad para poner énfasis particulares en la recolección de información o para seguir una determinada propuesta analítica. De hecho, una revisión de los capítulos anteriores muestra que ningún equipo local se limitó a formular las mismas preguntas ni tampoco todos siguieron el mismo curso de análisis. Esas diferencias enriquecieron los estudios locales porque permitieron abrir discusiones sobre otras variables que no necesariamente fueron visualizadas por todos los equipos. Así, por ejemplo, el grupo hondureño introdujo el tema de las migraciones como una consideración fundamental a la hora de explicar la debilidad de las redes locales de las zonas empobrecidas de la ciudad El Progreso. Los colegas nicaragüenses, por su parte, reforzaron la recopilación de opiniones sobre las pandillas dentro del Reparto Schick.

Bajo esta dinámica, se realizaron más de 3 mil entrevistas a diversos ciudadanos centroamericanos (guatemaltecos, salvadoreños, hondureños y nicaragüenses) que viven en comunidades más o menos afectadas por las pandillas. En El Salvador, se optó por una metodología que permitiera comparar tres municipios distintos que se encuentran en los alrededores del área metropolitana de San Salvador y que se diferenciaban en función de los niveles de afectación de violencia y de pandillas juveniles. En tal sentido, el análisis que se desarrolla en el Capítulo 2 de este volumen sigue un análisis comparativo que posibilitó la identificación de las variables socioeconómicas, del en-

torno y del capital social que se hallan asociadas a la presencia de pandillas o maras dentro de las comunidades que conforman cada uno de los municipios.

En Guatemala, por su parte, las dificultades para poder encontrar dos asentamientos comparables que se diferenciaron en cuanto a la existencia de pandilleros en su seno, obligó a que el analista del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Rafael Landívar se decidiera por abordar el asentamiento conformado por las comunidades marginales de La Candelaria y El Limón, en el interior de la ciudad de Guatemala. Para poder mantener cierto grado de comparación, el análisis se basó en un balance de los indicadores de capital social en función de si los pobladores mantenían o no relación con los pandilleros, asumiendo que las personas que tratan más con los mareros representarían más a las personas que conforman las redes en donde los pandilleros se desarrollan, en contraposición con aquellas personas que no tienen relación con los pandilleros. El análisis guatemalteco permitió también visualizar las diferencias que puede producir la presencia de cierta infraestructura comunitaria.

En Honduras, el trabajo se concentró en la ciudad de El Progreso, la cual se dividió en dos sectores: uno llamado “universo blanco”, que contemplaba todos los barrios, colonias y asentamientos en donde la actividad de las pandillas era —o es— mínima; y otro llamado “universo rojo”, caracterizado fundamentalmente por una fuerte presencia y accionar de las pandillas. En el Capítulo 4, el grupo de investigadores del Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación, en Honduras, se dedicó no solo a estudiar las variables del capital social y su impacto sobre la presencia de las pandillas, sino también a examinar otras variables sociológicas y socioeconómicas que permitieron medir la interacción de ese tipo de condiciones con el capital social.

Finalmente, la encuesta en Nicaragua se realizó en su totalidad en el mismo lugar en donde se desarrolló la primera fase de investigación del proyecto: en el Reparto Schick. Este constituye un enorme asentamiento conformado por más de 5 mil familias que viven en condición de marginalidad y pobreza. El equipo nicaragüense planteó el estudio con el propósito de comparar los resultados de las encuestas que fueron hechas a hogares que albergan pandilleros con los resultados de las entrevistas realizadas a hogares en los que no hay pandilleros. Una particularidad del trabajo nicaragüense es que el mismo prefirió no explorar mucho sobre las variables del capital social como tales, probablemente por la dificultad de comparación con otro entorno. No obstante, en su lugar, concentró mucho sus esfuerzos en recoger las opiniones de la comunidad sobre los pandilleros y sobre el fenómeno de las pandillas. Eso permitió brindar un marco discursivo bajo el cual ha sido posible comprender lo que representan las pandillas para los pobladores que fueron entrevistados dentro del estudio.

A continuación se resumen los hallazgos de este proyecto de investigación regional. En primer lugar, se pasa revista a las conclusiones de cada uno de los análisis locales y se enfatizan los resultados más interesantes para la comprensión y atención del fenómeno de las pandillas en la región. En segundo lugar, se hace un ejercicio independiente de análisis sobre los datos integrados de Guatemala, El Salvador y Honduras, los cuales básicamente mantuvieron la misma estructura del cuestionario que fue aplicado en cada una de las comunidades. Este análisis busca identificar las condiciones y variables del capital social que, independientemente de la situación de cada país, ayudan a anticipar la presencia de las pandillas y que puede contribuir a determinar qué condiciones son importantes controlar e intervenir para atender el fenómeno de las maras a nivel regional. En esa línea, este capítulo cierra con unas breves reflexiones sobre las implicaciones de los resulta-

dos del estudio para la definición de estrategias y políticas de prevención.

### *3. Resultados locales del estudio*

Existen dos elementos comunes en el entorno que rodea a las pandilleras y los pandilleros en todos los países estudiados. El primero es que los barrios y las comunidades en donde florecen y se desarrollan los mareros son, por lo general, comunidades con fuertes niveles de precariedad socioeconómica. Y el segundo es que en todos los barrios en donde hay maras existe, o al menos se percibe, mucha violencia criminal, pero también social.

En el primer caso, sin embargo, no quiere decir que existe una relación directa y obvia entre la pobreza y la presencia de pandillas. Hay que recordar que los lugares escogidos por los equipos de investigación de Guatemala y Nicaragua eran claramente comunidades marginales, en donde la pobreza prevalece y determina el entorno social. Por ello, cualquier análisis sobre las condiciones socioeconómicas de las comunidades en donde aparecen las maras va a dar como resultado siempre una relación con la pobreza y la miseria. Pero en Honduras y El Salvador, los equipos de investigación escogieron sitios que no necesariamente son los más pobres y los resultados no son tan uniformes. En El Salvador, por ejemplo, los investigadores encontraron que las comunidades más afectadas por las pandillas no son las que están integradas por las personas con más bajos ingresos —o “los más pobres de los pobres”—, sino que son comunidades en donde la carencia de recursos por parte de sus integrantes es más bien relativa. Se trata de barrios en los que sus habitantes tienen el desafío de generar recursos para vivir, pero que no se encuentran en la última línea de la miseria. Muchos de sus habitantes poseen cierto nivel de educación, disponen de empleo o de



un sistema de ingresos más o menos fijos, y cuentan con acceso a vivienda más o menos digna, aunque de pequeñas dimensiones. Por el contrario, en Honduras, concretamente en la ciudad de El Progreso, los resultados son otros. Las pandillas prosperan en los barrios y comunidades en donde la pobreza es más obvia y en donde la misma alcanza diversas formas de expresión: el ingreso de sus habitantes, la calidad de los servicios a los que tienen acceso y la condición de la vivienda. Así, los lugares que parecen estar más libres de pandillas, dentro de El Progreso, son aquellos en donde el acceso a los recursos y los beneficios sociales son mayores.

Sin embargo, lo que sí es semejante, tanto en Honduras como en El Salvador —y sin duda también en Nicaragua y Guatemala—, es que en los lugares en donde existen jóvenes integrados a las pandillas, la pobreza y la carencia se expresan en el descuido infraestructural de la comunidad o del barrio. Se trata, en todos los casos, de barrios o comunidades en donde el estado de las calles es pésimo y la presencia del Estado solidario es casi nula por la ausencia de escuelas, unidades de salud o delegaciones policiales. Así, probablemente más adecuado que hablar de la pobreza de las familias o las personas que integran las comunidades en donde se desarrollan los problemas de pandillas, lo más apropiado sería hablar de un entorno social o comunitario de pobreza. Sin negar que el surgimiento de pandillas, en la mayoría de comunidades en Centroamérica, se da en aquellas familias que viven en situación de precariedad, parece que el denominador más común y abarcador es el de la carencia social. Las pandillas aparecen en los barrios más abandonados por las instituciones del Estado, sea que estos estén integrados por las familias más pobres o que no. Lo cierto es que, en la mayoría de los casos, tales barrios están integrados por personas pobres. Con todo, estos resultados muestran que más que entender la pobreza como un cúmulo de varia-

bles de ingreso y de recursos de los integrantes del asentamiento, ésta debe ser entendida como el entorno de carencias sociales e infraestructurales que determinan las dinámicas de relación dentro de la comunidad. Es esa vivencia de abandono la que promovería las condiciones que facilitan la aparición de pandillas en un lugar y no en otro.

El segundo gran elemento que atraviesa todos los resultados locales es el de la violencia. Los municipios, las zonas, los barrios o las comunidades más afectadas por las pandillas juveniles son aquellas en donde la gente percibe mucha más violencia que en los lugares en donde hay poca actividad de pandillas. Esta violencia no solo se expresa como hechos comunes de criminalidad, como los asaltos, los robos y el saqueo de viviendas, sino que también —y sobre todo— se manifiesta en términos de actividad de narcotráfico (venta y consumo de drogas) y de riñas y peleas callejeras, que afectan la percepción de estabilidad y de seguridad de todo el barrio. Además, en algunas comunidades vigiladas por las pandillas suelen darse también delitos de mayor gravedad, como los asesinatos y las violaciones. Sin embargo, la presencia de este tipo de delitos parece asociada a otras condiciones y no solo a la presencia de pandillas. Por ejemplo, los resultados en Guatemala indican que, aunque en las dos comunidades estudiadas —las cuales forman parte un solo asentamiento— la presencia de maras es similar, el nivel de afectación o de percepción de la violencia más grave —y la violencia general— es mayor en la comunidad de La Candelaria que en la de El Limón.

Ahora bien, esta relación entre violencia percibida y pandillas juveniles no debe ser entendida como una relación unidireccional; es decir, no es solo que la presencia de un entorno delictivo, incluida la violencia intrafamiliar, pone las condiciones para el establecimiento de las pandillas, sino que éstas, por su parte, contribuyen significativa-

mente a la prevalencia de esos niveles percibidos de criminalidad. Una de las asociaciones que pareció más fuerte entre ambas condiciones es la que se refiere a las variables de narcoactividad. Allí donde se reporta mayor presencia de pandillas es donde la percepción sobre la venta y el consumo de drogas es más alta. Esto confirma los hallazgos de otros estudios que señalan el fuerte vínculo que se ha construido entre las pandillas y el consumo de drogas. Las comunidades violentas contribuyen a la desestructuración de los lazos colectivos, lo cual facilita la integración de las y los jóvenes miembros del barrio a las mismas pandillas que cooperan con el ambiente violento. En el fondo, se trata de una espiral viciosa en donde pandillas y violencia profundizan las condiciones de desorganización social.

Así, las carencias sociales y la percepción de violencia constituyen los factores comunes del ambiente en donde se desarrollan las pandillas. Ambos interactúan para generar un clima de abandono, exclusión y evitabilidad social, que contribuye a la desorganización comunitaria y a la debilidad de los lazos comunitarios que pueden conformar su capital social. Esas comunidades en donde inclusive el acceso es difícil por la falta de calles adecuadas, en donde los espacios públicos no existen, están en malas condiciones y están tomados por los pandilleros, favorecen la integración de las y los jóvenes a las pandillas.

Ahora bien, los estudios locales arrojaron hallazgos particulares que enriquecen el conocimiento sobre las condiciones socioeconómicas y políticas que están detrás de la aparición de las pandillas o que, al menos, contribuyen a reorientar las estrategias de investigación y de discusión sobre el problema. En El Salvador, por un lado, se encontró que la presencia de pandillas no está determinada por los mayores niveles de desigualdad —medida como las diferencias en el ingreso— que tienen los municipios en

estudio, ni por la mayor o menos pobreza directa de los hogares que conforman las comunidades afectadas por las pandillas. Por el otro, se halló que la relación que tienen los habitantes con los gobiernos municipales puede ser un factor clave para explicar por qué algunas ciudades enfrentan la vorágine de las maras, mientras que otras no. En las localidades en donde las pandillas rigen, la gente no muestra confianza en sus gobiernos municipales y éstos tienen muy poco trabajo que sea reconocido por la misma comunidad en su propio bien.

En El Salvador, también se halló que en los sectores habitacionales en donde hay pandilleros, la calidad de la vivienda —medida como el material del piso de la casa— es menor y las casas de habitación que ocupan los grupos familiares suelen ser alquiladas. Esto sugiere cierta tendencia a la movilidad de la población. De nuevo, esto remite al tema de las condiciones infraestructurales de las comunidades que enfrentan el problema de las pandillas y sugiere el hecho de que, al menos en el caso salvadoreño, la relación de los pandilleros con la pobreza no tenga tanto que ver con los niveles de ingreso, sino con las condiciones de acceso a los recursos de bienestar y desarrollo comunitario. Las comunidades en donde la mayoría de la gente debe alquilar su casa de habitación indica dos cosas: por un lado, revela la existencia de población que tiene ingresos suficientes para pagar la renta de las casas, pero que no logran ajustar para comprar la vivienda y establecerse allí. Por el otro, el fenómeno de una colectividad que debe rentar la vivienda que utiliza muestra una población potencialmente migrante, que no tiene arraigo en ese lugar y que, bajo circunstancias de necesidad, puede decidir cambiar de lugar de vivienda. Esto afecta las posibilidades de que las personas establezcan un sentido real de comunidad y erosiona las posibilidades de construcción del capital social.

En Guatemala, por otro lado, no hubo un examen de las condiciones socioeconómicas de las comunidades estudiadas, pero los datos parecen descifrar una interesante dinámica social entre los dos barrios marginales que conforman el asentamiento: uno que concentra la mayor parte de recursos y espacios públicos que existen en todo asentamiento (El Limón), y el otro, que se encuentra en mayor situación de abandono (Candelaria). En el primero, la violencia más presente es aquélla que tiene que ver con la actividad de las pandillas (uso de drogas, riñas y peleas callejeras). En el segundo, en cambio, prevalecen notablemente los delitos más graves: asesinatos, violaciones, y también la violencia intrafamiliar. El caso guatemalteco estudiado podría ser el ejemplo más adecuado de cómo las carencias de una comunidad pueden llegar a afectar el entorno circundante; en este caso, el entorno compartido con otra comunidad, de tal manera que al final resulta imposible desligar los efectos perniciosos de una sobre la otra, a pesar de los recursos con los que cuenta.

En Honduras, el modelo de análisis comparativo, llevado a cabo en la ciudad noroccidental de El Progreso, permitió identificar varias condiciones socioeconómicas que parecen jugar un papel clave en la dinámica de las maras juveniles. Los investigadores de ERIC encontraron que en las zonas que llamaron “universo rojo” (barrios con presencia de pandillas) suele haber más familias que viven en condiciones de hacinamiento que las que habitan las zonas del “universo blanco”; las viviendas tienden a ser de menor calidad —medido esto por el tipo del material del piso y las paredes de la casa—, los servicios básicos de salud para la comunidad son menos accesibles, los hogares tienen un promedio de ingresos más bajo y se registra un mayor nivel de migración externa e interna. De hecho, los datos recogidos en Honduras diferencian muy bien, en términos socioeconómicos, los sectores de El Progreso que se encuentran afectados por las pandillas de los que no.

La precariedad de las zonas afectadas por las pandillas no solo se manifiesta, en este caso, por el bajo ingreso promedio de los hogares, sino también por sus condiciones de vida expresadas en la calidad de las viviendas, el hacinamiento, la falta de servicios de salud y la transitoriedad de los arraigos, producto de la constante migración. En un entorno así, resulta difícil el establecimiento de redes sólidas que promuevan la participación y el alcance de metas comunes para todos los miembros de la comunidad.

Por otro lado, antes que comparar las condiciones sociales de las comunidades, el modelo de análisis que se llevó a cabo en Nicaragua permitió cotejar ciertas condiciones socioeconómicas entre las familias que habitan el Reparto Schick. Aquí, los resultados mostraron que no había diferencias en cuanto al ingreso de las familias que albergaban pandilleros respecto a las familias que no. En lo que sí se encontraron diferencias significativas fue en el nivel de equipamiento de electrodomésticos de los hogares. A mayor equipamiento del hogar, menos probabilidad de que la familia tuviera un miembro integrado a la pandilla dentro del Reparto Schick. Por el contrario, en los hogares que no poseían aparatos, como refrigeradora, equipo de sonido y cocina de gas, la presencia de pandilleros era más frecuente. Lo anterior sugiere, en la misma línea de los hallazgos de El Salvador, que más importante que la pobreza en el ingreso lo es la carencia de recursos. Esto remite a las estrategias de aprovisionamiento de recursos con que cuentan las familias y las comunidades. Los conglomerados más problemáticos no son los que reciben menos dinero, sino los que cuentan con menos recursos para la supervivencia. Lo anterior puede resultar contradictorio, pues el acceso a los recursos muchas veces tiene que ver con el flujo de capital y éste suele asegurar cierta provisión básica de aparatos para el hogar, por ejemplo. Lo cierto es que en condiciones de precariedad, las estrate-

gias para obtener recursos —de manera legal— pueden ser claves para lidiar con los problemas que devienen de la pobreza.

Otro hallazgo del trabajo nicaragüense es que las familias que tienen más tiempo de vivir en la comunidad suelen reportar con más frecuencia la presencia de pandilleros entre sus miembros, en comparación con las familias que tienen menos años de vivir en el asentamiento. Este resultado puede sonar contradictorio con las conclusiones sobre el efecto de la migración que arrojó el estudio hondureño. Pero en este caso y tal como lo interpreta el equipo local, las diferencias podrían deberse más a las dinámicas generacionales de los hogares que a los efectos de la migración y de la inestabilidad residencial. En el Reparto Schick, los hogares con más años de establecimiento en la comunidad suelen tener también familias con mayor número de miembros en edad para integrarse en las pandillas que aquellas familias recién formadas y establecidas. Además, habría que considerar que el efecto de la migración es distinto para las familias que para la comunidad. La migración afecta la posibilidad de que grupos familiares establezcan lazos de cooperación con otros grupos dentro de la comunidad, pero a menos de que la migración implique la separación de los integrantes del grupo familiar, ésta afecta en menor medida la posibilidad de que los lazos intrafamiliares se debiliten y crean las condiciones para la afiliación en las pandillas de uno de sus miembros.

Finalmente, el hacinamiento probó ser un predictor importante de la presencia de pandilleros dentro de las familias, en la comunidad marginal estudiada en Nicaragua. Los hogares con índices más elevados de hacinamiento son los que, con más frecuencia, suelen albergar en su seno a jóvenes mareros, en comparación con el resto de hogares. Así, este resultado de la investigación nicaragüense estaría a tono con los hallazgos de la contraparte hondureña, en

donde el hacinamiento se constituyó también en una variable fundamental.

En resumen, los hallazgos de los estudios locales sobre las variables socioeconómicas que intervienen sobre el apareamiento y el desarrollo de las pandillas apuntan hacia la importancia que tiene el acceso a los recursos y a ciertas fuentes de bienestar, como factores preventivos para la aparición de las pandillas juveniles. De diversas formas y a distintos niveles parece que las comunidades y las familias que tienen cierta dotación de recursos, ya sea por sus propias estrategias de supervivencia como por la asistencia de instituciones o la provisión de servicios públicos, suelen prevenir mejor el apareamiento o la formación de las pandillas juveniles. Tener una vivienda relativamente digna, contar con los servicios básicos en la comunidad, establecerse de manera más o menos permanente en un lugar y contar con un gobierno local eficiente que pueda canalizar los recursos para apoyar a las comunidades más necesitadas pueden hacer una diferencia a la hora de evitar y enfrentar a las maras.

Pero todo lo anterior es solo una parte del rompecabezas social comunitario, que establece las condiciones para la formación o inhabilitación de las pandillas juveniles en los distintos contextos centroamericanos. La otra parte, y que constituye el punto medular de esta investigación, proviene del capital social, de eso que se forma a partir de las interacciones y lazos sociales, y que permite que la organización retribuya beneficios a los integrantes de un colectivo. Los resultados de las investigaciones en cada país arrojan también puntos coincidentes y diferencias, que hablan de cómo interactúan las variables en los diversos contextos centroamericanos.

Cuando se trata de las variables del capital social, existen dos condiciones que parecen encontrarse en mayor o menor medida en los resultados de los tres estudios loca-



les (Honduras, Guatemala y El Salvador), que incorporaron en las mediciones todos los indicadores necesarios de capital social. Estas son: la confianza interpersonal y la existencia de espacios de encuentro públicos —sean éstos positivos o perversos—. La confianza interpersonal, es decir, la confianza entre los miembros de la comunidad, tiene un peso muy significativo de acuerdo con los análisis estadísticos multivariados que se corrieron en Honduras y El Salvador. En ambos países, la confianza entre los habitantes de las comunidades constituye un predictor muy consistente de la presencia de pandillas. Esto significa que a mayor confianza interpersonal, la probabilidad de que dentro de la comunidad existan pandillas juveniles es menor. Puesto de modo inverso, ello significa también que en las comunidades en donde reina la desconfianza entre sus miembros, suele haber más problemas de maras<sup>3</sup>.

Lo anterior pone de relieve la extrema importancia de la confianza y la convicción que tienen los miembros de un colectivo para enfrentar problemas como el de la violencia y las pandillas. Las pandillas subsisten, por tanto, en aquellos entornos comunitarios marcados por el recelo y la desconfianza entre las personas, en donde es difícil que los ciudadanos sientan cierto nivel de seguridad de que las acciones de los demás no estarán orientadas a afectarlos negativamente o a hacerles daño. Es cierto, sin embargo, que la falta de confianza entre los ciudadanos puede ser también, en parte, un producto colateral de la presencia de las pandillas y de las acciones de los mareros: en comunidades en donde proliferan las maras, la gente puede

---

3. En Guatemala, no fue posible la comparación debido a la falta de una comunidad de referencia distinta a las incluidas en la encuesta y que no estuviera afectada por el problema de las maras. En Nicaragua, la pregunta sobre la confianza interpersonal no se incluyó en la encuesta que se aplicó en el Reparto Schick.

desconfiar de sus vecinos porque los perciben afines al desorden provocado por las pandillas; pero también pueden desconfiar de los demás en la medida en que, por circunstancias particulares, ellos mismos se vean en la obligación de tener que ser cómplices del accionar de las maras. En todo caso, la relación entre la desconfianza interpersonal y la presencia de las pandillas no puede ser soslayada en la comprensión de las condiciones que hacen que unos barrios estén más libres de maras que otros.

La otra condición que parece desempeñar un papel importante en las condiciones que generan o que inhiben la presencia de pandilleros dentro de la comunidad es la disposición de espacios de encuentro público. Y esto puede ser para bien o para mal. Como ya se explicó en los capítulos anteriores, la investigación midió el acceso de los ciudadanos a espacios públicos de encuentro. Estos lugares podían tener un carácter “positivo”, en la medida en que facilitan la interacción “sana” entre las personas —al menos en principio— y brindan oportunidades de esparcimiento más o menos compartido a los miembros de una comunidad, como las casas comunales y los parques abiertos. No obstante, también podían tener un carácter negativo, en la medida en que promueven comportamientos que podrían ser contraproducentes para los miembros de la comunidad: por ejemplo, cantinas, prostíbulos y casas de juego. Los resultados del estudio salvadoreño mostraron que la presencia de tales espacios, tanto los positivos como los negativos —o “perversos”—, hace una diferencia a la hora de identificar comunidades plagadas de pandilleros y comunidades que no. Dentro de los municipios estudiados en el caso salvadoreño, las comunidades que cuentan con casas comunales, canchas de juego, parques e iglesias, suelen ser barrios más pacíficos y menos afectados por la actividad de las maras. En cambio, las comunidades en las cuales existen muy pocos de estos sitios y que, además, se encuentran llenos de cantinas y prostíbulos suelen

estar infestados de jóvenes pandilleros y de la inseguridad generada por ellos.

En Honduras, un resultado parecido fue obtenido a partir de los análisis estadísticos, pero allí solamente la condición de los espacios públicos “perversos” fue importante para diferenciar la presencia de las pandillas. En El Progreso, en los barrios donde hay más bares, centros de disipación y salones suele haber también, y según los datos, más jóvenes integrados a las pandillas. En cambio, en las comunidades donde hay menos lugares de este tipo, el problema de las maras es significativamente menor. Un resultado particularmente interesante en el estudio hondureño es que los investigadores encontraron que las iglesias, tanto las de fe católica como las de fe protestante de tipo pentecostal, suelen ser predictores de la presencia de pandillas; es decir, que en las comunidades que están más afectadas por la presencia de las maras también hay más templos e iglesias en donde se celebran los ritos religiosos. Una de las posibles interpretaciones de este fenómeno tiene que ver con el esfuerzo de penetración de muchas congregaciones religiosas, especialmente las llamadas evangélicas, en las comunidades más pobres y marginadas como parte de un intento sistemático por llevar esperanza precisamente a tales asentamientos. En tal sentido, la interpretación más adecuada de este fenómeno no es que donde hay más iglesias florecen más las pandillas, sino que, en sentido inverso, en las comunidades en donde hay más problemas de pandillas se suelen instalar más centros de culto religioso como parte de la estrategia de dar aliento espiritual a las comunidades que son vistas como más necesitadas, al tiempo que se conquistan más adhesiones para la congregación religiosa.

En Guatemala, se encontró que el efecto de los espacios de interacción comunitaria no tiene que ver tanto con la presencia o no de las pandillas (dado que no era posible separar las condiciones), sino con los niveles de vio-

lencia observada dentro de las comunidades. En otras palabras y como consigna el Capítulo 3, en los lugares en donde los habitantes no logran identificar sitios de encuentro público (casas comunales y parques), en esos mismos sitios suele haber una fuerte percepción de violencia y de actividad criminal. Esto sugiere que los espacios públicos “positivos”, en términos generales, no solo pueden ser un factor de prevención del surgimiento de las pandillas, sino también una variable de disuasión respecto a la actividad criminal y un elemento que ayuda a mejorar la percepción de seguridad ciudadana. Pero en el contexto de dos comunidades interdependientes, como es el caso de Guatemala, lo anterior significa que el hecho de que una comunidad concentre todas las plazas para el encuentro comunitario repercute en los niveles de violencia de la comunidad vecina, la cual no cuenta con la misma infraestructura para enfrentar los desafíos de la vecindad.

Ahora bien, ¿por qué el tema de los espacios públicos de encuentro se ha considerado acá como un elemento integrante del capital social y se le ha considerado tan importante? Bueno, porque es un indicador insustituible para medir la capacidad del barrio para interactuar y formar redes de participación y apoyo, que permiten que la comunidad logre sus objetivos. Una interpretación parecida puede hacerse de los “espacios perversos”. La existencia numerosa de éstos, en una barriada, constituye también un indicador pero de la incapacidad de la comunidad para controlar comportamientos que pueden ser perjudiciales para el funcionamiento de la misma. La presencia de una gran cantidad de bares en una vecindad, agobiada por las carencias de los servicios sociales, por ejemplo, puede exacerbar los problemas de alcoholismo en los hombres de la comunidad e incrementar la probabilidad de que los mismos ejerzan violencia en contra de los suyos y los miembros de la comunidad. Los espacios de interacción comunitaria reflejan, pues, la capacidad de la comunidad para

actuar de manera conjunta y organizada, y presuponen ciertos niveles de interacción colectiva que, en ausencia de tales sitios, simplemente serían mucho menos frecuentes.

La confianza interpersonal y la presencia de espacios públicos de encuentro son, pues, las condiciones del capital social que parecen determinar más la presencia o no de las maras en algunas de las comunidades estudiadas de Centroamérica. Sin embargo, el impacto del capital social no solo se midió a través de esos indicadores, sino también a través de los niveles de participación en organizaciones comunitarias, de la percepción de apoyo social, de la confianza en las instituciones nacionales, de la tolerancia y —como contrapunto— de las actitudes que justifican o aprueban el uso de la violencia. Es en este grupo de variables o condiciones en donde los resultados locales difieren más.

En los municipios salvadoreños estudiados, solamente la percepción de apoyo social figuró como una variable predictora de la presencia de las pandillas. Esto es, en los barrios en donde la gente percibe que dispone de apoyos y de asistencia por parte de diferentes instancias, tanto del Estado como de la familia, vecinos o amigos, la presencia del fenómeno de las pandillas es menor; mientras que allí en donde la gente se siente más abandonada por el entorno social, las pandillas se desarrollan con más frecuencia. Variables como la confianza en las instituciones nacionales y la tolerancia no mostraron tener ninguna relación significativa con el fenómeno de las pandillas. Ello significa que, para los sitios estudiados, el problema de las maras existe independientemente de los niveles de credibilidad que los ciudadanos tengan en las instituciones y más allá de su tolerancia hacia la diversidad. Sin embargo, aspectos como la participación comunitaria y las actitudes de aprobación de la violencia mostraron cierta vinculación con el problema de las pandillas, en el primer caso de forma inesperada.

Los resultados de El Salvador revelan que cuando se analiza de forma individual, la variable de participación comunitaria se asocia a la presencia de pandillas en un sentido imprevisto: a mayor participación, más presencia de pandillas; o dicho de otro modo, la ausencia de pandillas en una comunidad se relaciona con la falta de participación social de sus miembros. En el Capítulo 2 se desarrolla una discusión sobre el tema, pero la explicación más plausible, en este caso, es que el efecto de la relación se da en el sentido inverso, es decir, en las comunidades estudiadas, las personas se organizan en respuesta al problema que representan las pandillas juveniles. No obstante, esta relación entre participación y presencia de pandillas desaparece en el modelo multivariado efectuado por el equipo salvadoreño, lo cual significa que los vínculos entre ambos factores se debilitan cuando se conjugan con el resto de variables del medioambiente y de capital social. Por su parte, el estudio también consignó que la presencia particular de actitudes que favorecen la violencia entre las personas que viven en la comunidad facilita o predispone la aparición de las pandillas. Sin embargo, cuando esta variable se integra al análisis multivariable, sus efectos desaparecen, lo cual sugiere que, en la práctica, hay otras variables más importantes en la determinación del fenómeno de las pandillas.

En Guatemala, un análisis independiente realizado sobre la base de datos de la encuesta, realizada en ese país, indica que del resto de variables de capital social incluidas en el estudio local, solo en las condiciones de participación comunitaria y de actitudes hacia la violencia puede encontrarse relación con el fenómeno de las pandillas. Y en este caso, ambas vinculaciones se dan en la dirección opuesta a la prevista. Al igual que en el caso de El Salvador, en las comunidades de El Limón y La Candelaria, de la ciudad de Guatemala, la participación comunitaria aparece más como respuesta al fenómeno de las maras que como un recurso de prevención para la aparición de éstas.

Conductas como la de asistir a reuniones comunitarias, participar en los grupos de la iglesia y ser parte de asociaciones gremiales, políticas y sindicales son más frecuentes en los entornos en donde dominan las pandillas. Por otro lado, cuando se trata de las actitudes de aprobación del uso de la violencia, elemento que, según la teoría, debería predominar en las comunidades atascadas de maras, los resultados de Guatemala muestran, de forma estadísticamente significativa, que los entornos comunitarios en donde prevalecen las actitudes de justificación de la violencia suelen ser los entornos menos afectados por las pandillas; mientras que en donde hay maras, la gente comparativamente suele aprobar menos la violencia.

No parecen haber explicaciones fáciles para este fenómeno de las comunidades guatemaltecas. Una razón de que las actitudes favorables hacia la violencia se presenten no en donde hay más maras y violencia, sino en donde el entorno es más pacífico, es que la gente de las comunidades afectadas por la violencia —que, por cierto, suelen estar más organizadas en este caso— tiendan menos a la justificación de conductas de agresión como producto de una respuesta de rechazo a la violencia que rodea su propio entorno. Las personas que viven en comunidades violentas no solo pueden ser victimarios, también y sobre todo pueden ser víctimas porque la violencia y la anarquía no es siempre producida por todos, sino por unos pocos, quienes victimizan a la comunidad de su alrededor. En tales condiciones, mucha gente que vive en los lugares afectados por las pandillas tendría más bien una actitud de rechazo al uso de la violencia. Sin embargo y dada la ausencia de mayor información, esta sería más bien una especulación sobre este fenómeno sorprendente.

Los resultados de la ciudad hondureña de El Progreso revelan, por su parte, que las pandillas florecen en aquellas comunidades en donde existe una fuerte confianza pú-

blica hacia las iglesias evangélicas y en donde la gente no participa en las reuniones organizadas por las iglesias locales. Tales hallazgos sugieren el fuerte peso que tiene la actividad religiosa en relación con las pandillas juveniles. Más que mostrar que la credibilidad en los cultos protestantes pentecostales lleva al fenómeno de las maras, la confianza en las iglesias evangélicas en las comunidades atestadas de maras indicaría el esfuerzo de tales congregaciones por penetrar en los lugares más atribulados con tal de ganar adeptos y divulgar su fe. Esto tiene que ver también con los hallazgos de este mismo estudio de que las pandillas aparecían más en las comunidades en donde se encuentran templos o iglesias. Así, la confianza en la Iglesia evangélica tendría que ver más con la fuerte presencia de ésta en los barrios con más problemas por las pandillas, que con una condición que lleva a la aparecimiento de aquellas. Pero, por otro lado, lo que sí puede constituirse en un recurso preventivo del desarrollo de las maras es la participación de los habitantes en los comités parroquiales o de la congregación. Según el estudio hondureño, en la medida en que la gente participa más de ese tipo de grupos, en esa medida la presencia de pandillas dentro del barrio es menor. Por el contrario, los barrios más afectados por las maras son aquellos en donde la gente participa menos de las actividades organizadas por la iglesia, aun cuando muestre mucha confianza en el trabajo de ella, sobre todo el de la evangélica.

Además, la investigación en El Progreso identificó otras variables que al principio aparecieron asociadas con la presencia de pandillas, pero luego, en el análisis multivariado, se desecharon por el efecto de variables más determinantes. Por un lado, se halló que en los lugares en donde los habitantes asisten y participan de las reuniones escolares y de padres de familia, en esos lugares la incidencia de las pandillas es menor en comparación en donde la gente no suele participar en esas reuniones. Ello



refuerza las hipótesis establecidas de que la participación comunitaria, en este caso manifestada a través de los comités escolares, puede ser un elemento disuasivo de la aparición de maras. Por el otro, se encontró que, en la misma línea que se refiere a la confianza en la Iglesia evangélica, la confianza pública hacia las organizaciones de derechos humanos es mayor precisamente donde se enfrenta el problema de las maras juveniles. Esto se debe probablemente a que este tipo de organizaciones concentran su trabajo en las comunidades más desamparadas, las cuales, por lo que se ha visto, enfrentan la problemática de las pandillas. Sin embargo, en el análisis general integrado, el peso de estas variables pasó a un segundo plano.

Finalmente, en Nicaragua, los hallazgos sobre las condiciones de capital social fueron un poco más limitados, dada la orientación que el equipo local dio a la encuesta, aunque los residentes de la comunidad ofrecieron una amplia gama de opiniones sobre los jóvenes pandilleros. Hay dos cosas que resaltan de la investigación llevada a cabo en el enorme barrio marginal estudiado. La primera es que las familias, cuyos miembros suelen participar con frecuencia en organizaciones comunitarias —léase la asociación de padres de familia, el comité de la comunidad, asociaciones gremiales, grupos juveniles y asociaciones estudiantiles—, reportan miembros integrados a las maras con menos frecuencia que las familias en donde sus integrantes no participan de la asociatividad comunitaria. Esto significa que la participación de las personas en asociaciones o redes organizacionales contribuiría a fortalecer los mecanismos familiares que impiden que uno de sus miembros se integre a las pandillas.

La segunda conclusión que resulta del estudio nicaragüense es que las opiniones que tienen los integrantes de la comunidad sobre los pandilleros suelen ser muy complejas y no hay visiones simples sobre el problema de las

maras. Aunque la mayor parte de los residentes del Reparto Schick piensan que los pandilleros son delincuentes, muy pocos están a favor de que los mismos deben ser castigados. De la misma forma, la mayoría de los vecinos creen que las pandillas se forman para defenderse de otros jóvenes, pero al mismo tiempo más de la mitad de los consultados considera que los mareros son jóvenes que no recibieron buena educación, que no han tenido oportunidades de trabajo y de desarrollo y que han sido abandonados por sus padres. En esta línea, el equipo de Nicaragua encontró que existen diferencias importantes a la hora de entender el problema de las pandillas, en función de si el hogar tiene jóvenes que sean mareros o no. Por ejemplo, entre las familias que no tienen integrantes pandilleros, la opinión de que éstos son delincuentes suele ser más alta que entre quienes tienen miembros de una pandilla. Ahora bien, entre las familias con jóvenes mareros también prevalece mucho más la creencia de que las pandillas defienden el barrio, que entre los hogares sin vínculos sanguíneos con los pandilleros. Otra diferencia importante en cuanto a las opiniones sobre los pandilleros es que las personas emparentadas con pandilleros suelen atribuir con más frecuencia la integración de los mismos a la falta de una buena educación y suelen apuntar con más insistencia que los mareros son jóvenes que han sido abandonados por sus padres.

Estos resultados sugieren que la forma de entender y, probablemente, enfrentar el fenómeno de las pandillas dentro del hogar es muy diferente, en virtud de si se comparte la vida con un marero o no. Las opiniones más comunes de los familiares de pandilleros indican que las y los jóvenes suelen ser vistos de forma menos severa y más comprensiva respecto a las posibles causas de la integración a las pandillas, aun cuando esto implique cierto nivel de autocrítica respecto al propio papel. Pero no solo eso, las opiniones de los emparentados con los pandilleros suelen verlos más complacientemente al decir que ellos defien-

den al barrio o que las pandillas tienen aspectos positivos. Esto lleva a pensar que la integración de las y los jóvenes a las maras no solo tiene que ver con la dinámica del hogar, sino también con la forma en que las familias elaboran y justifican la actividad de sus jóvenes en las pandillas.

Todo lo anterior constituye la diversidad de hallazgos de los estudios locales que se presentan en este tomo. Como puede verse, la relación entre capital social y la existencia de pandillas no es siempre la misma y varía en función de los entornos comunitarios y sociales, y de las estrategias de recolección de datos y de análisis escogidas para examinarla. Por ello, en un ejercicio todavía más integrador, en el siguiente apartado se efectúa un breve análisis integrado de los datos de cada uno de los países participantes, a excepción de Nicaragua, y se usan las variables, tanto de capital social como de información sociodemográfica, que son exactamente comparables. Esto con el propósito de verificar si existe algún modelo básico de interacción entre el capital social y las pandillas que se repita en todos los países.

#### *4. Análisis regional de los datos*

En este apartado se desarrolla un análisis integrado independiente de los datos que corresponden a las encuestas de Guatemala, El Salvador y Honduras. Nicaragua no pudo ser incluido en el examen porque su encuesta difería significativamente de los protocolos del resto de países y no incluía la mayor parte de indicadores que recogen las variables del capital social. Para llevar a cabo el análisis, se construyó una base de datos sobre la información recolectada en los tres países participantes. La base contiene todos los resultados de las preguntas que se hicieron idénticamente en los tres países referidos y deja por fuera cualquier pregunta que no fue incluida en los tres estudios

locales. De tal manera que no todas las preguntas pudieron ser incluidas en la base regional, pero eso no impidió que la misma se conformara con el grupo más importante de indicadores sobre capital social y la mayoría de indicadores generales sobre la situación sociodemográfica de los entrevistados.

Así, la base regional contiene los siguientes indicadores de capital social: confianza interpersonal, confianza pública en las instituciones, participación comunitaria, presencia de espacios públicos positivos, presencia de espacios "perversos", exposición a la violencia (o actividad criminal observada) y actitudes de aprobación de la violencia. Los datos sociodemográficos incluidos en la base son: sexo, edad, nivel educativo y religión del entrevistado; ingreso y gasto promedio mensual del hogar<sup>4</sup>; número de personas que habitan en la vivienda y número de menores de 18 años que se encuentran estudiando; condición de la vivienda, número de habitaciones que posee la misma y el estado de las calles de la comunidad. Además, se incluyeron los ítems referidos a la presencia de pandillas dentro de la comunidad y algunas preguntas sobre la relación entre los encuestados y los pandilleros (si ha tenido problemas con ellos, si ha recibido ayuda de mareros, si ha denunciado a algún pandillero, etc.).

El análisis que se realiza, por tanto, no está incluido en ninguno de los capítulos anteriores y explora un modelo común a todos los contextos centroamericanos estudiados. Aunque el examen incorpora los datos de los tres países más similares en cuanto al fenómeno de las pandillas, los

---

4. Para contar con esta variable, se hizo una conversión de las monedas utilizadas en cada país al dólar, según el cambio de divisas correspondiente a las fechas en que se hicieron las encuestas. Por ejemplo, los colones, de El Salvador, fueron divididos entre 8.75; los quetzales, de Guatemala, entre 7.6; y los lempiras, en Honduras, entre 15.

resultados del mismo no deben ser tomados como conclusiones que puedan generalizarse en toda la región. Los hallazgos solo se refieren a los contextos que fueron estudiados en cada país. El propósito general de esta sistematización, más que describir el capital social en Centroamérica, es identificar aquellos factores que, en conjunto, tienen más peso y son concurrentes para anticipar la presencia de las pandillas. El guión del análisis es sencillo y solo buscará determinar esas relaciones importantes entre las condiciones sociales y la presencia de pandillas. En primer lugar, se examina la relación particular entre algunas variables socioeconómicas y la presencia de pandillas. En segundo lugar, se hace lo mismo con las variables de capital social. Finalmente se hace un ejercicio de análisis multivariado —a través de una regresión logística— para establecer las variables más importantes para predecir la presencia de pandillas.

#### *4.1. Condiciones sociodemográficas*

Los datos revelan que en las comunidades en donde hay pandilleros, el promedio de edad, el promedio de educación de las personas entrevistadas y el promedio mensual de ingreso de los hogares es significativamente inferior que en las comunidades en donde no existe el problema de las pandillas. En los sitios en donde hay actividad de pandillas, el promedio de años de educación de la población entrevistada en los tres países es de 4.33; mientras que en los sitios en donde las maras no constituyen un problema serio, el promedio de años de estudio es de 5.41. De la misma forma, el ingreso promedio de las familias que viven en comunidades afectadas por los pandilleros es de solo 257 dólares estadounidenses; en tanto que en los lugares libres de maras, el promedio de ingreso es de 320 dólares. Lo anterior significa que en las comunidades en donde prevalecen las maras, la gente tiende a poseer menos recursos socioeconómicos.

Las diferencias no terminan allí. En esas mismas comunidades afectadas por la actividad de pandillas, los hogares suelen estar más compuestos por jóvenes en edad escolar que en el resto de barrios y suelen reportar un índice más alto de hacinamiento de las familias dentro de las viviendas que habitan. Además, los datos reportan que las comunidades marcadas por las pandillas poseen calles que suelen estar en mal estado con mayor frecuencia que las vías del resto de asentamientos o colonias<sup>5</sup>. Así, tal y como lo han venido apuntando de manera general los estudios locales, las pandillas aparecen y se desarrollan en los barrios que se encuentran en condiciones de precariedad social, en donde existe una fuerte proporción de familias conformadas por población económicamente dependiente, las cuales viven en situación de hacinamiento y de vulnerabilidad respecto a la posesión de la vivienda.

**Cuadro 6.1**  
Indicadores sociodemográficos, según presencia de pandillas  
en comunidades de Centroamérica

Indicador	¿Hay pandillas en la comunidad?	
	No	Sí
Promedio de años de estudio del entrevistado**	5.41	4.37
Promedio de ingreso mensual del hogar** (en dólares)	320.05	257.51
Promedio del número de menores de 18 años dentro del hogar que asisten a la escuela**	1.19	1.47
Promedio de número de personas por habitación dentro del hogar (hacinamiento)*	2.62	2.81
Porcentaje de entrevistados que dijo que las calles de la comunidad están en "mal estado"*	57.9	63.2

\*  $p < 0.05$

\*\*  $p < 0.001$

Fuente: Elaboración propia, según base de datos regional.

5. Las diferencias, en estos casos, no parecen ser tan grandes, pero se mantienen dentro de los rangos de significancia estadística.

Además, algunas de estas variables socioeconómicas aparecieron también asociadas a los niveles percibidos de violencia dentro de las comunidades. El bajo ingreso de los integrantes de la familia, el hacinamiento dentro del hogar, la existencia de familias numerosas en cuanto a menores en edad escolar y la percepción generalizada de vivir en una comunidad con la infraestructura en mal estado, probaron ser concomitantes con comunidades que tienen elevados índices de violencia percibida.

A pesar de que la cuestión religiosa apareció fuertemente vinculada con la presencia de pandilleros en las comunidades estudiadas en Honduras, en el análisis general los datos no indican ninguna vinculación entre afiliación religiosa y pandillas. Tampoco resultaron diferencias significativas en cuanto al número de personas que habitan una vivienda o el tamaño de la misma. Sin embargo, en términos generales, este primer ejercicio de análisis con los datos compilados confirma la importancia de las variables sociodemográficas y económicas en la configuración del problema de las pandillas.

#### *4.2. Variables del capital social*

La confianza interpersonal, la participación comunitaria, la presencia de espacios públicos positivos de encuentro<sup>6</sup>, la existencia de espacios públicos “perversos” y la percepción de violencia en la comunidad son los indicadores de capital social que se encuentran asociados al accio-

---

6. En este análisis, la variable de espacios públicos positivos se construyó utilizando solo los ítems que se refieren a casas comunales, canchas de juego abiertas y parques. Los templos e iglesias fueron excluidos porque afectaban el coeficiente de confiabilidad de la escala. En los apéndices se encuentran los coeficientes de confiabilidad de las variables escalares utilizadas en este capítulo.

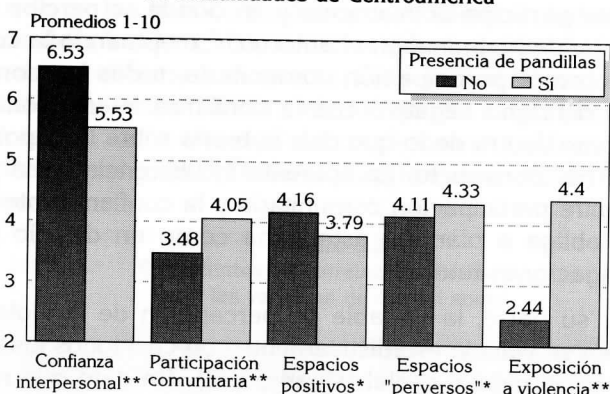
nar de las pandillas juveniles, dentro de los barrios centroamericanos estudiados. En el caso de la confianza interpersonal, los espacios públicos y la percepción de violencia, la relación se da en la dirección supuesta por las hipótesis de trabajo. Esto es, que la confianza interpersonal dentro de la comunidad inhibe la aparición de pandillas; que los espacios comunitarios positivos neutralizan la aparición de los mareros; que la presencia de bares, cantinas y burdeles (espacios públicos perversos) estimulan el apareamiento de pandilleros y de violencia; y que una comunidad percibida como muy violenta da lugar también al desarrollo de las pandillas.

Sin embargo, en el caso de la participación comunitaria, los resultados indican una asociación en sentido contrario, algo que ya había sido detectado en algunos estudios locales: allí en donde la gente suele participar en los comités de la iglesia, de la comunidad y de cualquier grupo asociativo, las personas reportan más presencia de pandillas; en cambio, en los lugares en donde se registra muy poca participación —medida en la manera establecida por esta investigación—, la actividad de las pandillas es poca. La explicación de este fenómeno —lo cual ya ha sido abordado en las páginas anteriores— tendría que ver con el hecho de que las pandillas producen la necesidad de que la gente participe y se organice como una forma de atender el problema. Así, las pandillas no serían el resultado de la falta de participación, sino que ésta sería, en parte, el resultado del fenómeno de las pandillas.

Pero volviendo al resto de variables que aparecieron asociadas a la presencia de maras, cabe destacar el peso con que aparecen la confianza interpersonal y la percepción de actividad criminal dentro de todo el grupo de variables de capital social. Ambas dividen, de forma muy significativa, a las comunidades que enfrentan la problemá-



**Figura 6.1**  
**Indicadores de capital social, según presencia de pandillas en comunidades de Centroamérica**



\*  $p < 0.05$

\*\*  $p < 0.001$

Fuente: elaboración propia según base de datos regional.

tica de las maras y las que no (Figura 6.1)<sup>7</sup>. Además, estas variables se vinculan significativamente con otros indicadores y condiciones. Por ejemplo, la confianza interpersonal se correlaciona positivamente con los espacios públicos positivos de encuentro y con la confianza en las instituciones del país. Esto significa que a mayor confianza entre la gente, mayor disposición de espacios comunitarios positivos y niveles más altos de confianza en las instituciones nacionales. Pero también se correlaciona negativamente con los espacios "perversos", con la participación comunitaria, con las actitudes de aprobación de la violencia y con la percepción de actividad criminal dentro de la

7. Todos los indicadores de capital social se expresan en escalas numéricas que van del 1 al 10, en donde 1 representa el menor nivel de manifestación de esa condición y 10 representa el mayor. Así, por ejemplo, la confianza interpersonal se mide a partir del 1, que significa nada de confianza, hasta el 10, que representa mucha confianza.

comunidad. Ello significa que la confianza entre las personas disminuye en donde abundan las cantinas, en donde la gente participa activamente y en donde se percibe mucha actividad criminal en el entorno. Exceptuando la correlación con la participación comunitaria, todas las correlaciones de signo negativo con la confianza interpersonal se enmarcan dentro de lo que dice la teoría sobre la importancia de ese constructo. La aparente incoherencia en la relación entre participación comunitaria y la confianza interpersonal obliga a plantear este tema como un desafío para investigaciones futuras.

Por su parte, la variable de percepción de la violencia también se vincula estadísticamente con casi todos los otros factores de capital social (Cuadro 6.2). Un dato que resulta interesante y que resulta lógico en función de los hallazgos anteriores es el sentido de correlación con la participación comunitaria: a mayor violencia percibida, mayor participación de los miembros de la comunidad. Ello reforzaría la hipótesis de que, en este caso, la actividad asociativa de los ciudadanos tiene que ver más con un intento por enfrentar el problema de la violencia y la descomposición generada, en parte, por las maras que con otra cosa. En cualquier caso, estos resultados muestran la complejidad de relaciones que toman lugar alrededor de las variables del capital social. Se trata de condiciones que interactúan entre sí y que, por lo general, no intervienen de manera aislada y simple.

Antes de pasar al análisis multivariable que integra todas las condiciones descritas anteriormente, es necesario apuntar que las variables de aprobación de la violencia y de confianza institucional no aparecieron relacionadas con la presencia o ausencia de pandillas en los barrios. Sin embargo, cuando se llevó a cabo un análisis individual de las preguntas sobre confianza en algunas instituciones, se encontró que la confianza en el gobierno municipal puede de-

sempañar un papel diferenciador de las comunidades en donde hay maras y donde no. En otras palabras, se trata de que en los barrios en donde la confianza ciudadana en la alcaldía local es alta, usualmente no enfrenta el problema de pandilleros y viceversa. Esto probablemente es una señal de la importancia del trabajo de la administración municipal, en la creación de condiciones que favorecen el capital social y que previenen el apareamiento de las pandillas.

**Cuadro 6.2**  
**Coefficientes de correlación (Pearson)**  
**entre las variables de capital social**

Variables	Percepción de violencia	Participación comunitaria	Espacios positivos	Espacios “perversos”	Confianza en instituciones	Aprobación de la violencia
Confianza interpersonal	-0.124*	-0.251**	0.215**	0.007	0.091**	-0.052**
Percepción de violencia		0.243*	-0.146**	0.053**	0.036	0.013
Participación comunitaria			-0.212**	-0.038*	0.033	-0.022
Espacios positivos				0.434**	0.056**	0.054**
Espacios “perversos”					0.014	0.40*
Confianza en instituciones						-0.063**

\*  $p < 0.05$

\*\*  $p < 0.01$

Fuente: elaboración propia, según base de datos regional.

### *4.3. Las variables predictoras de la existencia de maras*

Este apartado se desarrolla en torno a una regresión logística que busca identificar los factores que predicen la existencia de pandillas dentro de una comunidad. Para ello se incorporaron en el análisis multivariado todas las variables que resultaron tener alguna relación de significancia estadística con la presencia de maras en los barrios. Esto pone de relieve el carácter complejo y multifacético que tiene el entorno social que genera las condiciones para el

aparecimiento y subsistencia de las maras. Lo que hay que tener presente siempre, mientras se estudia el tema de las pandillas —así como cuando se estudia el problema de la violencia que abate a los países centroamericanos—, es que no es posible explicar el fenómeno de las maras y de la violencia juvenil atendiendo solo a un factor o a una clase de factores. Este esfuerzo ha privilegiado el estudio del capital social como condicionante para el aparecimiento o el control de las maras, pero eso no significa que se esté negando la importancia de los factores estructurales, económicos, políticos o personales. Solo se quiere enfatizar la importancia de aspectos como la confianza entre las personas de la comunidad, la gestión institucional del Estado o la presencia de procesos de desarticulación social, expresados en los niveles de violencia.

**Cuadro 6.3**  
**Regresión logística binaria: predictores de la presencia**  
**de pandillas en la comunidad**  
**Datos de Guatemala, El Salvador y Honduras**

	B	E.T.	Wald	Gl	Sig.
Sexo del entrevistado	-0.127	0.097	1.721	1	0.189
Edad del entrevistado	0.007	0.003	4.051	1	0.044
Nivel educativo del entrevistado	0.050	0.016	9.219	1	0.002
País			140.400	2	0.000
País (El Salvador)	-0.155	0.134	1.338	1	0.247
País (Guatemala)	1.714	0.156	120.142	1	0.000
Ingreso promedio del hogar	-0.000	0.000	10.392	1	0.001
Confianza interpersonal	-0.126	0.017	49.331	1	0.000
Espacios “perversos”	0.044	0.015	8.042	1	0.004
Percepción de actividad criminal	0.287	0.023	153.059	1	0.000
Confianza en la alcaldía local	-0.092	0.042	4.838	1	0.027
Constante	-0.012	0.289	0.001	1	0.965
N	2.715				
R <sup>2</sup> de Nagelkerke	0.304				
Chi-cuadrado	680.344				

Predicción = 75 %

*Fuente:* Elaboración propia según base de datos regional

En el Cuadro 6.3 se muestran los resultados de la regresión logística efectuada para identificar las variables que mejor anticipan la presencia o no del fenómeno de las pandillas. De manera resumida se puede decir que, aparte de las variables de control (sexo, edad, nivel educativo del entrevistado y país en donde se realizó la investigación<sup>8</sup>), el ingreso del hogar, la confianza interpersonal, la existencia de espacios negativos, la percepción de violencia y la confianza en la municipalidad, constituyen los predictores más importantes de la presencia de pandillas en una comunidad. ¿En qué sentido? En la medida en que dentro de una comunidad, los hogares tengan ingresos bajos (signo negativo), las personas sientan muy poca confianza en los demás (signo negativo), el asentamiento cuente con cantinas, bares y lugares similares, exista una percepción generalizada de entorno violento y criminal, y la alcaldía no genere mucha credibilidad, en esa medida en la comunidad hay más probabilidades de que aparezca el fenómeno de las pandillas. En cambio, si la comunidad tiene todas las condiciones opuestas a las anteriores: ingresos altos —o al menos no bajos—, mucha confianza entre sus vecinos, pocos espacios “perversos”, ausencia de actividad criminal percibida y mucha confianza en la administración municipal, tiene menos probabilidades de que se vea afectada por el surgimiento de las maras. Lo anterior es cierto para todos los países del norte de Centroamérica, de los cuales se desprenden los datos.

Todo esto quiere decir que, tal y como ya lo venían apuntando los estudios locales, la confianza entre las personas que habitan un vecindario constituye un factor importantísimo en las condiciones sociales que evitan la aparición de los mareros en los distintos contextos centro-

---

8. Honduras no aparece en el Cuadro 6.3 porque constituyó el indicador de comparación de los otros dos países, pero los resultados incluyen sus datos.

americanos. De la misma forma, la percepción de orden, tranquilidad y seguridad dentro de la comunidad desempeña un papel clave en tales condiciones, que evita la desorganización social que engendra las pandillas. Los resultados señalan también que la ausencia de lugares de “vicio” constituye una condición favorable para que en las colonias o barrios no se genere el problema de las pandillas. Pero un dato que resulta muy interesante es ése que señala el valor que tiene la credibilidad en el gobierno local. Esto remite a la relación fundamental entre ciudadanos y administración pública local, y tiene grandes implicaciones para el desarrollo de las políticas de descentralización. Las cifras indican que no son las grandes corporaciones estatales las que desempeñan el papel más importante en la prevención de las maras: no es la policía, la presidencia o el sistema de justicia los que evitarán la presencia de maras. Es, más bien y a juzgar por los resultados, el trabajo del gobierno municipal el que tiene aparentemente más impacto en las condiciones preventivas. Y es que la labor municipal afecta la forma en cómo los vecinos se relacionan entre sí, porque, por lo general, estimula la interacción entre los mismos, y también afecta la dotación de recursos comunitarios positivos y el control de los negativos. No es casualidad que en los países centroamericanos estudiados, las municipalidades sean las encargadas de controlar y supervisar el establecimiento de bares, cantinas, salones de azar y prostíbulos. Una administración eficiente probablemente tendrá más control de que tales sitios no dominen la dinámica comunitaria y no sobrepasen con mucha frecuencia las convenciones de armonía y convivencia ciudadana.

La confianza interpersonal crea el clima preciso para que los habitantes de los barrios o los miembros de una colectividad puedan interactuar entre sí bajo ciertos términos de reciprocidad, respeto y obligatoriedad. Eso hace más posible la consecución de metas conjuntas y la disposición y previsión del grupo para enfrentar los desafíos planteados

por problemas como la inseguridad y el comportamiento antisocial de algunos de sus miembros. En las sociedades y comunidades en donde reina la confianza interpersonal, las personas tienen a su disposición más recursos de apoyo para evitar y enfrentar los problemas que en los lugares en donde la desconfianza ha separado y confinado a sus miembros unos de otros. En ellos, los problemas no solo afectan a los integrantes de la comunidad por separado, sino también deterioran el orden y la armonía de todos los miembros de la comunidad. Por ello, en los sitios en donde predomina la desconfianza en los demás y en donde muy poca gente está dispuesta a comprometerse voluntariamente con las personas, de quienes duda, las y los jóvenes que se encuentran en problemas o que son atraídos por la violencia y las drogas cuentan con muy pocos disuasivos comunitarios para hacerlo. Marcados muchas veces por la indiferencia y la agresión dentro del hogar, las y los jóvenes se integran a las pandillas porque la comunidad no es capaz de ofrecerles alternativas al abandono y la sospecha.

Esto se mezcla con el caos y la inseguridad generada por percepciones más o menos generalizadas de un entorno hostil en donde prevalece la violencia. No es casualidad que los lugares en donde más florecen las pandillas son aquellos en donde la gente tiene una percepción intensa de criminalidad e inseguridad. Pero esto no es solo porque las pandillas puedan contribuir en cierta forma a ese ambiente de inseguridad, sino también porque las maras logran desarrollarse mejor en donde el uso de la violencia y la inseguridad paga muy bien los comportamientos de algunas personas. Las pandillas aparecen no solo en los barrios en donde los niveles de delincuencia son altos, sino también cuando los hogares enfrentan situaciones de violencia y maltrato en su seno. En tales comunidades, el miedo generado por el crimen evita que los ciudadanos se involucren en las actividades públicas, se comprometan con los demás y se dispongan a enfrentar los problemas. No es, pues, extraño

que en estas comunidades reine la desconfianza, escaseen los espacios públicos positivos de encuentro y abunden los sitios de capital social “perverso”.

Ahora bien, no todas las variables estudiadas de capital social resultaron ser factores determinantes en la configuración común del fenómeno de las pandillas en las comunidades centroamericanas. A pesar de que, en el ámbito regional, aspectos como la participación comunitaria y la existencia de espacios públicos positivos mostraban una vinculación con la presencia o ausencia de pandillas —en algunos casos de forma intrigante—, el papel o el efecto de estas variables quedó neutralizado en la interacción con otras. Por ejemplo, la significancia de la participación comunitaria quedó anulada con la incorporación dentro del modelo de la variable “país”, la cual controlaba los efectos particulares de cada contexto del estudio. Así, la relación entre participación y pandillas puede haber existido solo dentro de un contexto particular, pero no en todos. Sin embargo, eso no quiere decir que tales condiciones, así como también otras que no resultaron vinculadas a ningún nivel (local o regional), sean intrascendentes. Sin que ello sea contradictorio con los hallazgos de este análisis, es imposible negar el valor de aspectos como la participación ciudadana, los espacios de encuentro, la confianza en las instituciones o las actitudes que aprueban el uso de la violencia. De hecho, como se ha visto en las páginas anteriores, varias de ellas resultaron ser condiciones importantes en los resultados por país.

Más bien, lo que quieren decir esos resultados es que, en términos regionales, ciertas variables no tienen el mismo peso que otras. La importancia de las condiciones que resultaron significativas utilizando la base de datos y el modelo regional es que tales condiciones constituyen factores explicativos de las pandillas, tanto en las comunidades estudiadas de Guatemala como en las de Honduras o



El Salvador, y ello permite visualizar los patrones comunes del surgimiento y desarrollo de las maras en Centroamérica.

Para finalizar, una variable que resultó importante en el ejercicio estadístico y que no debe ser soslayada, a pesar de que no forma parte del grupo de elementos del capital social, es la que se refiere a la capacidad económica de los hogares. Esto es el ingreso. Un factor común para todos los países incluidos en este ejercicio es que las maras se reproducen cuando las entradas financieras de las familias son bajas y en donde, en consecuencia, se vive en condiciones de vulnerabilidad económica. La pobreza o la carestía comprenden el marco general estructural bajo el cual pueden aparecer los pandilleros. Ya en los apartados anteriores se veía que esto podía combinarse con otras condiciones del medio ambiente y generar abandono y marginación, pero la presencia de la variable ingreso económico del hogar, dentro del modelo explicativo de los países del norte de la región, devuelve la importancia a la pobreza como factor predisponente para las problemáticas juveniles.

### *5. Reflexiones finales e implicaciones políticas*

Todo este trabajo ha partido del supuesto de que las pandillas juveniles en Centroamérica son un problema, y uno particularmente grave. Más allá de la discusión de si este tipo de grupos en algún momento constituyeron un tipo de asociación inofensiva o de si las causas fundamentales tienen que ver más con las condiciones de exclusión y abandono social en que se encuentran las y los jóvenes, lo cierto es que las maras en Centroamérica constituyen un desafío muy grande para la estabilidad, la seguridad y el bienestar de los ciudadanos y de los mismos jóvenes. En los lugares que están plagados de mareros, los ciudadanos señalaron reiteradamente que las pandillas son un

problema, inclusive en aquellas vecindades en donde los pandilleros son reconocidos como parte de los hogares de la comunidad. Pero este trabajo parte del supuesto también de que ese problema es fundamentalmente el producto de unas condiciones medioambientales y sociales, y no es, de manera alguna, el resultado de condiciones genéticas o psicológicas de la personalidad de los mareros. Aun a pesar del ejercicio más brutal de violencia de la que son capaces en varios lugares de Centroamérica, las y los jóvenes que están integrados a las maras son esencialmente personas que han sido obligadas a sobrevivir de la violencia a causa de la falta de oportunidades; son producto de la victimización de la que fueron objetos desde pequeños, y de la indiferencia social y política.

En tal sentido, cualquier abordaje sobre la problemática de las maras en Centroamérica debe comenzar por reconocer que el entorno inmediato de las y los jóvenes constituye un área de intervención particularmente válida y urgente, por encima de las concepciones e intervenciones que criminalizan y personifican el fenómeno sin atender al contexto. Este trabajo ha intentado señalar la importancia de esos factores del entorno que se encuentran más inmediatos al fenómeno de las pandillas y, en ese sentido, ha implicado estudiar las condiciones sociales de las comunidades en donde proliferan las maras. Este no ha sido una investigación sobre las pandillas, es un estudio cuantitativo sobre las condiciones comunitarias que rodean a las pandillas. Para ello se ha partido de las conclusiones que dejó el primer tomo de esta serie, pero las conclusiones no se refieren de nuevo a las pandillas, sino que se refiere al estado del capital social que permite la reproducción del fenómeno de las maras.

A juzgar por los resultados de esta investigación, las condiciones microsociales claves para comprender el surgimiento de las pandillas tienen que ver, en primer lugar,

con la pobreza, las carencias y el abandono socioeconómico en que se encuentran los barrios en donde aparecen las pandillas. En segundo lugar, tienen que ver con la notable ausencia de confianza entre las personas que conforman una vecindad. En tercer lugar, entre los fuertes factores predisponentes de las maras está la percepción de un entorno inmediato violento y fundamentalmente inseguro para los habitantes. En cuarto lugar, tienen que ver con la existencia más o menos frecuente de sitios “perversos” de interacción social, esto es, cantinas, centros de juego de azar y prostíbulos. Y, finalmente, tiene que ver con la pobre relación que mantienen los ciudadanos con las autoridades del gobierno local.

En el fondo, todos estos factores interactúan entre sí —junto con muchos otros más— para generar el contexto que facilita la integración, la actividad y el desarrollo de las maras. Los aspectos enumerados arriba constituyen los más comunes y los que se encuentran presentes en todos los asentamientos centroamericanos estudiados en esta investigación. No obstante, la verdad es que las condiciones comunitarias que facilitan las pandillas juveniles van mucho más allá de aquellas. En ciertos sitios, la disposición de espacios comunitarios abiertos, como las casas comunales y las canchas de juego para los jóvenes, hacen una diferencia para limitar el desarrollo de las maras. En otros sitios, la presencia de iglesias y la participación en organizaciones religiosas pueden también desempeñar un papel disuasivo en cuanto al problema de las pandillas. En otras comunidades marginales se logró identificar el peso que tiene la migración, tanto interna como externa, para debilitar los lazos comunitarios y permitir el surgimiento de pandillas. En otra comunidad, la falta de migración, por el contrario, es un factor predisponente de pandillas, porque hace que la población joven de la comunidad crezca y aumente el número de candidatos para convertirse en mareros. El estado de la infraestructura de la comunidad apareció tam-

bién como otro factor que favorece el apareamiento de las pandillas, en la medida en que constituye un indicador del abandono institucional en el que se encuentra el barrio.

Así, lo que hace que una comunidad enfrente mejor el problema de las pandillas más que otras es la complejidad de la interacción de los factores estructurales e infraestructurales con los factores del capital social. No basta que una comunidad sea pobre para pensar que la misma se convertirá en un semillero de maras, como tampoco basta con que en la comunidad haya muy poca confianza entre sus miembros. Se trata de cómo la pobreza y el abandono institucional se entrecruzan con la falta de promoción e instalación de lugares de encuentro comunitarios, con la falta de control hacia los lugares que generan vicio y violencia, con la ausencia de mecanismos de participación que vayan más allá de la simple reacción temporal hacia los problemas, con la falta de solidaridad y confianza producto, en parte, del miedo y la inseguridad generada por la violencia anterior a las pandillas, entre otras cosas.

Las comunidades afectadas por las pandillas son fundamentalmente barrios desarticulados, desorganizados, abandonados y empobrecidos. Son lugares en donde sus habitantes se sienten y están marginados de los beneficios producidos por la sociedad; son lugares en donde sus jóvenes han tenido que crecer en situación de precariedad, de falta de oportunidades y de un entorno hostil y violento. Son lugares en donde la confianza en el vecino ha sido destruida por la incapacidad de resolver la infinidad de conflictos que genera la lucha y la competencia por la supervivencia personal. Por ello, no es extraño que los pandilleros acepten vivir comprometidos con la muerte, si las pandillas les ofrecen cierto nivel de solidaridad y reciprocidad que no han conocido en sus entornos familiares ni comunitarios. Las comunidades inmersas en la violencia de las pandillas son lugares en donde la actividad más comunita-

ria gira alrededor de los expendios de aguardiente o de los lugares en donde se distribuyen y consumen drogas. Son también lugares en donde la gente teme enfrentar el problema de las pandillas porque eso implicaría afectar al vecino que tiene a su hijo integrado en una. Son comunidades en donde la incapacidad para resolver el problema de la violencia, la inseguridad y las pandillas provoca que la gente utilice aún más la violencia de manera privada o que, en su lugar, apele al uso de la fuerza por medio de la policía o las autoridades estatales, las cuales entran a la comunidad y, sin tomar en cuenta las dinámicas propias, reprimen y controlan, y luego se retiran, dejando a la comunidad más desarticulada, más sospechosa y más desconfiada que antes.

Las comunidades en donde florecen las pandillas son aquellas en las cuales el único contacto relativamente directo con las autoridades nacionales o locales son los cuerpos de seguridad y de orden, la policía y el ejército, usualmente con los brazos elites de operación policial (unidades de mantenimiento de orden, emergencias o escuadrones anti-drogas), pero muy rara vez con sus unidades preventivas y dedicadas a la familia y la juventud. Son lugares en donde el brazo social del Estado es muy débil, en donde los servicios sociales y las instituciones de asistencia a los más necesitados están igualmente abandonados y son mantenidos con escasez y mala calidad de personal y de recursos. Son también lugares en donde se mezcla una importante cantidad de organizaciones de asistencia que llevan discursos de esperanza entremezclados con fundamentalismo religioso, que intentan resolver el problema mediante las conversiones personales y no mediante la transformación de las condiciones de vida de la gente. Las comunidades afectadas por las pandillas son también lugares en donde reina la inestabilidad residencial, en donde personas y familias vienen y van en busca de mejores condiciones de vida; en donde las familias deben separarse para poder sobrevivir y en donde

las y los jóvenes y las niñas y los niños son socializados en la calle, porque no hay nadie quien los atienda dentro del hogar. Son también lugares en donde los miembros más jóvenes son entregados a la calle porque la vivienda no es lo suficientemente amplia para albergar siempre a todos. Las comunidades afectadas por las pandillas son fundamentalmente lugares en donde la gente debe sobrevivir cotidianamente por su propia cuenta, con la indiferencia de quienes le rodean. Así, cualquier intervención integral sobre el problema de las pandillas pasa por atacar esas condiciones que mantienen desarticulada a las comunidades. Antes que planes de mano dura —o superdura—, lo que se necesita para enfrentar el problema de las pandillas es que la gente de los barrios se relacione con los demás para buscar, de manera conjunta, la solución a los problemas de la violencia y las pandillas.

Ciertamente, combatir factores como la pobreza y la miseria es una tarea lenta y complicada, pero es posible mitigar sus efectos si al mismo tiempo se supera el abandono y la exclusión que muchas veces acompaña a la pobreza. Una política o un programa de atención integral preventiva al problema de las maras, debería comenzar por reducir las condiciones de abandono y marginalidad en la que se encuentran muchas de las comunidades centroamericanas. Esto pasa no solo por la asignación de recursos o la existencia de cooperación allende el Estado, sino también por la adquisición de responsabilidades por parte de los gobiernos municipales y de las instituciones de competencia local. Son éstas las que usualmente se comunican y comprenden mejor las condiciones y las necesidades de los barrios y las comunidades más segregadas, y son éstas las que tienen competencia directa en el desarrollo de dichos lugares.

Una estrategia de intervención sobre el problema de pandillas debe tener en cuenta que para evitar que más jóvenes

se sigan integrando a estos grupos, no solo es importante dotar de habilidades y oportunidades a las y los jóvenes para que tengan una alternativa de desarrollo, sino que también es importante modificar el entorno social en donde esa persona se va a insertar. ¿De qué sirve capacitar a los muchachos en oficios especializados, si al volver a su casa en la comunidad se verá rodeado de violencia, desconfianza y espacios para comerciar drogas, lo cual resulta más rentable? Para que la capacitación vocacional de las y los jóvenes en riesgo tenga éxito, es importante preparar a la comunidad para que integre a sus jóvenes —y hay que preparar también a la sociedad para que le ofrezca oportunidades de trabajo—.

Así, la clave de la intervención parece estar en la integralidad de los programas y las políticas. Los métodos que privilegian la represión, la sanción y la limpieza de los muchachos que están integrados a las pandillas solo contribuyen a la exclusión, a la espiral de la violencia y a la desorganización comunitaria. Con ellos, a cambio de una falsa sensación de orden y seguridad basada en el arrinconamiento del fenómeno, se ponen las condiciones para la continuidad y el agravamiento del problema, eso es lo que se ha hecho en la última década y ahora las sociedades sufren sus consecuencias.

En su lugar, los resultados de este estudio apuntan a revalorar la importancia de la propia comunidad en el control del problema. Pero su papel no debe ser el de alojar a los confidentes de las unidades de inteligencia de la policía ni a los vigilantes de la actividad de los jóvenes en riesgo, como muchas veces se ha intentado. El papel de la comunidad va en el sentido de crear los espacios de interacción, entendimiento y organización que permitan atender y controlar la violencia bajo sus propios códigos de compromiso comunitario, sin que ello implique también recurrir a la violencia. El papel de la comunidad debe diri-

girse al compromiso de hacerse cargo de sus integrantes, especialmente de los más jóvenes y vulnerables. Por su parte, las instituciones del Estado, así como también las organizaciones de la sociedad civil, deben estar muy atentas a reconocer y utilizar ese papel a favor del desarrollo.

Para generar la confianza necesaria entre los miembros de la comunidad, es fundamental crear los lazos de interacción entre las personas. Eso puede lograrse, en un inicio, con programas modestos que se concentren en estimular la participación de las personas, por ejemplo, alrededor de la escuela. El combate de las pandillas no pasa solo por atender directamente a los jóvenes, pasa también por atender los problemas de la comunidad de forma organizada. Eso no es la solución absoluta, ni mucho menos, pero es el primer paso de un esfuerzo en el cual la comunidad debe reencontrar su propio valor y su propio poder para forjar un futuro con oportunidades y paz para sus nuevas generaciones.



## Referencias bibliográficas

- Adler, P. S y Kwon, S. W. (2002). "Social Capital: Prospects for a New Concept". *Academy of Management Review* 27 (1), 17-40.
- Alvarenga, P. (1996). *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San José: EDUCA.
- Argueta, S. y otras (1992). "Diagnóstico de los grupos llamados 'maras' en San Salvador. Factores psicosociales que prevalecen en los jóvenes que los integran". *Revista de Psicología de El Salvador* 43, 53-84.
- AVANCSO (2000). "Heridas en la sombra: percepciones sobre la violencia en áreas pobres y urbanas y periurbanas de la ciudad de Guatemala". Texto para el debate No. 16. Guatemala: Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala.
- Banco Mundial (sin fecha). "Social capital for development". [Puede encontrarse en: <http://www.worldbank.org/poverty/scapital/whatsc.htm>].
- Bourdieu, P. (1986). "The Forms of Capital". En: J. G. Richards. (Ed.). *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. Nueva York: Greenwood Press.

- Bourgois, P. (1999). *In Search of Respect*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Call, C. T. (2000). "Sustainable Development in Central America: The Challenges of Violence, Injustice and Insecurity". (CA 2020: Working Paper # 8). Hamburg: Institute for Latinoamerika-Kunde.
- Carranza, M. y Castro, M. (2001). "Las maras en Honduras". En: ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP. (Eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica*. Managua: UCA Publicaciones.
- Carrión, F. (2002). "De la violencia urbana a la convivencia ciudadana." En Fernando Carrión (Ed.). *Seguridad ciudadana, ¿espejismo o realidad?* Quito: FLACSO Ecuador – OPS/OMS.
- Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI) (2003). "Honduras y Guatemala optan por la 'mano dura'". *Proceso* 24, 1061, 8-10.
- Coleman, J. (1988/2000). "Social Capital in the Creation on Human Capital." En Partha Disgupta e Ismail Serageldin (Eds.). *Social Capital: A Multifaceted Perspective*. Washington, D. C.: The World Bank.
- Coleman, J. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge, Massachussets: Harvard University Press.
- Concha-Eastman, A. (2001). "Prólogo: Pandillas juveniles en América Latina. ¿Un alerta social no escuchada?". En María Santacruz y Alberto Concha. *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador: IUDOP/OPS.
- Concha-Eastman, A. (2002). "Salud, violencia e inseguridad". En Fernando Carrión (Ed.). *Seguridad ciudadana, ¿espejismo o realidad?* Quito: FLACSO Ecuador – OPS/OMS.
- Concha-Eastman, A. (2000). "Violencia urbana en América Latina y el Caribe: dimensiones, explicaciones, acciones". En Susana Rotker (Ed.). *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- Cruz, J. M. (2003). "La construcción social de la violencia en El Salvador de la posguerra". *Estudios Centroamericanos (ECA)* 661-662, 1149-1172.
- Cruz, J. M. (1999). "La victimización por violencia urbana: niveles y factores asociados en ciudades de América Latina y España". *Revista Panamericana de Salud Pública* 5, 259-267.
- Cruz, J. M. (1997). "Los factores posibilitadores y las expresiones de la violencia en los noventa". *Estudios Centroamericanos (ECA)* 588, 976-992.

- Cruz, J. M. (2000). "Violencia, democracia y cultura política". *Nueva Sociedad*, 167, 132-146.
- Cruz, J. M.; González, L. A.; Romano, L. E.; y Sisti, E. (2000). "De la guerra al delito: evolución de la violencia en El Salvador". En Juan Luis Londoño, Alejandro Gaviña y Rodrigo Guerrero (Eds.). *Asalto al desarrollo. Violencia en América Latina*. Washington, D. C.: Red de centros de investigación, BID.
- Cruz, J. M.; y Portillo, N. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores.
- Cruz, J. M.; Trigueros, A.; y González, F. (2000). *El crimen violento en El Salvador. Factores sociales y económicos asociados*. San Salvador: IUDOP-UCA/ Banco Mundial.
- Cuadra, E. (2002). "Nuevas dimensiones de la seguridad ciudadana en Nicaragua". En Fernando Carrión (Ed.). *Seguridad ciudadana, ¿espejismo o realidad?* Quito: FLACSO Ecuador – OPS/OMS.
- Dada, O.; García, J. J.; Gómez, V. M.; Zambrana, H.; y Sánchez, L. (1997). "Comité de seguimiento para el desarrollo del departamento de Cuscatlán". San Salvador: PNÚD, FAO y Ministerio de Agricultura y Ganadería.
- ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP (2001). *Maras y pandillas en Centroamérica*. Vol. I. Managua: UCA Publicaciones.
- Fanjzylber, P.; Lederman, D.; y Loayza, N. (2000). "Crimen y victimización: una perspectiva económica". En Pablo Fanjzylber, Daniel Lederman y Norman Loayza (Eds.). *Crimen y violencia en América Latina*. Bogotá: Alfaomega/Banco Mundial.
- Fanjzylber, P.; Lederman, D.; y Loayza, N. (1998). *Determinants of Crime Rates in Latin America and the World. An Empirical Assessment*. Washington, D. C.: The World Bank.
- Feldstein, L. M.; y Putnam, R. D. (2003). *Better Together: Restoring the American Community*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Fukuyama, F. (1995). *Trust: The Social Virtues and the Creation of Prosperity*. Nueva York: Free Press.
- Fundación Dr. Guillermo Manuel Ungo (FUNDAUNGO) e Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) (2002). *Encuesta sobre la percepción de la seguridad ciudadana a nivel nacional, municipal y zonal*. San Salvador: Ministerio de Gobernación.

- Gaviria, A.; y Pagés, C. (1999). "Patterns of Crime Victimization in Latin America". Working paper 408. Washington, D. C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- González, L. A. (1997). "El Salvador en la postguerra: de la violencia armada a la violencia social". *Realidad* 59, 441-458.
- Giddens, A. (1994). *Sociología*. Madrid: Ed. Alianza Universitaria.
- Graycar, A. (1999). "Crime and Social Capital". [Ponencia presentada en el 19<sup>th</sup> Biennial International Conference on Preventing Crime, en el Australian Institute of Criminology, Melbourne.]
- Hernández Sampieri, R.; Fernández Collado, C.; y Baptista, P. (1991). *Metodología de la investigación*. México: Ed. McGraw-Hill.
- Instituto Universitario de Opinión Pública. (IUDOP) (1993). "La delincuencia urbana. Encuesta exploratoria". *Estudios Centroamericanos (ECA)* 534-535, 472-479.
- Kliksberg, B. (1999). "Capital social y cultura, claves esenciales del desarrollo". *Revista de la CEPAL* 69, 85-102.
- Krishna, A.; y Shrader, E. (2000). "Social Capital Assessment tool". The World Bank. (Documento mimeografiado.)
- Krug, Etienne H.; Dahlberg, Linda L.; Mercy, James A.; Zwi, Anthony B.; y Lozano Rafael (Eds.) (2002). *World Report on Violence and Health*. Geneva: World Health Organization Publications.
- La Porta, R.; Lopez-de-Silanes, F.; Shleifer, A.; y Vishny, R. W. (2000). "Trust in Large Organizations". En Partha Disgupta Ismail Serageldin (Eds.). *Social Capital: A Multifaceted Perspective*. Washington D. C.: The World Bank.
- Lederman, D.; Loayza, N.; y Menéndez, A. M. (2000). "Violent Crime: Does Social Capital Matter?" (Documento mimeografiado).
- Martín-Baró, I. (1997). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Mason, R. D.; Lind, D. A.; y Marchal, W. G. (1998). *Estadística para administración y economía*. Santafé de Bogotá: Ed. Alfaomega.
- McIlwaine, C.; y Moser, C. (2001a). "Violence and Social Capital in Urban Poor Communities: Perspectives from Colombia and Guatemala". *Journal of International Development* 13, 965-984.
- McIlwaine, C.; y Moser, C. (2001b). *Violence in a Post-Conflict Context. Urban Poor Perceptions from Guatemala*. Washington, D. C.: The World Bank.

- Merino, J. (2001). "Las maras en Guatemala". En ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP (Eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica*. Vol. I. Managua: UCA Publicaciones.
- Moser, C.; y Holland, J. (1997). "La pobreza urbana y la violencia en Jamaica". Washington D. C.: Banco Mundial.
- Moser, C.; y Winton, A. (2002). "Violence in the Central American Region: Towards an Integrated Framework for Violence Reduction" Working Paper 171. London: Overseas Development Institute.
- Narayan, D. (1997). "Voices of the Poor: Poverty and Social Capital in Tanzania". Washington, D. C.: The World Bank.
- Policy Research Initiative (PRI Project) (2003). "Social Capital Workshop. Concepts, Measurement and Policy Implications" (mimeo).
- Portela, M.; y Neira, I. (sin fecha). *Capital social: las relaciones sociales afectan al desarrollo*. [Puede encontrarse en: <http://www.iigov.org/documentos>.]
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (PNUD) (2000). *Informe sobre Desarrollo Humano en Honduras*. PNUD: Honduras.
- Programa de las Naciones para el Desarrollo (PNUD) (2004). *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Lima: PNUD/Alfaguara.
- Putnam, R. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon and Schuster.
- Putnam, R. D. (1993). *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Ramos, C. G. (Ed.). (1998). *América Central en los noventa: problemas de juventud*. San Salvador: FLACSO Programa El Salvador.
- Rocha, J. L. (2000). "Pandillero: la mano que empuña el mortero". *Revista Envío*. [Puede encontrarse en: [www.uca.edu.ni/publicaciones/envio/2000/esp/marzo/Pandilleros.html](http://www.uca.edu.ni/publicaciones/envio/2000/esp/marzo/Pandilleros.html)]
- Rodgers, D. (2003). "Dying for it: Gangs, Violence and Social Change in Urban Nicaragua". Crisis State Programme. Working Papers, series No. 1. London: Development Research Center, London School of Economics.
- Rose, D. R.; y Clear, T. R. (1996). "Incarceration, Social Capital, and Crime: Implications for Social Disorganization Theory". [Presentado en la 1996 Reunión Anual de la American Sociological Association.]

- Rosenfeld, R.; Messner, S. F.; y Baumer, E. P. (2001). "Social Capital and Homicide". *Social Forces* 80 (1), 283-309.
- Rubio, M. (1997). "Perverse Social Capital. Some Evidence from Colombia". *Journal of Economic Issues* 31, 805-816.
- Saldomando, A. (1999). "Nicaragua: los rostros de la violencia". En CRIES (Ed.). *Violencia social en Centroamérica. Ensayos sobre gobernabilidad y seguridad ciudadana*. Managua: CRIES.
- Salomón, L. (1993). *La violencia en Honduras 1980-1993*. Tegucigalpa: CEDOH-CONADEH.
- Salomón, L.; Castellanos, J.; y Flores, M. (1999). *La delincuencia juvenil en Honduras*. Tegucigalpa: CEDOH-ASDI.
- Sampson, R. J. (1988). "Local Friendships, Ties and Community Attachment in Mass Society: A Multilevel Systemic Model". *American Sociological Review* 53, 766-779.
- Santacruz, M. L.; y Concha-Eastman, A. (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador: IUDOP/OPS.
- Santacruz, M. L.; y Cruz, J. M. (2001). "Las maras en El Salvador." En *Maras y pandillas en Centroamérica*, Vol. I. Managua: UCA Publicaciones.
- Savenije, W.; y Andrade-Eekhoff, K. (2003). *Conviviendo en la orilla. Violencia y exclusión social en el Área Metropolitana de San Salvador*. San Salvador: FLACSO Programa El Salvador.
- Secretaría Ejecutiva del Medio Ambiente (SEMA) (1994). "Consulta a nivel departamental sobre la estrategia ambiental y plan de acción". San Salvador: SEMA.
- Smutt, M.; y Miranda J. (1998). *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*. San Salvador: FLACSO/ UNICEF.
- Sosa, J. J.; y Rocha, J. L. (2001). "Las pandillas en Nicaragua". En ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP (Eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica*. Managua: UCA Publicaciones.
- Uphoff, N. (2000). "Understanding Social Capital: Learning from the Analysis and Experience of Participation". En Partha Disgupta e Ismail Serageldin (Eds.). *Social Capital: A Multifaceted Perspective*. Washington, D. C.: The World Bank.
- Weimer, R. C. (1999). *Estadística*. México: Ed. CECSA.
- Woolcock, M.; y Narayan, D. (2000). "Social Capital: Implications for Development Theory, Research and Policy". *The World Bank Research Observer* 15 (2), 225-249.

## **Apéndice**

# **Apéndice 1** **Cuadros de resumen de algunos de los resultados de la encuesta en los cuatro países de Centroamérica**

**Cuadro A.1**  
**Resumen de los resultados de las variables de capital social, según país y localidad estudiada (En porcentajes)**

	El Salvador			Guatemala		Honduras (El Progreso)		Nicaragua (Reparto Schick)	
	Nejapa	Cojutepeque	Quezaltepeque	La Candelaria	El Limón	U. Blanco	U. Rojo	Control	Experimental
<i>Exposición a la violencia</i> (¿Ha observado en su comunidad...?)									
• Venta de drogas	10.3	21.0	24.7	73.3	72.8	19.8	22.3	61.9	62.0
• Uso de drogas	25.6	40.8	35.9	85.5	93.0	33.5	57.4	86.7	78.2
• Robo y saqueo de casas	16.5	34.1	32.2	72.8	8.3	24.1	29.5	65.5	57.3
• Asaltos con armas	11.8	39.7	32.9	64.1	18.6	23.4	34.6	64.6	58.5
• Delitos sexuales	2.5	6.5	6.2	24.7	1.7	10.0	10.3	25.7	20.9
• Asesinatos	4.9	22.2	21.7	29.6	3.3	20.1	31.9	33.6	35.9
• Riñas de maras	14.0	56.0	59.0	82.2	86.4	30.7	73.3	90.3	89.7
• Peleas callejeras	26.6	38.8	43.6	83.6	91.0	33.0	43.5	85.0	77.4
• Violencia intrafamiliar	10.9	17.3	22.6	67.2	30.9	21.5	28.7	72.6	55.6
<i>Participación comunitaria</i> (Asiste frecuentemente a reuniones de...) <sup>a/</sup>									
• Comité de la iglesia	44.3	53.8	48.3	49.0	17.1	45.7	31.5	11.5	29.3
• Comité (patronato) de la comunidad	3.9	3.1	4.5	49.2	6.7	25.0	24.0	4.4	3.9
• De gremial o sindicato	1.0	0.5	0.2	1.5	1.0	4.6	3.6	4.4	0.9
• De partido político	1.0	0.7	0.9	1.0	0.0	5.4	0.3	7.1	8.6
• De equipo deportivo	13.3	10.6	10.7	5.0	1.0	9.6	9.5	0.9	2.2
• Otros grupos (asoc. de padres de familia) <sup>b/</sup>	0.5	1.7	1.0	49.1	27.4	18.9	17.5	0.0	0.0
<i>Existencia de espacios públicos comunitarios</i>									
<i>Espacios "positivos"</i>									
• Casa comunal	64.0	10.9	25.9	20.5	99.3	35.7	46.7	—	—
• Parques en el barrio	67.2	18.8	50.2	1.5	93.7	5.9	3.4	—	—
• Canchas de juego abiertas	80.0	33.9	68.0	2.5	93.0	35.2	24.4	—	—
• Clubes juveniles	49.9	7.0	21.8	2.3	1.0	13.1	6.5	—	—
• Templo evangélico	88.6	59.8	76.2	92.1	97.0	82.5	85.1	—	—
• Iglesia o parroquia católica	74.3	47.8	53.8	95.0	98.3	60.1	72.5	—	—
<i>Espacios "perversos"</i>									
• Bares o cantinas	74.1	40.6	51.1	89.2	98.7	53.5	57.7	—	—
• Billares	62.0	9.2	32.8	1.7	2.7	55.7	58.1	—	—
• Prostíbulos	29.4	13.3	27.1	1.0	0.0	3.9	1.1	—	—

a/ Los resultados corresponden al porcentaje de personas que dijo "frecuentemente" o "al menos una vez por semana".

b/ En Honduras, los resultados corresponden a "Asociación de Padres de Familia".



**Cuadro A.2**  
**Resumen de los resultados de las variables de capital social, según país y localidad estudiada (En porcentajes)**

	El Salvador			Guatemala		Honduras (El Progreso)		Nicaragua (Reparto Schick)	
	Nejapa	Cojutepeque	Quezaltepeque	La Candelaria	El Limón	U. Blanco	U. Rojo	Control	Experimental
<i>Confianza interpersonal</i>									
"La gente de la comunidad es confiable" <sup>a/</sup>	44.2	35.7	32.5	11.3	31.0	34.3	27.5	—	—
<i>Confianza en las instituciones</i>									
¿Cuánta confianza tiene en...? <sup>b/</sup>									
Iglesia católica	49.1	53.4	48.0	60.0	60.5	47.4	47.2	13.3	27.8
Iglesia evangélica	27.0	26.8	26.7	36.2	23.3	40.2	43.7	9.9	19.3
Fiscalía General de la República	12.6	11.4	24.1	13.1	11.0	—	—	—	—
Ejército	14.5	20.4	14.7	17.9	9.0	—	—	1.8	2.6
Tribunales de Justicia	13.9	12.9	8.3	13.9	10.6	16.1	17.8	1.8	0.9
Medios de comunicación <sup>c/</sup>	31.3	29.5	21.4	20.6	15.3	39.3	49.3	6.4	7.7
Policía	20.5	15.7	12.5	20.0	15.0	19.7	23.8	0.0	0.9
Presidencia de la República	16.0	12.7	10.1	17.5	15.0	---	---	0.0	1.7
Alcaldía de su localidad	49.3	13.8	20.5	15.0	13.3	19.7	25.1	0.0	1.3
Procuraduría de Derechos Humanos	25.3	20.5	19.7	15.2	12.3	31.5	34.8	19.6	20.9
Asamblea Legislativa	8.8	8.2	5.5	9.9	10.3	9.1	10.4	—	—
Corte Suprema de Justicia	13.6	13.2	7.3	12.0	11.0	—	—	—	—
<i>Tolerancia</i>									
Persona que no le gustaría tener de vecino									
Extremistas políticos	73.6	72.2	82.7	1.1	0.3	—	—	—	—
Bebedores excesivos	87.7	90.9	95.3	0.6	0.3	—	—	—	—
Pandilleros	95.3	96.6	97.2	0.4	0.3	—	—	—	—
Drogadictos	93.8	95.7	96.9	0.4	0.7	—	—	—	—
Distinta religión	21.2	18.5	21.6	32.2	39.9	—	—	—	—
homosexuales	76.8	82.0	84.4	0.4	8.0	—	—	—	—
Otro tipo	7.0	6.4	2.7	0.0	0.3	—	—	—	—
<i>Actitudes hacia la violencia</i>									
Aprobaría herir a quien quitó a su esposo o esposa	8.9	8.7	6.5	8.4	1.3	7.2	10.0	—	—
Aprobaría matar a violador	35.2	37.3	34.5	18.7	49.2	62.2	47.6	—	—
Aprobaría matar a quien asusta a la comunidad	26.6	30.6	28.7	18.3	26.2	52.2	44.8	—	—
Aprobaría matar gente indeseable	18.4	22.0	21.0	26.5	51.8	—	—	—	—

a/ Los resultados corresponden al porcentaje de personas que dijo "muy confiable".

b/ Los resultados corresponden al porcentaje de personas que dijo "mucho confianza".

c/ En Nicaragua, los resultados corresponden al ítem "Medios de comunicación: televisión".

**Cuadro A.3**  
**Resumen de los resultados de las preguntas referidas a pandilleros, según país y localidad estudiada**

	El Salvador			Guatemala		Honduras (El Progreso)		Nicaragua (Reparto Schick)	
	Nejapa	Cojutepeque	Quezaltepeque	La Candelaria	El Limón	U. Blanco	U. Rojo	Control	Experimental
Pandilleros en la comunidad (%)	21.6	61.2	65.0	87.6	91.6	34.1	90.8	—	—
Personas que conocen a algún pandillero (%)	22.6	52.4	54.3	67.3	79.3	64.3	77.9	89.4	73.5
Frecuencia con que la persona habla con pandilleros (%)	5.0	9.8	14.3	7.1	8.1	17.4	13.6	—	—
Frecuencia con que la persona ha defendido a pandilleros (%)	1.0	0.9	1.4	1.9	0.3	1.3	1.9	—	—
Frecuencia con que la persona ha denunciado pandilleros a la policía (%)	0.7	0.7	1.6	0.8	0.3	3.9	2.8	—	—
Personas que han tenido problemas con pandilleros (%)	9.1	17.8	16.4	6.3	21.1	9.2	14.6	—	—
Personas a las que algún pandillero le ha ayudado a resolver problema (%)	6.2	9.4	10.4	5.5	5.0	7.9	7.0	1.8	7.7
Opinión que pandillas son un problema (Promedio 1-10)	3.53	7.03	7.87	6.62	5.69	2.71	2.7	9.35	8.77

## Apéndice 2

### Cuadros de referencia metodológica del Capítulo 2

Cuadro A.4  
Descripción de variables incluidas en la investigación

Variable	Pregunta básica	Ítems del cuestionario	Alfa de Cronbach
Exposición a la violencia	¿Qué tipos de actividad criminal ha observado o en cuáles ha sido testigo presencial en su comunidad, en el último año?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Venta de drogas</li> <li>• Uso de drogas</li> <li>• Robo y saqueo de casas y locales</li> <li>• Asaltos con armas</li> <li>• Violaciones, delitos sexuales</li> <li>• Asesinatos</li> <li>• Riñas de maras o pandillas</li> <li>• Peleas callejeras de otras personas</li> <li>• Violencia intrafamiliar (maltrato a niños y mujeres dentro del hogar)</li> </ul>	0.792
Confianza interpersonal		<ul style="list-style-type: none"> <li>• Hablando de la gente de aquí, en general ¿qué tan confiable cree usted que es: mucho, algo, poco o nada?</li> <li>• ¿Cree usted que la mayoría de las veces la gente se preocupa por sí misma o cree que la mayoría de las veces trata de ayudar al prójimo?</li> <li>• ¿Cree usted que la mayoría de la gente trataría de aprovecharse de usted si se les presentara la oportunidad, o cree que no se aprovecharían?</li> </ul>	0.535
Confianza en las instituciones	¿Cuánta confianza tiene usted en las instituciones que le voy a mencionar?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Fiscalía General de la República</li> <li>• Fuerza Armada</li> <li>• Tribunales de Justicia</li> <li>• Medios de comunicación</li> <li>• Policía Nacional Civil</li> <li>• Presidencia de la República</li> <li>• Alcaldía de su localidad</li> <li>• Procuraduría para la Defensa de Derechos Humanos</li> <li>• Asamblea Legislativa</li> <li>• Corte Suprema de Justicia</li> </ul>	0.895
Espacios comunitarios positivos	En la colonia o barrio donde usted vive hay...	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Casa Comunal</li> <li>• Parques</li> <li>• Canchas de juego abiertas</li> <li>• Clubes juveniles para uso comunitario</li> <li>• Templo evangélico</li> <li>• Iglesia o parroquia católica</li> </ul>	0.811
Espacios de encuentros perversos	En la colonia o barrio donde usted vive hay...	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Bares o cantinas</li> <li>• Billares</li> <li>• Prostíbulos</li> </ul>	0.767
Apoyo social	¿De quién puede uno esperar ayuda cuando tiene problemas?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Del gobierno nacional</li> <li>• De los amigos</li> <li>• De los vecinos de la comunidad</li> <li>• De la iglesia</li> <li>• De la alcaldía</li> </ul>	0.685
Actitudes hacia la violencia	A continuación voy a leerle una serie de situaciones.	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Suponga que una persona hiere gravemente a otra que le quitó su marido o a su esposa</li> </ul>	

# APÉNDICE

**Cuadro A.4 (Continuación)**  
**Descripción de variables incluidas en la investigación**

Variable	Pregunta básica	Ítems del cuestionario	Alfa de Cronbach
	Quisiera que me indicara, para cada una de ellas, si usted la aprobaría, no la aprobaría pero la entendería, o si ni la aprobaría ni la entendería.	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Suponga que alguien mata a alguien que ha violado a su hija</li> <li>• Si hay una persona que mantiene asustada a su comunidad y alguien lo mata.</li> <li>• Si un grupo de personas comienza a hacer limpiezas sociales, es decir, matar gente indeseable.</li> </ul>	0.719
Tolerancia	En esta lista tiene Ud. varios grupos de personas. ¿Podría seleccionar si hay alguno de ellos que no le gustaría tener como vecino?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Extremistas políticos</li> <li>• Bebedores excesivos</li> <li>• Pandilleros o mareros</li> <li>• Drogadictos</li> <li>• Personas de distinta religión</li> <li>• Homosexuales</li> </ul>	0.714

**Cuadro A.5**  
**Codificación de las variables y las escalas utilizadas en el análisis de regresión logística del Capítulo 2**

	Escala		Media	Desviación típica
	Mínimo	Máximo		
<i>Variable dependiente</i>				
Existencia de pandilleros en la comunidad	0= no	1= sí	0.49	0.50
<i>Variables dependientes</i>				
Género	1= masculino	2= femenino	1.52	0.50
Edad	18	92	38.11	15.85
Educación	0= ninguna	14= universidad	7.74	4.42
Tipo de piso de la vivienda	1= lad. cemento	5= otros	1.77	1.28
Índice de desigualdad	0	1	0.22	0.10
Condición de la vivienda	1= propia	7= otras respuestas	1.38	0.68
Confianza interpersonal	1= nada	10= mucha	5.15	2.83
Apoyo social no familiar	1= nada	10= mucha	5.94	2.97
Espacios públicos positivos	1= ninguno	10= muchos	5.48	3.05
Espacios públicos "perversos"	1= ninguno	10= muchos	4.37	3.48

### **Apéndice 3**

#### **Referencias metodológicas del Capítulo 5**

#### **Breve descripción de los métodos estadísticos utilizados en el Capítulo 5**

##### **Escalamiento tipo likert**

Este método fue desarrollado por Rensis Likert, a principios de los años treinta. Consiste en un conjunto de ítems presentados en forma de afirmaciones o juicios, ante los cuales se pide la reacción de los sujetos. Es decir, se presenta cada afirmación y se pide al sujeto que externe su reacción a través de la elección de uno de los puntos de la escala. A cada punto se le asigna un valor numérico. Así, el sujeto obtiene una puntuación respecto a la afirmación y al final se obtiene una puntuación total al sumar las puntuaciones obtenidas en relación con todas las afirmaciones.

##### **Coeficiente alfa de Cronbach**

Este coeficiente, desarrollado por J. L. Cronbach, se utiliza para medir la confiabilidad de un instrumento de medición y produce valores entre 0 y 1. Un coeficiente de 0 significa una confiabilidad nula y 1 representa el máximo de confiabilidad (confiabilidad total).

##### **Ji cuadrada o $\chi^2$**

La Ji cuadrada o Chi-cuadrado es una prueba estadística para evaluar hipótesis acerca de la relación entre dos variables categóricas.

##### **Prueba $t$**

Es la prueba estadística para evaluar si dos grupos difieren entre sí de manera significativa respecto a sus medias. La hipótesis de investigación propone que los grupos difieren significativamente entre sí y la hipótesis nula propone que los grupos no difieren significativamente. El es-

estadístico de prueba es  $t$  de student. La comparación se realiza sobre una variable en escala de intervalo o de razón. La razón que motiva la creación de los grupos puede ser una variable independiente. Por ejemplo, en un experimento con dos grupos, a uno se le aplica el estímulo experimental y al otro, el grupo control.

### **Análisis de varianza (ANOVA)**

Es una prueba estadística para analizar si más de dos grupos difieren significativamente entre sí en cuanto a sus medias. La hipótesis de investigación propone que las medias de los grupos difieren significativamente entre sí y la hipótesis nula propone que las medias de los grupos no difieren significativamente entre sí. El estadístico de prueba es  $F$  de Fisher.

### **Prueba de comparaciones múltiples de Duncan**

Si se rechaza la hipótesis nula de igualdad de medias de los grupos, se puede aplicar el procedimiento de comparaciones múltiples de Duncan, que consiste en comparar los diferentes pares de medias para determinar cuáles de las parejas de medias poblacionales son distintas.

### **Prueba de homocedasticidad (igualdad de las varianzas)**

Para aplicar el análisis de varianza se requiere que se cumpla la condición de las varianzas para todos los grupos. Para determinar si esta condición se satisface, se aplica la *Prueba de Levene*. La hipótesis nula de esta prueba propone que las varianzas son iguales. El supuesto de igualdad de varianzas debe cumplirse, por lo que la hipótesis nula no debe ser rechazada.

### **Nivel de significación**

El nivel de significación para una prueba de hipótesis es que la probabilidad de la hipótesis sea rechazada cuando esta

es verdadera. Por lo general, se simboliza por  $a$ . Los valores que con frecuencia se asumen para  $a$  son 0.1, 0.05 o 0.01.

## Análisis factorial

Es un método estadístico multivariado para determinar el número y la naturaleza de constructos subyacentes en un conjunto de mediciones. Un constructo es un atributo para explicar un fenómeno (Wiersma, 1986). En este análisis se generan "variables artificiales" (denominadas factores) que representan constructos. Los factores se obtienen de las variables originales y deben ser interpretados de acuerdo con estas. Como menciona Naghi (1984), es una técnica para explicar un fenómeno complejo en función de unas cuantas variables.

## Rotaciones Varimax

Para una mejor interpretación de los factores, los ejes factoriales son rotados. Uno de los métodos de rotación es el Varimax, que es una rotación ortogonal que maximiza la varianza de los factores rotados.

## Cuadros referidos del Capítulo 5

Cuadro A.6  
Drogas y violencia en la comunidad

El último año ha sido testigo en su comunidad de:	Sí		No	
	Frec.	%	Frec.	%
Venta de drogas	215	62.0	132	38.0
Uso de drogas	281	82.0	66	18.0
Robo en las calles o en los buses	281	81.0	66	19.0
Asalto con armas	210	60.5	137	39.5
Violaciones y delitos sexuales	78	22.5	269	77.5
Asesinatos	122	35.2	225	64.8
Riñas entre pandillas	312	89.9	35	10.1
Tiroteos entre pandillas	282	81.3	65	18.7
Peleas callejeras de otras personas	277	79.8	70	20.2
Violencia intrafamiliar	212	61.1	135	38.9
Ataques de pandillas a casas particulares	284	81.8	63	18.2

# APÉNDICE

**Cuadro A.7**  
**Pruebas de hipótesis para comparaciones de medias**

	Grupo de estudio	N	Medias	Desviaciones estándar
¿Podría decirme cuál es el gasto aproximado semanal de su hogar?	Experimental	232	478.43	279.10
	Control	112	528.44	226.72
¿Cuánto tiempo tiene su familia de vivir en este barrio?	Experimental	234	22.55	8.85
	Control	111	18.77	8.96
Asistencia a reuniones	Experimental	234	11.59	3.04
	Control	113	12.52	4.18

**Cuadro A.8**  
**Estadísticos de la prueba *t***

		Prueba de Levene para igualdad de varianzas		<i>t</i>	Prueba de hipótesis para igualdad de medias		
		F	Sig.		df	Sig. (2-extremos)	Diferencia de medias
¿Podría decirme cuál es el gasto aproximado semanal de su hogar?	Se asume igualdad de las varianzas	.725	.395	-1.651	342	.100	-50.01
	Se asume varianzas distintas			-1.774	264.740	.077	-50.01
¿Cuánto tiempo tiene su familia de vivir en este barrio?	Se asume igualdad de las varianzas	.002	.969	3.683	343	.000	3.77
	Se asume varianzas distintas			3.667	213.896	.000	3.77
Asistencia a reuniones	Se asume igualdad de las varianzas	11.583	.001	-2.347	345	.020	-.93
	Se asume varianzas distintas			-2.107	171.378	.037	-.93



**Cuadro A.9**  
**Preguntas e ítems sobre pandillas incluidas**  
**en la investigación local de Nicaragua**

Pregunta o ítem	Alternativas de respuesta
¿Cree que las y los jóvenes integran pandillas por alguna de estas razones?	De acuerdo-desacuerdo
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Maltrato físico o psicológico por parte de la familia</li> <li>• Situación de pobreza en el hogar</li> <li>• Alcoholismo en la familia</li> <li>• Elevado número de hijos en la familia</li> <li>• Hogar donde el jefe de la casa es una mujer sola</li> <li>• Trabajo infantil en las calles</li> <li>• Problemas afectivos (frustración amorosa con novias o compañera)</li> <li>• Abandono familiar</li> <li>• Falta de oportunidades laborales y educativas</li> <li>• Por diversión</li> <li>• Por acceder a las drogas</li> <li>• Porque las y los jóvenes no tienen otra cosa que hacer en el barrio</li> </ul>	
¿Cree usted que las pandillas tienen cosas positivas?	Sí-No[Respuestas abiertas]
<ul style="list-style-type: none"> <li>• ¿Qué cosas positivas tienen las pandillas?</li> </ul>	
¿Cree usted que es bueno que las y los jóvenes estén en pandillas?	Sí-No[Respuestas abiertas]
<ul style="list-style-type: none"> <li>• ¿Por qué?</li> </ul>	
¿Las pandillas defienden al barrio de otros pandilleros?	Sí-No[Respuestas abiertas]
<ul style="list-style-type: none"> <li>• ¿Cómo lo defienden?</li> </ul>	
¿Cuál de los siguientes factores ha llevado a las y los jóvenes a abandonar las pandillas?	Sí-No
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Por haber fundado un nuevo hogar</li> <li>• Por haberse hecho evangélico</li> <li>• Por temor a caer preso</li> <li>• Por haber sufrido la experiencia de la cárcel</li> <li>• Por rehabilitación a través de algún centro, organización, etc.</li> <li>• Por haber conseguido un trabajo honrado</li> <li>• Por haberse ido del barrio</li> </ul>	
¿Las y los jóvenes en esta familia han tenido problemas con pandillas?	Sí-No[Respuestas abiertas]
<ul style="list-style-type: none"> <li>• ¿Qué tipo de problemas?</li> <li>• ¿Los superaron?</li> <li>• ¿Cómo los superaron?</li> <li>• ¿Por qué no los superaron?</li> </ul>	
¿Qué haría, usted, si se diera cuenta de que su hija o hijo es miembro de una pandilla?	Sí-No
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Lo ayudaría</li> <li>• Lo correría de la casa</li> <li>• Buscaría ayuda en algún lugar</li> <li>• Lo dejaría en la pandilla</li> <li>• Lo castigaría fuertemente</li> <li>• Lo denunciaría a la policía</li> <li>• No se lo diría a nadie</li> </ul>	
Considera que las pandillas en el barrio son:	Sí-No
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Un problema de todos</li> <li>• Un problema solo de los afectados</li> <li>• Un problema del gobierno</li> </ul>	

## Apéndice 4

### Referencias metodológicas del Capítulo 6

Para llevar a cabo los análisis en el Capítulo 6, se crearon una serie de variables a partir de los ítems y preguntas de los cuestionarios utilizados en Guatemala, Honduras y El Salvador. Tales variables comprendían la sumatoria de todos los ítems que arrojaban aceptables coeficientes de confiabilidad, referidos a un aspecto por medir. La mayor parte de las variables creadas son similares a las propuestas en el capítulo metodológico (Cuadro 1.4). En algunos casos, las diferencias tienen que ver con el hecho de que la base de datos regional no pudo integrar todas las preguntas, porque algunos países no la incorporaron en su cuestionario, de tal manera que la variable se construyó con los ítems disponibles. En otros casos, las diferencias tienen que ver con un cambio en el criterio de análisis, lo cual hizo que la variable se midiera usando solo ciertos ítems.

**Cuadro A.10**  
**Descripción de variables escalares incluidas en el análisis del Capítulo 6**

Variable	Pregunta básica	Ítems del cuestionario	Coeficiente de confiabilidad
Participación comunitaria	Por favor, dígame qué tan frecuentemente asiste usted a reuniones...	<ul style="list-style-type: none"> <li>• De algún comité o sociedad de la iglesia o templo</li> <li>• De un comité o junta (patronato) de la comunidad</li> <li>• De una asociación gremial o sindicato</li> <li>• De un partido político</li> <li>• De un equipo deportivo</li> </ul>	0.6205
Percepción de actividad criminal (Exposición a la violencia)	¿Qué tipos de actividad criminal ha observado o ha sido testigo presencial en su comunidad en el último año?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Venta de drogas</li> <li>• Uso de drogas</li> <li>• Robo y saqueo de casas y locales</li> <li>• Asaltos con armas</li> <li>• Violaciones, delitos sexuales</li> <li>• Asesinatos</li> <li>• Riñas de maras o pandillas</li> <li>• Peleas callejeras de otras personas</li> <li>• Violencia intrafamiliar (maltrato a niños y mujeres dentro del hogar)</li> </ul>	0.8371
Confianza en las instituciones	¿Cuánta confianza tiene usted en las instituciones?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Tribunales de justicia</li> <li>• Medios de comunicación</li> </ul>	

# APÉNDICE

**Cuadro A.10 (Continuación)**  
**Descripción de variables escalares incluidas en el análisis del Capítulo 6**

Variable	Pregunta básica	Ítems del cuestionario	Coefficiente de confiabilidad
	tuciones que le voy a mencionar?	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Policía Nacional Civil</li> <li>• Alcaldía de su localidad</li> <li>• Procuraduría para la Defensa de Derechos Humanos</li> <li>• Asamblea Legislativa</li> </ul>	0.8241
Espacios comunitarios positivos (sin iglesias)	En la colonia o barrio donde usted vive hay...	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Casa Comunal</li> <li>• Parques</li> <li>• Canchas de juego abiertas</li> <li>• Clubes juveniles para uso comunitario</li> </ul>	0.7102
Espacios de encuentros diversos	En la colonia o barrio donde usted vive hay...	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Bares o cantinas</li> <li>• Billares</li> <li>• Prostibulos</li> </ul>	0.5165
Actitudes hacia la violencia	A continuación voy a leerle una serie de situaciones. Quisiera que me indicara para cada una de ellas si usted la aprobaría, no la aprobaría pero la entendería, o si ni la aprobaría ni la entendería.	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Suponga que una persona hiere gravemente a otra que le quitó a su marido o a su esposa</li> <li>• Suponga que alguien mata a alguien que ha violado a su hija</li> <li>• Si hay una persona que mantiene asustada a su comunidad y alguien lo mata</li> </ul>	0.6334

**Cuadro A.11**  
**Codificación de las variables y las escalas utilizadas en los análisis del Capítulo 6**

Variable dependiente	Escala		Media	Desviación típica
	Mínimo	Máximo		
Existencia de pandilleros en la comunidad	0= no	1= sí	0.63	0.48
<i>Variables dependientes</i>				
Género	1= masculino	2= femenino	1.64	0.48
Edad	12	92	36.09	14.70
Educación	0= ninguna	14= universidad	4.74	4.09
Ingreso familiar	0= ninguno	3,428 = US\$ 3,428	279.59	234.48
Número de personas que habitan la vivienda	1	15	5.02	2.13
Integrantes de la familia menores de 18 años	0	9	1.36	1.34
Hacinamiento dentro del hogar	0.33	13.00	2.74	1.56
Condición de la vivienda	1= propia	7= otras respuestas	1.45	1.07
Confianza interpersonal	1= nada	10= mucha	5.89	2.84
Estado de las calles de la comunidad	1= buen estado	2= mal estado	1.61	0.48
Percepción de actividad criminal	1= nada	10= mucha	3.68	2.53
Espacios públicos positivos	1= ninguno	10= muchos	3.93	3.03
Espacios públicos "perversos"	1= ninguno	10= muchos	4.25	2.73
Actitudes de aprobación de la violencia	1= nada	10= mucha	5.50	2.43
Confianza en las instituciones	1= nada	10= mucha	5.09	2.25
Confianza en la municipalidad	1= nada	10= mucha	2.42	1.08
Participación comunitaria	1= nada	10= mucha	3.85	1.68



Este libro se terminó de imprimir  
en los Talleres Gráficos UCA,  
en el mes de mayo de 2004  
la edición consta de 1,800 ejemplares.

Marcados por la influencia del tráfico, uso y consumo de drogas, así como también por el ciclo vicioso de la violencia creciente, el acceso a las armas de fuego y la falta casi absoluta de políticas públicas encaminadas al problema o a la atención de la juventud, las pandillas juveniles en Centroamérica constituyen uno de los mayores desafíos para el bienestar de los habitantes de la región, sobre todo de las y los jóvenes. Las recientes iniciativas de varios gobiernos centroamericanos de aprobar leyes más duras e impulsar planes de represión contra las pandillas, en ocasiones pasando por alto las libertades civiles y los derechos fundamentales de la población, son una muestra de la enorme dimensión que ha adquirido el fenómeno en la región.

Este trabajo de investigación regional se enfoca en el capital social, como variable asociada a la aparición y el desarrollo de las pandillas juveniles. Éste puede ser positivo, es decir, "productivo", porque contribuye al desarrollo y el bienestar de la comunidad y de los colectivos humanos que le rodean. No obstante, también puede ser negativo, en la medida en que los lazos interpersonales generan solo beneficios para un grupo reducido en detrimento y oposición a los derechos de los demás. Las maras, en Centroamérica, son consideradas por muchos analistas como un ejemplo de ese capital social negativo o "perverso", porque basan sus actividades en estrechos lazos de solidaridad y reciprocidad que les hacen parte de una organización, la cual se encuentra determinada por las normas que regulan tales actividades.

La comunidad, las redes de apoyo comunitario, la organización y la participación cívica pueden constituirse en una diferencia a la hora de lidiar con jóvenes que básicamente han sido marginados por sus propias sociedades. De tal forma que la sociedad civil también puede desempeñar un papel fundamental para mitigar y resolver una problemática que, en buena medida, los regímenes gubernamentales y los administradores del sistema económico han generado con su desidia.



200887068

ISBN 99923-34-84-3



9 789923 348431